

Recuperando la memoria

Batalla de Monterrey (1846)
Documentos e interpretaciones



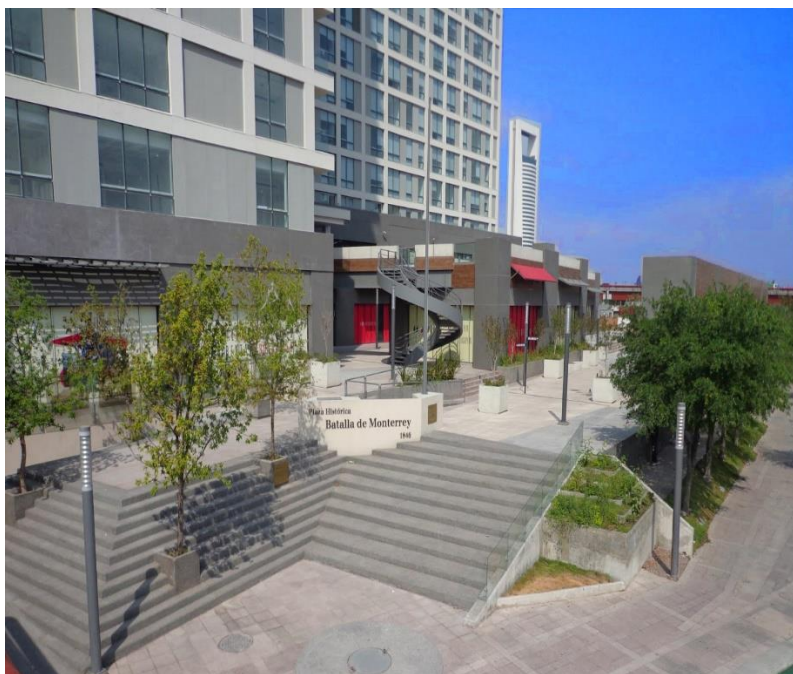
César Morado
Pablo Ramos
(Coordinadores)

Colección Memoria del Noreste No. 10

Recuperando la memoria

Batalla de Monterrey (1846)

Documentos e interpretaciones



César Morado
Pablo Ramos
(Coordinadores)

Colección Memoria del Noreste No. 10

Recuperando la memoria
Batalla de Monterrey (1846)
Documentos e interpretaciones

Recuperando la memoria.

Batalla de Monterrey (1846).
Documentos e interpretaciones

César Morado
Pablo Ramos
(Coordinadores)

Monterrey, Nuevo León, México

Colección Memoria del Noreste No.10

Rogelio G. Garza Rivera
Rector

Santos Guzmán López
Secretario General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Humberto Salazar Herrera
Director de Historia y Humanidades

César Morado Macías
Coordinador del Centro de Estudios Humanísticos

972.0441
M827r

Morado, César y Pablo Ramos (Coords.)

Recuperando la memoria. Batalla de Monterrey (1846).
Documentos e interpretaciones / César Morado y Pablo Ramos
(Coords.). Monterrey, N.L.: Centro de Estudios Humanísticos,
UANL, 2021.

389p. (Colección Memoria del Noreste Núm. 10)

1. Batalla de Monterrey 1846 – Historiografía 2. Historia –
Guerra México-Estados Unidos 3. Testimonios sobre la Batalla
de Monterrey 1846

©Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad
Autónoma de Nuevo León

ISBN 978-607-27-1596-7

Centro de Estudios Humanísticos. Biblioteca Universitaria
Raúl Rangel Frías, Av. Alfonso Reyes No. 4000 Nte. Col.
Regina, C.P. 64290, Monterrey, Nuevo León, México.
www.ceh.uanl.mx.

Derechos reservados. Se permite la reproducción parcial para
fines académicos citando la fuente.

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México.

ÍNDICE

Introducción: La política de la memoria	5
I. La Batalla desde la biopolítica/César Morado.....	11
II. Libros y artículos sobre la Batalla de Monterrey/ Jesús Ávila	31
III. Las causas de la guerra México-Estados Unidos/ Miguel Ángel González.....	49
IV. Zachary Taylor: un viejo áspero y listo/Chris Dishman	61
V. Samuel Chamberlain y la Batalla de Monterrey/Jorge Elías.....	83
VI. La visión de dos participantes del ejército mexicano: Guillermo Prieto y Manuel Balbontín/ Ricardo Arron.....	119
VII. Visión de dos participantes del ejército norteamericano: Samuel Reid y William Henry/Arnulfo Cadena	153
VIII. Partes de guerra de la Batalla de Monterrey, 1846/Pablo Ramos	187
IX. La capitulación de Monterrey/Ahmed Valtier...	283
X. La vida en Monterrey después de la batalla/Eduardo Cazares	307
XI. La guerrilla y la salida del ejército norteamericano de Monterrey/Raúl Martínez...	339
XII. Hallazgos arqueológicos de la Batalla de Monterrey de 1846/ Araceli Rivera.....	359

XIII.	Epilogo: Un lugar para la memoria; una plaza, una exposición, un museo/Cesar Morado-Pablo Ramos	375
	Fuentes consultadas	381
	Archivos.....	381
	Hemerográficas	381
	Bibliográficas	381
	Perfil de los autores	387

Introducción

La política de la memoria

El libro que tienes en tus manos reúne una serie de ensayos, documentos y reflexiones en torno a la batalla sostenida entre fuerzas militares mexicanas y norteamericanas en Monterrey, México en 1846. De alguna manera, representa un saldo respecto a la forma en que tal evento militar ha sido concebido por los investigadores. Comprende miradas múltiples y plurales. Algunas de ellas provienen del ámbito académico y otras fuera de él, son narrativas de ciudadanos de a pie interesados por indagar el proceso. Nadie, afortunadamente, ha pedido un certificado de autorización para escribir sobre la batalla. Sin embargo, el caso en cuestión rebasa lo historiográfico e impacta a nivel social.

Durante décadas esos acontecimientos permanecieron borrados. Lo narrado aquí, nos interesa como un caso representativo de la política de memoria, es decir como un estado nacional en su afán de legitimarse, olvida los aspectos que resultan incompatibles con la imagen que se pretende proyectar.

El libro reúne una docena de textos, inicia con un ensayo escrito por César Morado titulado *La Batalla desde la biopolítica*, continúa con *Libros y artículos sobre la Batalla de Monterrey*, de Jesús Ávila; *Las causas de la guerra México-Estados Unidos*, de Miguel Ángel González; *Zachary Taylor: un viejo áspero y listo*, de Chris Dishman; *Samuel Chamberlain y la Batalla*

de Monterrey, de Jorge Elías; *La visión de dos participantes del ejército mexicano: Guillermo Prieto y Manuel Balbontín*, de Ricardo Arron; *Visión de dos participantes del ejército norteamericano: Samuel Reid y William Henry*, de Arnulfo Cadena; *Partes de guerra de la Batalla de Monterrey, 1846*, de Pablo Ramos; *La capitulación de Monterrey*, de Ahmed Valtier; *La vida en Monterrey después de la Batalla* de Eduardo Cazares; *La guerrilla y la salida del ejército norteamericano de Monterrey*, de Raúl Martínez y concluye con el texto de Araceli Rivera titulado *Hallazgos arqueológicos sobre la Batalla de Monterrey de 1846*.

Flotan a lo largo del libro algunas preguntas detonadoras: ¿Cómo es posible que una ciudad del tamaño de Monterrey olvidara durante tanto tiempo estos acontecimientos? ¿Quiénes y con qué intereses los desenfataron de los libros de historia y la memoria cívica local? ¿Qué ocurre cuando la sociedad civil se organiza y cuestiona la historia oficial? ¿Cuál ha sido el rol de la organización denominada Amigos de la Batalla de Monterrey? ¿Cómo distinguir los límites entre la Historia como proceso, la historia como disciplina y la memoria?

La publicación de este libro, que incluye viejos y nuevos documentos sobre un evento ocurrido a 175 años de distancia, aunque aparentemente sea repetitivo, constituye una herramienta para dimensionar cómo un mismo evento cambia según la mirada del narrador. Ojalá que su aparición sea una convocatoria útil para redimensionar la discusión entre

historia y memoria a la que nos convidó hace tiempo Pierre Nora en su libro *Los pliegues de la memoria*, cuando atinadamente nos llamó la atención sobre este último:

... el concepto de memoria, que abrió una serie de problemas: la subjetividad de la memoria, la cientificidad de la historia, el papel de los testimonios como fuente, la posibilidad de reconstruir rigurosa y objetivamente un pasado intensamente vivido como actor, protagonista u observador (Massimo, 2008, pp. 245-256).

Hacemos votos para que este libro sea de utilidad para los lectores.

Los editores



Imagen 1. *Tropas norteamericanas asechando las inmediaciones de Monterrey.* Litografía de Carl Nebel, 1851.

...la guerra México-Estados Unidos es entre pueblos civilizados.

Mariano Arista, mayo de 1846.

I. La Batalla desde la biopolítica¹

César Morado

Este ensayo plantea siete ideas sobre el evento conocido como Batalla de Monterrey que es preciso definir antes que nada. Se concibe como “Batalla de Monterrey” al conjunto de operaciones militares ocurridas en esta ciudad capital del estado de Nuevo León entre los días 21 y 24 de septiembre de 1846, hace 175 años, protagonizadas por los ejércitos mexicano y norteamericano luchando, el primero por defender y el segundo por ocupar esta ciudad.

Según los informes de las fuentes oficiales mexicanas, las fuerzas defensoras de Monterrey se integraron prácticamente en su totalidad de ejército regular; fueron 5600 individuos de tropa, comandados por los generales Pedro Ampudia, Simeón Ramírez, Francisco Mejía, Anastasio Torrejón y Manuel Romero, así como por los coroneles José López Uruga y Nicolás Mendoza.² Las cifras varían ligeramente según puede

¹ Versión modificada de la Conferencia Inaugural impartida en el Museo del Noreste durante la inauguración de la Exposición Temporal Alusiva a la Batalla de Monterrey. Monterrey, México, 7 de septiembre de 2016.

² Por fuentes oficiales mexicanas nos referimos básicamente a la obra *El Ejército Mexicano. Historia desde los orígenes hasta nuestros días*. Obra de autoría colectiva publicada por la Secretaría de la Defensa Nacional en 1979. Figuran entre los autores Jesús de León Toral, Miguel A. Sánchez Lamego, Guillermo Mendoza Vallejo, Luis Garfias Magaña y Leopoldo Martínez Caraza.

constatarse en el ensayo de Pablo Ramos incluido en este mismo libro sobre los partes militares rendidos por los líderes de la batalla.

Los del ejército de ocupación ascendían a 6500 hombres (3800 del ejército regular y 2700 voluntarios de Kentucky, Ohio, Tennessee, Louisiana y Mississippi), comandados por el general Zachary Taylor, los mayores generales William O. Butler, Pinckney Henderson y los brigadieres David E. Twiggs, William F. Worth, Thomas L. Hammer y John A. Quitman.³ Ellos son los actores protagónicos cuyo rol ha sido muy bien estudiado en Estados Unidos, destacadamente por Eisenhower y Dishman, y a nivel local por varios colegas: Miguel González, Ahmed Valtier, Eduardo Cázares, entre otros.

Nuestra propuesta es más bien invitarlos a ver la batalla más allá de la batalla. ¿Es posible hablar de un tiempo social más allá de un tiempo militar? ¿Es posible hablar de otra espacialidad más allá de la definida por las balas sobre Monterrey? ¿Es posible intentar una historia social de la guerra? Hagamos el intento.

³ Datos de Miguel A. Sánchez Lamego en el artículo “El Ejército Mexicano de 1821 a 1860” en la obra *El Ejército Mexicano. Historia desde los orígenes hasta nuestros días*, p. 174. La élite castrense norteamericana –entre quienes figuraban los primeros graduados en la prestigiada Academia Militar de West Point– capitalizaría políticamente su triunfo militar, particularmente Taylor, quien permaneció en México desde septiembre de 1846 hasta noviembre de 1847, cuando regresó a su país natal para ser postulado en 1848 como candidato a la presidencia por el partido Whig, al año siguiente se convirtió en el décimo segundo presidente de los Estados Unidos. Paradójicamente, quien evadió las balas mexicanas no logró huir de las bacterias y murió a causa del cólera en 1850 a la edad de 66 años.

Primera idea. La guerra como institución interna: ¿Clausewitz o Foucault?

Con los avances del internet cada día se saben más cosas sobre la guerra México-Estados Unidos. Nuevos datos, cifras, imágenes, reportes. La base de datos “paperofrecord” que reúne periódicos de todo el mundo, básicamente norteamericanos, es muestra evidente. Pero, ¿cómo vamos a pensar esta guerra? ¿Cómo vamos a interpretar esta batalla para ir más allá de la historia militar hacia la historia social? Lo intentaremos apoyándonos en los que antes que nosotros han pensado la guerra, no podemos ser exhaustivos por razones de tiempo.

Iniciamos con Clausewitz, el pensador por antonomasia de la guerra moderna. Para él, la guerra es esencialmente combate. Su manual sobre la guerra ejerció gran influencia en el siglo XIX, aunque no todos le conocieron su pensamiento reforzaron las ideas sobre la primacía de la defensa sobre el ataque, el valor de la moral, entre muchos otros elementos. Nosotros pensamos que sus ideas ya no sirven para explicar la lógica de la guerra y preferimos la concepción de la guerra de Michel Foucault, diametralmente opuesta al pensamiento moderno de Clausewitz quien había afirmado que la guerra era la continuación de la política por otros medios. Más radical, Foucault afirma que la política es la continuación de la guerra.

Según Foucault,

...la guerra tiene que ver con el reparto de las armas, las técnicas de lucha y de reclutamiento, la retribución de los soldados,

los impuestos relativos al ejército: la guerra, en suma, entendida como institución interna y ya no solamente como acontecimiento bruto de la batalla (Michel Foucault, 1992, pág. 169).

Prácticamente para el filósofo francés todo es guerra: las armas, los cuerpos, los discursos.

Siguiendo a Foucault había que estudiar la batalla antes de la batalla. A simple vista veremos las diferencias regionales. Aquí, el asunto empezó por lo menos desde 1835 con la expedición de Santa Anna desde la Ciudad de México hasta Bejar, el actual San Antonio, para reprimir a los ilegales que estaban entrando sin papeles al territorio mexicano. En aquel momento era gobernador de Nuevo León Juan Nepomuceno de la Garza Evia, quien tenía como secretario de gobierno a Vidaurri. Ambos tuvieron que enfrentar a Santa Anna y decirle que Nuevo León no podía remitir todas las solicitudes de hombres, caballos, semillas y dinero que Santa Anna, a nombre de la patria, estaba solicitando. La campaña terminaría en la catástrofe de San Jacinto, el actual Houston, vendría una segunda campaña de Texas y otra vez a pedir la cooperación de los vecinos.

Si a ello le sumamos el problema constante de los ataques indios entenderemos por qué la gente ya estaba cansada para 1846 y muy reacios a cooperar con el gobierno, por muy *patriótica* que resultara la guerra. Ya iban tres guerras, contra los indios, contra los texanos y ahora contra los norteamericanos. Es una diferencia regional importante. Esto no pasa en Guadalajara, no pasa en México. Los gobiernos locales

también están muy gastados y desgastados para momento de la ocupación norteamericana.

El plan militar del presidente Polk era penetrar a México por el norte, llegando a Monterrey, Saltillo y luego de ahí a México. El pretexto de la guerra también había ocurrido en la región, la escaramuza en Carricitos, muy cerca del actual Brownsville, donde “sangre americana ha sido derramada en suelo americano”. Al día de hoy todavía está ahí un cañón que sigue apuntando hacia México.

Veamos los detalles siguiendo a Foucault acerca de lo vital del abastecimiento, la logística, los sistemas de reclutamiento. Desde que inició el año de 1846, paralelamente a la organización de cuerpos militares, las autoridades políticas nuevoleonenses contribuyeron al auxilio de las tropas mexicanas destacamentadas en Matamoros, Tamaulipas frente a las norteamericanas acampadas del otro lado del Bravo.

Evidentemente, al aproximarse las tropas enemigas a la región, se recrudecieron las demandas de víveres, mulas y semillas, que fueron cubiertas con relativa eficacia. Tenemos un documento donde Vidaurri, secretario de gobierno, estalla molesto por la resistencia a proporcionarlos y amenaza a los alcaldes diciéndoles que su envío “bajo su más estrecha responsabilidad” y que, por lo tanto, “no hay pretexto que valga”. Explicó que el gobernador Garza y Evia estaba sumamente indignado al enterarse de que habían ocultado las mulas solicitadas, con grave perjuicio para la causa nacional.⁴ Mulas y caballos eran no sólo medio de transporte para

⁴ Carta de Santiago Vidaurri, Secretario de gobierno de Nuevo León, a los alcaldes de Salinas Victoria y Santa Catarina. Monterrey, 15 de abril de 1846, AGENL, Fondo: Militares, Caja 44.

los vecinos, sino también su instrumento de trabajo, de ahí la oposición a remitirlos.

Era tal la resistencia a prestar la ayuda requerida, que el gobierno estatal tuvo que recurrir prácticamente a la incautación de mulas y víveres de los vecinos. Ello a pesar del liderazgo de Santiago Vidaurri en la secretaría del gobierno nuevoleonés y de Mariano Arista al frente del ejército mexicano, que pensamos iba a influir para que tales demandas tuviesen un eco importante en la entidad, pues ambos políticos eran muy respetados en Monterrey. Por ello, la noticia sobre la derrota de las tropas mexicanas sufrida en Palo Alto y La Resaca, en jurisdicción del actual Brownsville, Texas —en mayo de 1846— fue recibida en Monterrey con gran sorpresa y pesadumbre.

Arista, el comandante mexicano, justificó la derrota comunicando al gobernador nuevoleonés —Garza y Evia— las razones del desastre: 1) la superioridad numérica de las tropas de Taylor, 2) el hecho de que Matamoros no estaba fortificada y sí las tropas norteamericanas; 3) el enemigo contaba con 35 piezas de artillería, mucho más que la mexicana. Enseguida, Arista detalló la existencia de un grave error de previsión pues reconoció que le había sido imposible transportar los 360 heridos que tenían sus tropas, aunque, sentenció, tenía esperanzas de que los norteamericanos los ayudarían, pues se trataba de “una guerra entre pueblos ‘civilizados’ y nuestros heridos no serán molestados” por lo que optó por dejarlos, es decir abandonarlos a su suerte en Matamoros.⁵

⁵ Carta de Mariano Arista a Juan Nepomuceno de la Garza y Evia. Monterrey, 3 de mayo de 1845, AGENL, Fondo: Militares, Caja 41.

Aunque nada justifica su imprevisión, nos llama poderosamente la atención el hecho de que apele en su discurso a la existencia de un conflicto moderno, “una guerra entre ‘civilizados’”. Señala plenamente la conciencia de que se encuentra en medio de una guerra civilizada, que asume como racional en la que se enfrentan dos ejércitos igualmente imbuidos de esta lógica moderna del combate. La triste realidad era otra, sin antibióticos, sin “Cruz Roja Internacional” de por medio, los soldados mexicanos heridos aullaban y se arrastraban “civilizadamente” por las calles de Matamoros temiendo caer en manos de los terribles voluntarios, auténticos sicarios que venían acompañando al ejército norteamericano.

Enseguida, se produjo un acontecimiento que nos llama la atención, se trató de un intercambio de prisioneros entre las fuerzas beligerantes, ciertamente muy revelador del carácter moderno de los dirigentes del ejército norteamericano, si se considera que no existía aún la Convención de Ginebra sobre el trato a prisioneros de guerra, y que en toda la región aún prevalecía el recuerdo del que las tropas de Santa Anna habían dado a los prisioneros de guerra texanos. El gobierno general optó por culpar al comandante y determinó que el responsable de la derrota había sido Arista. En un singular acto de ética castrense, Arista comunicó al gobierno nuevoleonés que se retiraba a vivir en la hacienda de Mamulique –jurisdicción de Salinas Victoria, Nuevo León–, donde permanecería disponible como un simple soldado “si la patria lo llamaba en su defensa”.⁶

⁶ Carta de Mariano Arista a Juan Nepomuceno de la Garza y Evia. Linares, 4 de junio de 1846. AGENL, Fondo: Militares, Caja 45.

México había elegido al mejor hombre para dar la batalla y el mejor hombre había perdido. Era el turno de Monterrey. ¿Cómo organizarse para enfrentar el ataque de una potencia militar? ¿Debería evacuarse la ciudad para proteger a las familias? ¿Qué era más pertinente, atacar a los invasores en el camino o defender la ciudad fortificándola? Garza Evia, Vidaurri y la élite mexicana tenían que resolver estos dilemas. Por todos los factores descritos nos inclinamos a utilizar en este ensayo la concepción de Foucault por sobre Clausewitz. Ampliaremos más adelante las razones de esta preferencia.

Segunda idea. Las naciones controlan la memoria

¿Por qué tardamos tanto tiempo en Monterrey para recordar esta batalla? La historiadora Joyce Apleby señala que existen dispositivos institucionales para hacernos olvidar aspectos incompatibles con la idea de nación que debemos formar. Profesionales, en este caso historiadores, museos y sobre todo libros de texto redactados para proyectar unidad y evitar los prietitos en el arroz. Fue así como se fraguó en Estados Unidos durante el siglo XIX la idea de una nación bendecida, predestinada por la providencia para consolidar la libertad y la democracia y luego expandirla. Los historiadores Bancroft, Bolton, entre otros establecieron que el *Far West* era el espacio, el crisol donde se forjaba la nacionalidad, lo estrictamente norteamericano en lucha permanente contra el desierto, los salvajes. A ellos había que llevar la civilización. Hay que relatar los hechos que hacen posible la nación a la que se concibe como:

...una nueva manera de concebir una colectividad, una forma ideal e inédita de organización social... un nuevo modelo de comunidad política, síntesis de diversos atributos ligados entre sí... combinación inédita de ideas, imaginarios, valores y comportamientos, nueva manera de concebir una colectividad humana. (Guerra, 2003, p. 8)

La historia inventa la nación.

Impulsado por las fuerzas revolucionarias desencadenadas a fines del siglo XVIII, el motor del nacionalismo condujo a los historiadores a situar sus respectivos países y por ende a sus habitantes en el paisaje más vasto de la historia mundial... construir la nación era la consigna más imperiosa. (Appleby, et-al, 1999, p. 225)

En México también tuvimos el imperativo de formar la nación, de omitir las diferencias regionales y decir que lo que quedaba de México después de la guerra era uno, de Baja California a Yucatán. Se escribieron historias desde la capital del país y se difundieron en los libros de texto obligatorios. Toda la historia nacional se explicaba desde el centro. Los héroes de la guerra contra Estados Unidos eran los niños héroes de Chapultepec. Se hablaba de la guerra del 47. Y el colmo, para honrar a los caídos en Monterrey se le puso "Héroes del 47" a la calle donde fueron los combates, aludiendo a los de Ciudad de México, no a los de Monterrey.

Tercera idea. Las fronteras son cicatrices

La mayoría de las fronteras se escriben con sangre, la existente entre México y los Estados Unidos no es la excepción. Por ello nos costó mucho trabajo hablar de esta guerra. Es la cicatriz de donde emergieron ambos estados nacionales y por la vecindad esa cicatriz sigue existiendo y duele cada vez que se aborda la situación binacional.

No sólo debemos reivindicar a los generales, sino a los soldados de a pie excluidos de esta historia de dos estados nacionales en expansión. En los Estados Unidos hay una industria de la memoria dedicada a recordar a sus caídos en combate y una ética militar que implica recoger sus restos en cualquier parte del planeta en que se encuentren, como acaba de ocurrir con los restos estudiados por la arqueóloga Araceli Rivera en este libro. En México, quienes murieron seducidos por la patria, ésta no fue capaz de darles una digna sepultura ni durante ni después de la guerra. Los restos quedaron en fosas comunes, en zanjas y se perdieron en el olvido. Apenas estamos aprendiendo sus nombres, gracias a las gestiones de los Amigos de la Batalla de Monterrey que han logrado que sean recordados a través de una estela alusiva en el lugar de los combates.

La guerra también dejó otras cicatrices, los fuertes militares construidos a uno y otro lado del Bravo se convirtieron en ciudades gemelas: Brownsville-Matamoros / Piedras Negras-Eagle Pass. En las inmediaciones de esta última acampan de vez en vez los kikapú, únicos sobrevivientes del territorio invadido por ambos estados nacionales, auténticos dueños del territorio que ambos países en su expansión hicieron

sándwich o emparedado dejando a los apaches y comanches al borde de la extinción, por no quererse convertir a la “civilización”.

Esta injusticia cometida contra los pueblos originarios por los estados nacionales emergentes es la que pretende revertir actualmente la Constitución en Chile (2021) al pretenderle dar un carácter pluriétnico para reconocer no sólo a los mapuches, sino a múltiples “naciones”. Es el mismo reclamo que hacía en 1994 el EZLN al definir que los pueblos indios eran anteriores al estado nacional y debían recuperar su territorio. Un desafío aún abierto.

Cuarta idea. Los archivos contienen el ADN de los pueblos

Aunque las naciones se esfuerzan por borrar las huellas de los excluidos, en los archivos encontramos muchos documentos que hablan de estos actores borrados de las historias nacionales. En ello están trabajando muchos colegas para darles visibilidad: las mujeres, los indios, los negros, son saldos todavía pendientes. Hace un tiempo nos propusimos en equipo con Leticia Martínez y Jesús Ávila, hacer un listado, un catálogo de los documentos locales relativos a la guerra México-norteamericana. Recorrimos un archivo estatal y diez municipales. El saldo de la pesquisa fueron 2500 documentos que se publicaron en tres tomos en coedición entre la UANL y la Universidad de Texas en Brownsville.

Debe haber muchos más. Ahí encontramos de todo. Las crisis hacen que brote lo peor y lo mejor de la humanidad. Tenemos al alcalde de García que ante la

exigencia del reclutamiento y al no encontrar voluntarios, hizo leva en la misa del domingo. Otro más ingenioso, el de Cadereyta, organizó un baile y los reclutó al fin de éste. Juan García, el inocente vecino de Monterrey que desafió el toque de queda y como no sabía inglés no supo responder al clásico *¿quién vive?* y fue asesinado por los voluntarios. El papel de las heroínas como Josefa Zozaya, María de Jesús Dosamantes, la muchacha de Monterrey, cuya canción circula en internet, e incluso la joven de Cerralvo, que vio en el soldado americano la forma de salir de la soltería y se casó con él desafiando todos los convencionalismos de traición a la patria.

Todavía quedan muchas cosas por escribir de esta guerra. Ver el impacto que tuvo en cada uno de los municipios. Hay para una enciclopedia. Marín fue incendiado. Linares, saqueado por el ejército mexicano. Santiago, tierra de muchos refugiados de guerra provenientes de Monterrey.

Quinta idea. Las fronteras son construcciones históricas

Desde mucho antes de publicar el libro *La Guerra México-Estados Unidos, su impacto en Nuevo León* en coautoría con Leticia Martínez y Jesús Ávila (2003) no me convencía la batalla como mera efeméride. Tenía la intención de mostrar que el 21 de septiembre no era el tiempo de la Batalla de Monterrey, que quizá tampoco era el espacio. Sin embargo fue hasta 2011 con la publicación de *El emplazamiento de los cuerpos* cuando el tema me pareció más nítido.

El tiempo de la Batalla de Monterrey era el tiempo de la construcción de la frontera anglohispana y las fuerzas militares no eran más que actores moviéndose en función de un guion escrito desde lejos. Si bien era útil abrir con el bisturí la fecha del 21 de septiembre de 1846 en una operación metodológica de orden sincrónico, a partir de allí había que hurgar en lo diacrónico para dimensionar por qué los actores locales actuaron de esa forma. Al hacerlo, como lo intentamos en el libro citado, aparecen debajo de este conflicto por lo menos otros dos, uno contra los texanos y otro con los indios. Ambos más largos y complejos que la guerra internacional.

Parece incluso que las tres guerras están ensambladas. Una vez que las visualizamos queda claro que el espacio también cambia, no puede ser sólo Monterrey. El espacio de esas guerras es sumamente elástico y complejo. Quizá la más difícil de dimensionar es el conflicto entre nómadas y sedentarios que han estudiado Martha Rodríguez, Cuauhtémoc Velasco y otros, porque las batallas no se producen en un “lugar” convenido desde la lógica moderna de la guerra, sino en cualquier lugar donde se toquen la “civilización y la barbarie”.

Incluso al final de la guerra entre México y Estados Unidos, la frontera que emerge no es la línea divisoria del Bravo que hoy vemos en el mapa producto de una geografía positivista, sino un espacio elástico, una frontera que se extiende y distiende en función de complejos flujos humanos e incluso de especies animales, como el bisonte por ejemplo.

Sexta idea. La primacía de la guerra en el discurso histórico político

Al momento de la guerra entre México y los Estados Unidos hacía tiempo que se venía forjando una retórica que da primacía al discurso de la guerra y al derecho a la rebelión, señalando el mito fundacional de la gran usurpación y el relato de los agravios. Es una retórica de la sangre derramada enfocada a motivar las guerras de rebelión en buena parte del contexto latinoamericano cuyo origen no abordaremos aquí. Foucault lo rastrea hasta el siglo XVIII:

En el momento preciso en que los enfrentamientos políticos del siglo XVIII pasaban a través de un discurso histórico, en la época en que el saber histórico era efectivamente una arma política contra el saber de tipo administrativo de la monarquía absoluta, la monarquía quiso de algún modo monopolizarlo. (Foucault, 1992, pág. 147)

El derecho de hacer la guerra. Se genera un discurso político que da primacía a la guerra. Los ciudadanos, haciendo uso de su derecho de rebelión, generaban revoluciones y éstas construían la nación. Era una guerra contra el antiguo régimen pero también contra la barbarie de los indios y a favor de la civilización.

El siglo XIX latinoamericano estuvo plagado de una serie de conflictos civiles y militares mediante los cuales se pretendía construir la nación unificando lengua, gobierno, banderas y haciendo a un lado las diferencias y particularidades que hicieran imposible la idea de una sola nación. El libro *Facundo, civilización y*

barbarie, autoría de Domingo Faustino Sarmiento (1845) es revelador de esta visión civilizatoria.

El surgimiento del Himno nacional mexicano justo a mediados del XIX refleja en forma nítida esta retórica y explica cómo es que la biopolítica es capaz de llevar a los hombres al combate:

Mexicanos al grito de guerra, el acero a prestad y el bridón y retiemble en sus centros la tierra, al sonoro rugir del cañón... ¡Guerra, guerra sin tregua al que intente, de la patria manchar los blasones!, ¡guerra, guerra! los patrios pendones, en las olas de sangre empapad. ¡Guerra, guerra! en el monte, en el valle, los cañones horrisonos truenen, y los ecos sonoros resuenen, con las voces de ¡Unión! ¡Libertad!. (Francisco González Bocanegra, 1853)

Séptima idea. La guerra es para los pobres

¿Por qué hablamos de la guerra como evidencia de biopolítica? Michel Foucault (1926-1984) hizo uso del término por primera vez en 1974, hablar de biopolítica implica postular que el control de la sociedad no sólo se realiza a través de la ideología, sino que requiere del control del cuerpo de los individuos.

El control de la sociedad sobre los individuos no sólo se efectúa mediante la conciencia o por la ideología, sino también en el cuerpo y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista emergente es lo biopolítico lo que importa ante todo, lo biológico, lo somático, lo corporal. El cuerpo es una entidad biopolítica, la medicina es una estrategia biopolítica (Michel Foucault, *Fragmentos*

sobre biopolítica). Nos parece que la preparación de los cuerpos para la batalla es una forma de biopoder, el término para referirse a la práctica de los estados modernos de “explotar numerosas y diversas técnicas para subyugar los cuerpos y controlar la población”.

En los documentos de la época se habla de cuerpos regulares y cuerpos irregulares. Los primeros eran los que adiestrados, domesticados, ejercitados podían realizar determinados movimientos y formaciones militares. La formación cerrada que utilizan los cuerpos norteamericanos avanzando sobre Monterrey es la expresión acabada de este biopoder que lleva cuerpos a combatir. Cuerpos que se disputan el honor de ir en primera fila, porque serán los primeros en morir y con más honor. El testimonio de Thomas Thorpe describe la angustia que sufrieron estas tropas en su primer enfrentamiento con las mexicanas:

...las balas pasaban frecuentemente entre los oficiales y a través de las columnas sólidas de los hombres, matando e hiriendo a muchos... una bala de cinco kilogramos atravesó las filas cerradas del regimiento de Tennessee, lanzando fragmentos de seres humanos al aire y empapando a los vivos con su sangre... (Thorpe, Our, 1847, p. 50).

Las balas de cañón mexicanas eran de cobre; las norteamericanas, de plomo y hierro, pero el alcance era similar, aproximadamente de mil metros. El secreto estuvo en la artillería móvil norteamericana contra la nacional que era fija. La crónica es interesante porque nos confirma el hecho de que estaban atacando en

formación cerrada y que de alguna manera ello los hacía blanco fácil de la artillería mexicana.

Los cuerpos irregulares son los que no han sido controlados con la disciplina militar, pero igual son cuotas de sangre que la patria ofrenda. En la revisión documental hemos localizado tres cuerpos de guerrillas mexicanas con presencia en Nuevo León. Lejos de aportar, molestaban a los vecinos y los robaban con el pretexto de contribución forzosa. La existencia de guerrilleros y voluntarios al lado de ambos ejércitos evidencia una paradoja de la guerra moderna, ya que la supuesta guerra entre pueblos “civilizados”, como la definió Arista en mayo de 1846, por un lado se asume que sólo habría combates entre ejércitos profesionales y por la otra se deja que los irregulares realicen el trabajo sucio que ruborizaría a los catedráticos de las academias militares.

Sin embargo, a falta de un estudio sobre el origen social de los integrantes de ambos ejércitos, es fácil descubrir por las cartas y documentos localizados que se trata de las personas más pobres de ambas sociedades, seres que se enrolan en el ejército como única esperanza de movilidad social, los ricos, por lo menos en el caso mexicano podían cubrir una cuota y quedar exentos. En caso de morir, albergaban la esperanza de que la patria socorriera sus sobrevivientes.



Imagen 2. Primer guardia en memoria de los caídos en la Batalla de Monterrey, 2007.

II. Libros y artículos sobre la Batalla de Monterrey

Jesús Ávila

El 21 de septiembre de 2007, Ahmed Valtier y Pablo Ramos nos convocaron a un puñado de historiadores y ciudadanos a recordar a los caídos en la célebre Batalla de Monterrey. Acudimos al llamado en el mismo sitio donde estuvo localizado el Fortín de las Tenerías: calles de Héroes del 47 y Washington en el Paseo Santa Lucía. Ante el pasmo de algunos paseantes y el desconcierto de varios inquietos policías estatales que, confusos, pedían por radio instrucciones a sus jefes para saber cómo proceder ante la insólita reunión de casi una docena de civiles que repentinamente se congregaron y murmuraban entre ellos acerca de *no sé qué guerra; no sé qué batalla y quién sabe de qué patriotas*, así referían los celosos gendarmes a sus mandos superiores los pormenores del inusual evento.

A este reducido núcleo de ciudadanos, Miguel Ángel González Quiroga dirigió unas palabras emotivas, después depositamos una ofrenda floral ante una modesta placa instalada en el lugar de la reunión que recordaba la épica del suceso, hicimos una guardia de honor, guardamos un minuto de silencio y cantamos al unísono algunas estrofas del Himno Nacional; enseguida algunos de nosotros fuimos entrevistados por un reportero del diario regiomontano *El Norte*.

A esa docena de regiomontanos: Javier Alcalá Salinas, Pablo Ramos Benítez, Luis Rafael Rodríguez, Miguel Ángel González Quiroga, Araceli Rivera

Estrada, Jesús Ávila, Javier Sánchez Perales, Juana Margarita Domínguez Martínez, Eduardo Cázares Puente, Ahmed Valtier Mosqueda, Juan Antonio Cerda y Blanca Laura Muñoz; acompañados con la presencia espiritual de doña Bertha Villarreal de Benavides (1937-2007), el Dr. Pablo Ramos, sin ceremonial ni protocolo notarial alguno, los bautizaría con el alias de *Los Amigos de la Batalla de Monterrey de 1846*.

Antecedentes historiográficos

El 21 de agosto de 1927, el periodista Oswaldo Sánchez publicó en el centenario decano de la prensa regiomontana *El Porvenir*, un artículo que evocaba la memorable defensa de Monterrey contra los invasores yanquis en septiembre de 1846; a 80 años de aquel acontecimiento, Sánchez reclamaba una lápida conmemorativa en *las ruinas de los muros de la vieja Ciudadela y los del Fuerte de las Tenerías, donde [argumentó] se [habían realizado] estupendas pruebas de valor* por los defensores de la capital de Nuevo León.

En 1933, David Alberto Cossío (1883-1939) en aras de dilucidar lo que ocurrió en esos días de cruentos y estoicos combates contra el invasor norteamericano, en el Tomo VI de sus Obras Completas, se ocupó de historiar el tema desde el levantamiento armado de los colonos texanos hasta que Monterrey cayó en poder de las tropas americanas al mando de Zacarías Taylor (Cossío, 2000, p.p. 45-242). Lo destacable de la obra de Cossío es, aunque no lo refiere ni lo cita, que fue de los primeros -si no el pionero- que utilizó en su narración documentos de archivos locales, tanto del Archivo Histórico de Monterrey, del Archivo General del Estado

de Nuevo León e información de acervos civiles de los otros poderes estatales.

Años después, el 21 de septiembre de 1946, en *El Porvenir* se publicó un artículo de Humberto Buentello Chapa, al que intituló de la manera siguiente: *Un infausto Centenario para Monterrey: Ataque de los Americanos. Un siglo hace que las tropas yanquis se lanzaron al asalto. Interesante episodio de la guerra entre los Estados Unidos y México en 1846*. En el texto - con título de largo aliento- incluyó un *Croquis de las fortificaciones y suburbios de Monterrey con el ataque que dieron los americanos los días 21, 22 y 23 de septiembre de 1846*; además de dos imágenes de los generales Zacarías Taylor y Pedro de Ampudia y un plano de la ciudad de Monterrey. Buentello, de esta forma, recordaba a los lectores del periódico los acontecimientos que vivió la ciudad en el 250 Aniversario de su fundación.

En 1949, del 4 al 9 de septiembre, en Monterrey se realizó la *Primera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*, pero no formaron parte de las reflexiones de los clionautas convocados los temas de la invasión yanqui, la guerra y el despojo de poco más de la mitad del territorio mexicano heredado de la colonia española.

Más adelante, Ricardo Covarrubias (1895-1972) en su obra *Las calles de Monterrey*, publicados los primeros tres tomos en 1947, 1958 y 1970 (y un cuarto volumen editado de manera póstuma en 2010), señaló que en 1955 todavía se alzaba una barda del Fortín de las Tenerías “inmortalizado con los días aciagos de 1846”. Otro autor regiomontano, Carlos Pérez

Maldonado (1896-1990), en sus *Narraciones históricas regiomontanas* publicadas en dos tomos entre 1959 y 1961, no sólo construye sus crónicas teniendo como soportes valiosos documentos citados de nuestros acervos locales, sino también trasciende los funestos días de la Batalla de Monterrey, para explicarnos de qué manera se organizó la administración pública local al mando de los gobiernos militares norteamericanos.

No obstante las evidencias mostradas por Cossío, Pérez Maldonado, Santiago Roel, Isidro Vizcaya e Israel Cavazos, también hubo historiadores que escatimaron la esplendidez de nuestros valiosos archivos civiles y parroquiales, señalando lo estéril que sería el abordaje de este capítulo de nuestra historia regional, nos referimos como ejemplo a la obra de Andrés Montemayor Hernández (1943-1982) en su *Historia de Monterrey* de 1971.

En 1982, gracias a las gestiones del gobernador Alfonso Martínez Domínguez, nuestra Alma Mater, la UANL, adquirió para la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria el Fondo Fernando Díaz Ramírez, mismo que fue valorado por el documentalista y bibliógrafo, cronista e historiador Israel Cavazos Garza. No mentiríamos si afirmamos que el citado fondo cuenta con un vasto acervo integrado por libros, publicaciones patrióticas, cartas, mapas, imágenes y manuscritos originales que comprenden desde el inicio de la guerra hasta su culminación (fondo por cierto, conocido hasta sus entrañas por el bibliófilo Raúl Martínez Salazar).

Historiografía reciente sobre la Batalla de Monterrey

En junio de 1995 el historiador Ahmed Valtier advirtió que la continuación del proyecto Santa Lucía no sólo daría un nuevo rostro al centro de la ciudad de Monterrey “sino también [podía] ayudar a desenterrar literalmente nuestra historia” y enseguida recomendó a las autoridades responsables del desarrollo urbanístico que, al realizar las excavaciones, deberían estar atentos y conscientes de los probables descubrimientos que surgirían, tales como restos mortales, municiones, balas de cañón y otros objetos; todos ellos vestigios materiales de la Batalla de Monterrey en 1846 (*El Norte*, 23 de septiembre de 1995).

En 1996 el diario regiomontano *El Norte* consignó en dos notas intituladas “Los restos de la calle Washington” y “Piden poner un monumento en el lugar del hallazgo” (*El Norte*, 16 y 17 de octubre de 1996), lo que Valtier había augurado poco más de un año antes, los descubrimientos en Las Tenerías y que él nunca imaginó -lo confesaría años después- que las revelaciones de la cruenta batalla fueran a surgir tan pronto.

Las notas publicadas se resumían en lo siguiente:

Las osamentas halladas en Washington y Héroes del 47 son de soldados que participaron en la Batalla de Monterrey en 1846 [...] es urgente [...] distinguir con un monumento o placa el lugar como un sitio de suma importancia histórica en Monterrey. La petición está dirigida al Gobierno del Estado [y al] Municipio de Monterrey [...] El sitio de las Tenerías representa un sitio histórico y debe

haber un monumento o por lo menos una placa en honor a los caídos en aquel sangriento enfrentamiento [...]

El epígrafe anterior recupera el espíritu de las preocupaciones vertidas por Valtier en 1995 y que los historiadores Celso Garza Guajardo (1943-2000), Raúl Martínez Salazar y Carlos González Rodríguez, refrendarían un año después, en 1996. En ese entonces, a 150 años de la Batalla de Monterrey, los indicios localizados y las declaraciones de mis colegas amigos, constituyeron el prólogo de un parteaguas en la historiografía regional sobre este acontecimiento histórico en la prevalencia de la memoria de nuestra ciudad. A partir de aquí, se inauguró un proceso de revisión y de construcción de nuevos enfoques e interpretaciones acerca de esta injusta guerra que fue alentada, provocada y declarada por los Estados Unidos a nuestro país y que tuvo consecuencias regionales de prolongado alcance.

Al año siguiente de los hallazgos de las osamentas en las calles de Washington y Héroe del 47, el historiador Miguel Ángel González Quiroga publicó *Nuevo León ante la invasión norteamericana, 1846-1848* como parte de la obra *México en Guerra (1846-1848) Perspectivas regionales*, coordinada por Laura Herrera Serna. González Quiroga desde entonces se convirtió en un especialista y un referente sobre el tema; además de confrontar la realidad histórica de este suceso desde el conocimiento minucioso de archivos regionales de Nuevo León y de Texas que enriquecen sus investigaciones.

De algún modo, el contexto en que fue publicado el trabajo de González Quiroga lo constituyeron los descubrimientos de los restos mortales y la convocatoria de Ahmed Valtier, Raúl Martínez Salazar, Celso Garza Guajardo y Carlos González Rodríguez a la creación de un monumento o una placa a los finados en la Batalla de Monterrey. González Quiroga (1997), al inicio de su texto, advertía que su trabajo tenía el propósito de “levantar el velo sobre esa etapa desconocida de nuestra historia regional [donde] los historiadores locales no se han ocupado de este episodio, tal vez por lo doloroso y humillante”.

Miguel Ángel González en su obra advertía que “lo único que se ha escrito en detalle son dos relatos de testigos presenciales sobre la Batalla de Monterrey”, y enseguida citaba los textos de José Sotero Noriega publicados en el apéndice del volumen 2 del *Diccionario Universal de Historia y Geografía* en 1856, obra coordinada por Manuel Orozco y Berra.

Esta versión -indica González Quiroga- era una calca de la que se publicó en Ramón Arcaraz (et. al.) *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, impresa por Guillermo Prieto y Manuel Payno en 1848; aunque a Sotero no se le dio crédito entre los quince autores de esa obra. Otro relato fue el de Manuel Balbontín, *Año de 1846. Capitulación de la ciudad de Monterrey*, publicado por el Gobierno del Estado de Nuevo León en 1974 (González Quiroga, 1997, p.p. 425-426).

Miguel Ángel González concluía acertadamente que su obra, “apenas” era un inicio tendiente “a perfilar la

compleja realidad de la guerra en Nuevo León y [en el] noreste [y que existían] muchas lagunas en este cuadro que requería de un estudio más exhaustivo para entender mejor lo que sucedió” (Ibíd, p. 471).

A la par con la publicación del texto de Miguel Ángel González, en ese mismo año Raúl Martínez ingresaba a la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística con el trabajo *Aroma de azahar: testimonios y relatos de los combatientes durante la ocupación de Monterrey, de 1846 a 1848*. Aunque parcialmente difundida en la revista de historia *Atisbo*, aún permanece inédito un gran volumen de esa obra. El autor fue responsable durante tres décadas de la Sala de Historia de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, guía y asesor de los que nos hemos ocupado del tema, a quien respetamos su valía y compromiso con los historiadores e investigadores de la guerra de los Estados Unidos contra México y la Batalla de Monterrey; así como otros temas de historia regional.

Creo, sin temor a equivocarme, que el *boom* de las nuevas lecturas sobre este episodio histórico fue inaugurado a partir del segundo lustro de la década de los noventa del siglo pasado, con un repunte historiográfico regional formidable y alentador. Doña Bertha Villarreal de Benavides (1937-2007) nos legó en el Anuario Humanitas de la UANL, tres documentados artículos sobre el tema de su especialidad, en 2001, 2002 y 2003 respectivamente.

Raúl Martínez publicó tres valiosos escritos en 2001, editados por el Centro de Información de Historia Regional de la UANL. Estos fueron: *La confesión de*

Samuel E. Chamberlain, Sangre y fuego en las calles de Monterrey y Cronología de la invasión norteamericana a Monterrey, 1846-1848. En la *Cronología*, Martínez demandó por primera vez que la calle de Héroes del 47 cambiara su nombre por el de Héroes del 46, en honor a los patriotas mexicanos que defendieron la soberanía a costa de su vida contra el invasor norteamericano.

En 2001 fue editado un valioso disco compacto con el título *Fuentes para la Historia de la Guerra México-Estados Unidos. Nuevo León 1835-1954* (Centro de Estudios Sociales y Humanísticos, A.C., Saltillo, Coahuila y el Servicio de Parques Nacionales del Departamento Interior de los Estados Unidos de América), con un catálogo de 12500 referencias documentales sobre la invasión norteamericana, la guerra contra México y su impacto en Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, San Luis Potosí y Tamaulipas.

Para el caso de nuestra entidad fueron incluidos diez archivos: el Archivo General del Estado de Nuevo León y los de Monterrey, Montemorelos, Cadereyta Jiménez, Santa Catarina, Lampazos, Marín, García, Sabinas Hidalgo y el de la Arquidiócesis de Monterrey. Leticia Martínez, César Morado y Jesús Ávila fueron los coautores de esta obra. Posteriormente, en mayo de 2003, a Martínez, Morado y a Ávila, el Senado de la República les editó *La guerra México-Estados Unidos. Su impacto en Nuevo León, 1835-1848.*

También en 2003, del 1 al 4 de octubre, en Monterrey se llevó a cabo la XI Reunión internacional de historiadores de México, Estados Unidos y Canadá, donde en una Mesa de Trabajo fue abordado el tema

por historiadores locales. Este mismo año, en *Actas* la revista de Historia de la UANL, en el Núm. 4 de julio-diciembre, publicó una entrega especial sobre la invasión norteamericana en el noreste de México, con la colaboración, entre otros, de Joseph Chance (Universidad de Texas-Panamerican), Carlos Recio (Universidad Autónoma de Coahuila), Eduardo Cázares, Raúl Martínez, Ahmed Valtier y Bertha Villarreal de Benavides.

En 2004, el municipio de Monterrey editó otro importante disco compacto rotulado con el nombre *Guerra México-Estados Unidos: Documentos en el Archivo Histórico de Monterrey*, el acervo digitalizado de esta colección fue posible gracias al trabajo realizado por nuestros colegas amigos Margarita Domínguez, Bertha Villarreal de Benavides (Q.E.P.D.), Juan José Palos, Ahmed Valtier, Miguel Ángel González y Eduardo Cázares.

En 2006 surgió la valiosa revista *Atisbo*, editada por Edmundo Derbez, Alejandro Derbez y Ahmed Valtier, importante plataforma de difusión de nuestra historia regional, que ha contribuido enormemente al conocimiento de la cotidianidad durante el conflicto y la ocupación de Monterrey entre 1846 y 1848.

En 2009 The University of Texas at Brownsville and Texas Southmost College y la UANL, publicaron de César Morado, Leticia Martínez y Jesús Ávila *Papeles que hablan de la guerra. Nuevo León (1835-1848). Catálogo de fuentes documentales, hemerográficas y bibliográficas* en tres volúmenes y a Eduardo Cázares la Universidad de Monterrey le editó *Nuevo León*

durante la guerra México-Estados Unidos 1846-1848, fortaleciendo así el inventario especializado de textos que ha capturado la atención y el esfuerzo investigativo de un reducido y compacto núcleo de historiadores a nivel regional.

Para el 2010, por primera vez fue montada una exposición sobre la Batalla de Monterrey en el Museo Metropolitano de Monterrey y fue editado un disco de música alusiva a este combate de Carlos Fuentes y Ana Laura Allende; las partituras de la polifonía fueron investigadas por Pablo Ramos en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, donde obtuvo una copia.

En el citado año, por decreto publicado el 1 de diciembre, el Congreso de Nuevo León estableció en el calendario cívico del estado que el 21 de septiembre fuera considerado como el *Día de la Batalla de Monterrey*. Fue así, como al año siguiente, por primera vez en 165 años, los poderes estatales conmemoraron recordando a los mexicanos que ofrendaron su vida defendiendo la integridad y soberanía de Nuevo León y de México. A la par con el decreto citado, la Universidad de Oklahoma publicó de Christopher Dishman, *A Perfect Gibraltar. The Battle for Monterrey. México, 1846*.

El fulgor historiográfico del que nos hemos ocupado, que narra lo ocurrido en Monterrey entre 1846 y 1848 durante la invasión norteamericana y la guerra México-Estados Unidos, coincidió con el descubrimiento de restos mortales en el sitio donde estuvo localizado el Fortín de las Tenerías, junto con el empeño y tenacidad de un reducido colectivo de historiadores y los *Amigos*

de la Batalla de Monterrey que, finalmente, vieron coronados sus esfuerzos gracias a la iniciativa y la sensibilidad de nuestros legisladores que hicieron factible que los héroes de la Batalla de Monterrey, los *Héroes del 46*, quedaran inmortalizados en letras áureas en el recinto del poder legislativo y en la inauguración de la Plaza Histórica a los Héroes de la Batalla de Monterrey el 30 de octubre de 2012.

En la coyuntura se compaginó la perseverancia de la sociedad civil con la decisión de la sociedad política por la prevalencia de la memoria de la ciudad, recuperando del olvido y la indiferencia a sus mártires de 1846; pero, a la par y de manera simultánea fue configurándose una novedosa producción historiográfica *con olor a cabrito*, es decir de autores locales que, por principio, enfocaron lo que aconteció en Monterrey y sus repercusiones regionales en la configuración de la frontera anglo-mexicana.

Al respecto, en 2011 fue publicada una obra que compendia los desvelos historicistas regionales y reflejan la madurez alcanzada por los escritos sobre la guerra y lo que ocurrió a escala local. Nos referimos al libro de César Morado Macías *El emplazamiento de los cuerpos. Elementos para una interpretación sobre la Batalla de Monterrey durante la guerra México-Estados Unidos en 1846*, editada por CONARTE.

César Morado nos ofrece un riguroso y exhaustivo examen crítico desde una mirada diferente a las *historias generales del conflicto*. Sitúa conceptual y metodológicamente su análisis historiográfico inspirado en la historiografía militar de la escuela francesa de los

Annales, donde predomina el enfoque social *por encima de la historia factual, episódica*.

En 224 nutridas y calificadas páginas, el valioso ensayo consta de cinco capítulos donde rigen los considerandos siguientes:

[... presenta un balance historiográfico e indaga [...] sobre la existencia de suficientes estudios [respecto al rol] desempeñado por los actores locales en la guerra [para] dictaminar si presentan una visión tradicional o una historia social de la batalla [además] [2] postula la existencia de otro tiempo y otro lugar para la batalla vinculado al proceso de configuración de la frontera anglohispana [también] [3] delinea el rol de fuerzas militares y autoridades civiles [brinda] [4] una nueva lectura de la Batalla de Monterrey para ir más allá de una interpretación militar comprimida de Carl Von Clausewitz, es decir, más allá de la guerra como ‘esencialmente combate’ [y] [5] pretende resolver diversos cuestionamientos: en función de lo ocurrido en la Batalla de Monterrey [entre otros] ¿Por qué fue tan importante para el Ejército mexicano la construcción de héroes, y particularmente de heroínas en Monterrey? [...]

(Morado, 2011, p.p. 16-17).

César Morado explora argumentalmente una perspectiva diferente *desde otro ángulo* buscando trazar una historia social de la guerra vista desde la biopolítica de Michel Foucault. Su documentado ensayo constituye un destello que nos muestra la veteranía alcanzada por la historiografía regional entre 1997 y 2011; amén de una novedosa interpretación sobre la

Batalla de Monterrey en 1846 durante la guerra de los Estados Unidos contra México.

Concluimos estos apuntes sobre -el que consideramos- competente inventario de autores, obras y documentos sobre el tema de este escrito. Hoy en día no existe pretexto para ocuparse del asunto abordado, existe una copiosa y vigorosa masa de documentos; hay libros que han enriquecido los estudios con carácter multidimensional, que nos permitirán adquirir otras connotaciones y lecturas de este conflicto que fue frontal y determinó la accidentada, compleja y difícil relación entre dos naciones asimétricas desde inicios del siglo XIX.

Si bien es cierto que el mes de septiembre es por antonomasia el “Mes de la Patria”; pero también es el mes cuando celebramos el aniversario de la fundación de Monterrey; es, de algún modo, por qué no decirlo, el Mes de la Historia, el mes de los Héroes de la Batalla de Monterrey, antes que los Héroes del 47, los Héroes del 46, como lo dijo Raúl Martínez desde el 2001 (*El Norte*, 16 de septiembre); también, antes que la Ciudad de México, Monterrey; antes que Chapultepec, el Fortín de las Tenerías; más preciso y riguroso que la Guerra del 47, la Guerra entre 1846 y 1848.

Posteriormente, entre otros eventos alusivos a la efeméride de 1846, en 2012 se inauguró la *Plaza Histórica de la Batalla de Monterrey*, con la asesoría de Pablo Ramos Benítez y Ahmed Valtier Pérez; en 2013 se realizó un *Coloquio sobre la Batalla de Monterrey* en el Museo del Noreste. Al año siguiente (2014) la UANL publicó *Laberintos de Muerte: la Batalla de Monterrey*

de 1846 del historiador Eduardo Cázares Puente y en 2016, en el 170 aniversario de la Batalla de Monterrey, tuvo lugar el primer coloquio sobre este tema convocado por la UANL, con la participación de 25 ponentes.

Artículos especializados alusivos a la Batalla de Monterrey se han publicado en la revista de circulación nacional *Relatos e historias en México*, entre otros citamos dos títulos de Pablo Ramos y Ahmed Valtier: “La controvertida capitulación de Monterrey de 1846” (Núm. 101, enero de 2017) y “Monterrey 1846, Mujeres a las armas” (Núm. 111, noviembre de 2017).

No quiero terminar sin reconocer la página web del Dr. Pablo Ramos Benítez. El blog diseñado por Ramos sobre la Batalla de Monterrey fue creado el 28 de febrero de 2008 y a mayo de 2019 había recibido más de un millón 130 mil visitas de internautas. Esto denota el indiscutible éxito de la página, el trabajo incansable y fecundo de Pablo Ramos; amén del interés que el tema concita.

Por último, si el antes en la historiografía mexicana que narra lo ocurrido en Monterrey en 1846 durante la invasión norteamericana y la guerra con los Estados Unidos hasta 1848 fue constituida por las obras de Guillermo Prieto (1848 y 1856), José María Roa Bárcena (1883) y Manuel Balbontín (1883) para el siglo XIX; los historiadores citados al inicio (Cossío, Buentello, Covarrubias, Pérez Maldonado, Roel, Vizcaya y Cavazos) continuaron con el proceso de estudio del tema en el siglo XX.

El después o el parteaguas en la bibliografía crítica en el análisis e investigación sobre la materia fue

inaugurado con un nuevo capítulo a partir de 1997 con la publicación de dos ensayos de Miguel González Quiroga⁷, y el asunto adquirió relevancia a raíz de los descubrimientos de restos humanos de los combatientes en la Batalla de Monterrey el 21 de septiembre de 1846, en el otrora Fortín de las Tenerías; ha sido importante la incorporación de un contingente de clionautas locales interesados en dilucidar lo ocurrido entre 1846 y 1848, donde estamos ciertos, ha quedado superada la estrecha visión historiográfica dogmática y centralista de la denominada *Guerra del 47*.

⁷ Estos son: Nuevo León ante la invasión norteamericana, 1846-1848 y Nuevo León ocupado. El Gobierno de Nuevo León durante la guerra entre México y Los Estados Unidos. En Josefina Vázquez (Coord.), México al tiempo de su guerra con Estados Unidos, 1846-1848, México: FCE, El Colegio de México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997.



Imagen 3. Guardia de honor en 2016 ya con la inclusión del Cónsul de Estados Unidos en Monterrey. Timothy Zúñiga-Brown.

III. Las causas de la guerra México-Estados Unidos

Miguel Ángel González

El contexto histórico

La guerra entre los Estados Unidos y México, que aconteció entre 1846 y 1848, cambió profundamente el destino de los dos países. Para comprenderla mejor es indispensable hacer una breve reseña del contexto en el que se ubicaban las dos naciones y las causas que provocaron el conflicto. Tras lograr su independencia, Estados Unidos emprendió un espiral extraordinario de expansión y crecimiento durante la primera mitad del siglo diecinueve.

Al contar con un gobierno nacional fuerte y unificado, una estructura legal sólida anclada en la Constitución, y un sistema económico impulsado permanentemente por la energía creativa y ambición de un pueblo libre, los norteamericanos se embarcaron en la gran aventura de conquistar un continente. La compra del territorio de Luisiana en 1803, la guerra contra Inglaterra en 1812 y la ocupación y compra de la Florida de España en 1819 llevaron a los Estados Unidos a la frontera con Texas.

México logró su independencia de España en 1821, casi cuarenta años después de la separación de Estados Unidos de Inglaterra. Su intento por construir un estado nacional no fue tan afortunado como el de su vecino del norte. El país fue asolado por violencia y

anarquía durante las primeras tres décadas después de independizarse.

Fue imposible lograr la cohesión nacional debido a las diferencias irreconciliables que surgieron entre monarquistas y republicanos, centralistas y federalistas, y conservadores y liberales. Aunado a esto y apoyados por el aislamiento que otorgaba la accidentada topografía mexicana, los caudillos imponían su poder político sobre muchas de las regiones frustrando el sueño de lograr la unidad nacional. Estos conflictos internos se sumaban a las amenazas de España, que pretendía reconquistar su antigua colonia, y de Francia, que tenía reclamaciones económicas contra México, y hacían difícil construir un estado nacional fuerte y unificado.

Factores económicos y sociales también contribuyeron al desasosiego general. México heredó algunas prácticas españolas como el fuerte intervencionismo del gobierno en la economía y un sistema fiscal anacrónico que obstaculizaba la producción y el comercio. La inestabilidad del periodo también entorpeció el crecimiento económico privando al gobierno nacional de recursos que requería para crear la infraestructura y condiciones necesarias para el desarrollo.

Dos problemas sociales de gran trascendencia complicaron la situación de México. La población indígena, que era la mayoría, carecía de educación y vivía esencialmente al margen de la vida política y económica del país. Más aún, el crecimiento demográfico era sumamente lento. México creció de

alrededor de seis millones de habitantes en 1820 a un poco más de siete y medio millones en 1850.

En el mismo periodo, los Estados Unidos pasó de un poco más de nueve y medio a más de veintitrés millones de habitantes. Esta falta de crecimiento no sólo tuvo un impacto negativo en el desarrollo económico, sino que privó a México de contar con ciudadanos que pudieran poblar sus regiones fronterizas al norte, donde cada día llegaban más y más inquietos colonos norteamericanos.

Las causas de la guerra

La extensa historiografía sobre la guerra ha registrado diversas causas del conflicto, entre ellas, los intereses esclavistas del sur de Estados Unidos, los intereses comerciales del noreste, la voracidad por más tierras de aquellos que habitaban el oeste, el Destino Manifiesto y las intrigas del presidente James K. Polk. Para aquellos que responsabilizan a México, frecuentemente se mencionan sus divisiones internas, su incapacidad para poblar y gobernar los territorios del norte y su militarismo arrogante. La mayoría de los historiadores coinciden en que el problema de Texas estaba en el centro del conflicto pero hay que reconocer que Texas formaba parte de un movimiento más amplio: la expansión al occidente. A continuación, abordaré los temas de Texas y la expansión.

Después de lograr su independencia, México miró hacia el norte y se dio cuenta de la necesidad de poblar el Septentrión para protegerlo de la incursión creciente de norteamericanos. El gobierno estableció programas de colonización pero no había población o interés

suficientes en México, así que decidió permitir la entrada de colonos norteamericanos que aceptaban la religión católica y vivir bajo las leyes del país. Concesiones generosas de tierra fueron otorgadas en un proceso de colonización, encabezado por Esteban Austin, que creció desmedidamente y pronto salió del control del gobierno mexicano. Para 1835 la población angloamericana había llegado a 30000, rebasando por mucho a los 7800 mexicanos en la región.

Con la Ley del 6 de abril de 1830, el gobierno mexicano intentó revertir esta situación al prohibir la entrada de nuevos inmigrantes a Texas, pero fracasó. También intentó otras medidas como la imposición de impuestos aduaneros, pero esto sólo acrecentó la inconformidad de los texanos que ahora exigían su separación de Coahuila, de la que formaban parte. El ambiente, ya tenso, se agravó con el flujo continuo de aventureros y buscadores de fortunas exigiendo tierra, apoyados por el gobierno de Andrew Jackson y resueltos a arrebatarse a Texas de los brazos mexicanos.

Para dar frente a este desafío, el general Antonio López de Santa Anna marchó al norte al frente de un ejército e intentó aplastar el movimiento en la batalla del Álamo el 6 de marzo de 1836. La masacre de norteamericanos en el Álamo, y días después en Goliad, enardeció a los insurgentes y, comandados por Sam Houston, el 21 de abril ganaron un triunfo decisivo en los campos verdes de San Jacinto. Santa Anna fue capturado poco después y en los tratados de Velasco, acordó concederle a Texas su independencia a cambio

de su libertad. El gobierno mexicano nunca aceptaría este arreglo.

Texas se convertiría en el problema principal entre las dos naciones, ya que México había declarado que su anexión a Estados Unidos sería equivalente a una declaración de guerra. La anexión se llevó a cabo en 1845 y esta acción fue el preludio del conflicto.

Antes de abordar los detalles de la guerra y su impacto en México y Nuevo León, es conveniente ubicar el problema de Texas y el conflicto entre los dos países en el contexto más amplio de la expansión norteamericana. Es claro que el movimiento hacia el oeste fue como un poderoso viento que barría a todo lo que se le ponía en frente. Ninguna fuerza sobre el continente, ni los indios, ni las dificultades, ni México, lo podrían haber frenado. Este proceso tiene poco que ver con el bien o el mal, o con la culpabilidad o la inocencia.

El ímpetu estadounidense de construir un imperio es evidente, pero en el centro de este proceso imperaba el factor de la demografía. Los Estados Unidos duplicaban su población cada 25 años y para 1860 ya era el cuarto país más grande del mundo. La vigorosa migración europea produjo un crecimiento explosivo de la población norteamericana y éste ocasionó la expansión territorial porque más personas exigían cada vez más tierras. La expansión desembocó en la guerra.

La guerra y su secuela

El impulso expansionista en los Estados Unidos logró un mandato vigoroso en 1844 con la elección de James K. Polk, uno de sus partidarios más impetuosos. Texas no

fue lo único que Polk codiciaba, envió a un emisario especial, John Slidell, a México para negociar la compra de Nuevo México y California a la vez que se preparaba para la guerra. Cuando el gobierno mexicano se rehusó a recibir a Slidell, Polk mandó a su ejército, comandado por Zacarías Taylor, al territorio en disputa entre el río Nueces y el Bravo. Cuando se suscitó un incidente entre las tropas mexicanas y norteamericanas, el presidente estadounidense hizo un largo recuento de faltas que atribuía a México y le pidió al Congreso la declaración de guerra que fue concedida el 12 de mayo de 1846.

México respondió con su propia declaración el 7 de julio pero el país no estaba preparado para la guerra. El gobierno carecía de recursos materiales y humanos, la patria estaba dividida, el ejército carecía de armas y una mejor preparación, y otro golpe militar tumbó al gobierno en el mismo momento que las tropas de Taylor marchaban al interior de México. Las tropas norteamericanas avanzaron sobre México en varios frentes. Taylor atacó por el norte, con rumbo a Monterrey; John Wool y Stephen Kearny se enfilaron hacia Nuevo México y California; y un poco después, Winfield Scott asestaría un golpe al corazón de México a través de Veracruz.

Santa Anna regresó del exilio para encabezar la defensa de la patria y demostró ingenio en la movilización y organización del ejército, pero ineptitud en el diseño de una estrategia para librar las batallas y lograr el triunfo total. Los soldados de Taylor arrasaron Monterrey el 23 de septiembre de 1846 y derrotaron a Santa Anna en la batalla de

Angostura al sur de Saltillo el 23 de febrero de 1847. Scott y su ejército sometieron a Veracruz a fines de marzo y emprendieron la marcha hacia la Ciudad de México, logrando en su trayecto triunfos importantes. El 15 de septiembre, tras una defensa sangrienta y heroica, la capital mexicana cayó ante el invasor.

Muy pronto iniciaron las negociaciones de paz y culminaron con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo el 2 de febrero de 1848, poniendo fin al conflicto. El acuerdo obligó a México a ceder las tierras de Nuevo México y California, alrededor de la mitad de su territorio. Estados Unidos, por su parte, aceptó pagar una indemnización de 15 millones de dólares y se comprometió a respetar los derechos de los mexicanos que elegían quedarse en el lado estadounidense de la nueva frontera.

La pérdida para México fue onerosa, pero entre las cenizas de esta derrota dolorosa y humillante, logró evitar el desmembramiento del resto de su territorio como algunos temían. Asimismo, el país obtuvo dos lecciones valiosas. Una consistió en la realización de una intensa reflexión sobre las razones por las que había fracasado. Este análisis aceleró la llegada de la Reforma, un movimiento que transformaría profundamente al país. La segunda lección consistió en el surgimiento de un espíritu nacionalista que sostendría a los mexicanos en un momento de gran peligro años después durante la intervención francesa.

Nuevo León durante la guerra

Nuevo León fue uno de los estados mexicanos más afectados por la invasión norteamericana y sufrió una larga ocupación que duró de septiembre de 1846 a junio de 1848. La vida diaria de los habitantes de la región, previo a la invasión, era severa ya que sufrían sequías periódicas, epidemias devastadoras y los ataques de indios bárbaros que asolaban la región. La invasión norteamericana sería un flagelo más.

Después de la independencia y a lo largo del periodo antes de la guerra, Nuevo León fue gobernado por una clase política de dirigentes pragmáticos que lograron mantener la paz y la estabilidad en la región a pesar de la turbulencia que imperaba en buena parte del resto del país. Pero los acontecimientos se aceleraron en los años cuarenta y el estado fue arrojado a una guerra que no buscó y para la cual no estaba preparado.

El Ejército del Norte, enviado a defender Monterrey, la capital del estado, carecía de municiones y transporte, y las fuerzas auxiliares, constituidas por civiles, carecían de caballos, armas y la preparación militar más elemental para enfrentar a los invasores. La organización militar padeció de un desorden completo ya que entraban y salían jefes y se interrumpía la continuidad en la planeación y preparación militar. Pedro de Ampudia, el comandante encargado de la defensa de Monterrey cuando Taylor inició el ataque, era un militar que provocaba rechazo entre los políticos del estado y no pocos de los oficiales de su propio ejército. Él modificó el plan de fortificaciones laboriosamente elaborado por su

antecesor y alteró la estrategia de la defensa provocando confusión entre la población.

Monterrey celebraba su 250 aniversario el 20 de septiembre de 1846 cuando las fuerzas estadounidenses llegaron y rodearon la ciudad. La batalla comenzó al día siguiente y después de tres días de una lucha feroz, Ampudia entregó la ciudad. Algunos, como el gobernador de Nuevo León, Francisco de Paula Morales, culparon a Ampudia por la derrota. Otros la explicaron dentro de una perspectiva más amplia. Manuel Balbontín, un integrante del ejército que observó los acontecimientos, escribió que la inestabilidad y falta de organización contribuyeron a la caída de Monterrey.

Estos factores indudablemente influyeron ya que en los cinco meses previos a la batalla, el mando del ejército cambió cuatro veces y en los treinta días antes del sitio de la capital hubo cuatro gobernadores, tres de ellos nombrados por el desesperado gobierno central. Para muchos pobladores la ocupación norteamericana fue un calvario. El problema principal se debió al comportamiento destructivo de los voluntarios que formaban parte importante de las tropas de Taylor. Muchos de ellos habían venido a México buscando venganza por las atrocidades que había cometido el ejército de Santa Anna en Texas una década antes. Cometieron tantos abusos y depredaciones que Taylor tuvo que aplicar medidas estrictas para detenerlos.

Los habitantes de los ranchos y haciendas también enfrentaron problemas graves durante la ocupación, ya que fueron vejados tanto por las fuerzas

norteamericanas como por los grupos guerrilleros mexicanos. Estas bandas, organizadas con el propósito de combatir a los invasores, comúnmente se dedicaban a asaltar y despojar a sus compatriotas.

Este problema no pudo ser resuelto por un gobierno estatal que prácticamente desapareció durante el año caótico de 1847. El gobernador Morales salió de la capital y después abandonó su puesto porque las condiciones imposibilitaron la gobernabilidad. Las autoridades municipales fueron dejadas a su suerte hasta que se firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo en febrero de 1848 y el gobierno del estado regresó al poder.

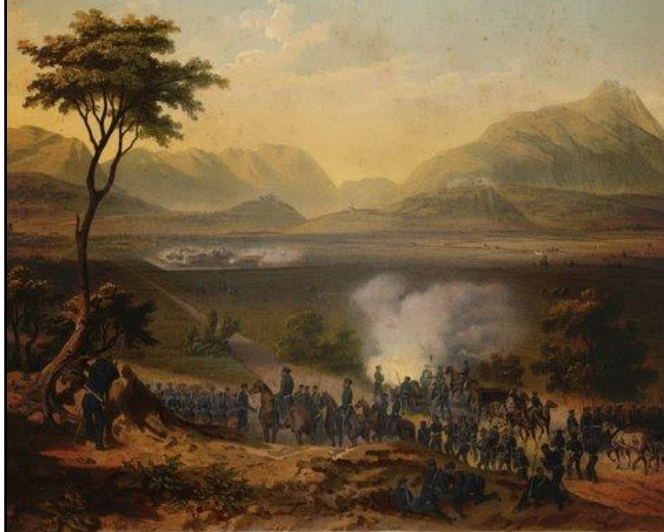
El impacto de la ocupación norteamericana en el estado no fue homogéneo. Algunos municipios como Cerralvo, Marín y Monterrey fueron fuertemente afectados, mientras otros del sureste y sur del estado mantuvieron la paz y tranquilidad sin afectar sus ritmos de trabajo y producción. De hecho, algunos de los productores se beneficiaron vendiendo sus productos al ejército invasor.

Después de casi dos años, las fuerzas estadounidenses abandonaron Monterrey en junio de 1848. El gobierno y el pueblo iniciaron la difícil labor de reconstrucción. La invasión y la ocupación pasaron a formar parte de la historia y de la memoria colectiva del pueblo de Nuevo León.⁸

⁸ Una versión preliminar de este escrito aparece publicado en el sitio <https://docplayer.es/16315207-La-guerra-entre-los-estados-unidos-y-mexico-miguel-angel-gonzalez-quiroya-el-contexto-historico.html>. Consultado el 27 de mayo de 2019.

A PERFECT GIBRALTAR

THE BATTLE FOR
MONTERREY, MEXICO, 1846



CHRISTOPHER D. DISHMAN

Imagen 4. Portada del libro de Christopher Dishman, 2010.

IV. Zachary Taylor: un viejo áspero y listo

Chris Dishman

Después de las victorias en Palo Alto y Resaca de la Palma, el general estadounidense Zachary Taylor se movilizó a la ciudad mexicana de Monterrey. En la mañana del 19 de septiembre de 1846, el general Zachary Taylor y su grupo de avanzada pudieron ver poco a través de la niebla que envolvía la ciudad de Monterrey, el próximo objetivo de Taylor en su campaña en curso en el norte. El ejército de ocupación había llegado recientemente a México después de un arduo viaje en barcos de vapor por el Río Grande desde el sur de Texas, enviado por el presidente James K. Polk para defender al nuevo estado de las incursiones mexicanas.

Taylor, apodado “Old Rough and Ready” por su aspecto habitualmente desaliñado, ya había aplastado al ejército mexicano en las batallas iniciales de la guerra en Palo Alto y Resaca de la Palma, cinco meses antes.

Después de esas batallas, Taylor persiguió al ejército mexicano en retirada hacia Matamoros, y después de encontrar esa ciudad abandonada, hizo planes para atacar la ciudad más grande del norte de México, Monterrey. Los voluntarios acudieron al ejército de Taylor en Camargo, justo al sur del Río Grande, donde Taylor se estaba preparando para el ataque a Monterrey. El clima cálido y húmedo y las prácticas antihigiénicas de los campamentos provocaron una enfermedad desenfrenada en Camargo, que provocó la muerte de cientos de hombres de Taylor, principalmente de fiebre amarilla.

El ejército de Taylor estaba a punto de enfrentar su prueba más dura. En Palo Alto y Resaca de la Palma, los estadounidenses habían utilizado una nueva arma, llamada “artillería volante”, que consistía en piezas de artillería ligeras y de rápido movimiento tiradas por caballos. Durante las dos primeras batallas de la guerra, la artillería móvil cortó el orgullo del ejército mexicano, su caballería, en las llanuras del sur de Texas. Sin embargo, la nueva arma sería inútil en las calles de Monterrey, donde no podría penetrar las estructuras fortificadas de las fuerzas mexicanas atrincheradas.

Para los mexicanos hubo desacuerdo sobre si defender Monterrey. El nuevo general a cargo del Ejército del Norte de México, el general Pedro de Ampudia, creía que Monterrey debía defenderse porque la ciudad protegía la ruta principal hacia el centro de México. El general Antonio López de Santa Anna, recién llegado del exilio, creía que la ciudad debía abandonarse para que el ejército mexicano pudiera reunir fuerzas para una última y decisiva batalla en la Ciudad de México. Esas tropas estarían dirigidas nada menos que por el propio Santa Anna, un hombre que desea recuperar glorias pasadas y conducir a la nación mexicana a la victoria contra otro agresor extranjero. En última instancia, el secretario de guerra mexicano permitió que Ampudia se saliera con la suya; Monterrey sería defendida a toda costa.

Ampudia, asistido por dos de los mejores ingenieros de México, se dedicó a fortificar la ciudad. Los mexicanos construyeron dos fuertes principales, El

Rincón del Diablo y La Tenería, para defender el este de Monterrey y reforzaron la antigua Ciudadela justo al norte de la ciudad para proteger el acceso al norte. Un ornamentado palacio episcopal en lo alto de una alta colina daba a la entrada occidental de Monterrey. Ampudia había escogido un buen lugar para una posición defensiva.

Cada azotea en Monterrey se construyó con el parapeto perfecto: paredes de tres pies de alto rodearon los techos de cada edificio de la ciudad. Las casas eran difíciles de penetrar desde el nivel del suelo debido a sus fuertes puertas dobles, gruesas paredes de adobe y ventanas con barrotes. La artillería mexicana fue colocada detrás de barricadas en las principales calles transversales de Monterrey, haciendo de sus calles trampas virtuales de muerte para atacar a las tropas.

Los primeros disparos de la batalla se produjeron cuando la vanguardia de Taylor, ubicada a unos 1.500 metros al norte de la ciudad, fue saludada por cañones mexicanos ubicados en la Ciudadela. Un disparo rebotó justo sobre la cabeza de Taylor y atravesó directamente a su grupo de avanzada. Los voluntarios aplaudieron al “Viejo Zach” por su respuesta despreocupada al peligro. El espíritu de lucha y el coraje de Taylor ya eran legendarios, y los voluntarios, que no habían participado en las batallas iniciales, estaban ansiosos por ver a su general en acción.

Los voluntarios de Texas que acompañaron al grupo de avanzada de Taylor consideraron que los disparos de artillería ofrecían el momento perfecto para provocar a su némesis. Cabalgaron sus caballos cada vez más

cerca de la Ciudadela mientras esquivaban el fuego de artillería del fuerte. La escena fue todo un espectáculo para los voluntarios, uno de los cuales observó con admiración:

Como muchachos en el juego, esos valientes jinetes, en un espíritu de rivalidad jactanciosa, rivalizaban entre sí para acercarse al borde del peligro. Su proximidad ocasionalmente provocaba el fuego del enemigo, pero los mexicanos también podrían haber intentado derribar las golondrinas como los que se atreven a desafiar a los demonios.

Taylor estableció sus fuerzas en el Bosque de San Domingo, o Walnut Springs, que sirvió en tiempos de paz como un sitio de picnic para la élite de Monterrey. Los manantiales frescos, los nogales y los prados de hierba verde crearon un lugar más apropiado para un caballero tocando la guitarra para su novia que un campamento avanzado para un ejército invasor.

Mientras las tropas disfrutaban de su estancia en la foresta, los ingenieros de Taylor reconocieron la ciudad para desarrollar un plan para el próximo ataque. El reconocimiento fue difícil porque numerosos jardines, arbustos y paredes salpicaban los suburbios de la ciudad, obstruyendo la visión de los ingenieros topógrafos. El mayor Joseph K. Mansfield, el ingeniero principal de Taylor, sugirió que sus fuerzas tomen el paso de Saltillo, la ruta principal hacia Monterrey desde el sur y el oeste. Esta acción sellaría una retirada mexicana e impediría que los refuerzos ingresaran a la ciudad.

Taylor ordenó al general Williams Jenkins Worth, comandante de la Segunda División, que tomara el pasaje de Saltillo. Worth, uno de los mejores generales de la guerra, había renunciado temporalmente al ejército a principios de la campaña debido a una disputa con Taylor, perdiéndose así las batallas de Palo Alto y Resaca de la Palma. Ahora, restaurado al comando, estaba decidido a ganar un “grado o una tumba” en la próxima pelea.

Worth comenzó su marcha a las catorce horas del 20 de septiembre con las tropas de la Segunda División, voluntarios de Texas y Louisiana, y dos baterías de artillería a caballo. Los voluntarios de Texas bajo Worth incluyeron hombres cuyos nombres estarían arraigados en el folclore de Texas: Jack Hays, Samuel Walker, Ben McCulloch y R.A. Gillespie, entre otros. Los texanos presentaban una apariencia de frontera en comparación con los uniformes habituales de Taylor. La mayoría tenía barbas y bigotes largos, vestían camisas rojas y azules brillantes, y llevaban un cuchillo Bowie, un rifle y uno o dos revólveres Colt.

Al día siguiente, las tropas de Worth se encontraron con 1500 lanceros mexicanos y un número desconocido de infantería mexicana que intentaban bloquear la ruta hacia su paso. Los voluntarios de Texas se alinearon detrás de una cerca y, con el apoyo de la infantería ligera y la artillería, rechazaron la carga enemiga. Worth ahora estaba en posesión de la carretera de Saltillo, efectivamente cortando la línea mexicana de retirada e impidiendo que refuerzos o suministros ingresaran a la ciudad.

Las tropas de Worth pronto descubrieron un nuevo fuerte enemigo cuando los proyectiles de artillería cayeron repentinamente sobre ellos desde un lugar que no había sido anotado previamente en los informes de los ingenieros. El fuerte estaba encaramado en la cima de la colina de la Federación, al sur de la carretera de Saltillo. Un pequeño reduto se encontraba en el borde occidental de la colina y un fuerte más grande, El Soldado, protegía el acceso oriental. Desde El Soldado los artilleros podían llegar a Monterrey con sus cañones. Worth les dijo a sus soldados: “Hombres, deben tomar esa colina, y sé que lo harán”, a lo que respondieron: “¡Lo haremos!”.

Worth envió al capitán Charles Smith y a 300 soldados de infantería, incluidos los soldados y artilleros desarmados de Texas que servían como infantería, para atacar un reduto en el extremo occidental de la colina. Los hombres de Smith subieron lentamente la colina de 400 pies, agarrando arbustos espinosos y chaparrales para subir por la empinada pendiente. Mantuvieron el fuego hasta cerca de la cima de la colina, luego cargaron sobre el reduto. Las tropas mexicanas intentaron sin éxito arrojar un cañón de nueve libras colina abajo, permitiendo que los estadounidenses volcaran el cañón contra los mexicanos que huían hacia el este, hacia El Soldado.

Worth ordenó al general brigadier Persifor Smith, comandante de la Segunda Brigada, apoyar el ataque con la Quinta Infantería y los voluntarios de Luisiana. Smith, sabiendo que no era necesario en el reduto, llamó al Séptimo de Infantería y ordenó a sus tropas:

“¡Tomen ese otro fuerte!”. Cada grupo de soldados corrió hacia el fuerte en un esfuerzo por ser los primeros allí. R.A. Gillespie de los voluntarios de Texas fue el primero en ingresar, seguido de cerca por el Quinto de Infantería. Un soldado del Quinto de Infantería dijo a los texanos: “Bueno, muchachos, nos gustó haberlos golpeado”, y garabateó sobre un cañón capturado: “Texas Rangers y 5th Infantry”.

Mientras Worth estaba llevando a cabo su ataque, Taylor dirigió un ataque de distracción hacia el este para evitar que Ampudia reforzara las colinas. Taylor ordenó al general brigadier David Twiggs de la Primera División, bajo el mando del teniente coronel John Garland debido a la enfermedad de Twiggs, para “hacer una demostración fuerte y asaltar las obras avanzadas del enemigo, si pudiera hacerse sin una pérdida demasiado grande”. Garland, con 800 los hombres del Primero y del Tercero de Infantería, junto con el Batallón de Maryland y el del Distrito de Columbia bajo el teniente coronel William Watson, siguieron a Mansfield hasta los suburbios de la ciudad. Las tropas marcharon aproximadamente 500 yardas a través de la llanura, golpeadas todo el tiempo por la artillería de La Ciudadela y La Tenería.

Garland, creyendo que Mansfield quería que atacara el fuerte por la retaguardia, entró a la ciudad a unas 200 yardas a la derecha del fuerte. Las tropas estadounidenses no habían reconocido esta parte de la ciudad e inmediatamente se encontraron en una confusa mezcla de chozas, muros de piedra, calles estrechas y canales de riego. Fueron bombardeados por cañones del

reducto La Tenería, La Ciudadela y un nuevo fuerte que aún no habían localizado, El Rincón del Diablo, que se encontraba al suroeste de La Tenería.

La mayoría de los voluntarios de Maryland y el Distrito de Columbia rompieron y se retiraron de la acción. Los regulares se mantuvieron fuertes, pero no pudieron conducirse por el terreno desconocido. Los soldados estadounidenses estaban cayendo rápido. El capitán Braxton Bragg y su artillería a caballo galoparon a través de la llanura a través del fuego de La Ciudadela para apoyar a la infantería, pero la artillería no podía dañar las fortificaciones mexicanas ni a las tropas que se escondían en puertas, detrás de edificios y en techos. Mansfield sugirió retirarse, y Garland sacó a sus tropas de la ciudad. El capitán Electus Backus, al mando de una compañía del Primero de Infantería, no recibió la orden de retirarse. En cambio, sus hombres tomaron un edificio en la parte trasera de La Tenería, desde donde podían disparar contra los defensores.

Taylor, al ver que sus tropas se retiraban, ordenó a la Tercera División de voluntarios del general de brigada William Butler y al Cuarto de Infantería que apoyaran el ataque. Tres compañías de la del Cuarto Regimiento de Infantería lideraron el avance, incluido un joven teniente llamado Ulysses Grant que se había escabullido de sus deberes de intendente para luchar con el regimiento. Las tres compañías marcharon directamente hacia el reducto, mucho antes que los voluntarios, y en un instante perdieron un tercio de sus oficiales contra la artillería enemiga y el fuego de los mosquetes.

Grant, que amaba los caballos, era el único soldado a caballo durante el ataque, pero milagrosamente no recibió ningún golpe. Las tropas de Tennessee y Mississippi pronto siguieron, y aproximadamente a 200 yardas del fuerte se les dio una orden para avanzar y disparar. El fuego de los voluntarios fue ineficaz contra el reducto. Un soldado señaló: “Nuestra pequeña banda se estaba derritiendo rápidamente como la escarcha ante el sol”.

Jefferson Davis, coronel del Primer Regimiento de Mississippi, apenas podía oírse por el fuego de la artillería cuando gritó: “¡a la carga!”. Los de Tennessee y los de Mississippi atacaron directamente desde el reducto. El teniente coronel Alexander McClung de los voluntarios de Mississippi, posado sobre una pared que rodea el fuerte, agitó su espada para alentar a las tropas. El capitán Backus mantuvo un fuego implacable desde su posición para apoyar el ataque. El general brigadier John Quitman, comandante de los regimientos de Tennessee y Mississippi, lideró desde el frente durante el ataque. Él y su caballo recibieron disparos desde abajo y una bala le atravesó el sombrero.

La posición mexicana en el fuerte fue reforzada por el Tercer Regimiento de Infantería Ligera, pero el teniente coronel a cargo del regimiento huyó. Los defensores mexicanos se retiraron, y el capitán Randolph Ridgley convirtió la artillería mexicana capturada contra El Diablo. Las pérdidas de los de Tennessee representaron una cuarta parte de las bajas en esta acción, y el regimiento a partir de entonces fue conocido como el “Bloody First”.

Lo que comenzó como una distracción se convirtió rápidamente en un asalto a gran escala contra múltiples puestos en la ciudad. El Primero de Ohio, bajo el general brigadier Thomas Hamer, conocido como “Sledgehammer” por sus tropas, recibió la orden de apoyar la distracción al ingresar a Monterrey en un punto central. Los hombres de Hamer, al igual que las tropas regulares de Garland, se perdieron en los suburbios confusos del centro-norte de Monterrey. Un soldado describió el movimiento: “Avanzamos rápidamente por un laberinto de calles y jardines, sin saber ni ver en qué punto de la línea del enemigo estábamos por atacar. A cada paso, las descargas de las baterías en el frente se volvieron más letales”. Las tropas se retiraron por sugerencia de Mansfield.

Tan pronto como Taylor supo que La Tenería había sido tomada, ordenó a los voluntarios de Hamer atacar nuevamente y asaltar el recién descubierto Rincón del Diablo. El día podría salvarse si el ejército pudiera tomar el segundo fuerte importante del enemigo y obtener el control del este y el centro de Monterrey. Los voluntarios de Ohio cruzaron los suburbios del norte hacia El Diablo, peleando en pequeñas partidas mientras usaban casas y muros para cubrirse.

Butler y Hamer, personalmente, encabezaron una carga contra el fuerte, y los mexicanos huyeron. Los de Ohio no se dieron cuenta de que su flanco derecho estaba expuesto a una batería de artillería de una cabeza de puente, o fortificación de puente, que vertió metralla a las tropas. Butler fue golpeado con una bala de mosquete y obligado a retirarse; Hamer se convirtió en el comandante de la división en funciones.

El regimiento se retiró a la llanura al norte de la ciudad, donde fue atacado por un grupo de lanceros mexicanos. Los lanceros apuñalaron sin corazón a los soldados estadounidenses heridos que estaban tendidos en los suburbios y a lo largo de la llanura. El coronel Albert Sidney Johnston, que había estado acompañando a Hamer, organizó a los de Ohio para repeler la carga disparando en masa desde detrás de una valla. El esfuerzo heroico y exitoso de Johnston llevó a la aclamación de todos los involucrados.

Desesperado por capturar a El Diablo, Taylor ordenó a otro grupo de regulares, incluidos los remanentes de la Tercera y Cuarta Infantería, asaltar El Diablo por la retaguardia. Las tropas terminaron directamente frente a la cabeza del puente (de La Purísima) mientras buscaban una manera de cruzar el canal que bordeaba la parte norte de la ciudad. Los mexicanos estaban listos y esperando ese intento. Un soldado estadounidense describió la acción.

Cruzando una calle, quedamos completamente expuestos a las armas de la cabeza de puente, que controlaba el paso del puente Purísima... El fuego fue horrible. No podíamos seguir más allá de haber llegado a un arroyo impasable, en el lado opuesto del enemigo que estaba en plena acción con tres piezas de artillería. Ridgely llegó con su artillería a caballo, pero sus armas no pudieron penetrar los parapetos de los defensores mexicanos, las tropas regulares se retiraron a la seguridad de La Tenería, que ahora estaba en manos de las fuerzas estadounidenses. La acción terminó la pelea del día en el sector este.

Los estadounidenses aún no habían capturado a El Diablo, y la “distracción” de Taylor había resultado en 394 muertos y heridos.

Al día siguiente, Taylor descansó sus andrajosas tropas en el este, mientras que Worth reanudó sus operaciones en el oeste. Worth quería atacar colina de la Independencia (cerro del Obispado), donde se encontraba el ornamentado palacio del obispo, para allanar el camino hacia un asalto total a la ciudad. Los generales mexicanos, asumiendo que la colina de 800 pies de altura era invulnerable, no habían colocado adecuadamente las fortificaciones. Dado que los cañones de la fortaleza se apuntaban a la ciudad, no había apoyo de artillería para las tropas que defendían la cara occidental de la colina.

A las 3 de la mañana del 22 de septiembre, dos ingenieros, el teniente George Gordon Meade y el capitán John Sanders, condujeron al teniente coronel Thomas Childs y sus hombres a la base occidental de colina de la Independencia bajo una espesa capa de niebla y lluvia. Muchos de los soldados consideraron la colina como una “esperanza abandonada” y pensaron que asaltar la empinada colina sería un suicidio.

Un observador comentó que los soldados estarían “cargando sobre las nubes”. Childs tenía tres compañías de un batallón de artillería, 200 voluntarios desmontados de Texas y tres compañías de la Octava Infantería de Estados Unidos, que incluía al futuro enemigo de Meade en la Guerra Civil, el teniente James Longstreet, comandante de la Compañía A. La ligera lluvia hacía que los riscos gigantes de roca

incrustados en la colina fueran resbaladizos e inmanejables. Los soldados, usando arbustos espinosos para el apalancamiento, se subieron lentamente por la difícil pendiente.

Aproximadamente a la mitad de la altura fueron vistos y tiroteados por las tropas mexicanas en el reducto. Los estadounidenses mantuvieron su propio fuego y continuaron trepando por las empinadas laderas mientras los voluntarios de Texas disparaban sus rifles a las siluetas enemigas en lo alto de la colina. Los hombres eventualmente invadieron el reducto, con el infatigable Gillespie, el Texas Ranger que había sido el primer hombre en entrar a El Soldado, a la cabeza. Gillespie fue inmediatamente abatido por las tropas mexicanas. Fue enterrado en el reducto, al que más adelante se hace referencia en informes oficiales como Mount Gillespie.

Los estadounidenses se fortificaron en el reducto asaltado y centraron su atención en su verdadero premio: el palacio del obispo. Desde lo alto del palacio ondeaba una bandera mexicana gigante que se podía ver desde cualquier punto de la ciudad. Los soldados sabían que necesitarían artillería para asaltar el palacio, pero no estaban seguros de poder transportar artillería hasta una montaña resbaladiza de 800 pies. Worth ordenó a sus hombres que lo hicieran realidad, y 50 soldados sacaron un obús de a 12 libras desarmado por la ladera y lo reconstruyeron en el reducto. Pronto, el obús estaba disparando hacia el palacio del obispo.

El teniente coronel Francisco Berra, a cargo del palacio, se dio cuenta rápidamente de que su posición era

insostenible y ordenó que llegaran refuerzos para contener a los estadounidenses. El capitán J. R. Vinton, anticipando que tal oposición estaba a punto de suceder, ordenó a sus voluntarios de Luisiana que se ubicaran en el medio de la colina y fingieran retirarse como respuesta a la carga. Los voluntarios de Texas y los regulares del ejército se escondieron a ambos lados de la colina y detrás de una línea de rocas. Uno de los voluntarios de Louisiana recordó la angustiada experiencia:

Avanzaron hacia nosotros; se nos ordenó cerrar a la derecha en la cima de la colina y caer de nuevo en un barranco a cien yardas de distancia. Lo hicimos en gran orden. Los mexicanos vinieron a nosotros con un grito; la batalla se recrudeció.

Mientras los mexicanos atacaban, los texanos y regulares dispararon contra los flancos de los mexicanos. Los atacantes tenían espacio limitado para maniobrar sobre la pequeña colina. La mayoría intentó retirarse hacia el palacio y hacia la ciudad. Los texanos los persiguieron tan ardientemente que entraron al palacio antes de que los mexicanos pudieran cerrar las puertas. Las tropas estadounidenses despejaron el palacio del enemigo y levantaron su bandera sobre la estructura. Las tropas de Taylor en el este dieron un grito de alegría cuando vieron las barras y estrellas volando con orgullo desde lo alto del palacio.

El miércoles por la mañana, Worth no había recibido más comunicaciones de Taylor. Decidió atacar tan pronto como escuchó a Taylor avanzar en la parte

oriental de la ciudad. La noche anterior, las tropas mexicanas se habían retirado de El Diablo hacia el interior de la ciudad, y Taylor ordenó a la brigada de Quitman que “avanzara cuidadosamente, por donde él juzgara prudente”. Jefferson Davis y sus voluntarios de Mississippi y Tennessee dejaron El Diablo y comenzó a avanzar hacia la ciudad esa mañana. Los texanos del coronel George Wood, asignados a la parte oriental de Monterrey, se unieron al avance.

Un viejo áspero y listo en Monterrey

Los estadounidenses estaban a punto de participar en lo que un soldado denominó una “escena de guerra más extraña y novedosa”. Decididos a no repetir los errores del 21, los estadounidenses cambiaron de táctica. El teniente Meade observó: “Si hubiésemos intentado avanzar por las calles, como hicieron nuestros pobres compañeros anteriormente, todo habría sido hecho pedazos; pero fuimos más hábilmente dirigidos”. Grant estuvo de acuerdo “Él [Worth] recurrió a una mejor opción para llegar a la plaza, La Ciudadela, que nosotros en el este. En lugar de moverse por las calles abiertas, avanzó por las casas, abriendo pasadizos de una a otra”.

El general de división James P. Henderson, gobernador de Texas y comandante de todos los voluntarios de Texas, ordenó a sus soldados avanzar casa por casa y evitar las calles principales. Muchos de los voluntarios de Texas habían luchado juntos en la Batalla de Mier cuatro años antes, cuando las fuerzas de la milicia de Texas también avanzaron cuadra por

cuadra y casa por casa para asaltar a una guarnición mexicana. Ésta fue la primera batalla de la guerra mexicana para muchos texanos, y pelearon por venganza. Como observó un soldado, los texanos lucharon como “leones desencadenados”.

Los voluntarios de Mississippi, Tennessee y de Texas avanzaron lentamente a través del sector este de la ciudad, usando piquetas y palancas para hacer agujeros en las paredes de las casas de Monterrey. Una vez que el agujero era lo suficientemente grande como para pasar, el resto de la partida correría al otro lado de la calle y entraría en la casa. Se construyeron escaleras para permitir a los soldados saltar de techo en techo. En la mayoría de las calles cruzadas, la artillería mexicana repartía mortífera metralla. Para eliminar una batería, las tropas estadounidenses tenían que ganar el techo de una casa y dispararles o rodearla por detrás.

Bragg y sus artilleros lucharon valientemente en la ciudad, pero no pudieron causar ningún daño real. El teniente George H. Thomas, que sirvió bajo Bragg y se encontraría con él nuevamente en la Batalla de Chickamauga en la Guerra Civil estadounidense, casi exactamente diecisiete años después, “disparó un tiro de despedida al enemigo y regresó bajo una lluvia de balas”. El teniente Samuel French, que también servía bajo Bragg en Monterrey, ataba cuerdas al frente y la parte trasera de sus cañones y ordenaba a sus artilleros que cargaran los cañones detrás de una pared, y luego los arrastraba con las cuerdas para disparar contra el enemigo.

Durante la batalla, Taylor estaba en su elemento. El viejo soldado de la frontera nunca mostró duda o

ansiedad, incluso en las situaciones más candentes. El día 23, Taylor paseó por una calle transversal que estaba bajo el fuego más caliente del día. La artillería mexicana disparó contra cualquier soldado que apareciera en el camino. “El general. Taylor y su escolta bajaron por la calle a pie, y muy imprudentemente pasó por la calle transversal, escapando de muchos disparos contra él”, observó un soldado.

Ahí estaba él, casi solo. Trató de entrar a la tienda en la esquina. Cerrando la puerta, él y el mexicano tuvieron una conversación. Otro soldado, al ver a Taylor cruzar la peligrosa calle transversal, le pidió que se retirara a un área más segura. Taylor respondió dirigiendo al soldado: Toma esa hacha y golpea esa puerta. El soldado lo hizo, aunque el dueño boticario en cuestión estaba dispuesto a abrir la puerta.

Taylor disfrutaba interpretando el papel de un capitán o comandante. En la lucha en el este de Monterrey el día 21, Taylor estaba muy cerca de los voluntarios después de irrumpir en La Tenería. Allí, le ordenó a Ridgley disparar su artillería contra un grupo de lanceros que estaban contraatacando. La valentía de Taylor bajo fuego endureció la determinación de sus voluntarios, muchos de los cuales luchaban por primera vez en sus vidas. “Sus oficiales y soldados no tardaron en participar en sus valientes impulsos y espíritu resuelto”, dijo un voluntario.

Cuando una bola de artillería rebotó sobre la cabeza de Taylor el día 19, rápidamente se corrió la voz de que Taylor no se había estremecido cuando la munición pasó por su lado. Cuando sus regulares fueron derrotados el día 21, los soldados voluntarios observaron la reacción de Taylor. Según un voluntario:

El coraje tranquilo del comandante general no dejó de tener influencia en nuestras tropas. Inmóvil como una estatua ecuestre, ocupó el punto más alto de la colina, su rostro bronceado se volvió firme hacia los bien conocidos batallones de Regulares, cuyo coraje y disciplina estaban a punto de enfrentar una acción como nunca antes habían conocido.

Las tropas de Worth se movieron en dos columnas hacia la parte occidental de la ciudad para asaltar a las fuerzas mexicanas concentradas en el centro de la ciudad. A las cuatro y media de la tarde las tropas de Worth comenzaron a enfrentar una dura resistencia, y Taylor, ante las objeciones de muchos de sus soldados, canceló el asalto oriental. Ampudia luego reforzó sus tropas en el oeste de Monterrey con algunos de los soldados que ya no eran necesarios en el este. Uno de los primeros periodistas militares incorporados en la historia de Estados Unidos, George Wilkins Kendall, describió la lucha:

Un incesante traqueteo de armas pequeñas, y un fuerte disparo de cañones desde las barricadas del enemigo se mantuvo desde el primero; aún más arriba, incluso los sonidos

del zapapico, las barras y el ariete podían escucharse mientras los asaltantes avanzaban lenta pero seguramente por entre las construcciones. Se tomaron pulgada tras pulgada, pero no se entregó ni un palmo.

Los estadounidenses pronto emplazaron artillería capaz de llegar a la catedral, donde Ampudia y muchos de los civiles de Monterrey se habían refugiado. En la mañana del día 24, Ampudia envió un mensaje de que estaba listo para negociar un alto al fuego. Contra grandes probabilidades, los estadounidenses habían ganado el día.

En total, Taylor perdió 120 hombres muertos y 368 heridos en Monterrey. Tal vez la mayor pérdida fueron los 16 oficiales muertos durante la pelea. Muchos de ellos habían sido egresados de West Point y se les consideraba estrellas en ascenso en el ejército. Las bajas en Palo Alto y Resaca de la Palma habían sido pequeñas. Esas batallas, señaló un cirujano del ejército, eran “simples juegos de niños” en comparación con Monterrey, la primera prueba real de valentía y liderazgo, muchas veces fatal, para muchos de los oficiales jóvenes del ejército.

Taylor le concedió a Ampudia un armisticio de dos meses y le permitió a él y a sus hombres salir de la ciudad con sus armas y una batería de artillería. Otros veinticinco cañones fueron dejados atrás. Cuando el presidente Polk se enteró de los términos, se encolerizó. Taylor, dijo, no tenía autoridad para negociar con el enemigo, sólo para matarlo. Old Rough and Ready se vio obligado a contactar a Santa Anna y rescindir la

tregua. Mientras tanto, el presidente despojó a una gran parte del ejército de Taylor y lo envió al general Winfield Scott, que estaba preparando un desembarco anfibio en el golfo mexicano y una audaz marcha a campo traviesa hacia la capital.

A la larga, la reacción de Polk no dañó la creciente reputación de Taylor. En 1848, unos meses después de que la guerra hubiera terminado con una abrumadora victoria estadounidense, Taylor fue elegido presidente de los Estados Unidos. En 1850, después de sólo 16 meses en el cargo, murió de un trastorno intestinal repentino y virulento.⁹

⁹ Traducción del inglés al español por Arnulfo Cadena sobre el libro autoría de Dishman, Christopher, *Old Rough and Ready at Monterrey, Military Heritage*, August 2009 , 26-31. [En línea, consultado el 15 de abril de 2019]. Disponible en <https://warfarehistorynetwork.com/daily/military-history/old-rough-and-ready-at-monterrey/>.

THE MAID OF MONTEREY,
 FROM
 "Illustrations of the Mexican War"
 Written and adapted to a
 Mexican Melody
 BY
 J. H. HEWITT.

Published by F. D. BENTEN Baltimore.
 W. T. Mayo New Orleans.

Affettuoso. 4

PIANO

The moon was shining brightly, Up- on the battle plain; The
 gen- tle breeze fann'd light- ly The features of the slain, The guns had hush'd their

1325

Entered according to Act of Congress in the Year 1848 by F. D. Benteu in the Clerk's Office of the District Court of Md.

Imagen 5. Letra y música de The maid of Monterrey.

V. Samuel Chamberlain y la Batalla de Monterrey

Jorge Elías

Samuel Emery Chamberlain nació en Hampshire el 28 de noviembre de 1829 y se trasladó a Boston a los 7 años. Se enroló en el ejército norteamericano a los 17 años y peleó en la guerra con México. Fue un soldado con alma de artista, romántico, educado, soñador y de alma ligera y elocuente. Testigo de la guerra y ocupación del ejército norteamericano en suelo mexicano. Protagonista él mismo de las refriegas, las marchas, asaltos, desvelos y fuegos cruzados. Soldado, pero con ventajas sobre sus camaradas: inteligencia, carisma y la habilidad para registrar los acontecimientos con la pluma y el pincel. Ése era él.

De regreso a su país continuó su vida normal de ciudadano honorable con un puesto en la oficina pública, formó una familia y llegó a ser teniente primero brigadier general en el Ejército de la Unión, al finalizar la Guerra Civil Norteamericana en 1865. Aunque Sam no estuvo presente en Monterrey durante la Batalla, debió escuchar la narración de ésta y las anécdotas contadas por sus compañeros, mismas que utilizó para redactar su propio relato de los hechos. Nunca olvidó sus “aventuras” en la guerra contra México.

Los quince últimos años de su vida se empeñó en redactar una autobiografía que tituló *My confession*. Es básicamente su vida de soldado durante aquella guerra. En ella redacta e ilustra con sus propias acuarelas, cuatro cuadernos llenos de anécdotas melodramáticas

que quizá no se apeguen a una realidad científicamente comprobable. Sin embargo, William H. Goetzmann, quizá quien más haya analizado y estudiado a este personaje y su obra, ha probado con su ardua investigación, que la mayoría de los hechos relatados por Chamberlain son verídicos.

Esos cuadernos permanecieron “ocultos” bajo el resguardo de su familia por casi 100 años y de ellos sólo se conocía uno a mediados de los años cuarenta del siglo XX. Ese documento apareció en una tienda de antigüedades y fue comprado por un coleccionista privado quien lo vendió a la revista LIFE en 1956. Después de su publicación como artículo en tres partes por la revista¹⁰ y como libro por Harper and Brothers en el otoño de aquel año, el manuscrito original y todas sus pinturas fueron obsequiados por la editorial de la revista al Museo de la Academia Militar de los Estados Unidos en West Point y desde ese momento pasaron a ser propiedad de la nación.

My confession de Chamberlain es “quizá la mejor relación escrita de las aventuras e infortunios de un soldado de la guerra mexicana”, según afirma Goetzmann, premio Pulitzer de Historia.¹¹

Aquí sólo traducimos el relato que Chamberlain redacta desde la partida del batallón norteamericano comandado por el general Wool, desde los asientos alemanes de Castroville cerca de San Antonio hasta Monterrey, su versión de la Batalla y dos relatos que

¹⁰ “The romantic memoirs of a Soldier artist”. Artículo en tres partes publicado por la revista LIFE el 23, 30 de julio y 6 de agosto de 1954.

¹¹ Cfr. Texas State Historical Association (TSHA).

debieron suceder mientras Chamberlain permaneció en Monterrey y sus cercanías en 1847.

Mi confesión

Por Samuel Chamberlain

Rumbo a México

Nuestro camino nos llevó al lecho seco de un arroyo flanqueado a ambos lados por enormes rocas. Pasamos unos matorrales de matas de algodón donde el teniente, que iba adelante, levantó su mano en señal de alerta. A la derecha del camino a no más de 100 yardas de distancia estaba un Lancero detenido ¡dándonos la espalda! Estaba tan atentamente mirando una nube de polvo alzándose hacia las distantes montañas que no se percató de nuestra presencia.

Carleton metió espuela a su caballo y, seguido por los demás, fueron por él, atrapándolo antes de que pudiera escaparse. Nuestro prisionero era un miembro de la Guerrilla vestido completamente de cuero, bien montado en un musculoso mustang.¹² Estaba muy asustado pero nos informó que era el ejército de “Los Bárbaros del Norte” –los americanos– quienes alzaban el polvo y que estaban a sólo 12 millas de distancia.

Atándolo a su caballo con su propio lazo, seguimos adelante y un par de horas después, nos encontramos con nuestra guardia trasera

¹² Mustang: Caballo cimarrón de América.

en un lugar llamado Ramas, sobre la carretera de Camargo y Monterrey. Dos días después estábamos en el Bosque del Nogalar (Walnut Springs), nuestro principal campamento en las afueras de Monterrey.

Aquí escuchamos los términos de la capitulación que fue concedida por el general Taylor a los mexicanos después de la captura de Monterrey. ¡Qué afrenta para la armada americana! Todo era ventajoso para los mexicanos e injurioso para los Estados Unidos. ¡La Infantería mexicana retuvo sus armas; la Caballería, sus caballos, la Artillería una batería de campo de seis armas, con 21 disparos por pieza! ¡Las tropas estadounidenses no podían avanzar más allá del Paso Rinconada, justo bajo la ciudad y habría un armisticio por ocho semanas! ¡Cuando, en otro momento, hubiésemos podido retenerlos como prisioneros incondicionales y sin tener nosotros necesidad de nada, solamente de nuestro acero!

Nuestro “Viejo Rudo y Listo” cometió una gran torpeza sin excusa justificable. Los Rangers de Texas estaban enfurecidos de indignación; se escuchaban amenazas contra el General Taylor y el Viejo “Héroe” consideró necesario redoblar la guardia de los Dragones en su Cuartel General.¹³

¹³ Nota de LIFE Op. cit.: La batalla de Monterrey fue una tregua militar y los historiadores han justificado los términos del general Taylor de acuerdo de cese al fuego. Cuatro días de lucha mordaz (sept. 20-23 1846) hicieron fallar a mover a los mexicanos de su Ciudadela en el corazón de la ciudad. Por los términos del armisticio ellos partirían sin más derrame de sangre y la pequeña armada de Taylor ganó tiempo para lamer sus heridas. Mientras tanto el soldado Sam

[Y a pesar de que Chamberlain no fue testigo directo de la Batalla de Monterrey, redacta el siguiente relato de la misma a partir de sus experiencias en la ciudad y las anécdotas de sus compañeros].

Monterrey

Descansamos en el hueco de la tierra, para tomar aliento y esperar a que todo el comando se organizara. Los cañones provenientes del Obispado, ahora abrían fuego sobre nosotros, pero seguros detrás de la fortificación, nosotros respondíamos con hurras y desafiantes, mientras que las gloriosas barras y estrellas volaban al ataque temprano en aquella mañana gris. Cuando, como un mar embravecido, llegó el sonido de exaltados hurras desde la base del valle; la División de Worth, oculta tras la bruma del valle, se concentraba al pie de la montaña, podían vernos y a nuestra bandera estrellada entre las nubes sobre sus cabezas y lanzarnos sus saludos. Conforme fue aclarando el día, pudimos tener una mejor visión de nuestra ubicación.

Fue entonces cuando el rugir, como de un mar embravecido, llegó en el sonido de enormes

Chamberlain llenó su libreta de bocetos con pinturas de la reciente pelea, de las que se han publicado algunas en estas páginas. También adquirió una severa herida en su cabeza, un uniforme rasgado y una gloriosa resaca. Nada de esto lo detuvo a asistir – contra órdenes expresas de su teniente – a un fandango o baile dado para celebrar el armisticio. Las muchachas mexicanas remendaron su pantalón y le ofrecieron vino y mezcal, una potente bebida destilada del jugo de la planta del maguey. Sam, por fin llegó a Monclova – donde los Dragones de Wool habían tomado los cuarteles – atado a su montura y sufriendo de lo que él llamó “mania a potu” (delirium tremens).

hurras desde el valle abajo. La división de Worth, escondida por la neblina del valle, se apiñaba al pie del cerro, podía vernos y a nuestra bandera estrellada en las nubes sobre su cabeza enviándonos sus saludos. Colocados sobre un pico alto de la montaña, teníamos una vista de pájaro de todos los sectores de Monterrey y sus defensas y pronto tres cañones de la parte sureste de la ciudad nos informaron que el general Taylor sabía que poseíamos la llave de Monterrey.

Pero nuevos peligros amenazaban a nuestra pequeña banda. Una gran fuerza de mexicanos se veía formarse afuera del palacio y avanzaban cerro arriba. Un ruido que zumbaba a nuestras espaldas atrajo nuestra atención y para nuestra gran alegría el 5º batallón de infantería, los voluntarios de Luisiana y un obús de bombas de seis libras subieron al cerro y se colocaron detrás de nosotros. El obús de bombas de 6 libras se trajo desmontado en partes y se puso rápidamente listo para usarse. El coronel Childs nos ordenó bajar el cerro en escaramuzas. Mientras pasábamos por la fortaleza, noté a dos Rangers tendidos muertos lado a lado. Uno era el capitán Gillespie, quien había liderado los ataques el día anterior, y que había estado en el Salado.¹⁴

Avanzamos hacia el enemigo, permaneciendo protegidos tras las rocas, manteniendo un fuerte fuego sobre la densa masa de los

¹⁴ La versión en inglés dice “carried the Soldado”. Creo que es un error de tipología y hace referencia a la Batalla en Salado Creek (1842) en donde participó el Capitán Robert A. Gillespie.

mexicanos, mientras tras nosotros los dos regimientos con los obuses en el centro nos seguían a poca distancia en nuestro apoyo.

La infantería mexicana abrió fuego espeso, haciendo una gran bulla pero poco daño. Seguían avanzando como si a la mitad de ellos no les gustara el trabajo, mientras cuerpos de caballería aparecían a su espalda. Nuestra infantería ahora abría fuego, y el obús, bajo el mando del teniente Rowland de la Batería de Duncan, rompió sus formaciones con el cañón. Aun así, el enemigo se acercaba de manera gallarda, acortando el espacio entre las formaciones hasta nada menos que cien yardas de intervalo hostil entre cada fila. Los mexicanos intentaron un ataque. Abajo venían sus doradas bayonetas y a doble velocidad se lanzaban al ataque, pero recibían un fuego mortal y veían las arremetidas regulares sobre sus flancos con altas exclamaciones, temblaban, dudaban, regresaban y huían tras la fuerte pared del Obispado...

Un fuerte disparo en el portón me hizo voltear bruscamente y observé una enorme multitud entrando al palacio a través del portón destrozado por el obús. Fue un trabajo arduo. Los mexicanos estaban siendo ejecutados a bayonetazos en el patio, eran perseguidos cuarto por cuarto, con feroces gritos y lamentos, no se daba tregua.

En la gran sala del palacio los fugitivos se apoyaban y defendían a sí mismos con destreza y, una vez forzados a ceder el territorio, fue

tiempo de golpes. Acero contra acero, los mosquetes golpeaban las cabezas con un enloquecedor “tun”, esparciendo cerebros y sangre. Peleé con mi sable, y fui tirado y puesto entre la espada y el piso por un “mugroso” muerto. Una fuerte voz gritó “tiraos al piso” y en otro momento el defensor rugir de nuestro pequeño obús descargando doble metralla a los lados de nuestros enemigos, decidió el conflicto. Los mexicanos huyeron y desaparecieron por varios caminos hacia la ciudad. El sitio era nuestro.

La caída de Monterrey

A la luz del día en la mañana del 23, la columna que debía atacar el lado norte de la ciudad estaba formada dentro de la fortificación “Media Luna” dentro del Obispado. Mostraba una extraña y formidable apariencia, rostros y ropas completamente cubiertas con una mezcla de lodo, mortero, pólvora y sangre, los ojos rojos como la sangre, con un aspecto de salvajes hambrientos que era muy de temer. Sus ropas y armas añadían dramatismo al comando, por el tipo de “banditti” que tenían. Eran Rangers vestidos en ropa de montaña, de gamuza, con camisas rojas, camisas azules, chaquetas de cuero mexicanas y sarapes.

Los voluntarios de Luisiana, cada uno vestido a su dictado de elegancia, dragones regulares, artillería e infantería armada con “rifles Kentucky”, pistolas de doble cañón, rifles Winsor, mosquetes Ferry de Harper, carabinas, revólveres, pistolas Holster, sables,

espadas, hachas y cuchillos Bowie. Una mirada de determinación en cada rostro, mientras observaban la ciudad yaciendo muy quieta abajo. Habíamos recibido rumores de derrota y desastre de nuestras fuerzas que atacaban la parte este del pueblo, a la que nos habíamos reunido con terribles pérdidas y el general Taylor se había retirado del todo a Camargo, dejándonos a nuestra suerte... ¡Taylor estaba allí!

Estábamos organizados en dos columnas, una para tomar la sección derecha de la Calle Monterrey bajo el comando del coronel Hays, y otra para entrar en la ciudad por la izquierda por la calle de Iturbide bajo el mando del teniente coronel Walker. Yo estaba con ésta última. Finalmente se dio la señal y con un rugido como bestias salvajes, los dos comandos se lanzaron cerro abajo y entraron a la ciudad. Nuestra columna penetró hasta la Plazuela de la Carne y nos encontramos en un avispero. Cada casa era un fuerte que expulsaba un huracán de balas. Los techos planos protegidos con barricadas de sacos de arena estaban cubiertos con soldados que podían verter un fuego destructivo quedando ellos a salvo. Las ventanas con rejas de hierro vomitaban fuego y muerte. Nosotros continuamos corriendo, enloquecidos al no ser capaces de seguir a nuestros enemigos ocultos, alcanzamos una plaza grande, “Plaza de la Capilla” ¡con artillería de metralla sobre nosotros!...

Nos ocultamos tras la protección de las paredes de la iglesia y pudimos escuchar la explosión de armas de fuego y disparos sobre

la calle a nuestra diestra dándonos a entender la resistencia con la que se había topado nuestra otra columna. Los cirujanos que nos acompañaban se hacían cargo de nuestros heridos, los de los mexicanos eran tranquilamente descartados por aquellos colegas humanitarios: los Rangers de Texas.

Reorganizándonos nos lanzamos alrededor de la iglesia y encontramos barricadas en las calles y el mismo fuego infernal fue vertido nuevamente sobre nosotros. Nos refugiábamos tras los parapetos mientras la calle se inundaba de gritos salvajes y los hombres caían a cada instante. Se requerirían Salamandras para aguantar el fuego que nos chamuscaba por todos lados. Nuestra carrera se transformó en caminata y nuestra caminata en una búsqueda general de resguardo tras los portones y los pasajes. Me quedé unido a Walker, quien había ganado mi estima juvenil al brindarme agradables y animosas palabras en el terrible ataque de la Loma de la Independencia. Una docena de nosotros con el coronel Walker estábamos pegados a una puerta herméticamente cerrada, cuando de repente dispararon un proyectil desde dentro que la atravesó. Cayeron tres de los nuestros.

Por orden del coronel, dos hombres con hachas talaron el fuerte tablón de roble. Dispararon otro proyectil al mismo tiempo que uno de los hombres soltó el hacha con un insulto, una bala le había roto el hueso del brazo. Walker ocupó su lugar y pronto la barrera cedió y nos apresuramos hacia adentro. Como ocho o diez hombres de aspecto rudo trataban de escapar

por la parte trasera, pero fueron interceptados por un hombre. No se dio cuartel. En el cuarto trasero encontramos a varias mujeres y niños a quienes no molestamos. Nos enviaron picos y palas así como algunas bombas de seis libras. Se forzó una casa en el otro lado de la calle y nuestros hombres pronto se pusieron a salvo.

Nuestra avanzada era ahora sistematizada. Un grupo compuesto por los mejores tiradores se subieron al techo y ahora renovábamos la lucha en términos iguales. El resto hacía huecos en las hendiduras de la piedra caliza que dividían la cuadra en casas, entonces se arrojaba una bomba liviana al interior, le seguía una explosión, echábamos carrera y generalmente dejábamos entre dos y seis “mugrosos” muertos. Encontramos suficiente comida y vino en grandes cantidades y una casa que era una pulquería o licorería. Para que no nos emborracháramos, se nos indicó que el licor estaba envenenado, pero de esa forma no nos daríamos por vencidos. Hacíamos que un “mugroso” tomara de cada tipo de licor sin dañino efecto aparente, beberíamos mientras que el “catador” sería despachado por un golpe de sable. Cuando los mexicanos eran escasos usábamos a un artillero escocés cuyo imperfecto conocimiento de nuestro idioma le impedía entender ¡por qué le dábamos el primer trago! y por qué esperábamos su reacción con tanta ansiedad. Pero el único efecto que tenía, era que el escocés caía muerto de borracho, y el glorioso: “salud-salud”.

¡Qué terrible es la guerra! Aquí estaba esta hermosa ciudad de unos 20 mil habitantes, con

las mujeres más hermosas del mundo, a merced de una banda de indisciplinados, borrachos y enfurecidos atacantes. Pero no creo que se insultó una sola vez a una mujer durante esta feroz escena cuyo objetivo era acortar nuestro camino una milla y media de casas para alcanzar la ¡Gran Plaza! Al contrario, se hacía lo posible para tranquilizar y apaciguar la alarma. Por sus acciones, yo juzgaría que la mayoría de ellas eran de mente alegre como las hijas de Ismael...

La violación siempre ha tenido una posición conspicua en los anales de la guerra mexicana, de hecho, la mente perversa de algunas personas ha declarado que esta indulgencia general por parte de los vencedores en sus guerras no civiles ¡es la causa de la mayoría de ellas! El militar Tarquin, al expresar haber sido rechazado por una altiva y hermosa mujer, emitirá una “Pronunceta” y alzará la bandera de la rebelión. Éste reunirá a todos los harapientos y ladrones cercanos para atacar al pueblo en el que su bella reside, y entonces a la fuerza obtiene aquello que sus justas palabras no pudieron ganar.

Sus seguidores siguieron su ejemplo. Siguieron otras batallas, se tomaron otras ciudades, y una buena mañana nuestro amoroso héroe se despierta ya sea por el “garrote” o por la ¡silla presidencial en el capitolio! Cuánta verdad hay en esto, no lo sé, pero estoy seguro de que las mujeres lo esperaban como algo que llegaría. Me fui a un cuarto en una de las casas, cuando una señorita en el cuarto comenzó a gritar y a

echarse hacia atrás en una cama de lana, ¡mostrando un par de piernas bien formadas! Le traté de hacer entender que lo que yo quería era algo de comer, no lo que ella parecía pensar, pero ella sólo golpeaba y gritaba aún más. Busqué y encontré una olla de frijoles y me senté a comer cuando la dama levantó la cabeza y me miró, y si su expresión no le creyó, era una mujer decepcionada.

Llegamos a la casa de la esquina de una cuadra, como de costumbre era “la tienda de la esquina” llena de vino, aguardiente y mezcal. En el lado opuesto de la calle que debíamos cruzar había otra de esas infernales paredes de piedra fortificada, protegiendo una casa, una fortaleza en sí misma. Eran las 3 p.m., había cesado el fuego en la parte este del pueblo y por los fuertes gritos de desafío y el creciente fragor de nuestros enemigos, nos percatamos que ellos se habían reforzado ampliamente. Las cosas se estaban poniendo desesperadas, los hombres se estaban emborrachando y se perdía el control sobre ellos. Con palabras de aliento, Walker ordenó que la puerta de la tienda fuera abierta y se le hizo un hueco en la pared. El fuego era tan cegador que mantuvimos la cabeza baja y los ojos cerrados, “íbamos a ciegas”.

Un buen tipo joven, un texano llamado Lockridge, había estado conmigo todo el día, en esta faena él había enrollado una sábana mexicana alrededor de su cabeza y un cuchillo Bowie en la mano para ir a la carga. Nuestros enemigos se lanzaron con un fuego tan pesado que el aire parecía llover proyectiles. Las balas

golpeaban sobre el pavimento y las paredes de piedra, botaban y rebotaban de lado a lado mientras nosotros las esquivábamos. Por fin un regimiento de infantería apareció al lado de la calle, vertiendo su fuego en nuestro flanco y nos atacaron con bayoneta.

Todos peleaban ahora con su propio gancho y peleaban más como diablos que como seres humanos, con hachas, culatas, sables y cuchillos Bowie. Los detuvimos por un momento, entonces, pulgada por pulgada, fuimos ganando terreno. Mi carabina y mi pistola Holster se habían perdido en el Obispado y yo peleaba solo con mi sable. Estaba sin duda mal defendido, pero me apoyaba en mi gran furia, aullando como un diablo y cuando un soldado corrió hacia la punta de mi arma y salió por su espalda, me consideré todo un héroe. Lockridge, cuyo enorme cuchillo chorreaba sangre, viendo esta acción me gritó: “¡Bien hecho, querido! Nada como el frío acero para los mugrosos”.

Tenía ahora la sed de sangre de un tigre que toma posesión de un hombre cuando se enfrenta en una lucha cerrada, un deseo de matar, de destruir la vida, ése es un frenesí que llega casi a la locura, haciendo demonios a los hombres, indiferentes al peligro, a las heridas y a la muerte. Estaba en este estado cuando recibí un culetazo en la cabeza por parte de un mexicano, me lanzó al piso y de alguna manera enfrió mi ardor. Fui arrastrado con otros heridos a la “Fonda” en la que todo lo que quedaba de nuestro grupo se refugió, dejando a

unos 50 de nuestros hombres con “los dedos de los pies hacia arriba” en la calle. Se clausuró rápidamente la puerta, se abrió el fuego por las ventanas sobre los demonios negros que daban bayoneta a nuestros heridos dejados en la calle. Mi cabeza estaba cubierta de sangre y fue bañada en “mezcal”. Esto la puso alerta como si le hubieran prendido fuego, y la vendaron con un “rebozo”.

Pronto me sentí mejor y lleno de lucha. Los gritos de nuestros heridos al ser destrozados volvían locos a los compañeros. Aullaban como bestias salvajes, ¡qué palabrotas! ¡Qué temerarias imprecaciones! Walker gritaba “¡mis calcetines! ¡He jurado dormir en la oficina de correos esta noche o en el infierno! No hay tiempo que perder, a ellos otra vez”. La puerta se abrió de par en par, cuando una tremenda explosión de artillería golpeó la casa y la calle fue barrida por una tempestad. Metralla y bolsas de proyectiles fueron disparadas a las filas de nuestros enemigos por nuestro obús, uno de esos fue traído y armado sobre el techo de la casa en la que estábamos. La otra arma fue desmontada en la calle, mientras que un obús de 12 libras, que llevaba la otra columna en la Calle de Monterrey había sido armado en el techo de una torre que miraba sobre la “Plazuela de la Carne” y tiraba bombas al campo fortificado que estaba delante de nosotros. El fuego del enemigo pronto se debilitó, y ganamos su posición sin más pérdidas. La otra columna no avanzó más allá de la iglesia de Santa María donde se atrincheraron y nos mandaron refuerzos.

Por cuatro horas hasta el ocaso, el infierno reinó en esta parte de la ciudad. El aire estaba henchido con el rugir de la artillería, el sonido de la mosquetería, el estallido de las bombas, los pesados y opacos truenos de las puertas y paredes, estallando ante la presencia de aterrorizados grupos de mujeres y niños. Debimos haberles parecido demonios de otro mundo, nuestra apariencia era por seguro lo suficientemente horrible para intimidar al más temerario, con rostros y barba mezclados con negra sangre, cabellos largos y barbas enmarañadas llenas de pequeños pedazos de mortero, prendas desgarradas con una variedad de artículos encontrados en las casas enganchados a nuestras personas, armas embadurnadas de sangre y todos gritando y aullando. ¡Qué horrible aparición para ser vista por una familia llena de nervios!

En una casa que mostraba indudables señales de riqueza, me presenté a un grupo de damas que se encontraban ante un crucifijo sobre un pequeño altar situado en la alcoba. Tres eran jóvenes y muy bonitas y vestidas en blanco puro, dos mujeres de mediana edad, sus compañeras, llenaban el aire con sus estridentes gritos. Lockridge, que estaba conmigo, hablaba español como un nativo. Trató de calmarlas, pero se echaron al piso dando vueltas y vueltas, las más jóvenes no gritaban, pero tenían los ojos fijos en la cruz. Una de las que daban vueltas se detuvo y en español nos rogó “salvar a las señoritas y hacer de ellas como deseáramos”. Esta nos condujo hacia afuera y el coronel Walker destinó a un viejo hombre de montaña para protegerlas.

En otra casa yacía una madre muerta por un tiro cruzado, con un pequeño niño llorando junto a ella. ¡En cada casa las visiones de terror nos hablaban del horror de un pueblo tomado por asalto! Para unirse a la desgracia de los indefensos habitantes, el cuartel del Fuerte Negro (Black Fort), descubriendo que nos habíamos apoderado de la parte este de la ciudad, abrió sus morteros, lanzando grandes bombas tan alto en el aire, que caían en las calles y destruían casas que explotaban con gran violencia. Nosotros seguimos adelante y una hora después de caer la noche, Walker con otros cincuenta, ganaron una trinchera en la oficina de correos, un alto edificio de piedra con cien yardas y mirador a la Gran Plaza. Walker, cuando era un “simple prisionero” fue confinado a esta casa y el conocimiento que adquirió entonces, le era ahora de gran beneficio. Los que estábamos al lado de Walker éramos Lockridge y yo y subimos a lo alto del edificio con el gallardo Ranger, quien había cumplido su juramento.

La escena sobre el techo era magnífica, el sonido de armas pequeñas, los disparos y los gritos de los combatientes habían cesado, la oscuridad se había asentado sobre la ciudad y cubría la escena de matanza y profunda tristeza, los caballos y los hombres muertos que yacían en las calles se veían negros y extraños en las penumbras. Hacia el campamento del norte, había incendios que trazaban la posición de nuestra reserva. La jefatura del general Worth, el Obispado, era un derroche de luz por los fuegos de su interior. Los ocasionales gritos de algún borracho

atacante o los rebuznes de un burro en la plaza eran los únicos sonidos que escuchábamos. El silencio cayó sobre la ciudad y el campamento. Nuestros heridos fueron embrutecidos con estimulantes y yacían inconscientes de sus dolores.

Se interrumpió el silencio mediante un rugido a nuestras espaldas, una ráfaga de disparos surgió desde la Plaza de la Capilla iluminando el pesado relieve de las oscuras torres de la Iglesia de Santa María, pasó rápidamente sobre nuestras cabezas con un extraño grito rugiente y explotó más allá de la Gran Plaza. ¡El viejo mayor Monroe tenía su cañón de 9 pulgadas y estaba probando su alcance! Siguió otra bomba e irrumpió por el techo de la catedral y explotó en su interior. Toneladas y toneladas de municiones estaban almacenadas en la iglesia, ¡y no estábamos ni a doscientas yardas de distancia! El mayor sólo disparó estas dos, pero el Fuerte Negro (Black Fort) abrió fuego a intervalos por horas. Hice una cama de ropas encontradas en la casa y dormí tendido hasta la luz del día veinticuatro.

Capitulación de Monterrey

En la mañana del 24 de septiembre, me levanté de mi sueño sobre el techo de la oficina postal por una rápida descarga de pólvora desde lo alto de un edificio a dos cuerdas de donde estaba instalado Walker... ¡Ondebaba una bandera blanca de la torre de la Catedral, los clarines del enemigo se escuchaban tocando a negociación! ¡Monterrey era nuestro!....

Un día después de dejar la guardia y obtener permiso para mí y mi caballo hasta “la llamada al establo” firmada por el mayor D. H. Rucker, me dirigí hacia Monterrey y cuando estaba a medio camino vi al teniente Wilson quien me dijo: “¡Sam, ve a la Casa Americana, coge un paquete marcado con mi nombre y tráelo al campamento inmediatamente!” Yo repuse, “Teniente, estoy de permiso hasta la ‘llamada al establo’ y se lo traeré en ese momento”.

“Tráelo ahora mismo o pagarás las consecuencias”, dijo y se fue. Decayó mi espíritu, toda la alegría que anticipé tendría en el pueblo se desvaneció con el desafortunado encuentro. El simple hecho de que él no tenía derecho a darme tal orden o interferir sobre mí en mi tiempo de permiso, no fue de ayuda alguna, ¡qué oficial había respetado los derechos de un simple soldado!

Cabalgué hasta Monterrey, llené mi cantimplora con vino nuevo y acordándome que el Mayor Bucker me había pedido un paisaje de Monterrey visto desde el Obispado, pensé que lo mejor era hacer un boceto ahora. ¡Así pondría en competencia al mayor en contra del teniente!

Cabalgué hacia lo alto del obispado y sacudiendo a Lucifer hacia el grupo de la bandera en la vieja “Fortificación de la Media Luna” me senté en la sombra y comencé a delinear la hermosa escena delante de mí. Todo parecía pacífico, aunque la muerte acechaba en la luz brillante del día en torno a mí, ¡y así es México! Mi experiencia sobre la

feliz actitud con que los Léperos del país hubieran dispuesto de un Herético por las ropas que usaba, me hicieron tener mi revolver listo sobre mi regazo bajo mi libreta de bosquejos.

Había estado allí por una hora cuando noté a dos vagabundos de sucio aspecto rodear un contrafuerte del palacio y dirigirse hacia mí. Se me aproximaron con suavidad y su “Buenos días, amigo”, a lo que yo, con igual educación (pero con mi revolver cargado), respondí: “Muy bueno para servirle, siéntese ustedes un rato, señores”. [sic]

Uno de ellos respondió, “gracias caballero, ¿usted fuma?” Y tomó un cigarrillo de hoja de maíz con su mano izquierda mientras su compadre caminó hacia Lucifer y gritó: “Pronto, pronto púngelo con tu cuchillo”. Mi amable amigo con el cigarrillo hizo a un lado su sucio sarape y sacó un gran cuchillo resplandeciente con su mano derecha y vino hacia mí. Pero se puso bien verde cuando confrontó un revólver en dirección a su cabeza. Disparé pero debí haber fallado al pillo porque saltó a través del alféizar y desapareció cerro abajo.

Su camarada cortó el lazo de Lucifer, le saltó encima y corrió por el camino serpenteado hacia abajo a toda velocidad. Me subí a la fortificación justo cuando el ladrón regresó a la parte de abajo cabalgando como un Comanche, ¡colgando hacia el otro lado del caballo! Le disparé acertándole al hombro y al principio imaginé había desperdiciado otro tiro, pero

pronto tuve la satisfacción de verlo caer mientras Lucifer continuaba su camino hacia el pueblo. Corrí cerro abajo tras mi caballo, pasando al ladrón que bramaba en agonía por un agujero de bala en su cuello. Lucifer fue interceptado por dos dragones quienes me lo devolvieron. Cabalgué nuevamente hacia arriba del cerro para encontrar al pobre ladrón casi ido. Sostenía su rosario en la mano y murmuraba una oración a la Virgen. Cuando viró sus grandes ojos de buey hacia mí, parecían elocuentes con reproche por su muerte. Por el momento sentí pena y un poco de culpa, pero ¿qué importaba? Si los “mugrosos” iban a robar caballos, debían sufrir las consecuencias.

Cabalgué nuevamente hacia abajo, a la “Casa Americana”, atendida por Sarah Borginnis, la así llamada “Heroína del Fuerte Brown” y generalmente conocida en nuestro ejército como “La gran Occidental”. Permanecí aquí varias horas y entonces con el paquete del teniente Wilson regresé al campamento, una hora antes de que mi permiso expirara. Me reporté al mayor Rucker y le di un informe detallado sobre lo acontecido, le dije acerca de los tiros y le entregué un boceto a lápiz de Monterrey como lo vi desde el Obispado, el boceto que le costó la vida al ladrón.

El mayor pareció interesado, pero la única respuesta que recibí de él fue: “¿me das más problemas que el resto del escuadrón, y debería estar malditamente contento cuando los mexicanos te maten!”.

Un amor perdido y una nueva aventura

En el verano de 1847, poco después de haber sido ascendido a Cabo por mi participación en una pequeña escaramuza con unas guerrillas, salí hacia San Nicolás con algunos Dragones y les di una cena en un salón de baile de la célebre Victorine.

Todos estaban tan felices “como campana de boda” pero cuando las cosas empezaron a avivarse salí a tomar aire fresco y mi cabeza nadaba por la potencia del vino y el aguardiente. Paseé un poco entre los naranjos y granados hasta que me hallé a una milla de la fiesta. Llegué a un viejo jacal o cabaña rodeada por una cerca de picos de plantas de cactus y la pude haber pasado sin un segundo vistazo si una voz quebrada, maldiciendo en español no hubiera atraído mi atención. Encontré una entrada por la cerca y miré a través de ella.

¡Qué escena me encontré! Una joven y hermosa mujer, desnuda, estaba de pie frente a la ruinosa choza. Con mejillas carmesí, ojos destellando con desprecio e indignación y su negro azulado cabello despeinado que le llegaba hasta la cintura ¡en gracia y belleza superaba a todo el género femenino! Enfrente de esta visión se erguía un mexicano al que yo reconocía como un viejo conocido: “El Tuerto” mi compañero en un combate a cuchillo en una guardia en San Nicolás algunas semanas antes. El desalmado blandía un cinturón sin curtir con el que azotaba los hombros color

alabastro de esta Peri extraviada del Paraíso, mientras él articulaba los más viles insultos.

Me pude dar cuenta que esta gloriosa deidad era la esposa del viejo monstruo y que éste estaba a punto de exigir su autoridad conyugal sobre ella ¡por huir el día del matrimonio! Decidí que ella debería ser una viuda ¡antes de que él dejara el corral! Sacando mi revólver, lo dirigí a su cabeza, pero un absurdo desgano de dispararle por la espalda me impulsó a decir: “Buenas tardes, mi viejo tuerto”, entonces volteó y encontró el cañón de mi revólver apuntándole directo a los ojos. Lanzó un grito de susto y exclamó: “El demonio americano”, salió por la entrada y desapareció. Lo dejé irse, imbécil corazón de gallina que fui, no pude matar al tipo a sangre fría. Me dirigí entonces a la desconocida belleza, la desamparada damisela afligida, quien se había echado al piso con la cara cubierta por sus manos.

Amablemente la levanté y la cargué hacia adentro de la choza diciéndole tan bien como pude, que no temiera, que yo sería su amigo y la resguardaría de cualquier daño. Se echó hacia atrás el cabello quitándosele de la cara y me regaló una mirada llena de asombro, interés y confianza y entonces como satisfecha me dijo con la voz más dulce del mundo: “Mi amigo, ¿lo envió el Buen Dios para ayudar a la pobre de mí?”

Se retiró detrás de una pantalla formada por una sábana y pronto apareció en un vestido menos parecido al del Edén y se sentó a mi

lado. Mi mente estaba ocupada pensando que debería hacer con este encantador animalito abandonado. Le pregunté si tenía una casa – “Ay de mí”, contestó. “¡No tengo padre, no tengo madre, no tengo amigo ninguno!” Yo estaba ya arrebatado de amor. Planes salvajes revoloteaban en mi mente de adoptarla como hermana, pero ¡*vamos!* – el hombre propone y Dios dispone – una unión platónica entre un dragón salvaje, aún adolescente y una joven apasionada hija de México era un imposible.

Le dije que la amaba, que me era tan querida como propia alma, que nada nos separaría y la llevaría al campamento. Con un salvaje grito de alegría se me abrazó al cuello y sollozó como un niño. Hicimos un bulto con sus pocas ropas y nos dirigimos al campamento tomados de la mano, ella con perfecta seguridad, confiando su destino a un desconocido medio borracho, y ese desconocido, un soldado, un enemigo de su país.

Mientras caminábamos, ella me contó su pequeña historia. Era la hija de un irlandés y una española de cepa, su verdadero nombre era Carmeleita Moro, o Moor, pero su padre murió endeudado y ella y su madre fueron vendidas como peones a un viejo mestizo llamado Veigho, el tuerto de la casucha. Con amenazas y crueles maltratos su madre accedió a que ella se casara con el desgraciado y el matrimonio se realizó el día antes. Ella huyó y se escondió en la pequeña choza, pero “El Tuerto” la siguió y encontrándola firme en su determinación de no vivir nunca con él, éste estaba a punto de castigarla conforme a la ley en el mismo momento en que aparecí.

¡Y ella no cumplía aún los 14! Pero esto era en México, donde madres a los 12 no son raras. La mujer niña, tan voluptuosa y graciosa en figura como la Venus de Medici, de sangre noble y con un puro corazón, ¿no había aún vibrado con la extática bendición del amor! La llevé a los Manantiales Bajos (Lower Springs) cerca de nuestro campamento, la escondí en una densa arboleda y acallé sus miedos con la promesa de volver pronto, me aparté de su abrazo y me fui al campamento.

Confiado al antiguo sargento Charles Hardy, a quien le gustaba apoyarme, había recién recibido una orden que destinaba a “un inteligente Cabo” a los cuarteles de Monterrey para servicio permanente. Muy pronto tenía todas mis pertenencias de valor atadas al lomo de Lucifer, y estaba camino de vuelta a los manantiales. Encontré a mi pajarito a salvo y montándola en la silla delante de mí cabalgué hacia Monterrey. Como no tenía que reportarme sino hasta las 10 a.m. del día siguiente fui a la casa de un amigo, el Encargado del Forraje, a quien le agradaban todos los americanos acuartelados en el pueblo, cuidaba de la casa con una guapa señorita. Él con gusto me acomodó en un cuarto.

Por la mañana, sin estar aún abrumado con el terrible sentido de culpa, que suponía sería la cosa correcta de hacer a dos almas perfectamente felices, fui a reportarme a servicio como se ordenaba, al coronel Sylvester Churchill, Inspector General, Armada de los Estados Unidos, un benévolo y viejo caballero que me recordaba mucho a la estatua de

George Washington. Por mi petición de ausentarme del cuartel, repuso con una sonrisa: “¿Qué, una señorita ya tan pronto? Qué triste situación, bien, bien”.

Encontré un cuarto con una viuda y “sin que me hiciera preguntas”, y me instalé con todas las alegrías de una bendición doble. La fortuna me sonrió por todas partes, una noche, en un fandango al que fuimos juntos gané 110 onzas de oro (\$1,760).¹⁵ Vivimos en el mejor Monterrey que pudimos costearnos, mi querida vestía con las más ricas sedas, su rebozo fue reemplazado por una mantilla y ella vistió medias por primera vez. Un día en una partida de póquer con un dragón “sport” gané un hermoso poni negro que regalé a mi esposa – porque yo realmente consideraba a Carmeleita mi esposa. Las mujeres de los otros soldados le hicieron un vestido para montar, la chaqueta de terciopelo rojo, cortada al estilo de dragón con franjas de oro y un ligero sombrero de jockey con plumas blancas.

Pasaron seis semanas, seis muy dulces y encantadoras semanas, cuando el coronel Churchill fue reemplazado y se me ordenó estar de regreso a mi compañía. Vi al mayor Rucker y le pedí aceptara que mi esposa se uniera como lavandera. Me informó que el viejo Veigho había estado en el campamento con un orden escrita del general Wool para que ¡cualquier oficial la entregara si era encontrada dentro de nuestras líneas!

¹⁵ Una onza de oro española, o doblón, era literalmente una onza de oro.

Le dije lo que sabía sobre “El Tuerto” como miembro de la guerrilla y finalmente me dio permiso para traerla al campamento. Esa noche él vino a nuestra tienda y para mi agrado se quitó el sombrero y la trató con tanta cortesía como si ella fuera la esposa de un general. De hecho, Carmeleita poseía una innata dignidad de carácter, combinada con su extrema belleza que nadie podía permanecer en su presencia sin presentarle el debido respeto que una verdadera mujer debería siempre requerir. El mayor Rucker se vio obligado a ceder, se me asignó a una tienda más grande y más tarde me dijo: “¡Sam, tienes a la mujer más guapa que he visto en mi vida, y si no la tratas bien, mereces que te den un tiro! Espero que ahora, bribón, permanezcas en el cuartel por la noche”.

Todo fue alegría una vez más. Yo era en verdad un hombre reformado y no bebía nada más fuerte que el vino criollo. Mi deber era ligero, la esposa de un soldado cocinaba y limpiaba. Yo tenía más dinero que cualquier otro hombre en el campamento. En ese momento tenía más de \$2,000 depositados en las manos del mayor David Hunter, encargado de la paga, una buena suma ahorrada para mi paga de ¡\$7 al mes! ¡Viva el Monte!

Vivimos en este campo elíseo por tres meses cuando un día se apareció el mariscal preboste en el campamento con “El Tuerto” y una orden para ¡llevarse a “mi mujer”! Yo estaba de servicio y no sabía nada al respecto hasta que la vi corriendo hacia el puesto de guardia con dos guardias prebostes siguiéndola. La tomé

en mis brazos y me enteré de la horrible verdad. Mi seguridad de que la protegería la calmó inmediatamente porque ella creía en mí como en su Dios. Viendo a los tenientes Sturgis y Wilson los llamé para que me ayudaran. Pero ellos me aconsejaron que renunciara a ella tranquilamente y dijeron que el alcalde de San Nicolás respondería por el carácter de Veigho, quien había prometido tratarla con amabilidad y ¡perdonar el pasado!

Era inútil – viendo a Veigho de pie en la muchedumbre con una sonrisa satánica en su cara de buitres, saqué mi revólver y lo dirigí hacia él, pero fui retenido y desarmado por la guardia. Carmeleita gritó: “¡Adiós mi enamorado, adiós Rey de mi alma, vamos, vamos, ven pronto mi cielo!” y entonces felizmente se desmayó. Fui llevado a mi tienda bajo custodia y confinado allí por una hora, entonces pedí un permiso de 12 horas pero se me denegó. Pero el sargento Hardy dijo que me excusaría de presentarme a mis deberes hasta el toque. Mis camaradas sigilosamente sacaron mi caballo y yo estaba pronto sobre el camino hacia San Nicolás en busca de mi amor.

Un amigable sacerdote me informó que “El Tuerto” había dejado el pueblo y se había unido a la guerrilla liderada por un tal Canales, conocido como “El Zorro”. Continué con mi búsqueda durante cuatro días y noches, cuando me encontré con el sacerdote en lo de Victorine y me contó una historia de horror. “¡El Tuerto” había llevado a Carmeleita a un rancho solitario donde fue ultrajada por toda la banda de demonios de Canales y después cortada en pedazos!

Fui degradado nuevamente al rango de soldado raso por haber estado ausente sin permiso y me enteré a mi regreso al campamento que había sido reportado como desertor porque había estado ausente cinco días, cinco días de desesperada cabalgata y cacería, con la desesperación llevándome casi a la locura. Mi aflicción de mente era tan grande que los oficiales no me enviaron al puesto de guardia ni me asignaron deberes. Traté de ahogar mis penas bebiendo sin límite, pero no podía borrar su bella imagen de mi mente. Amargamente me maldije a mí mismo por no haberle disparado a Veigho desde el primer momento. Pero los reproches eran inútiles, y “*¡El Tuerto*” seguía vivo!

Vino entonces la oportunidad de la venganza, la guerrilla de Canales llegó a ser muy conflictiva para nuestras líneas de comunicación. Su depredación debía ser frenada. Hordas de Rangers de Texas recorrieron el país y aunque cientos habían sido asesinados, “El Zorro” y su banda habían logrado salir limpios. Esta cacería humana, aunque excitante, era un deber muy desagradable y no ganó ningún honor. No se daba tregua por ninguno de los dos bandos, y muchas veces en un feroz conflicto con los salteadores, las bajas eran mayores que en muchas batallas de la guerra, aunque nunca llegó a imprimirse un reporte sobre ellas.

Se le ordenó a un destacamento de cincuenta dragones bajo el mando del teniente Abe Bouford a unirse a esta expedición de gran cacería y yo fui uno de los primeros en

ofrecerme voluntario. Con una ración para cuatro días y 100 balas para nuestras carabinas dejamos nuestro campamento en el Bosque del Nogalar (Walnut Springs) antes de que amaneciera una mañana de octubre de 1847.

La siguiente mañana nos reunimos en un rancho en ruinas donde nos encontramos con el alcalde de San Nicolás, completamente disfrazado con un sarape. No había visto a este alcalde desde que había garantizado por la responsabilidad de “El Tuerto”, y al verlo afloraron todas mis malas pasiones. Sabía que él estaba ligado a las guerrillas y deseaba tener unas cuantas palabras en privado con él. Permanecí atrás mientras el resto de la columna continuó cabalgando. Le hice algunas preguntas respecto a la salud de sus amigos y entonces me uní a la columna, mientras que algunos pájaros carroñeros volaron en círculo sobre el puesto donde nos habíamos separado, y se escucharon claramente los aullidos de los coyotes al reunirse a desayunar los restos de un ¡miserable y traicionero alcalde!

Sobre esta expedición tenía muchas esperanzas de atrapar a “El Tuerto” y devolverle con creces el trato que dio a mi amada. Al cuarto día llegamos a una meseta y, desde encima de ella, podía verse un rancho con jinetes a su alrededor a no más de tres millas. ¡Por fin las guerrillas! Fuimos a la carga. Mientras nos acercábamos, podíamos vislumbrar los sombreros que aparecían sobre la azotea y nos disparaban con mosquetes. El rancho era del típico estilo mexicano: un cuadrado de construcciones en torno a un patio

central, sólo por el frente el edificio se inclinaba de manera que las esquinas lo protegían como el bastión de un fuerte. Construida en piedra y cemento por fuera, era una nuez dura de pelar sin artillería.

Noté que las grandes puertas de la entrada del frente se abrían hacia adentro y hablé sobre esto con el teniente Buford, quien pescó la idea. Nuestros hombres bajaron del caballo, los caballos se mandaron hacia atrás bajo guardia y se organizó una escaramuza alrededor del sitio para disparar a los guerrillas sobre el techo, mientras cuatro hombres recogieron un pesado arado que yacía sobre el suelo y golpearon la puerta con él usando este noble proyectil como batería de embestida. En respuesta a nuestro ataque, los salteadores dispararon alcanzando a dos de los cuatro, mientras los demás dejaron caer el arado para buscar refugio junto a las paredes.

Los mexicanos gritaban con sus estridentes y temblorosas voces y seguían disparando sobre nuestros dos heridos que se arrastraban tratando de alejarse del peligro. Viendo esta cruel acción nos lanzamos todos sobre el fuerte, recogiendo el instrumento y azotándolo con tal fuerza a la puerta que pronto se abrió. Al instante abrimos fuego copiosamente hacia el interior y entonces surgieron la prisa, los gritos y los gemidos de angustia. Hubo una feroz contienda que duró cinco minutos y el lugar fue vencido.

Yo entré inmediatamente. Buscaba a “El Tuerto” y no tenía interés en ningún otro, lo

quería a él todo para mí. Pasé un grupo de mexicanos defendiéndose de nuestros hombres en el patio y, viendo que Veghio no era uno de ellos, tomé las escaleras hacia el techo, donde fui atacado por una multitud de hombres bravos. Me fijaba en sus caras en busca de “El Tuerto”, descuidado. Tomé mi revólver con mi mano izquierda y mi sable con la derecha sin encontrar al que buscaba. Trataba de pasar, cuando un zambo de rudo aspecto gritó “Americano soney-bitchey” y disparó en dirección a mí con una gran pistola Flintlock. Afortunadamente falló, pero después me atacó con su machete. Su cara me parecía familiar, y muy pronto supe que no era la primera vez que cruzábamos nuestros aceros. Era Antonio, el guía del general Wool y el héroe de nuestro duelo en la recámara en Parras!

Yo iba a disparar, pero el tonto parecía pensar que podía intimidarme con su espada. Así que después de una pequeña lucha esquivé un sablazo y le di una limpia estocada en su cuello desnudo. El acero le cortó el hueso y cartílago de la garganta por el mismo centro y el guía renegado cayó muerto con un insulto en los labios.

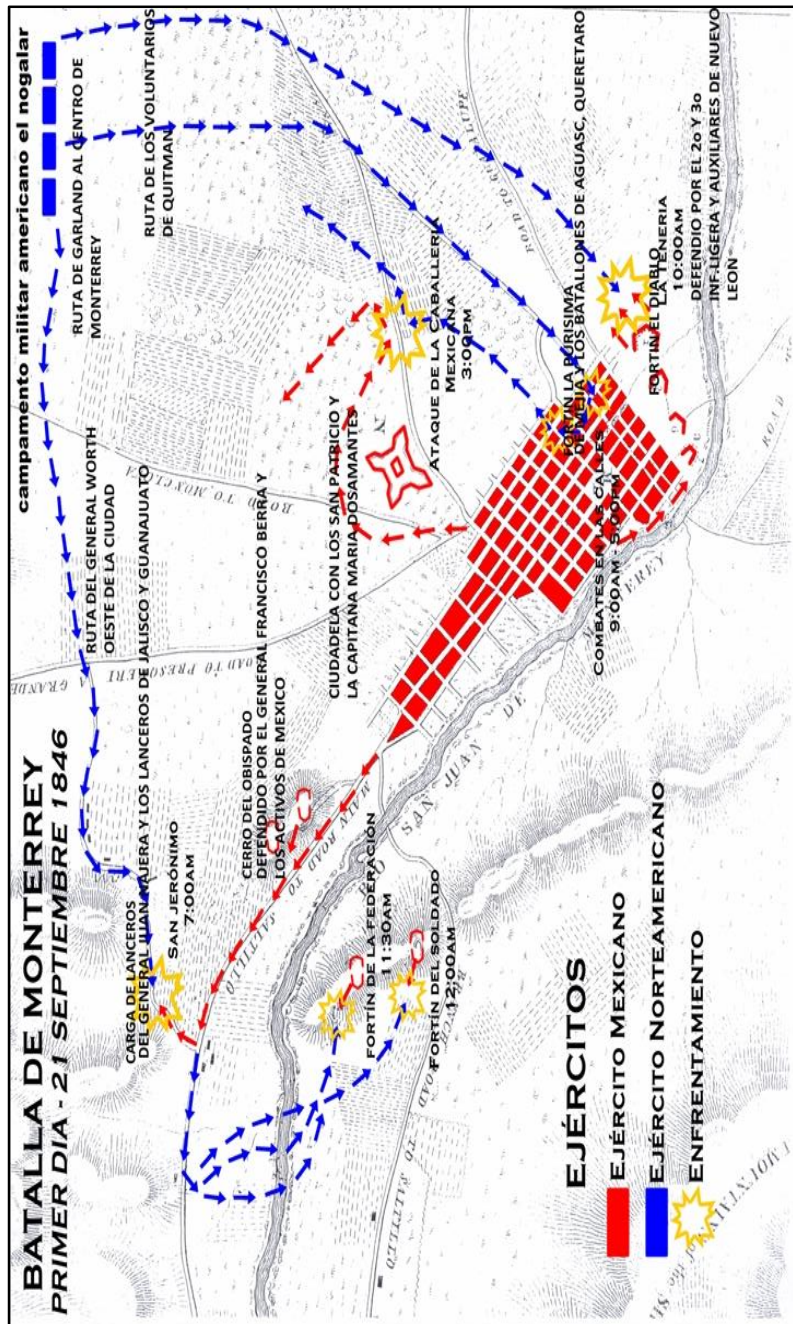
El lugar fue nuestro con una pérdida de dos muertos y cinco heridos. De los ladrones, nueve muertos y el resto, diecisiete prisioneros, muchos de ellos heridos.

Era ahora el atardecer, hicimos entrar a nuestros caballos cerrando y asegurando fuertemente la entrada y nos dispusimos a

hacer confortable nuestra noche. Después de la cena los prisioneros fueron interrogados por Buford acerca del paradero de Canales y yo por el de “El Tuerto”. Pero lo único que respondían los pillos era “¿Quién Sabe?”. Manuel, que había desertado de nuestra columna justo antes de la pelea, estaba con ellos, y mientras Buford lo maldecía, un Ranger muy acomedido ofrecía sus servicios para asistir en “colocarle este lazo mortal” al marrullero. Tanta gentileza tocó el corazón del teniente y amablemente respondió: “¡Sí, agarra a este maldito h... de p... y cuélgalo!”

Cuando el Ranger, de la forma más delicadamente posible, fue a colocar la soga alrededor del cuello de Manuel, el malagradecido renegado gruñó y cogió la mano izquierda del amigable texano con los dientes clavándoselos hasta los huesos. El Ranger trató de ahogarlo, pero en vano, y temiendo perder los estribos si el dolor continuaba, sacó su cuchillo Bowie y lo clavó hasta el mango en el corazón de Manuel. A esto siguió la escena más horrible: todos los prisioneros se nos echaron encima con espantosos gritos, muchos portando cuchillos que tenían escondidos hiriendo a muchos de seriedad antes de que nuestros hombres pudieran reaccionar. Pero esto pronto acabó. Cuando la breve pero feroz contienda terminó, no quedaba ningún “mugroso” vivo. Yo no tomé parte de la ejecución, estaba sosteniendo una antorcha encendida para iluminar a los colgados e hice de antorcha hasta que acabó la tragedia.

BATALLA DE MONTERREY PRIMER DIA - 21 SEPTIEMBRE 1846



EJÉRCITOS

 EJÉRCITO MEXICANO

 EJÉRCITO NORTEAMERICANO

 ENFRENTAMIENTO

VI. La visión de dos participantes del ejército mexicano: Guillermo Prieto y Manuel Balbontín

Ricardo Arron

Al término de la guerra con los Estados Unidos en el año de 1848 se publican las primeras narraciones de los acontecimientos bélicos por autores de renombre y algunos oficiales del ejército: Guillermo Prieto, Manuel Payno, José María Iglesias, Francisco Schiafino, Ramón Alcaraz, José María Roa Bárcena, Alejo Barreiro, Francisco Segura, Napoleón Saborío y Manuel Balbontín, por mencionar algunos.

Bajo un estilo de epopeya, buscando en todo momento mover las emociones del lector, se entrelaza la historia con la narrativa y surgen *La invasión americana 1846-1848: Apuntes del subteniente de artillería Manuel Balbontín*¹⁶ y *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*.¹⁷

¹⁶ Coronel Manuel Balbontín. Nace en la Ciudad de México el 30 de agosto de 1824. Egresado del Colegio Militar como subteniente de Artillería en 1845. Al iniciar la guerra con los Estados Unidos es enviado a defender Monterrey en septiembre de 1846 como parte del Primer regimiento de artillería en donde defendió el Fortín de la Tenería. Fue hecho prisionero y puesto en libertad a la firma de la Capitulación de la ciudad. En año de 1883 publica: *La invasión americana 1846-1848: Apuntes del Subteniente de artillería Manuel Balbontín*, en donde plasma sus vivencias como parte del ejército, así como los testimonios de quienes presenciaron los hechos. Muere en la Ciudad de México el 17 de diciembre de 1894.

¹⁷ *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* fue publicado en 1848 por un grupo de autores de renombre como Ramón Alcaraz, Alejo Barreiro, José María Castillo, Félix María Escalante, José María Iglesias, Manuel Muñoz, Ramón Ortiz, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Napoleón Saborío, Francisco Schiafino, Francisco Segura, Pablo María

En ambas obras se presenta la visión y el sentir de los mexicanos ante la guerra, y de cuyas páginas tomaremos las narraciones, entrelazando, en los siguientes párrafos, los textos que involucran al ejército y a la población civil, dando paso a lo sucedido en septiembre de 1846 durante la Batalla de Monterrey, y al mismo tiempo, ver las diferencias entre ambas obras.

Los preparativos

Después de la penosa retirada de Matamoros, en la convalecencia de grandes infortunios y de males sin cuento, los restos del ejército desventurado de Palo-Alto y la Resaca de Guerrero, permanecían en Linares, cuando en los primeros días del mes de julio de 1846 se recibieron en aquel punto noticias fidedignas de que el enemigo se disponía a penetrar en el interior del país. El general Arista, luego que llegó a Linares pocos días antes de entregar el mando, dispuso que marchase la sección de ingenieros a las órdenes del Teniente Coronel Zuloaga, y el batallón de Zapadores, a las del teniente coronel D. Mariano Reyes, a Monterrey, con objeto de que emprendiesen en aquella plaza algunas obras de fortificación (Prieto et al, 1848).

El camino que llega hasta la Hacienda de la Rinconada con dirección al norte, cambia allí bruscamente hacia el

Torrescano, Francisco Urquidi. Escrito al término de la guerra con los Estados Unidos, narra los acontecimientos que los mexicanos vivieron durante la invasión, apelando a los sentimientos y emociones de sus lectores y criticando la manera caótica en el que los altos mandos militares llevaron a cabo las operaciones de guerra. En el año de 1854, el presidente de la República, Antonio López de Santa Anna, publica un bando en el que ordena la destrucción de la primera edición de esta obra, por considerar que deshonra y ofende el decoro de la República, y a la vez, impone un veto en el servicio público a los editores involucrados en la publicación.

este, continuando así hasta llegar a Monterrey, a donde se rindió la jornada, no sin pasar repetidas veces el Río de San Juan, con el agua a la rodilla.

La ciudad de Monterrey está situada precisamente a la salida de la garganta que atraviesa la Sierra Madre. Un ramal de ella envuelve la población por el sur y por el este, corriendo a su pie el Río de San Juan, que puede servir de foso aunque presenta algunos vados. Toda la parte norte y nordeste es una extensa llanura con algunos manchones de bosque, por este lado debían aparecer los americanos (Balbontín, 1883).

Monterrey es una de las más hermosas ciudades de la república, la capital de la frontera. Situada en un fértil valle en medio de altísimas y pintorescas montañas, la naturaleza se ostenta en toda su belleza y vigor. La construcción material de la ciudad es bastante buena. Casas de cantería, calles tiradas a cordel, plazas amplias y una iglesia catedral de magnífica construcción. Pasa por un costado de la ciudad un cristalino río, en cuyas márgenes hay pintorescas casas de campo y frondosas huertas.

La ciudad desde su fundación había disfrutado de tranquilidad, pues aún las revoluciones civiles habían las más veces perdonado la ciudad santa de la frontera. Después de las desgracias del Río Bravo el torbellino de la guerra la amenazaba muy inmediatamente, y los habitantes preveían un grave y doloroso conflicto (Prieto et al, 1848).

Los restos del Ejército del Norte mandados por el general D. Pedro Ampudia, habían buscado refugio en Monterrey, que fortificaban a la sazón con obras de

tierra. La parte del este se cubrió con tres obras pequeñas abiertas por la gola, capaces de alojar cada una, de ciento cincuenta a doscientos infantes, con dos o tres piezas de artillería. También se cubrieron con dos líneas de parapetos y fosos, las calles centrales que ven a aquel rumbo.

Del lado del norte se construyeron dos flechas capaces de contener cada una de cincuenta a sesenta hombres. A la izquierda de estas flechas, en el puente de la Purísima, se levantó una obra irregular según lo permitía la localidad. Detrás de esta línea se cubrieron igualmente con parapetos las calles que desembocaban a ella (Balbontín, 1883, p. 43).

Los soldados trabajaban como simples operarios; los jefes alentaban sus esfuerzos; la población patriótica y entusiasta prodigaba sus recursos; y después, el gobernador del estado de Nuevo León D. Francisco Morales, residente en aquella ciudad, competía aumentando las fuerzas del ejército y contribuyendo con los medios todos que ponía en su mano la autoridad civil. Este afán lo redobló la noticia del movimiento del general Taylor a Camargo (Prieto et al, 1848, p. 33).

Fuera de la ciudad, siempre al norte, en el llano, y alrededor de los muros de una catedral empezada a construir, se levantó un fuerte cuadrado con bastiones. Esta obra, a la que se le dio el nombre de Ciudadela, era la única cosa seria que había en Monterrey. Algo adelante del punto en que concurrían prolongándolas, las líneas que pasaban por las obras del norte y del este, se construyó un fortín de forma irregular cubriendo una tenería, cuyo nombre llevó. Por el rumbo

del oeste, a la salida para el Saltillo, sobre las alturas, a uno y otro lado del camino, había dos obras avanzadas, de poca importancia.

En el cerro llamado del Obispado estaba la más formal, que consistía en una especie de bonete que miraba a la ciudad, y en una pequeña flecha colocada sobre un crestón, situado a la espalda del edificio del Obispado, y que lo dominaba. Tomado este crestón, el Obispado estaba perdido, porque la obra que miraba a la plaza de nada serviría. Sin duda, el ingeniero que la trazó, se propuso que cuando la plaza se perdiera continuara defendiéndose el Obispado, sin sospechar siquiera que el enemigo pudiera atacar aquel punto antes de penetrar a la plaza.

La otra obra, era un simple reducto cuadrado sin fuegos flanqueantes, construido sobre Loma Blanca, incapaz en su aislamiento de ofrecer una resistencia formal. Se le llamó Fortín de la Federación. Las calles que desembocaban al oeste, también se cortaron con parapetos y fosos. Hacia el sur, solamente había parapetos en las calles que daban al río.

Cuando la Brigada del general Simeón Ramírez llegó a Monterrey, ya se habían terminado algunas de las obras referidas, y las demás se hallaban en construcción. Diariamente se nombraban en la orden general los batallones que debían trabajar en las líneas, y los que habían de dar la guarnición (Balbontín, 1883, p. 45).

Los americanos se concentraron en Cerralvo, y se disponían a dar un golpe rudo y repentino, cuando nuestro ejército, sin un plan realmente, reunía el

general Pedro de Ampudia la junta de defensa presidida por el Jefe de Estado Mayor, general D. José García Conde; en ella se acordó la prosecución de las fortificaciones de la primera línea, y que se empezaran las de la segunda o retrincheramientos interiores, y se distribuyeron los trabajos que todos emprendieron con incansable esfuerzo. El enemigo, con su actividad característica, nos amagaba desde Cerralvo, con más evidencia de una pronta salida a cada momento.

Por nuestra parte, sin plan de operaciones verdaderamente, indecisos todos, vacilantes en los proyectos que se sospechaban, vieron el 13 de septiembre reunir otra junta de jefes de brigada para tratar aún de la defensa de la plaza. Esta junta dio por resultado que se abandonasen las obras de fortificación que se construían entre la Ciudadela y el cerro del Obispado, continuándose sólo las de los dos puntos referidos y la de la Tenería: lo demás se redujo al interior de la ciudad; esto ocupó una nueva división de trabajos. Lo que se perdía física y moralmente en todas estas contradicciones, ya lo sospechará el lector parcial.

El enemigo emprendió su marcha el 14 de septiembre; las fuerzas auxiliares, después de un insignificante tiroteo, le dejaron libre el tránsito de Alacranes a Marín. Prosiguieron el 15 de septiembre los americanos; nuestras fuerzas de caballería a presencia del enemigo evacuaron el pueblo y pasaron el río, atravesándolo también aquel en su persecución hasta el rancho de Aguafría, donde acampó, precediéndole los nuestros a una prudentísima

distancia, en un lugar llamado San Francisco – Apodaca- (Prieto et al, 1848, p. 35).

En la tropa no faltaba entusiasmo, pero la discordia se había introducido en la guarnición. Desde la retirada de Matamoros, el ejército se había dividido en dos bandos. Uno de ellos estaba conforme con que tuviese el mando el general D. Pedro Ampudia, pero el otro, pretendía que lo tomase el general D. Francisco Mejía. Estos partidos, de que apenas se apercebían los oficiales subalternos y la tropa, eran la preocupación de los generales y jefes, y en mi concepto, tuvieron una funesta influencia en los acontecimientos.

Entre los oficiales había rivalidades de otro género, que no hubo cuidado de cortar en su origen. Los veteranos del antiguo Ejército del Norte se denominaban *bocas de palo* porque habían perdido la costumbre de comer. Los que llegaron a Matamoros con el general Ampudia les pusieron los *polkos*. Y por último, a los que acababan de llegar de la capital los llamaron los *redentores*. Siempre que había alguna reunión de oficiales, estos cambiaban entre sí, picantes epigramas que solían producir disgustos.

El general Ampudia dictó algunas disposiciones que causaron desagrado. Fue una de ellas el haber nombrado inspector de las obras de defensa al general graduado D. Simeón Ramírez, persona muy versada en el conocimiento de las tácticas de línea y ligera así como en el servicio y manejo de un regimiento; pero incompetente, sin duda, en materia de fortificación. Como era de esperarse, cometió este general varios

desaciertos, pero el mayor de todos consistió en mandar demoler el Fortín de la Tenería. Cuando esto pasaba, ya estaban los americanos en las goteras de la ciudad (Balbontín, 1883, p. 46).

Esta vacilación peligrosísima del general Ampudia, las antipatías que existían entre él y los principales jefes, destruían la confianza recíproca: las amargas críticas de éstos, y otras circunstancias que para rubor nuestro reveló después el enemigo vencedor, auguraban un funesto porvenir en aquella plaza, por más que los esfuerzos de la población y el brillante comportamiento de casi todos los jefes, de la oficialidad subalterna y de la tropa, templasen aquel presentimiento aciago. De todos modos, estos antecedentes creaban un estado de incertidumbre congojoso.

Así, al frente de un enemigo orgulloso con sus victorias, en medio de los temores que producía la situación con las noticias de nuestros escándalos en México, la noche del 15 de septiembre, cuando reviviendo nuestros más tiernos recuerdos de independencia y de familia, la música militar anunció la hora solemne en que se proclamó nuestra existencia como nación, todos obedecieron al sentimiento patriótico, y exaltando los ánimos el entusiasmo, se olvidó todo y se ansiaba el combate como vindicación y como gloria. La mañana del 16 de septiembre los enemigos amanecieron en sus mismas posiciones y nuestra caballería en su observación. La ciudad tomaba el aspecto severo e imponente de una plaza guerrera: aquel sordo presentimiento de la lucha próxima se comenzó a sentir.

Las familias que hasta entonces no habían emigrado, ahora abandonaban en tropel sus hogares con el terror en los semblantes, vertiendo lágrimas por sus deudos, sosteniendo la joven los pasos del trémulo anciano, llevando en sus brazos a sus hijos el padre cariñoso. Las escenas de dolor, de ternura, de abnegación generosa se multiplicaban por todas partes, y estas sufridas poblaciones que tan poco debían a la opulenta y desdeñosa México, lo sacrificaban ahora todo, se ofrecían como en expiación sublime de todos nuestros crímenes, para que no profanase nuestra capital el pabellón que ha ondeado sobre el palacio de los Moctezuma. Ese aspecto solitario de una ciudad en espera de un combate ya la podemos comprender los que lo hemos visto, pero es superior a toda descripción (Prieto et al, 1848, p. 38).

La guarnición constaba poco más o menos, de cuatro mil infantes y dos mil caballos, con cuarenta y seis piezas de artillería de batalla, muchas de ellas en mal estado. En toda la fuerza se contarían unos mil hombres de Guardia Nacional de Monterrey y la frontera, siendo una gran parte de caballería de la llamada de correitas. Sucedió, que para poder cubrir todos los puntos fue preciso que quedasen débiles; pero sus guarniciones confiaban en la acción combinada de la reserva y de la caballería (Balbontín, 1883, p. 49).

El inicio de los combates

El 18 de septiembre, entre diez y once de la mañana, entró nuestra caballería en la plaza, porque el enemigo había ocupado a San Francisco (Apodaca). Ordenó

entonces el general en jefe que se situara a la falda del cerro del Obispado. Ese mismo día se recibió de México una conducta de veintiocho mil pesos, que se distribuyeron entre el ejército, aliviando un tanto sus penosas miserias (Prieto et al, 1848, p. 39).

En septiembre 19 los americanos comenzaron sus reconocimientos. Algunos cañonazos disparados desde la Ciudadela pusieron en alarma a la población. Las guerrillas de caballería condujeron algunos prisioneros (Balbontín, 1883, p. 50).

Resonó el toque de generala, las tropas corrieron a las armas; los habitantes de la ciudad salían armados de sus casas, dirigiéndose entusiastas al lugar amagado. Las mujeres y los niños discurrían aterrados, mezclando sus gemidos y sus lloros al eco marcial de los clarines, al acento de los vivas, a la vocería confusa de las tropas, a los sones festivos de las bandas de los cuerpos.

Avanzaron las columnas enemigas hasta cerca de la Ciudadela, donde se les recibió con algunos tiros de cañón, que no contestaron, limitándose a practicar un ligero reconocimiento; retirándose en seguida al bosque de Santo Domingo, punto distante cosa de una legua al norte de aquella plaza, y donde establecieron su cuartel general (Prieto et al, 1848, p. 40).

En septiembre 20 el enemigo continuó sus reconocimientos. Al anoecer, el general Worth, con una brigada de infantería, con carros, avanzó hacia la espalda del cerro del Obispado, desde cuya cresta se le hicieron algunos disparos de cañón, sin resultado. Nuestra caballería de la izquierda se dividió en dos

trozos; uno al mando del general Torrejón y el otro a las órdenes del general Jáuregui que entró a la ciudad, con lo que los americanos tuvieron el paso libre para el camino del Saltillo (Balbontín, 1883, p. 51).

Llegó la tarde, se vio mover una columna enemiga (la del General Worth) con varios carros y artillería, que tomó el camino del Topo. Este movimiento indicaba claramente que llevaba por objeto posesionarse del camino del Saltillo y cortarnos toda comunicación con el interior del país. En la plaza se observó aquella operación e hizo marchar el general en jefe la caballería, que situó en el Jagüey, punto de reunión de los caminos del Topo y del Saltillo. En esta expectativa pasó la noche (Prieto et al, 1848, p. 40).

Habiendo manifestado D. Luis Robles, distinguido oficial de ingenieros, al general en jefe la necesidad que había de reconstruir el Fortín de la Tenería, que se estaba demoliendo, el general dispuso que la misma guarnición que lo cubría trabajase toda la noche en repararlo. Con efecto, toda la noche se trabajó a pesar de la lluvia, que no por ser fina, dejaba de causar gran perjuicio.

Al amanecer, los parapetos estaban casi concluidos, aunque se había tenido que completarlos con sacos a tierra, que tenían el grave defecto de ser de género ordinario de algodón; pero el foso, sin terminar, no tenía la anchura ni la profundidad necesarias, hallándose además las escarpas con escalones que facilitaban su descenso y escalamiento. Sobre las plataformas para la artillería, colocada a barbata, no se habían establecido explanadas de madera, y semejante

falta debería producir dificultades en el servicio de los cañones, sobre la tierra recientemente amontonada y humedecida por la lluvia. La obra, pues, se hallaba sin concluir.

La guarnición la componían unos doscientos infantes de los batallones Segundo Ligero y Querétaro, repartidos entre el fortín y la casa de la Tenería, que quedaba a la espalda. La artillería, constaba de una pieza de a ocho, una de a cuatro y un obusito de montaña, que no tenía dotación de artilleros.

Mandaba el fortín el coronel del Segundo Ligero D. José María Carrasco, y la artillería el Jefe de División D. Juan Espejo. La capital de la obra se inclinaba de noreste a suroeste. La cara y flanco de la derecha estaban protegidos por la casa de la Tenería y por el río de San Juan. La cara y flanco de la izquierda miraban a la campaña, hacia el rumbo que traía el enemigo. Por descuido, o por falta de tiempo, no se habían limpiado los aproches, y un campo de maíz cuyas cañas estaban crecidas, algunos árboles, magueyes y nopales, favorecían grandemente a los asaltantes. El trazo del fortín era una luneta; pero en uno de los flancos se había construido una pequeña cara, como para ocultar un poco la gola que quedaba descubierta (Balbontín, 1883, p. 51).

A las seis de la mañana, la columna hostil del general Worth en san Jerónimo, con seis piezas, emprende su marcha. Nuestra caballería se arroja sobre ella, al principio de aquel ligero combate cae muerto el comandante de los Lanceros de Jalisco D. Juan Nájera; se empeña la carga, la dirige el comandante del regimiento de Guanajuato D. Mariano

Moret; los cincuenta dragones que lo siguen yacen tendidos, entonces, rota su lanza, tirando de su espada, solo, herido, se arroja intrépido y persigue a los americanos hasta sobre sus mismas piezas, retirándose enseguida tranquilo.

El enemigo mismo respetó su osadía al no dispararle en su retirada un solo tiro. Cuando volvió a la plaza cubierto de polvo, goteando sangre su valiente espada, prorrumpieron en aplausos sus camaradas; y él, con su modestia, mostró que el verdadero mérito es humilde, y que el heroísmo huye de la desvergüenza y de la vanidad.

Tan luego como comenzó a batirse nuestra caballería con la brigada del general Worth, de que ya hemos hecho mención, destinada a interceptar el camino del Saltillo, el general en jefe dispuso que el general García Conde, con dos piezas de artillería y el batallón de Aguascalientes, marchara con violencia a reforzar a aquella, poniéndose en combinación con el general Torrejón para practicar las operaciones que fuesen convenientes; pero apenas García Conde comenzaba a disponerse a obrar, cuando recibió otra orden del general en jefe para que con las dos piezas y el batallón regresara a la plaza. Este último fue destacado al puente de la Purísima, por donde atacaba fuertemente el enemigo.

Dueños los americanos del camino del Saltillo, se lanzaron rápidos sobre el débil destacamento situado en las lomas frente al Obispado, ganaron dos piezas e hicieron flotar su enseña vencedora sobre nuestro fortín de la Federación (Prieto et al, 1848, p. 42).

La mañana del 21 amaneció lluviosa y triste. A la tropa se le dio un trago de mezcal, para confortarla un tanto de las fatigas de la noche. Serían las siete cuando el enemigo comenzó a organizar su ataque a la Tenería. Para cubrirlo, situó una batería (cerca de una milla al noreste del fortín) con la que batió unos veinte minutos a la Ciudadela. El general D. Francisco Mejía, que se hallaba en estos momentos en la Tenería, le dijo al coronel Carrasco que se preparase porque el ataque a la Ciudadela era fingido y el verdadero vendría sobre aquel punto. En efecto, tres columnas, aprovechando las sinuosidades del terreno y la vegetación, avanzaron a paso acelerado. La de la derecha se dirigió a ocupar la arboleda y solares que terminan la ciudad por el noreste. La del centro se detuvo quedando en reserva y la de la izquierda, precedida de una nube de tiradores, cargó sobre la Tenería.

El enemigo, sin detenerse a contestar el vivo fuego que se le hacía, llegó hasta las inmediaciones de la obra y allí cubriéndose con todos los accidentes que proporcionaba el suelo y ocupando algunos jacales, rompió un fuego nutrido y certero. En estos momentos llegó un refuerzo de la plaza al mando del teniente coronel de infantería D. Joaquín Castro, que conducía ciento cincuenta hombres del Tercero Ligerero, y un cañón de a ocho, al mando del subteniente de la primera brigada de artillería D. Agustín Espinosa. La pieza y una parte de la infantería, entraron al fortín, y el resto de la tropa subió a la azotea de la Tenería.

El combate comenzó a ser terrible. Los americanos, con rodilla en tierra, agazapados, en toda clase de

posturas; posesionados del terreno cercano al fortín, a tiro de pistola y aun sobre la contraescarpa y cubriéndose con cuanto encontraban hacían un fuego muy vivo a los parapetos. Otros, habiendo penetrado a la arboleda, descubrían por la gola el interior de la obra, y herían a algunos hombres por la espalda. Sin embargo, los americanos retrocedieron. La columna del centro, que hasta entonces había permanecido inmóvil, avanzó apoyada por algunas piezas de artillería, a restablecer el ataque.

Advertido el subteniente Espinosa de que colocaban un cañón (cerca de 200 metros al norte del fortín), hizo dos o tres disparos tan certeros, que el enemigo tuvo que desistir de su intento. La infantería había redoblado su fuego, y la guarnición de la Tenería comenzaba a fatigarse.

Repentinamente, las columnas enemigas de la derecha y del centro, se retiraron en desorden, lo que visto por la de la izquierda, que era la más empeñada en el ataque, no tardó en imitarlas. Las dianas y los vítores más entusiastas se lanzaron al aire por los defensores de la Tenería, que por momentos esperaban ver la columna de reserva salir sobre el enemigo. Pero no fue así. La causa de la retirada de los americanos, era la aparición hacia su derecha de una fuerte columna de caballería, que salió de la plaza, por el rumbo de la Ciudadela. Una carga brusca de toda aquella masa, acaso hubiera producido gran resultado, pero solamente cargaron unos cincuenta jinetes del Tercero, al mando del teniente D. Joaquín Miramón.

El no haber cargado toda la caballería se atribuyó a las rivalidades que existían entre los generales. Los lanceros de Miramón alcanzaron a los americanos, ocasionándoles algunas pérdidas; pero posesionándose éstos de unas cercas, obligaron a retirarse a los del Tercero. Sin temor ya a la caballería, que permanecía inactiva, organizó el enemigo un nuevo ataque contra la Tenería. La guarnición del fortín estaba llena de fatiga y desconsolada porque no veía aparecer la anhelada columna de reserva.

Los fusiles ardían; la pieza que mandaba el subteniente Espinosa, a cada disparo rodaba hasta el fondo del fortín costando gran trabajo volverla a subir y poner en batería, en lo que ayudaba personalmente el teniente de ingenieros D. Joaquín Colombres. La otra pieza de a ocho, que dirigía el capitán graduado, teniente del arma D. Jacinto Domínguez, hacía fuego con suma dificultad porque colocada a barbeta en el ángulo saliente del fortín, los artilleros quedaban completamente a descubierto, hallándose los americanos alojados al otro lado del foso, desde donde los cazaban. En tan críticas circunstancias, Domínguez tapaba el fogón, cubriéndose como mejor podía con la cureña y con la pieza.

El cabo José Solomo y un artillero servían los primeros puestos, y ambos se habían acostado debajo de la cureña. Apoyando la espalda a la rodillera del parapeto, introducían la carga en el cañón y la empujaban con el atacador, cuya maniobra era ejecutada con mucho trabajo. Otros artilleros, agazapados a los lados de las ruedas, las empujaban

cuando era necesario para poner el cañón en batería; y los cuartos artilleros proveían de municiones a los primeros por entre los rayos de las ruedas. Fuera de combate Domínguez y algunos sirvientes, después de larga fatiga, la pieza quedó muda, hasta que concluyó la acción.

El género de los sacos a tierra con que estaba revestido el fortín y terminaba el parapeto se había incendiado con el fuego de las cazoletas de los fusiles y la tropa no podía acercarse para disparar. Dos artilleros que conducían municiones para proveer las piezas se habían quemado por habérseles inflamado los cartuchos que llevaban. A pesar de todo, el enemigo fue recibido en su tercer ataque con igual denuedo que los anteriores; pero pronto llegaron a oírse dos gritos a cuál más aterradores. ¡Parque! ¡Agua!

En efecto, la tropa sufría una gran fatiga; los soldados tenían los labios negros de la pólvora, y esta circunstancia y la agitación del combate les producía una sed abrasadora. En cuanto a las municiones, nadie sabía dónde hallarlas, ni aparecía el jefe del punto para darle parte de lo que pasaba. Ya no quedaban haciendo la defensa más que los oficiales. En esto, el fuego del enemigo aumentaba, mientras el nuestro disminuía notablemente y los soldados comenzaban a separarse del parapeto.

El capitán del Tercero Ligero D. Domingo Nava, reunió unos cuarenta hombres y se dirigió con ellos hacia la gola, arengándolos para cargar a la bayoneta; lo cual visto por los soldados que quedaban en los parapetos, se precipitaron también en dirección de la

gola. En vano pretendieron los oficiales contenerlos, y los que se detenían, poniendo armas al hombro y mostrando las cartucheras vacías, exclamaban invariablemente: “Mi jefe, que nos den parque y nos batiremos.”

Cuando pasó aquella avalancha solamente quedaron en el fortín cinco individuos, a saber: el teniente de ingenieros D. Joaquín Colombres, el subteniente de artillería D. Agustín Espinosa, un oficial de infantería llamado Castelar, un soldado del Tercero Ligero, y el que suscribe (subteniente de artillería Manuel Balbontín). En la azotea de la casa de la Tenería quedaban el capitán del Terceto Ligero D. Juan Servín, el teniente del mismo cuerpo D. Ignacio Solache, el subteniente del Batallón de Querétaro D. Guillermo Moreda, y algunos soldados. Momentos después del abandono del fortín, observando los americanos que el parapeto se hallaba desguarnecido, lanzaron tres “hurras” y asaltaron la obra.

El primer grupo que subió sobre el parapeto, lo verificó por el ángulo saliente; colocó una bandera azul con el águila y las estrellas americanas, y disparó algunos tiros, uno de los cuales hirió a Castelan. Otros disparos sobre la casa de la Tenería causaron la muerte del joven y valiente capitán D. Juan Servín. El enemigo se hizo dueño de toda la artillería, de poco armamento y tomó tres oficiales y unos treinta soldados y arrieros prisioneros. El combate había durado desde las siete de la mañana hasta las doce, sin interrupción (Balbontín, 1883, p. 54).

Nuestros soldados se retiraron al punto del Rincón del Diablo, a tiro de fusil de la Tenería, donde

resistieron valerosamente, distinguiéndose, entre otros, el teniente coronel D. Calisto Bravo y el capitán de artillería, Arenal (Prieto et al, 1848, p. 43).

El fuego que nuestros soldados comenzaron a hacer desde el puente de la Purísima y del Fortín del Diablo, bañaba de tal suerte el interior del Fortín la Tenería, que los americanos se vieron obligados a guarecerse dentro del foso. Así es, que en aquel sitio donde minutos antes había tanta agitación, no quedaban entonces más que los muertos, rodeados de un silencio pavoroso.

Tomando el fortín, los americanos no descansaron sobre sus laureles, sino que suponiendo que la pérdida de aquel punto habría causado grande efecto moral en la plaza, se lanzaron inmediatamente sobre el Fortín del Diablo. La columna del centro enemigo avanzó violentamente sobre el fortín y parte de la tropa que atacó la Tenería se deslizó por la orilla del río para ayudar al ataque.

El coronel de infantería, capitán de artillería D. Ignacio Joaquín del Arenal, y el jefe que mandaba el Fortín del Rincón del Diablo, arengaron a la tropa al verse acometidos. La gente, entusiasmada, comenzó una defensa vigorosa que obligó a los que atacaban, retroceder. Allí, como en la Tenería, no se perseguía al enemigo cuando era rechazado, por lo cual, éste, podía fácilmente reorganizarse, y con nuevos refuerzos volver a la carga mientras los defensores se fatigaban y disminuían cada vez más. Si se hubiera conservado la reserva, haciendo uso de ella en tiempo conveniente, tal vez no se hubiese perdido la Tenería, o perdiéndose, fuera ocasionando sensibles bajas al enemigo.

Volvieron los americanos a la carga inclinándose cuanto pudieron hacia su derecha para descubrir la gola del fortín y evitar el fuego de dos piezas que allí había. Arenal, que lo notó, bajó las piezas de sus explanadas y sacándolas fuera de la obra, maniobró tan hábilmente con ellas, que con sus certeras punterías y con el fuego de la tropa del Segundo Ligero, que cubría el puesto, se logró por segunda vez hacer retroceder a los americanos. Contribuyeron a esta defensa los destacamentos situados en las dos flechas intermedias, entre el Rincón del Diablo y el puente de la Purísima.

Un tercer ataque del enemigo tuvo para él el mismo mal resultado que los anteriores, por cuya causa no volvió a emprender nada sobre aquella línea. Entre las pérdidas de material sufridas en el fortín debe contarse un cañón reventado (Balbontín, 1883, p. 55).

Situándose por fin el general Mejía en el puente de la Purísima. Allí revivió la lucha ensangrentada, y se prolongó tenaz y con encarnizamiento; cuando agotadas todas las municiones pidieron parque los soldados al general Mejía, éste contestó que no se necesitaba mientras hubiera bayonetas. Esta respuesta se recibió con vivas de aplauso, redoblose la energía; el enemigo por su parte, ardiente y esforzado, combatía a la vista del mismo general Taylor que asistía a esta lucha. Hace, en fin, un impulso, nuestros soldados saltan los parapetos, y como dice Tirteo exhortando a los griegos, pecho contra pecho, arma contra arma, confundidos, frenéticos, cargan los nuestros, y sobre el terreno que han ganado, sobre los cadáveres de nuestros enemigos,

entre el humo de su sangre impura, sube a los cielos el grito victorioso de “Viva México”.

Los valientes que conquistaron aquel lauro a las órdenes del general Mejía, fueron trescientos hombres de Aguascalientes y Querétaro, mandados por el teniente coronel Ferro y comandante de batallón D. José María Herrera. El comportamiento de la artillería, al mando de D. Patricio Gutiérrez, fue brillante. Los enemigos, después de haber perdido cerca de mil hombres en este encuentro, se retiraron al bosque de Santo Domingo, dejando algunas piezas y un corto destacamento en la Tenería (Prieto et al, 1848, p. 46).

El teniente coronel D. Patricio Gutiérrez y el subteniente del Batallón de Querétaro D. Manuel Bulnes con algunos infantes, salieron del parapeto e hicieron varios prisioneros. Entre ellos, había dos jefes de ingenieros gravemente heridos. Éste fue el último ataque que intentó el enemigo en el día 21. Había combatido desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde, sufriendo grandes pérdidas, sin haber obtenido otra ventaja por aquel lado que la toma de la Tenería.

Entre los heridos del enemigo se contaba el general Butler. He descrito fielmente el ataque que el general Zacarías Taylor en persona dirigió el 21 de septiembre de 1846 sobre el noreste y norte de la ciudad de Monterrey.

Los prisioneros que hizo el enemigo en la Tenería fueron conducidos con una fuerte escolta al bosque del Nogalar, donde el general Taylor tenía formado su campamento, pero durante el trayecto sufrieron el fuego de cañón que la Ciudadela hizo a la escolta que los conducía, mientras la tuvo a su alcance. Al llegar al

campo, alojaron a los oficiales en una tienda de campaña inmediata a la del general Quitman; y a la tropa en un lugar distante, debajo de los árboles. En la noche llegó el general Quitman, trató a los oficiales con agrado, y les mandó su negro con una charola abundantemente provista de jamón, galletas y café, primer alimento que tomaban aquel día (Balbontín, 1883, p. 56).

En la madrugada del día 22 el enemigo se apoderó del pico occidental más alto del cerro del Obispado, sorprendiendo a sesenta hombres del Cuarto ligero que lo defendían, contra los pronósticos y las seguridades del señor mayor general García Conde, quien había sostenido que era inaccesible (Prieto et al, 1848, p. 47).

Los americanos colocaron una pieza en la cima que ocupaban, y con otra que tenían situada en Loma Blanca, cruzaban perfectamente sus fuegos sobre nuestros soldados, batiéndolos por el frente y por la espalda. De los tres cañones que quedaban (en el Obispado), solamente uno se hallaba en buen estado de servicio. Los otros se habían inutilizado; el uno desmotándose, y desfogonándose el otro, cuyos desperfectos ocurrieron durante el fuego que el día anterior habían hecho cuando la carga de la caballería.

Toda la mañana hizo el enemigo fuego de cañón mientras organizaba su ataque. El teniente coronel D. Francisco Berra solicitó repetidas veces que fuese reforzado el punto, pero parece que se le contestó que le “bastaba con la fuerza que tenía”. Sin embargo, se asegura que se dio orden al general D. José López Uruga para que se encargase de la defensa del Obispado, y que dicho general anunció que si para las

doce del día no le mandaban por lo menos ochocientos infantes y dos piezas, no se haría cargo de la defensa. Como no llegó el refuerzo pedido a la hora indicada, cumpliendo su palabra el general Uruga se volvió a la Ciudadela (Balbontín, 1883, p. 56).

Nuestras guerrillas rechazan al fin al enemigo auxiliadas por un corto refuerzo de cincuenta hombres de caballería que mandaba el general Torrejón; empeñados, los americanos destacan tres columnas sobre la obra disputada y cargan con decisión; los nuestros, agobiados por el número, retroceden en desorden, sin que pudiesen protegerlos las fortificaciones, que únicamente tenían fuegos para la ciudad (Prieto et al, 1848, p. 47).

Entre dos y tres de la tarde, los americanos descendieron sobre el Obispado con una fuerte columna apoyada con multitud de tiradores. Nuestros soldados esperaron formados en batalla, pero al fin fueron arrollados por el superior número y el impulso del enemigo. El general Torrejón, que se hallaba con su brigada de caballería cerca del cerro, quiso auxiliarlo. Al efecto, mandó desmontar parte de su fuerza y le ordenó subir pero como era natural, fue rechazada por la infantería, que en aquel caso tenía una incontestable superioridad (Balbontín, 1883, p. 57).

Advirtiéndolo un soldado que la bandera quedaba izada en el fuerte, volvió por ella, y logró arriarla y llevarla consigo, a pesar del fuego que hicieron sobre él para impedirlo. No sé si al soldado le dieron algún premio, que bien lo merecía, pero supongo que no,

porque no recuerdo que el hecho se haya mencionado en algún documento oficial.

Eran las cuatro de la tarde cuando el enemigo se apoderaba entre su algazara de júbilo de la obra. Los soldados en tropel, llenos de espanto, descienden y penetran al interior de la plaza difundiendo el terror, cuando salía un tardío refuerzo del batallón de Zapadores y el Primero de línea para el Obispado. Nuestras comunicaciones con el Saltillo quedaron entonces cortadas absolutamente (Prieto et al, 1848, p. 47).

Posesionados los americanos del Obispado y del Fortín de la Federación, quedaron dueños del camino del Saltillo, y por consiguiente, cortada la guarnición de Monterrey con el interior de la República. Aunque esto era realmente un mal, no influía inmediatamente en la defensa de la plaza, porque siendo puestos aislados y fuera del recinto los que ocupaba el enemigo, tenía éste que hacer nuevos esfuerzos para penetrar en el perímetro fortificado.

Sin embargo, en vez de preparar la defensa para el día siguiente, se ordenó en la noche el abandono de la primera línea, donde el día 21 se habían estrellado los americanos, y corrió igual suerte la segunda, que aún no había podido ser atacada. Concentradas las tropas en la tercera línea, quedaron aglomeradas en una pequeña área, donde los proyectiles enemigos tenían por necesidad que hacer el mayor efecto.

El sistema de defensiva absoluta que se había adoptado, ayudaba admirablemente al enemigo. No solamente no se intentaba recobrar alguno de los puntos que se habían perdido, ni tampoco se hacían

salidas para apoyar las defensas parciales y rechazar los ataques, sino que innecesariamente, según mi humilde juicio, se abandonaron dos recintos fortificados que habrían costado muchas pérdidas al enemigo (Balbontín, 1883, p. 58).

Estas disposiciones se cumplieron a las once de la noche, en medio de un ruidoso desorden, proveniente de que la tropa rehusaba abandonar sus posiciones sin combatir. La murmuración y el descontento se manifestaban sin embozo, padeciendo la moral militar lo que no es decible. Quedaron avanzados al poniente y en las avenidas del cerro del Obispado ciento cincuenta hombres y en la Ciudadela una guarnición de quinientos, a las órdenes del coronel Uraga.

Amaneció el 23, se supo que las fuerzas enemigas situadas en el cerro del Obispado habían sido reforzadas considerablemente con infantería y artillería, ocupando la Quinta de Arista, Campo Santo y otras posiciones contiguas. El general Ampudia salió de la catedral, donde había establecido su cuartel general y permanecido durante la acción, y recorrió los atrincheramientos. En la ciudad se trabajaba con ansioso afán en las obras emprendidas, coronando de saquillos las azoteas y aspillando varios edificios, a la vez que el enemigo, desde la Tenería y las lomas del sur, la atacaba con la batería que estableció en el primer punto y la pieza que colocó en las lomas mencionadas (Prieto et al, 1848, p. 48).

El fuego de estas baterías, concentrándose en nuestras posiciones, comenzó a causar estragos sin que pudieran remediarse, pues no había modo de

contrabatirlas, por no ser vistas. A pesar del mal éxito que los americanos habían tenido en algunos de los ataques dirigidos a nuestras obras, organizaron varias columnas con objeto de ocupar definitivamente la plaza.

El combate fue rudo, pero una vez más fueron rechazados con bastantes pérdidas. Convencidos de las dificultades y peligros que ofrecían los ataques a viva fuerza por las calles, se propusieron el ir conquistando el terreno palmo a palmo. Así lo comenzaron a ejecutar, derribando paredes, haciendo horadaciones, abriendo aspilleras en los muros intermedios, que solían servir para ambos combatientes; y de esta suerte tuvieron que ir ganando casa por casa (Balbontín, 1883, p. 59).

En esos momentos, sublime como las heroínas de Esparta y de Roma y bella como las deidades protectoras que se forjaban los griegos, se presenta la señorita Doña María Josefa Zozaya en la casa del Sr. Garza Flores, entre los soldados que peleaban en la azotea; los alienta y municiona; les enseña a despreciar los peligros. La hermosura y la categoría de esta joven le comunicaban nuevos atractivos: era necesario vencer para admirarla, o morir a sus ojos para hacerse digno de su sonrisa. ¡Era una personificación hermosa de la patria misma, era el bello ideal del heroísmo con todos sus hechizos, con toda su tierna seducción!

A la una y media de la tarde cesó el ataque, para reanimarse a las cuatro con mayor violencia. Una gruesa columna con una pieza de artillería descendió a esa hora como una avenida formidable del cerro del Obispado, dividiéndose en los dos caminos que conducen de aquel punto a la ciudad. Lo tortuoso de las

calles por donde vienen los invasores impide obrar a la artillería; no obstante, se traba una lid empeñada; por ambas partes se lucha con ardor. Los enemigos emprenden horadar las casas y penetran así hasta nuestros atrincheramientos. Esta osadía irrita el brío de nuestras tropas, que desdeñando pelear a cubierto, trepan audaces sobre los parapetos, y provocando al enemigo desafiaban una muerte evidente; éste, más frío, más cauto y mañero, nos hacía un fuego peligrosísimo por las canales y aspilleras de las casas.

Se había mandado a la oficialidad subalterna de capitán abajo, que pelearan como simples soldados; los oficiales se ponen la fornitura sin murmurar, toman sus fusiles, se establece una emulación generosa y ardiente. Cada oficial quiere distinguirse por su arrojo, comprando con su sangre el lauro del valiente (Prieto et al, 1848, p. 49).

Al terminar el día, la guarnición había replegado todos sus puestos avanzados, y solamente conservaba las manzanas que forman el perímetro de las plazas Principal y del Mercado. La posición, sin embargo, era fuerte y el enemigo hubiera aventurado mucho al querer forzarla; tanto más, cuanto que sus pérdidas en aquel día habían sido considerables.

Mientras los sucesos referidos tenían lugar en Monterrey, véase lo que pasaba en el campo americano. El general Taylor, parece que había dado poca importancia a Monterrey, cuya plaza creía tomar en algunas horas de combate. Su ejército no iba apercebido para un sitio, y su tren de artillería era solamente de batalla, si bien muy superior al nuestro, pues los

Estados Unidos hacía mucho tiempo que habían adoptado el sistema de Paixhans, mientras nosotros usábamos el antiguo de Griveaubal.

Se dijo que el día 21 de setiembre, cuando comenzó el ataque, el general Taylor había ordenado ir a almorzar a la plaza; pero que tuvo un fuerte desengaño cuando al caer la tarde, en camino del Fortín de la Tenería, vio su campo lleno de heridos y notables huecos en sus filas. Los combates de los días subsecuentes, especialmente el del último, habían aumentado sus pérdidas considerablemente.

Los hospitales formados con tiendas de lona de algodón no resguardaban a los heridos de las lluvias tropicales que noche a noche, caen en aquellas comarcas en la época del año en que estábamos. El campamento, situado a buena distancia de Monterrey, estaba expuesto a las hostilidades de nuestra caballería que había quedado fuera de la plaza. Las provisiones que el enemigo llevó consigo, naturalmente se consumían y no le era fácil reemplazarlas.

En definitiva, la situación del general Taylor no era buena. A la plaza, mientras tanto, no le faltaban víveres ni municiones, ni había sufrido grandes pérdidas. Contaba con un recinto fortificado bastante fuerte y con la Catedral y las Casas Consistoriales en el interior, que le servían de reductos, podía y debía haber corrido las contingencias de un asalto, que de todas maneras hubiera costado muy caro a los americanos.

Quedaba todavía en pie e intacta la Ciudadela con cuatrocientos hombres de guarnición y bien artillada. Había de tenerse en cuenta la caballería, que podía

molestar sin cesar al enemigo, que en caso de mal éxito, tendría que emprender una retirada de cuarenta leguas para buscar la orilla del Bravo, donde tenía su base de operaciones.

Acaso todas estas consideraciones decidieron al general Taylor a levantar el sitio y emprender su retirada. Al menos así lo daban a entender los preparativos que se hacían en el campamento. Dispuso que estuviesen prontos a marchar los equipajes, los hospitales y los prisioneros; a estos últimos se les mandaron suministrar cuatro días de raciones compuestas de pan de maíz, jamón, carne salada y café. La marcha se había fijado para el día 25, y el ejército se hubiera retirado, sin duda, el 26. Tres días más de energía y de constancia y el triunfo hubiera sido nuestro.

Parece que varios generales y jefes superiores fueron a instarle al general Ampudia para que capitulara, y aun se dijo que alguno le propuso que rindiera la plaza sin condiciones. Al principio, el general se opuso a semejantes consejos, pero acabó por ceder enviando un jefe a parlamentar con el enemigo. Voy a apuntar lo que se dijo que había acontecido en este caso, según lo oí referir a varios oficiales, sin salir garante de la verdad del hecho.

Cuando el jefe nombrado pasó las líneas y marchaba en busca del general Taylor, encontró a un jefe americano que iba a la plaza a pedir una suspensión de armas. Más hábil el americano, inquirió del nuestro el objeto que llevaba. Cuando lo supo, le manifestó que estimaba mucho le evitara la comisión penosa de que

estaba encargado, que era la de intimar la rendición de la plaza; y lo acompañó al cuartel general.

Impuesto Taylor de lo acontecido, hizo el papel que le correspondía, diciendo al jefe parlamentario que manifestase al general Ampudia que no admitiría más condiciones que la de rendirse, a discreción.

El general Ampudia se manifestó indignado y contestó que si no accedía el general Taylor en nombrar una Comisión para tratar con otra de la plaza sobre una capitulación honrosa, él prefería enterrarse con la guarnición que mandaba bajo los escombros de Monterrey. Si la situación de los americanos hubiese sido buena, es seguro que el general Taylor habría insistido en la rendición; pero él necesitaba también salir del apuro en que se hallaba y por lo tanto accedió a que se nombrasen las comisiones. Reunidas éstas, se vio que la americana tenía exigencias exorbitantes; pero las fue moderando, a proporción que hallaba resistencia y energía en la mexicana. Por fin, a la media noche, quedaron firmadas las bases de la capitulación (Balbontín, 1883, p. 61).

Fueron comisionados los generales Requena y García Conde, y D. Manuel María del Llano. Capitulación, por ironía cruel, llamada honrosa, que consistía en que el ejército sacaría sus armas y equipajes, una batería de seis piezas municionadas con veinticuatro tiros cada una; una parada de cartuchos por plaza, dejando el resto del material, y comprometiéndose por su parte los americanos a no pasar de la línea de los Muertos, Linares y Victoria en siete semanas, en cuyo tiempo trabajarían en diligenciar la paz.

Ese mismo día a las once de la mañana evacuaron nuestras tropas la Ciudadela, al frente de una columna enemiga mandada por el general Smith. Nuestras fuerzas arriaron la bandera; sonó la salva de ordenanza; y nuestro pabellón cayó abatido, tributándole los enemigos los honores de la guerra.

Las tropas de Smith tomaron posesión de aquel fuerte, tremolando su estandarte, al que saludaron victoriosos entre sus hurgas de júbilo y nuestro llanto de humillación y de dolor. Nuestras fuerzas se alojaron en la parte este de la ciudad, no habiendo salvado más que el personal y seis piezas de artillería. Así terminó la defensa de Monterrey (Prieto et al, 1848, p. 50).

Conclusión

En la actualidad, han surgido nuevas investigaciones y documentos que ponen en duda algunos de los hechos narrados por estos dos textos, sin embargo, no podemos negar su valor como parte de la tradición histórica y literaria de nuestro país, que en todo momento exalta el sacrificio y honor de la población civil, a la vez que mantienen un lenguaje crítico e inquisidor en contra de los altos mandos del ejército.

Los detalles plasmados en sus páginas son la recopilación del testimonio de quienes vivieron, presenciaron o escucharon lo sucedido en la guerra entre México y los Estados Unidos.

VII. Visión de dos participantes del ejército norteamericano: Samuel Reid y William Henry

Arnulfo Cadena

A mediados de 1846, el ejército de los Estados Unidos de Norteamérica estaba conformado por tropas regulares y por regimientos de voluntarios que provenían de diversos estados de la unión. Más de veinte mil jóvenes entre soldados y oficiales se enlistaron en las distintas juntas de reclutamiento.

El general Zachary Taylor se encontraba en Corpus Christi desde un año antes en su cuartel, cerca del río Nueces, de ahí avanzarían a pelear las primeras batallas en la costa al sur de Texas en mayo de 1846, luego, siguiendo la ruta de la Riverense pasarían por diversos poblados de Tamaulipas como Camargo, lugar donde se concentraban cerca de quince mil soldados para continuar la marcha a la capital de Nuevo León con sólo seis mil quinientos hombres debido a la limitación de carros para transporte de pertrechos y víveres; internándose en el estado, llegó hasta los límites de Monterrey a mediados de septiembre de 1846.

Entre las filas se encontraban dos destacados soldados: Samuel C. Reid con los voluntarios de los Texas Rangers y el capitán William S. Henry con el Tercer Regimiento de Infantería. Ellos publicarían posteriormente, al término de la guerra, sendos libros cada uno con su particular perspectiva, uno de tropa regular y otro de oficial encuadrado.

El objetivo principal de esta fuerza invasora era el tomar por asalto la pintoresca ciudad de Monterrey, pero al estar asentada la población en una extensión de terreno tan grande, el general Taylor separó su ejército en tres divisiones principales, con brigadas, regimientos, compañías y escuadrones para operar simultáneamente en los extremos oriental y occidental de la capital. Samuel C. Reid relata lo ocurrido en el lado oeste de Monterrey, mientras el capitán Henry narra los enfrentamientos en los sectores del extremo este. En este ensayo se describen primero los pormenores del libro de Reid *The Scouting Expeditions of McCulloch's Texas Rangers 1847* y posteriormente lo que escribió Henry en *Campaign Sketches the War with Mexico 1847*. Se incluyen en lo posible, entre paréntesis, las referencias de calles actuales para seguir los progresos militares en un plano actualizado.

Combates lado oeste

Samuel Reid, un joven abogado, se presentó en la oficina de reclutamiento donde fue asignado al regimiento de voluntarios de Luisiana, después fue enviado a Matamoros para unirse a la compañía de los Texas Rangers a cargo del capitán Benjamin McCollough, quien fuera designado, junto con el coronel Hays, para servir como exploradores de avanzada para el general Zachary Taylor.

Reid estaba acostumbrado a escribir las reseñas de los casos que atendía en su trabajo como representante legal, por lo que sus narraciones son extensas, plagadas de anécdotas y observaciones de primera mano, desde

su salida del insalubre campamento de Camargo, donde diariamente las enfermedades cobraban la vida de entre cuarenta y sesenta soldados, hasta su arribo al Bosque del Nogalar en las cercanías de Monterrey y el despliegue de su división hacia el oeste de la ciudad con la misión de hacerse del camino a Saltillo y en donde se enfrentaría a la formidable fuerza defensiva mexicana.

El 20 de septiembre de 1846, a las nueve de la mañana, salió del campamento el gran contingente que formaba la segunda división del US Army para encaminarse hacia el oeste de Monterrey por una antigua carretera a sólo tres y medio kilómetros al norte de la ciudad, mientras, por el camino de Santo Domingo a Monterrey, sobre una pequeña loma a unos mil doscientos metros al norte de la Ciudadela, Taylor designaba un sitio para posicionar las dos piezas de a 24 libras y el pesado mortero de 10 pulgadas.

La columna dirigida por el general Worth se detuvo a la derecha del emplazamiento de observación de Taylor en espera de órdenes. El general en jefe despachó varios grupos de exploradores avanzados para observar de cerca la magnitud de fuerzas y defensas a las que habrían de enfrentarse. Entre los enviados figuraban el mayor Joseph Mansfield y su equipo de ingenieros topógrafos, quienes se dieron a la tarea de trazar mapas y tomar apuntes de los emplazamientos y ubicación de tropas.

Al regresar al puesto de la loma (muy cerca de la actual fábrica Vidriera), presentaron al general sus reportes y éste comenzó a idear el plan de ataque y los despliegues necesarios para tomar la ciudad. Por su

experiencia militar en muchas batallas, y emulando un sagaz jugador de ajedrez, formuló las estrategias que debían seguir sus generales. Se describieron los fortines, trincheras y parapetos mexicanos, entre ellos el de la Tenería, el Diablo, la Purísima, el Obispado, la Libertad, la Federación y el Soldado.

Pudieron observar que los techos de las casas de Monterrey habían sido reforzados con sacos de tierra y en los muros de los jardines se abrieron troneras, también en numerosas calles por toda la ciudad se ubicaron parapetos con todo tipo de objetos y materiales para ayudar en la defensa. Estas obras fuertes defendieron las aproximaciones oriental y meridional; mientras que la Ciudadela (entre las calles de Tapia, Juárez, Isaac Garza y Guerrero) , una gran fortificación rectangular, de ciento noventa por doscientos metros, con paredes de piedra y tierra de más de tres metros de espesor rodeando y encerrando otra construcción inconclusa con enormes columnas de piedra sólida, con cuatro baluartes en forma de diamante y preparado con plataformas para treinta y un cañones, controlaba y protegía los accesos del norte.

Los siguientes trabajos defendieron las aproximaciones occidentales, que fueron asaltadas por la Segunda División del general Worth: el Castillo del Obispo, que contiene cuatro piezas; un reducto con sacos de tierra en la altura llamado “Independencia” conduciendo hacia el Palacio del Obispo, o castillo, que tenía en su posición dos cañones (actual Plazuela del Asta Bandera); una batería de dos cañones de a 9 libras en lo alto de la Colina de la Federación, que conduce al

Fuerte El Soldado (parte alta del cerro de la colonia Fuentes del Valle) y El Soldado, conteniendo una pieza de a 9 libras (por la escuela preparatoria Eugenio Garza Sada).

Estos dos últimos reductos fueron descubiertos después de la escaramuza con los lanceros de Jalisco y Guanajuato en el sector de San Jerónimo.

Una de las batallas más importantes y sangrientas de toda la campaña de invasión norteamericana comenzaría al amanecer del día 21 de septiembre. Mientras la primera división y la división de voluntarios de Butler se replegaban al campamento en Walnut Springs (colonias Nogalar y Futuro Nogalar) para prepararse, el general Worth se movilizaba con la segunda división, que incluían a la Primera Brigada al mando del teniente coronel Staniford, con una batería móvil al mando del teniente coronel Duncan; el coronel Child con un batallón de artilleros compuesto por varias compañías del Segundo, Tercero y Cuarto regimientos, y el capitán Scriven al mando del Octavo Regimiento.

La Segunda Brigada era comandada por el general Persifor Smith, y se componía de una batería con piezas de a 6 libras mandada por el teniente McKall, el Quinto Regimiento de Infantería al que se le agregó una compañía de los Voluntarios de Luisiana bajo las órdenes del capitán Blanchard y el mayor Martin Scott. También el Séptimo Regimiento del capitán Miles y los Texas Rangers del coronel Hays. Entre todos, sumaban un poco más de dos mil hombres.

Los zapadores guiaron el contingente por entre matorrales y parcelas, abriendo paso con machetes y

azadones para avanzar sin ser vistos, fuera de los caminos principales, atravesando varias veces el sendero de los Lirios (avenida Ruiz Cortines desde Díaz de Berlanga hasta un poco más al oeste de Gonzalitos). Esta acción de sigilo no sirvió de mucho debido a que los sables, bayonetas, artillería y carros producían mucho ruido, siendo pronto detectados y seguidos de cerca por grupos de avanzada mexicanos.

Con dificultades lograron llegar a una ranchería, pasaron por la carretera a Monclova (Ruiz Cortines y Universidad) y por el camino a Pesquería Grande (Ruiz Cortines y Gonzalitos), desde donde era visible el movimiento de tropas en lo alto de la colina de la Independencia, mientras, el general Taylor, quien también observó las maniobras mexicanas con su instrumento óptico, ordenó un ataque de distracción por el norte a nuestro favor. El coronel Hays giró órdenes para seguir avanzando por un camino vecinal (probablemente por las calles Canadá y Bolivia) que conducía a una larga colina y que corría rodeando la base hacia el camino a Saltillo (avenida Insurgentes desde Bolivia hasta Aarón Sáenz).

El general Burleson y veinte de sus hombres tomaron la vereda por la base, mientras que Hays, Duncan y Walker, con el capitán McCulloch y el coronel Peyton decidieron subir a lo alto para tener un mejor punto de observación (aproximadamente por el sector de la Parroquia de Nuestra Señora de Lourdes). No se sabía lo que se encontraba tras esa colina.

El general Worth, acompañado por Woods, de su estado mayor, comenzó a ascender también por las

veredas de la empinada pendiente. Burleson regresó para informar a Worth que la caballería e infantería mexicana estaban cerca en la siguiente colina, pero el general cabalgaba sobre la cresta del cerro, hacia la derecha. Kendall se ofreció para ir a buscarlo y después de un rato regresaban todos, menos el capitán McCullogh. Worth de inmediato ordenó al teniente Kelly que con algunos otros hombres se unieran a la avanzada de Gillespie, quienes estaban protegiendo a la batería. Los generales Worth y Smith, el coronel Hays y los coroneles Duncan y Walker además del general Burleson, iniciaron el avance, uniéndoseles los demás Rangers texanos y otra compañía de infantería.

Al pasar una curva del camino, junto a otra colina (Insurgentes y Pablo Moncayo), encontraron unos jacales del lado izquierdo (Insurgentes entre Ramón de Valle y Pierre Lotti) donde muchos se aprovisionaron de agua, mientras que el general Worth y Smith subían al promontorio (Insurgentes y Puerta del Sol) desde donde se veía perfectamente la obra en lo alto de la Independencia. Hasta este momento no habían tenido contacto con el enemigo por lo que Worth decidió explorar hasta el camino de Saltillo (Aarón Sáenz). El alto mando sabía, gracias a los reportes de inteligencia, que en cualquier momento se esperaba el arribo de tropas de refuerzo provenientes de Saltillo, por eso, proteger y controlar esas aproximaciones era de vital importancia para el éxito de la misión.

Hays dejó varios centinelas en lo alto de la pequeña colina para hacer alguna señal en caso de avistamiento de tropas. Toda la columna se movilizó y al poco tiempo

se avistó un buen número de infantería y de caballería que se escondieron entre los maizales a una distancia de setenta metros del cruce con la carretera (por Insurgentes, 70 metros antes de Aarón Sáenz, cerca del Colegio Liceo). El grupo de avanzada que se había adelantado quedó atrapado entre dos fuegos, pero los de retaguardia reaccionaron de manera efectiva cubriendo la retirada de los artilleros y rangers que se replegaban entre cañonazos y fuego de mosquetes (entre la Preparatoria Técnica Médica y el Instituto Laurens).

Los emboscaron justo cuando pasaban frente a la batería del fuerte de la Independencia, y con la lluvia de balas muchos caballos se volvieron incontrolables derribando a sus jinetes; Samuel Reid tuvo que huir colgado de la silla del caballo a todo galope por más de 100 metros hasta que pudo montar de nuevo. Todo el contingente se regresó por el mismo camino rodeando la base del cerro y pasando por los terrenos de la hacienda de los Tijerina (alrededores de Enrique C. Livas, Canadá y Terranova) hasta la hacienda de los Urdiales (Gonzalitos y Pico de Orizaba) para descansar y reaprovisionarse.

Hasta el momento nadie resultó herido. Mientras los hombres intentaban atrapar algunas gallinas, comenzaron los disparos de mosquetería y pistolas para repeler a la caballería mexicana que los había localizado. Les causaron muchas bajas y sólo dos americanos recibieron heridas. Aquí terminaron las acciones del día 20, sin fogatas, sin mantas ni alimento suficiente y bajo un torrencial aguacero. Dentro de un

jacal, a la luz de una vela y cubriéndose con una manta, Worth escribió un escueto informe y una petición a su general en jefe para realizar una distracción en su favor para avanzar y tomar la carretera y las obras altas en el suroeste.

En el lado noreste la batería con el mortero estaba ya lista para empezar a verter su fuego en la mañana. Los hombres de la segunda división casi no durmieron, se sabía que las fuerzas de defensa eran más numerosas, que estaban bien posicionadas y contaban con buenas piezas de artillería. Sabían además que Torrejón y Nájera, con su numerosa caballería y experimentados lanceros se encontraban listos para disputar el avance.

No bien amaneció el día 21 cuando los hombres recibieron la orden de formarse en línea de marcha. Muchos ni siquiera pudieron probar un bocado, incluidos los oficiales de todos los rangos, y así empapados como estaban montaron sus caballos, con McCulloch y su compañía al frente, seguidos por el resto de los Rangers. La infantería marchó en orden cerrado de batalla. Al avanzar por dos kilómetros (hasta el cruce de Insurgentes y San Jemo) en una curva, antes de llegar a la hacienda de San Jerónimo, mil quinientos hombres de infantería, caballería y lanceros con picas de casi tres metros realizaban maniobras sobre el camino y las parcelas.

Nuestra columna se detuvo de inmediato, los Rangers desmontaron y se atrincheraron en un pequeño barranco a la derecha para dar paso a la batería de Duncan con la protección de las compañías

de la Primera Brigada del capitán Smith y de Scott, seguidos del resto de los batallones marchando en filas ordenadas, los mexicanos se acercaron y a menos de doscientos metros (Insurgentes y Los Mirlos) se alinearon los dos ejércitos en orden de batalla. No había vuelta atrás. Los mexicanos avanzaron en forma lenta y comenzaron a disparar, como también así lo hizo la batería de la Independencia.

Los Rangers, ahora montados y a todo galope, salieron a enfrentar al coronel Nájera y a los lanceros que se abalanzaban con elegantes uniformes y sus armas decoradas con pendones verde y rojo. McCulloch no escuchó a tiempo la orden de detenerse y los de la otra compañía de texanos desmontados se protegieron en una zanja a la derecha del camino, quienes recibieron a los lanceros con una estruendosa lluvia de plomo de mosquetes, pistolas y escopetas. El choque de caballería fue grandioso, el suelo retumbaba al tropel de más de trescientos caballos, algunos de ellos se alejaban de la lucha sin sus valientes jinetes que quedaban tendidos en el campo como su comandante, el coronel Juan N. Nájera, quien aunque herido de muerte, arengaba a sus hombres a seguir en la lucha.

Lo más duro de la batalla fue cuando los texanos y las cabezas de la columna peleaban cuerpo a cuerpo con sables y bayonetas contra lanzas. La batería ligera de Duncan disparó algunas andanadas contra la retaguardia mexicana que se replegaba con numerosas bajas. Uno de los Rangers de nombre Armstrong, herido dos veces por un lancero, se batía a sablazos contra dos mexicanos logrando matar a uno de ellos, en

eso se les acercó un artillero irlandés preparando su arma, incapaz de distinguir a su compañero, dijo que era preferible matar a los dos que dejar escapar al mexicano, Armstrong gritó el santo y seña y al instante el irlandés descargó su fusil salvando al texano.

Otro caso fue el del capitán Cheshire también de los Texas Rangers, quien corrió para ayudar a otro compañero que estaba siendo superado en la pelea y al no traer su arma, se hizo de una pistola descargada golpeando con la culata al mexicano dejándolo sin vida en el suelo. La lucha fue encarnizada, nuestra artillería y los mejores tiradores texanos disparaban a las tropas mexicanas que huían en todas direcciones. Los que corrían por la ladera de la colina (Anillo Periférico) caían rodando hacia abajo. Uno de los Rangers murió por accidente a causa de nuestras propias balas y muchos de nuestros hombres recibieron terribles heridas de las picas de acero.

La sangrienta visión al final de esta batalla fue espantosa, numerosos soldados con excelentes uniformes y caballos con monturas adornadas con herrajes de plata, quedaron muertos sobre el camino, en la acequia y el maizal. Treinta y dos valientes hombres, incluyendo a Nájera, fueron enterrados en una fosa excavada en ese sitio. Muchos otros hombres de las compañías de McCulloch resultaron gravemente heridos y el escuadrón que él mismo comandaba fue hecho pedazos; también se perdieron muchos caballos a causa de las heridas que recibieron.

Una vez que se hicieron del camino a Saltillo (Insurgentes y Aarón Sáenz), el cual corre por la base

de la colina Independencia (calle Hidalgo), fueron jaladas las piezas de la artillería a caballo de Duncan y de McKall y colocadas en batería, cerca de unos jacales (instituto Liceo de Monterrey), para empezar a disparar al parapeto de sacos de arena del fuerte Libertad (parte más alta del cerro del Obispado). Una de esas piezas era operada por Hays. Los regimientos Quinto, Séptimo y Octavo de infantería junto con el batallón de artillería fueron formados a ambos lados del camino (tal vez la calle Aarón Sáenz) y los Rangers desmontados recibieron la orden de avanzar con rumbo al sur por unos maizales (colonia Miravalle) hacia el río Santa Catarina para atraer la atención de la caballería que se retiró a la base de la colina (Hidalgo y Gonzalitos).

El grupo avanzó en fila por doscientos setenta metros (Calzada San Pedro y Miravalle) cuando una batería que no se había descubierto, les disparaba munición redonda de 9 libras desde lo alto del cerro al otro lado del cauce del río. A su vez, las piezas de a 12 en la colina del Obispo, con gran precisión, hacían lo suyo contra la artillería. El coronel Hays, desconcertado, ordenó a un Ranger subir a un árbol alto para ubicar de dónde provenían los disparos e indicar la posición de la caballería mexicana.

El general Worth, al ver que las baterías poco podían hacer contra los emplazamientos mexicanos, ordenó a los regimientos y a los exploradores texanos movilizarse 700 metros al oeste de la carretera hacia unos campos de caña de azúcar (El Jagüey, cerca del puente de La Unidad o Atirantado) por donde pudieron cruzar el río. El capitán Duncan fue alcanzado por un

tiro de la batería de La Libertad, al igual que McAvett del Octavo de Infantería quedando muertos junto con otros de sus hombres. A las diez de la mañana, una compañía de Rangers persiguió a un grupo de lanceros que se alejaron tres kilómetros hasta las inmediaciones de un molino de grano (Díaz Ordaz y Corregidora) donde se quedaron para resguardar ese lugar junto con algunas piezas de a 6 libras de la artillería a caballo.

Los de infantería cruzaron en filas las aguas del río y se internaron en las parcelas del lado sur (por las calles de Bravo, Suchiate, Fuentes del Valle y Vía Valeria) para llegar hasta el profundo cauce del arroyo El Capitán (por la estación de bomberos), ubicándose toda la Segunda División reagrupada en la zanja del arroyo (a lo largo de Monte Palatino). Desde arriba, la guarnición mexicana con mosquetes y municiones grape shots de 9 libras barrían con su fuego el arroyo sin lograr causar bajas pero amenazando con la muerte al que intentase subir la ladera. En eso, el general Worth, analizando la situación y considerando que no había tiempo que perder, ordenó a sus hombres a subir y tomar la colina.

Más de ochocientos cincuenta soldados y Rangers empezaron a ascender por la ladera sur (Monte Aventino) aprovechando que la batería en lo alto no podía disparar en ángulo hacia abajo, aunque grupos de soldados mexicanos se aventuraban para tener mejor oportunidad contra los que subían, pero eran demasiados los que respondían el fuego. Los Rangers, los del Quinto Regimiento y algunos voluntarios de Luisiana, fueron los primeros en tomar por asalto el

fuerte de la Federación dejando como testigo una inscripción del hecho con tiza en una de las piezas de a nueve libras capturadas.

Después, en una carrera, los del Séptimo se apresuraron hacia el emplazamiento de El Soldado (parte alta de la colonia El Carmen), a quinientos metros al este de la Federación. En la huida, la guarnición abandonó una pieza de a 9 cargada, misma que fue utilizada contra el fuerte cercano y contra el palacio del Obispo, ubicado seiscientos metros al norte cruzando el valle del Santa Catarina. Tanto el pabellón mexicano como las banderas azul y amarilla del poste de señales ondeaban con orgullo al frente del palacio.

A las tres y treinta de la tarde se organizaron partidas para buscar a muertos y heridos a lo largo y ancho de las laderas y la base de la colina. Era muy triste encontrar a los compañeros entre los matorrales, heridos y pidiendo agua. Como se pudo, fueron trasladados al hospital de campaña (probablemente en la hacienda San Jerónimo), atravesando la corriente del río y llevándolos por algunas veredas. Se podían ver fusiles y espadas tiradas aquí y allá por los caminos. Los regimientos Quinto y Séptimo se dejaron en resguardo de los fuertes capturados.

Sobre el cerro pasó la noche la mitad de la división, quienes casi no habían recibido alimento desde el día anterior, y en la madrugada del día 22, como a las cuatro de la mañana, recibieron la orden de formarse en filas y atravesar en silencio las aguas del río (aproximadamente a la altura de Gonzalitos) para iniciar el ascenso al cerro del Obispado.

La columna, dirigida por el capitán John Sanders, y el teniente Meade, de los ingenieros topógrafos, con un guía mexicano, avanzó por el lecho del río atravesando la corriente y después de pasar entre los carrizos llegaron hasta la otra orilla adentrándose en unos maizales. Todos en silencio, nadie respondió los tiros que desde lo alto les disparaban esporádicamente los mexicanos que habían percibido el movimiento.

En el punto de reunión, al pie del pequeño cerro (predio entre José Benítez, Loma Larga, Gonzalitos y F. Castrillón) donde el comando fue dividido en dos, el teniente Walker con la mayoría de los Rangers fue despachado para subir por el lado noroeste, mientras que Childs, al mando de los demás regimientos, ascenderían por la ladera suroeste. Empezaron a subir lentamente a tientas en la oscuridad, pero al ir clareando apresuraron el paso, entre gritos y vítores desafiando la lluvia de fusilería y respondiendo ferozmente el fuego se abalanzaron asaltando el reducto.

Cuando llegaron a la cima, la mayoría de la guarnición ya había corrido con rumbo al castillo, pero el capitán Guillespie, al saltar sobre los sacos del parapeto fue herido mortalmente por uno de los pocos artilleros que se quedaron defendiendo. Muchos otros oficiales y soldados americanos y mexicanos resultaron muertos y heridos. Los Rangers en persecución de los que se replegaban fueron sorprendidos por una valerosa caballería que se aventuró fuera de los muros provocando más bajas de ambos bandos. Childs, con la intención de evitar más derramamiento de sangre,

desplegó una bandera blanca en busca de tregua, pero fue ignorado por los demás oficiales.

A las diez de la mañana, el resto de la división que se había dejado resguardando los fuertes de la Federación y El Soldado iniciaron su marcha hacia la cara sur del cerro del Obispado para reforzar el ataque contra el castillo, iban por entre el lecho del río cuando recibieron una andanada de artillería de la batería del palacio, lo que los hizo dispersarse. No hubo heridos, salvo el susto del mayor Martin Scott del Quinto de Infantería, que cayó a la fuerte corriente junto con su caballo al impactar muy cerca de él un cañonazo.

El teniente Roland, de los artilleros de Duncan, junto con el teniente McPhail y cincuenta hombres subían una pieza desarmada de a 12 libras hasta la posición del fuerte Independencia para cañonear la cara oeste del palacio y los parapetos exteriores, inmediatamente tras de ensamblarlo, comenzaron a disparar causando estragos en la fachada, la puerta y las troneras, ya que la distancia entre el cañón y la obra no era de más de 500 metros. Cuando la puerta fue derribada, la lucha continuó en el interior, cuarto por cuarto utilizando además un pequeño cañón de 6 libras para abrir boquetes y destruir parapetos.

La mayoría de los hombres del Quinto, Séptimo y Octavo de Infantería, los del Tercero de Artillería, voluntarios de Luisiana y los Rangers de Texas, entablaron un fiero ataque por todas partes del pequeño cerro y por más de cuatro o cinco horas se mantuvieron las hostilidades hasta que los sobrevivientes mexicanos se replegaron hasta la ciudad

dispersos por varias de las calles (Venustiano Carranza, Padre Mier, Hidalgo, Martín de Zavala, Matamoros, etc.).

Cuando estuvo despejado de defensores, llegó el general Worth con todos los pertrechos que se habían resguardado desde el día anterior en San Jerónimo. En dos días había conquistado cuatro importantes fortificaciones: La Federación, El Soldado, La Independencia y El Obispado. No quedaba más que avanzar hacia el centro de la ciudad para cerrar el movimiento envolvente con las fuerzas de Taylor. Worth recibió el mortero de diez pulgadas, el cual fue primero ubicado tras el grueso muro del cementerio de La Purísima (Hidalgo y Lic. Verdad) para dispararlo cada veinte minutos hacia donde se suponía que había concentración de soldados nacionales. Pelearon en ese sector todo el día 23 de septiembre y hasta bien entrada la mañana del 24, ya que algunas compañías no habían recibido el aviso de cese al fuego a pesar de que el general Pedro de Ampudia pactó la capitulación.

Combates lado este

Por su parte, William S. Henry, capitán del Tercer Regimiento de Infantería, en el otro extremo de la plaza nos narra que desde el 19 de septiembre, al aproximarse a la ciudad por el norte, empezaron a escuchar los estruendos de la artillería de la Ciudadela. Justo cuando Taylor ubicaba el sitio (Platón Sánchez y Progreso) para su batería y el mortero, les cayó una bala de hierro de casi 6 kilogramos tan cerca que los hizo retroceder.

Al día siguiente, el 20, cuando regresaron los ingenieros exploradores de Mansfield, salió una compañía de cada una de las brigadas hacia la planicie para efectuar acciones de ataque distractor en favor del avance de la Segunda División. Al anoecer, el Tercer Regimiento y los artilleros de la batería de Braxton Bragg se quedaron resguardando el emplazamiento con los dos Howitzers de a 24 y el mortero de 10 pulgadas, todos los demás volvieron al campamento en el Nogalar. Los del Cuarto Regimiento y los voluntarios de Kentucky relevaron más tarde a la guardia de la batería.

21 de septiembre

La columna de la Primera División salió del campamento en el Bosque del Nogalar a las siete de la mañana con rumbo a la ciudad. La batería se encontraba a 3.8 km al suroeste y la Ciudadela a 1.3 km más adelante. Avanzaron un poco hacia el este para reforzar al mayor Mansfield que realizaba otras exploraciones por ese lado, fuera del alcance de las armas del Fuerte Negro.

Los principales jefes eran el general Twiggs, quien enfermó y se quedó en el Nogalar, el coronel Garland que mandaba la Cuarta División, el mayor Allen con el Cuarto Regimiento, el mayor Lear con el Tercero de Infantería, el coronel Wilson dirigiendo la Cuarta Brigada, el mayor Abercrombie a cargo del Primero de Infantería, Watson al frente del Batallón de Baltimore, Bragg y Ridgely, ambos con artillería, Hazlit y Field al mando de algunas compañías del Tercer Regimiento, entre muchos otros. Todos formados en líneas de Batalla

esperaron hasta que el teniente Pope de los topógrafos y su *aidecamp* el coronel Kinney, llegaron con la orden de iniciar el avance hacia los límites de la ciudad.

“Marchábamos en orden”, cuenta Henry, “hasta que una batería mexicana abrió fuego contra nosotros”. La avanzada se encontraba ahora a tiro de cañón, incluso más cerca, por lo que tuvieron que acelerar el paso, pues en ese momento también desde la Ciudadela se les disparaba con artillería. Bajo una llovizna ligera corrieron más de cuatrocientos metros a través de un llano recibiendo fuego cruzado hasta que casi se toparon con el muro de tierra y piedras del fuerte de La Tenería, donde los defensores, al tenerlos casi a tiro de pistola, los recibieron con una terrible andanada de municiones de plomo de 19 milímetros.

Desde lo alto de unas casas cercanas también les disparaban a los americanos. El primero en caer fue el mayor Barbour por un certero disparo en el corazón. Como pudieron, se retiraron al amparo de algunos muros. En una calle aledaña estaban tendidos muchos muertos y heridos, como Mansfield que resultó alcanzado en una pierna mientras que otros ingenieros estaban ya sin vida. Por ahí pasó el coronel Watson, seguido de varios oficiales, y minutos después también resultó muerto, quien por la tarde pudo ser identificado únicamente por las botas que calzaba ese día. Aunque Bragg llegó con su batería a esa calle no pudo hacer nada y decidieron retirarse para intentar el asalto por otro sitio más favorable.

Por su parte, el capitán Electus Backus del Primero de Infantería y cincuenta de sus hombres lograron

hacer un rodeo para situarse en una casona donde se curtían pieles, a unos ciento veinte metros de la gola abierta del fuerte de La Tenería. Desde lo alto del taller y protegidos por el pretil de adobe, comenzaron a disparar al interior del emplazamiento, justo cuando los quinientos mexicanos masacraban a dos compañías del Cuarto Regimiento. Seguramente los artilleros y la infantería nacional se sorprendieron al recibir disparos desde la retaguardia, lo que permitió a los voluntarios de Mississippi y los de Tennessee reorganizarse y aprovechar la situación para lanzar otro ataque frontal logrando esta vez escalar los muros y conquistar la posición al costo de no pocas bajas.

Quitman, al frente de sus tropas, dirigió esta acción. Cuando entraron, la mayor parte de la guarnición logró salir a tiempo, salvo unos treinta hombres que permanecieron a la llegada de los atacantes siendo hechos prisioneros y enviados al cuartel americano, entre ellos el subteniente de artillería Manuel Balbontín, quien al paso de los años también escribiría sus memorias de ésta y otras batallas.

El general Butler, dirigiendo al regimiento de Ohio, cayó herido en una calle cercana al fuerte y cuando se retiraba junto con Hamer y otros hombres, fueron cañoneados por otra batería causándoles varios muertos. Los mayores estragos fueron sufridos por los del Tercer Regimiento, el cual perdió muchos de sus jóvenes oficiales, entre ellos el mayor Lear, el teniente Irwin, el capitán Field (muerto por un lancero), el teniente Hoskins y el teniente Graham, mientras que Abercrombie, el capitán La Motte y el teniente Terret sólo resultaron heridos.

Durante esos acontecimientos, la batería con el mortero al norte de la ciudad disparaba al Fuerte Negro (como era conocida la Ciudadela por los americanos) sin causar daño alguno a sus sólidos muros de piedra, de más de tres metros de espesor.

Los regimientos Tercero y Cuarto comandados por el capitán Morris, recibieron la orden de internarse en la ciudad y localizar y tomar otras baterías que causaban mucha oposición. En realidad se trataba de los fortines del Diablo (Platón Sánchez y González Ortega) y el del puente de la Purísima (Diego de Montemayor y 15 de Mayo). Los cañones del puente protegían un amplio sector al frente y causaba muchas bajas a los americanos que intentaban avanzar obligándolos a buscar cualquier lugar para protegerse de la lluvia de municiones de acero y de mosquetería, pero aun así progresaban aprovechando los intervalos de recarga atravesando por entre patios y jardines de las casas ahora abandonadas al ir ganando terreno los invasores.

La columna se detuvo al llegar a una profunda acequia donde se resguardaron de la batería y la fusilería que les llegaban desde los techos de otras casas. El comandante Morris y Hazlit cayeron muertos. El mayor Graham quedó al frente de la avanzada, y cuando llegó un regimiento completo de refuerzo se ordenó replegarse, pues a los defensores del puente se les agregaron varias compañías y no dejaban de disparar. Al tratar de retirarse, el batallón tuvo que permanecer en el suelo por más de una hora protegiéndose de las andanadas tras el bordo de una pequeña acequia.

Cerca de la Ciudadela, Bragg enfrentó una compañía de lanceros. Habían hecho del fuerte capturado un improvisado cuartel avanzado, aunque los cañonazos no dejaban de pasar zumbando sobre los muros. Muchos de los voluntarios, junto con el Primero, el Tercero y el Cuarto regimiento, recibieron órdenes de permanecer dentro del fortín de la Tenería, y así lo hicieron tendidos en el lodoso suelo, sin alimento alguno y sin ninguna manta para cubrirse del clima.

Justo al oscurecer llegó un correo del lado oeste con las noticias del exitoso desempeño de la Segunda División al tomar por asalto La Federación y El Soldado y las intenciones de hacer lo mismo al día siguiente con las obras en la colina de la Independencia. Menciona Henry que la batería del fuerte se componía de una pieza de a 12, una de a 9, dos de a 6 libras y un pequeño obús de montaña sin munición apropiada.

Al amanecer del día 22, después de pasar una terrible noche a la intemperie, con el llanto y los gritos de los heridos escuchándose entre la lluvia y uno que otro disparo de cañón, los soldados y oficiales del Tercer Regimiento se percataron de que el Obispado estaba siendo atacado por Worth. El pequeño cerro se cubría del humo de fusiles y artillería y se veían los destellos de las armas al disparar. Esta imagen infundió algo de ánimo entre las tropas, cosa que duró muy poco, pues los cañones de El Diablo, ubicado cuatrocientos metros al sur, y la batería de la Ciudadela comenzaron a disparar contra la Tenería.

El coronel Jefferson Davis con los voluntarios de Mississippi llegó para relevar a los que pernoctaron en

el maltrecho fortín, quienes se retiraron a toda prisa hacia el campamento corriendo en desbandada para no ser presa fácil del fuego cruzado. Aun así, varios hombres cayeron ante la artillería de la ciudadela y lanceros que patrullaban.

Al llegar la división al cuartel en Walnut Springs, como era conocido por los americanos, también llegó otro mensajero de Worth avisando que las fortificaciones en la colina del oeste habían sido arrebatadas por asalto. Ese día, pudieron tomarse un merecido descanso los del Tercer Regimiento y muchos de los agotados voluntarios. Henry también describe a detalle las operaciones en el oeste de la ciudad, y lo hace con el estilo de pluma militar.

Temprano en la mañana del día 23, después de una ardua batalla soportando dos días de cañoneo constante, los voluntarios de Mississippi toman el Fortín del Diablo. Entre la noche anterior, la guarnición se fue retirando por grupos llevándose los cañones y dejando el reducto abandonado. Quitman y Jefferson Davis fueron de los primeros en entrar. Bragg con su batería se preparaba para internarse entre las calles de la ciudad cuando el Tercero de Infantería ya había llegado para apoyar y cruzar otra vez el llano frente a la Ciudadela, lo cual se hizo con rapidez y a pesar de que les dispararon, esta vez no tuvieron bajas, ya que los del Tercero hicieron un rodeo para adentrarse hasta unas dos o tres cuadras de la catedral, donde se encontraba el cuartel del general Ampudia y también varios batallones que se estaban concentrando en la plaza de armas.

Los combates seguían por muchas de las calles, tenían que abrir boquetes entre las casas para poder pasar de una a otra, pues la lluvia de balas era infernal y a veces las tropas perdían el rumbo por el espeso humo. De repente se encontraron en un laberinto que parecía no tener salida, pero tuvieron la capacidad de retroceder, reagruparse y reintentar el avance, aunque con muchas pérdidas, pues a veces no había lugar para guarecerse. Los cañones ligeros de Bragg no podían hacer mucho contra las sólidas construcciones de sillar y sus artilleros quedaban totalmente expuestos al cargar, apuntar y disparar las armas. Varios de ellos quedaron tendidos en las calles.

El mismo general Taylor, acompañado de su estado mayor, vivió la misma experiencia que sus subalternos al internarse por las angostas callejuelas que eran barridas por los mosquetes mexicanos. Henry lo acompañó por varias cuadras y le advirtió del peligro que corría pero el general no le hizo caso.

Al llegar a una casa que tenía la puerta atrancada, Taylor ordenó al capitán que la derribara con el hacha a lo que Henry obedeció de inmediato. Al estar golpeando la puerta, ésta fue abierta desde adentro por el asustado propietario. Era un boticario que los invitó a pasar y hasta les ofreció limonada fresca. También le dio cierta información importante sobre Ampudia y sus tropas.

Taylor ordenó reagruparse a los artilleros y sus baterías a una zona más abierta pues no eran efectivas al utilizarlas entre esas calles, además para esa hora pasando el mediodía, Worth ya tendría que haber recibido el mortero y comenzaría a batir el sector en

cualquier momento. Aunque Henry menciona que no se realizaron atrocidades por parte de los regulares, se reserva de decir lo mismo de los voluntarios y de los Rangers. Incluso, existe un oscuro escrito sobre el uso del mortero, pues se supo que fue utilizado para bombardear sitios con concentración de civiles. Convendría investigar este dato a fondo para conocer más sobre el asunto.

Se presentó un enviado con bandera de tregua solicitando un alto al fuego para permitir la salida de mujeres, niños y ancianos, a lo cual Taylor rotundamente se negó. La bandera dejaba entrever que el fin de la contienda estaba por llegar. Algunos pobladores se las arreglaron para escapar con mulas cargadas hacia Santiago.

Para ese entonces, el cañón de a 12 libras que el día anterior había sido subido a la colina, ya lo estaban dirigiendo para ubicarlo en la plaza de la carne (Juárez y Morelos) y tenerlo listo para atacar hacia la catedral.

La marcha de la Segunda División desde el Obispado hacia Monterrey no fue fácil, como en el sector del este, los americanos se vieron atacados por soldados y civiles que desde los techos y ventanas les arrojaban piedras y les disparaban. Se ignora el número de bajas correspondientes a la población civil, pues no se ha encontrado un documento que consigne los datos, pero pudieron ser más de mil. Volvieron a combatir en los alrededores de la capilla de la Purísima (Hidalgo, Padre Mier, Serafín Peña. No confundir con el puente del mismo nombre en el otro extremo de la ciudad) pues la guarnición del Obispado se había reagrupado en los

alrededores. McCulloch, el capitán de los texanos y Meade de los topógrafos cabalgaban juntos haciendo reconocimientos.

Se ordenaron a tres compañías patrullar la calle más cercana al río (tal vez Ocampo) y a otras tantas en la siguiente calle paralela al sur (Hidalgo o Padre Mier). Staniford, Miles y Scriven marcharon al frente para ir peinando el área rumbo al interior. Al llegar a los muros del cementerio tras la capilla, donde ahora se encontraba el mortero, recibieron la orden de seguir pero unas cuabras adelante se toparon con las fuerzas nacionales que retrocedían, pero lo hacían disparando. El capitán Gatling resultó con heridas. Los americanos también retrocedieron para cubrirse con los muros mientras llegaba el Quinto regimiento para apoyar el avance.

Iniciaron nuevamente la marcha, ahora con mucho mayor número de combatientes ya que también se agregaron los Texas Rangers que venían con Walker. El combate no cesaba en intensidad, puesto que había muchos mexicanos atrincherados en las casas y no podían combatirlos desde afuera. Se las ingenieron para abrir boquetes en algunos muros para introducir el cañón del fusil y disparar al interior. Evidentemente, no se distinguían los militares de los civiles en estas acciones. Así siguieron hasta que obligaron a las tropas mexicanas que quedaban a replegarse hasta la plaza principal frente a la Catedral.

Se llegó la noche del 23, numerosos cuerpos de hombres y bestias quedaron tendidos por las calles y algunos dentro de las casas. La escena era horripilante. Algunos americanos encontraron refugio en casas

abandonadas o casi derruidas. Ocasionalmente se escuchaban los estruendos del mortero y de la artillería mexicana que fuera retirada del Diablo y ahora operaba cerca del cuartel. Era un espectáculo nocturno ver las pesadas municiones surcando el cielo y luego impactar con gran fuerza en el suelo o en alguna infortunada vivienda.

24 de septiembre

Volaban todo tipo de rumores en la mañana tras pasar la revista. Un coronel de nombre Francisco R. Moreno se presentó ante Taylor con bandera de tregua. Portaba un mensaje de Ampudia para rendir la ciudad entregándosela al general, quien declinó tajantemente la petición. Despachó al emisario mexicano diciéndole que a las doce de la noche le tendría una respuesta en el cuartel del general Worth. Seguramente, Taylor redactaría sus condiciones a conveniencia propia. No había más que esperar. Un día más de lucha sería terrible para ambos bandos, pues demasiada sangre corría ya por las calles de Monterrey.

25 de septiembre

Por fin cesaron las hostilidades, al menos en términos militares. A las doce de la noche se firmó la capitulación de la ciudad. La comisión americana que intervino fueron los generales Worth y Henderson y el coronel Jefferson Davis. La contra parte mexicana la conformaron Manuel María de Llano, Tomás Requena y el general González Ortega.

Acta correspondiente

Términos de la Capitulación de la Ciudad de Monterrey, la Capital de Nuevo León, acordado por los comisionados suscritos a saber:

General Williams Jenkins Worth, del Ejército de los Estados Unidos;

General James Pinkney Henderson, de los Voluntarios de Texas;

Coronel Jefferson Columbus Davis, de los Rifleros de Mississippi, por la parte del General Zachary Taylor, Comandante en Jefe de las Fuerzas de los Estados Unidos.

General Tomás Requena, del Ejército del Norte de México

General de Brigada José María Ortega, Comandante de Nuevo León;

Sr. Don Manuel María de Llano, Gobernador de Nuevo León, por la parte del Señor General Don Pedro de Ampudia, Comandante en Jefe del Ejército del Norte de México.

Artículo 1º Como legítimo resultado de las operaciones en este sitio, y la actual posición de los ejércitos contendientes, se acuerda que la ciudad, las fortificaciones, los cañones, la munición de guerra y toda otra propiedad pública, con las excepciones abajo mencionadas quedan rendidas a la Comandancia General de las Fuerzas de los Estados Unidos ahora en Monterrey.

Artículo 2º Que a las Fuerzas Mexicanas les sea permitido conservar las siguientes armas, a saber: a los oficiales comisionados, sus armas personales; los soldados de infantería, sus armas y pertrechos; la caballería, sus armas y pertrechos; la artillería, una batería de campo, sin exceder de seis piezas, con veintiuna rondas de munición.

Artículo 3º Que las Fuerzas Mexicanas se retiren dentro de siete días más allá de la línea por el paso de Rinconada, la ciudad de Linares y San Fernando de Pozos.

Artículo 4º Que la Ciudadela de Monterrey sea evacuada por los mexicanos y ocupada por las Fuerzas Americanas en la mañana a las 10:00 en punto.

Artículo 5º Para evitar colisiones y por mutua conveniencia, las tropas de los Estados Unidos no ocuparán la ciudad hasta que las Fuerzas Mexicanas se hayan retirado, exceptuando el personal del hospital y los propios de los almacenes.

Artículo 6º Que las Fuerzas de los Estados Unidos no avanzarán más allá de la línea especificada en el artículo 3º antes de la expiración de ocho semanas o hasta que se reciban las órdenes de los gobiernos respectivos.

Artículo 7º Que los bienes públicos, que serán entregados, deberán ser regresados y recibidos por los oficiales citados por la comandancia general de los dos ejércitos.

Artículo 8º Que las dudas, así como la interpretación de los artículos anteriores deberán ser resueltas de manera equitativa y en los principios de liberación del ejército que se retira.

Artículo 9º Que la bandera mexicana, cuando sea arriada en la Ciudadela, pueda ser saludada por su propia batería.

General Brigadier W. J. Worth,

General J. Pinkney Henderson,

Coronel Jefferson Davis,

General de Brigada José María Ortega,

General Tomás Requena,

Manuel María de Llano, Gobernador de Nuevo León

Aprobado por Pedro Ampudia, Comandante en Jefe del Ejército del Norte

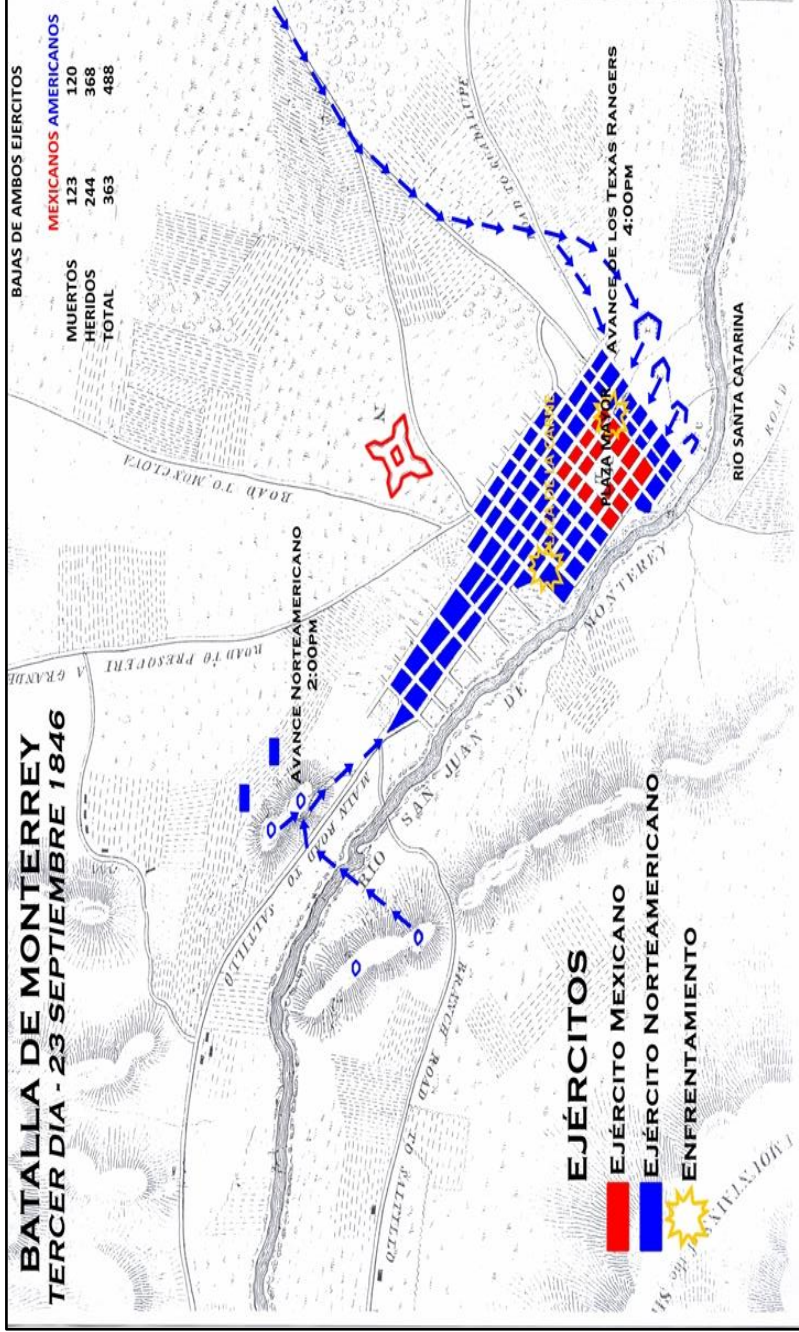
Zachary Taylor, Mayor General de los Estados Unidos

Fechado en Monterrey, Nuevo León el 24 de septiembre de 1846.

Se realizó una ceremonia de salida del Cuerpo de Ejército del Norte en el interior de la Ciudadela. Con banderas desplegadas, armas personales y algunas piezas de artillería desfilaron por la estrecha puerta

elevadiza de 3.5 metros de ancho para tomar el camino rumbo a Saltillo. Los pobladores civiles que quisieron irse con los soldados de Ampudia, marcharon tras ellos. Por su parte, los batallones del US Army no cesaban de gritar vítores y hurras de misión cumplida.

BATALLA DE MONTERREY TERCER DIA - 23 SEPTIEMBRE 1846



BAJAS DE AMBOS EJERCITOS

MEXICANOS AMERICANOS	
MUERTOS	123
HERIDOS	244
TOTAL	368
	488

EJÉRCITOS

■ EJÉRCITO MEXICANO

■ EJÉRCITO NORTEAMERICANO

★ ENFRENTAMIENTO

MONTERREY
1846

VIII. Partes de guerra de la Batalla de Monterrey, 1846

Pablo Ramos

Los bosques impenetrables de nuestro hermoso suelo mexicano serán nuestra común habitación y desde allí nos lanzaremos sobre el infame americano, como el águila sobre la serpiente.

General Pedro de Ampudia y Gimareist

Cuando terminaron los combates la ciudad quedó en silencio, los regiomontanos no daban crédito a lo que veían, su ciudad de 250 años de antigüedad estaba devastada: las calles destruidas con trincheras y barricadas, animales muertos, puertas y ventanas destruidas, techos derrumbados, y en sus casas, soldados y civiles muertos o heridos; los tres días fueron un infierno para ambos ejércitos, sólo quedaba hacer un recuento de los daños y las bajas humanas, de los civiles no se pudieron contabilizar, de los muertos y heridos existieron listados que fueron al principio difíciles de recopilar, pero al paso de los días se realizó un censo de los que sobrevivieron, los jefes y oficiales empezaron a dar sus partes de guerra.

Del lado norteamericano se conocen desde hace varios años sólo una carta del general Zachary Taylor; del lado mexicano, apenas se empiezan a conocer algunos documentos que cambian la perspectiva que se tiene de los combates en Monterrey en aquellos fatídicos, sangrientos y dolorosos días de septiembre de 1846; aunque se han recuperado algunos partes de

guerra, muchos de éstos siguen perdidos, quizás el tiempo dará cuenta de ellos.

Enseguida se transcriben –con algunas correcciones ortográficas para facilitar su lectura- los partes de guerra presentados por mexicanos, además del escrito por el general Taylor, en el siguiente orden: general Pedro de Ampudia, general Zachary Taylor, general Francisco Mejía, general José García Conde, general José María Jáuregi, teniente coronel Francisco Berra, capitán Enrique de Ampudia. Se continúa con las cartas de una regiomontana y su contestación, el informe del gobernador interino Francisco de Paula y Morales y el informe del cuerpo médico militar del doctor Nicolás Íñigo y su equipo de médicos militares de los muertos y heridos.

Parte de guerra del general Pedro de Ampudia¹⁸

Después de una defensa brillante en que el enemigo fue rechazado con pérdida de 1500 hombres de varios puestos, logró posesionarse de los puntos dominantes del Obispado y otro al sur de éste, como así mismo de un baluarte destacado llamado las Tenerías, y llevando sus ataques por entre las casas que horado con dirección al centro de la ciudad consiguió situarse a medio tiro de fusil de la plaza principal en cuya última línea estaba nuestra tropa que recibían daño de sus proyectiles huecos. En estas circunstancias fui invitado por varios jefes para tratar un acomodamiento

¹⁸ Periódico *Monitor Republicano*, Núm. 589, p. 4, 2 de octubre 1846.

que economizar pérdidas pues de abrirse paso a la bayoneta hallándonos cercados nosotros de enemigos atrincherados era consiguiente se dispersase la tropa y nada quedase del material.

Pesadas por mí estas consideraciones, también tuve presente lo que padecía la ciudad con los ataques comenzados y los que se emprendiesen horadando las casas no menos que con estragos de las bombas, la escasez que comenzaba a sentirse de parque, los víveres perdidos conforme se adelantaban las líneas del enemigo hacia el centro, lo distinto de los recursos y por último que la prolongación por dos o tres días si acaso era posible de tal estado de cosas no podría producir un triunfo, consentí en abrir proposiciones que dieran por resultado el convenio de capitulación adjunto.

Por el vera V.E. salvando el honor nacional y el del ejército llamando la atención a que si no se concedía tanto como tal vez se esperaba eso mismo confirma la superioridad del enemigo no por su valor que fue domado en la mayor parte de los combates, sino por su posición adentro de las manzanas de mampostería horadadas que circundaban la plaza e impedían los auxilios de víveres, leña y demás necesarios para la subsistencia. Con el mayor sentimiento se retira el ejército de esta capital abundantemente regada con su sangre dejando bajo la garantía de las ofertas de los generales americanos los heridos de gravedad y la suerte del vecindario del estado. Cuyas autoridades políticas continuarán en el ejercicio de sus funciones.

Mañana continúo mi movimiento al Saltillo, donde espero las órdenes del supremo gobierno, Dios y Libertad. Cuartel General de Monterrey,

Septiembre 25 de 1846

Pedro de Ampudia, Exmo. Sr. ministro de Guerra

Manifiesto del general Pedro de Ampudia¹⁹

Penoso es descorrer el velo que cubre algunos acontecimientos, que por el honor del nombre mexicano debieran quedar sepultados en un eterno olvido, mas por su fatalidad inconcebible, nuestra patria no tiene que llorar solamente los males que les han traído sus enemigos exteriores, ni al soldado que se sacrifica en su defensa. Puede quedarle la satisfacción de haber cumplido su deber presentando su pecho contra las balas enemigas aunque la fortuna le haya sido contraria, sino cubre su espalda contra los tiros que le asestan algunos malos mexicanos, que fingiéndose celosos defensores del bien público, han declarado guerra a muerte a los que señalan como enemigos personales.

El general Ampudia, dicen ellos, debería espirar en un patíbulo porque no venció en Monterrey. Y, ¿desde cuándo es un crimen no vencer, faltando aquellos elementos que pudieran proporcionar el triunfo? ¿Que esto

¹⁹ *Manifiesto de Ampudia* (1847). Imprenta Ignacio Cumplido, F1232, A4, UANL, Capilla Alfonsina, Periódico *Monitor Republicano*, núm. 15, mayo 1847.

sólo es lo que decide del buen comportamiento de un general? La fortuna podrá muy bien quitarle la victoria, pero nunca el honor ni este se compra con vergonzosos sucesos, como el que nuestros enemigos obtuvieron en Veracruz.

El tiempo que ha corrido desde los convenios de Monterrey, durante el cual no he dicho al público una palabra en mi defensa, por hallarme sirviendo en nuestro ejército del Norte, ha hecho que se de crédito a los que me acusan de cobarde; pero los sucesos posteriores hablan todos a mi favor. Compárense si no los convenios de Monterrey con la Capitulación de Veracruz, y dígase con verdad y franqueza si porque se ha rendido este punto, mucho más fuerte que el que yo defendí, ha sido la cobardía la que lo ha puesto en poder de nuestros invasores. Reflexiónese que en Veracruz peleaban tropas entusiasmadas por el peligro más inminente de la patria, cuando en Monterrey no podía haber ese entusiasmo en un ejército derrotado pocos días antes, y reforzado en parte con los amotinados en San Luis por no salir al encuentro del enemigo. Conocidos fueron de todo el mundo aquellos sucesos vergonzosos y desde luego debió comenzar a preverse un desenlace desgraciado.

Se me acusa que rindiera una guarnición más numerosa que la del enemigo, y se presenta como prueba intachable una carta del general Taylor. Muy grande es sin duda el concepto que les merece este general a mis detractores; pero la nación conocerá que en el interés de

cada uno de los invasores está el aumentar la fuerza de nuestros ejércitos para ponderar en los Estados Unidos sus hazañas. Lo cierto que bajo mi mando sólo tenía cuatro mil veteranos, según se testificó en la junta de generales verificada en Monterrey y la restante fuerza se componía de reclutas absolutamente ignorantes en el manejo de armas y algunos inexpertos auxiliares de Nuevo León. A éstos por necesidad tuve que encargar la línea del sur, y en el momento del ataque se me informó que desertaban; lo mismo se me dijo de algunos veteranos que tirando sus fusiles saltaban las tapias de los corrales para fugarse.

El señor mayor general García Conde me manifestó que algunos jefes se expresaban sin rebozo sobre la necesidad de capitular. El comandante general de Artillería dio parte que sólo quedaban sesenta tiros por pieza, que se consumían en una hora de fuego teniendo que construir el parque de fusil para que los soldados se batieran por las calles reducidos a sólo arroz después de cuatro días que habíamos resistido los más vigorosos ataques. El general Taylor fue rechazado en la tarde del día 21 de septiembre, pretendiendo tomar el puente de la Purísima y el Reducto del Diablo. Yo había reconocido estos puntos con el mayor cuidado en medio de un fuerte aguacero, esperando los ataques del enemigo: sostuvimos nuestras líneas con denuedo, excitando constantemente a mis subordinados a la firmeza y decisión, advirtiéndoles que si volvía la espalda al enemigo no dudaran dirigir sus

tiros contra mí. Para animar a los cívicos de Monterrey, salí fuera de las trincheras con ocho o diez soldados del Segundo Ligerero, en persecución de los enemigos que atacaban por aquel punto, resultando herido un granadero que se hallaba a mi lado, y muerto otro que estaba a mi espalda.

El día 20 estando en el Cerro del Obispado, vi venir la fuerza enemiga que nos interceptó la comunicación con el Saltillo, situándose a nuestra espalda en el Cerro de la Mitra. Entonces dispuse que 100 infantes del Cuarto Ligerero y dos piezas de Batalla reforzaran el primer cerro, lo que se verificó; pero esta fuerza se dejó sorprender en la madrugada del 22 por la impericia del jefe y oficiales que la mandaban. En la tarde del 21 el señor general García Conde me dio el siguiente parte: que “había en el cerro 450 infantes con 3 piezas y en las faldas del mismo trescientos dragones para entrar pie a tierra a la tenaza que se había construido, o a donde fuera necesario”.

Me había propuesto formar un reducto en la cima del cerro y al efecto se habían contratado en mi tránsito veinticinco mil sacos para tierra según me dio cuenta el tesorero del Saltillo a presencia de los señores generales García Conde y Vázquez; pero dicho empleado no cumplió con sus deberes y mis órdenes, dejando de enviar los referidos sacos.

Casi a un mismo tiempo se me dio parte de haberse inutilizado las tres piezas que se hallaban en el cerro por el fuego vivísimo que

se hizo: puse en marcha 100 hombres del Batallón de San Luis, con 2 cañones de a ocho; hice salir igual fuerza del Fortín de la Ciudadela con objeto de socorrer el cerro; pero estas tropas retrocedieron a la mitad de la distancia que tenían que caminar porque dicho punto había sido tomado por el enemigo, lo cual no se hubiera verificado si el jefe de la fortaleza hubiera obedecido mis órdenes de estar sólo a la defensiva.

Tomado el cerro del Obispado por los enemigos después de la más heroica resistencia, quedaron el centro de la ciudad y a los lados del sur y del norte enteramente descubiertos, por lo que debíamos ser batidos por la espalda y en detalle fue preciso reconcentrar las líneas de defensa, previa opinión de los señores generales segundo en jefe D. Tomás Requena y jefe del Estado Mayor D. José García Conde. Nuestra posición se empeoraba a cada momento y nada la podía mejorar. La sangre mexicana se prodigaba por las calles de Monterrey, sin lograr ninguna ventaja y el parque estaba a punto de acabársenos. El desaliento cundía por todas partes y una resistencia más prolongada hubiera puesto en evidencia nuestra debilidad, siéndonos entonces imposible salvar el honor militar. El enemigo tenía sobre nosotros triple fuerza y el valor mexicano tuvo que ceder al número, después de haberle quitado de combate 2204 hombres entre muertos y heridos, sin que hubiéramos perdido ni la quinta parte.

El enemigo fue rechazado en los primeros ataques y de esto se ha formado un nuevo

cargo contra mí considerando sin duda como un crimen el haber puesto en práctica los medios de defensa que estuvieron en nuestro alcance. El general americano ha querido comparar a Monterrey con Quebec ponderando lo reducido de su ejército. Pudo también decir que era un San Juan de Acre y que lo había tomado con su escolta; y si sus paisanos están muy dispuestos a creerle habrá muy pocos mexicanos que los imiten, sino son los editores del *Monitor*. ¿Por qué el congreso americano desaprobó los convenios de Monterrey si puso en poder de su general tan cortos recursos de acción? ¿Qué, se acostumbra en Washington exigir siempre de los generales cosas extraordinarias? ¿Teníamos la seguridad de que la Cuarta Brigada que mandaba el señor general Ponce de León llegaría a tiempo para auxiliar la plaza?, pero esto no se verificó, pues no pasó del punto del Venado y su falta nos dejó reducidos a muy cortos recursos de ofensa.

Se ha tenido empeño en considerar los convenios como ruinosos absolutamente, negando que con ellos se obtuvieran las pocas ventajas que las críticas circunstancias permitían. La retirada no pudo ser ni más honorífica ni más provechosa; salvándose 4 piezas de a 12 y 2 de a 8, todos los equipajes, los depósitos de los cuerpos, a excepción de dos que saquearon los voluntarios por falta de mulas para transportarlos y negligencia de los que debieron extraerlo oportunamente; las cajas y papeleras, las oficinas de hacienda y resultando las ventajas de contener al enemigo

por ocho semanas, dando así tiempo para que el interior de la República se pusiese a la defensiva y para que se formara un ejército en San Luis que contuviera la invasión.

Todo el tiempo que estuve en Monterrey lo ocupé en destruir las simpatías que los americanos comenzaban a crear entre aquellas gentes y en moralizar a las tropas, cuyo espíritu había decaído por los reveses anteriores; y como prueba del cuidado que nuestro ejército tenía de la suerte de aquellos pueblos cuando se vio en la precisión de retirarse, exigí del general Taylor respetase las autoridades y las instituciones y lo prometió oficialmente.

Sensible es a un hombre de bien y a un soldado de la República fijar la atención en sus pocos servicios cuando la hora solemne de la patria ha sonado; pero la calumnia y la maledicencia han prevenido la opinión que me ha condenado sin oírme. Algunos periodistas que desde la capital pretenden dirigirlo todo y que piensan rechazar a los yankies quedándose tranquilos en sus casas son los que en la actualidad procuran atraer sobre el ejército y sus jefes un odio inmenso, cuando la responsabilidad de todos nuestros sucesos desgraciados debiera caer sobre aquellos que no dudan atizar la discordia y desgarrar el seno de su patria moribunda.

Si yo denuncio a la nación el crimen vergonzoso de esos escritores famélicos que reunidos bajo las banderas del *Monitor*, persiguen a todos los verdaderos mexicanos que han cometido el delito de ser los primeros en volar al combate en defensa de nuestro

territorio. El soldado que se ha hallado delante del enemigo extranjero desde la Independencia acá, despreciaría las hablillas de escritores que quieren figurar si la opinión no estuviese esta vez preocupada en su contra porque se le ha juzgado sólo por los resultados sin que pueda inculpársele cosa alguna.

Así lo reconoció el supremo gobierno declarando que “no resultaba cargo alguno contra mí”. De aquí se ha tomado la oportunidad de reclamar frenéticamente que se han violado las garantías que el poder ejecutivo ha invadido las atribuciones del judicial; y para probar todo esos avanzados propósitos, se apela a una carta del general Taylor y a otras mentidas o desfiguradas relaciones que nunca comprobaran mis enemigos.

Debieran reflexionar, primero, que contra mí no ha podido formarse un juicio cuando nada se me ha probado; y que el supremo gobierno, al mandar hacer pública mi inculpabilidad, lejos de invadir las atribuciones de ningún otro poder cumplió con un deber sagrado, pues debe a todo mexicano amparo y protección, aunque los editores del *Monitor* y los de su partido hagan votos continuos por la destrucción del ejército y de sus jefes.

Se pretende hacer un gran descubrimiento con decir que los que se batieron denodadamente en la Angostura entre los que tuve la indecible satisfacción de encontrarme, cumplieron solamente con su deber. El ejército mexicano

nunca ha tenido otra ambición ni otro fin; y si la fortuna le ha sido adversa en la presente lucha cuando se ha visto abandonado por sus propios hermanos, en cuya defensa ha derramado pródigamente su sangre, le queda la satisfacción de que mientras el genio del egoísmo calcula las sumas que se han invertido en sostenerlo, él ha dado en cambio su vida. El ejército ya no existe. Palo Alto y la Resaca de Guerrero, Monterrey y la Angostura, Veracruz y Cerro Gordo serán la prueba eterna de que fue abandonado sin recursos y sucesivamente por los que han procurado su ruina como la mayor dicha que pudiera lograr la nación. Todos sus cálculos se han realizado ya.

El soldado mexicano, modelo de valor, mutilado en Palo Alto, hambriento y desfallecido en la Angostura no ha podido sostener después el choque de Cerro Gordo. La nación mexicana en estos momentos angustiados exige nuevos sacrificios de sus verdaderos hijos; y el que se ha rehabilitado en la Angostura y Cerro del Telégrafo, puede convidar ahora a sus hermanos para marchar en contra del común enemigo.

No descansaremos un momento; no perdonaremos sacrificio. Los bosques impenetrables de nuestro hermoso suelo serán nuestra común habitación y desde allí nos lanzaremos sobre el infame americano, como el águila sobre la serpiente.

Mexicanos: alguna vez he merecido de vosotros el concepto de hombre de valor; en vuestra

compañía espera no desmerecerlo un solo instante él último de vuestros conciudadanos.

Pedro de Ampudia.

México, 14 de mayo de 1847.

Despachos oficiales del general Zachary Taylor²⁰

Sede del Ejército de Ocupación, Campamento cerca de Monterrey, 9 de octubre de 1846.

Señor: Ahora tengo el honor de presentar un informe detallado de las operaciones recientes antes de Monterrey, lo que resultó en la capitulación de esa ciudad.

La información recibida en la ruta de Cerralvo, y en particular la continua aparición en nuestro frente de la caballería mexicana, que tuvo una pequeña escaramuza con nuestro avance en el pueblo de Ramos, indujo la creencia, cuando nos acercábamos a Monterrey, que el enemigo defendería ese lugar. Al llegar a la zona de la ciudad en la mañana del 19 de septiembre, esta creencia fue plenamente confirmada. Se comprobó que ocupaba el pueblo en vigor; que se había construido una gran obra al mando de todos los enfoques del norte; y que el Palacio del Obispado, y algunas alturas cerca de la carretera del Altillo, también habían sido fortificados y ocupados con tropas y artillería. Se sabía, a partir de la información recibida

²⁰ Virginia Tech. NRR 71.200-201. Informe oficial del general Zachary Taylor sobre la toma de Monterrey, 28 de noviembre de 1846.

anteriormente, que los enfoques orientales estaban ordenados por varias obras pequeñas en el borde inferior de la ciudad.

La configuración de las alturas y quebradas en la dirección de la carretera Saltillo, tan visibles desde el punto alcanzado por nuestro avance en la mañana del 19 me llevó a sospechar que era posible convertir todas las obras en esa dirección, y así cortar la línea de comunicación del enemigo. Después de establecer mi campamento en el “Walnut Springs”, a tres millas de Monterrey, la posición adecuada más cercana, era en consecuencia, mi primer cuidado de ordenar un cierre de reconocimiento del terreno en cuestión, que fue ejecutado en la tarde del 19 por los oficiales de ingeniería bajo la dirección del mayor Mansfield.

Al mismo tiempo, el capitán Williams, ingeniero topográfico, hizo un reconocimiento de los enfoques orientales. El examen realizado por *major* Mansfield demostró la practicidad completa de lanzar una columna hacia la carretera de Saltillo, y así cambiar la posición del enemigo. Considerando que esto es una operación de importancia esencial, se dieron órdenes al general Worth, al mando de la segunda división, para marchar con su comando el día 20; rodear el cerro del Palacio del Obispo; para ocupar una posición en la carretera de Saltillo, y para llevar las obras de destacamento del enemigo en ese barrio, cuando sea posible. El primer regimiento de voluntarios montados en Texas, bajo el mando del coronel Hays, se unió a la segunda división

en este servicio los ingenieros topógrafos capitán Sanders, y el teniente general Meade, también se les ordenó informar al general Worth para el servicio con su columna.

A las dos de la tarde del día 20 de septiembre, la segunda división retomó su marcha. Pronto fue descubierto por oficiales que estaban reconociendo la ciudad y comunicados a la Generalidad, que se había percibido su movimiento y que el enemigo estaba enviando refuerzos hacia el Palacio del Obispo y la altura que lo ordenaba. Para desviar su atención en la medida de lo posible, la primera división, bajo mando del general Twiggs y la división de campo de voluntarios, bajo el mando del general mayor Butler, se posicionaron en frente de la ciudad hasta el anochecer.

Se hicieron arreglos al mismo tiempo para colocarlos en la batería durante la noche, a una distancia adecuada de la obra principal del enemigo: la Ciudadela, dos obuses de 24 libras y un mortero de 10 pulgadas, con miras a abrir fuego al día siguiente, cuando propuse hacer una desviación a favor del movimiento del general Worth. La infantería cubrió esta batería durante la noche. Mientras tanto, el general Worth había alcanzado y ocupado por la noche una posición defensiva sin el alcance de una batería sobre el Palacio del Obispo, después de haber hecho un reconocimiento hasta la carretera de Saltillo.

Antes de proceder a informar de las operaciones del 21 y después de días, me

permiso explicar el estado que me referiré en detalle sólo aquellos que se llevó a cabo contra el extremo oriental de la ciudad, bajo mi dirección inmediata, que se refiere a las indicaciones de las operaciones del general Worth, que fueron completamente separadas de su propio informe completo transmitido aquí.

En la madrugada del 21 recibí una nota del general Worth, escrita a las nueve y media de la noche anterior, sugiriendo que ya había intentado un fuerte desvío hacia el centro y la izquierda de la ciudad, para favorecer su empresa contra las alturas en la retaguardia. La infantería y la artillería de la primera división, y la división de voluntarios de campo, se ordenaron en armas y tomaron la dirección de la ciudad, dejando a una compañía de cada regimiento como guardia de campamento. Los segundos dragones, bajo el teniente coronel May y el regimiento de voluntarios montados en Texas del coronel Wood, bajo la dirección inmediata del general Henderson, fueron dirigidos a la derecha para apoyar al general Worth, si fuera necesario, y para hacer una impresión, si es posible, en la parte superior de la ciudad. Al acercarse a la batería de mortero, el Primero y regimientos de infantería y Tercer batallón de voluntarios Baltimore y Washington, con la batería de campo del capitán Bragg, todo bajo el mando del teniente coronel Garland, fue dirigido hacia la parte baja de la ciudad, con órdenes de hacer una manifestación fuerte y de llevar una de las obras avanzadas del enemigo, si pudiera ser derribado sin una pérdida demasiado pesada.

Mayor Mansfield, ingenieros, y el capitán Williams y el teniente Pope, ingenieros topográficos, acompañaron en esta columna al mayor Mansfield siendo acusado de su dirección y la designación de puntos de ataque. Mientras tanto, el mortero, servido por el capitán Ramsay, de la ordenanza, y la batería de obuses bajo el capitán Webster, Primero de Artillería, y abrieron su fuego sobre la Ciudadela, que fue sostenida deliberadamente, y respondida desde el trabajo.

La división del general Butler había tomado una posición en la parte trasera de esta batería, cuando las descargas de artillería, finalmente mezcladas con un fuego rápido de armas pequeñas, mostraron que la orden del coronel Garland se había comprometido con entusiasmo. Ahora consideré que era necesario apoyar este ataque y, en consecuencia, ordené que la Cuarta infantería y los tres regimientos de la división del general Butler marcharan de inmediato por el flanco izquierdo en dirección a la obra avanzada en el extremo inferior de la ciudad, dejando un regimiento (Primero Kentucky) para cubrir el mortero y la batería de obuses. Por algún error, dos empresas de la Cuarta infantería no recibió este pedido y, por consiguiente, no se unió a las compañías de avanzada hasta un tiempo después.

El coronel Garland se había acercado a la ciudad en dirección a la derecha del trabajo avanzado de las Tenerías en el ángulo noreste de la ciudad, y el oficial de ingeniería, cubierto por escaramuzas, había logrado ingresar a los suburbios y obtener cobertura. El resto de este

comando ahora avanzaba y entraba en la ciudad bajo un fuerte fuego de artillería de la Ciudadela y las obras de la izquierda, y de los mosqueteros de las casas y las pequeñas obras en frente. Se intentó un movimiento hacia la derecha con el fin de ganar la retaguardia de la Tenerías y llevar ese trabajo, pero las tropas estuvieron tan expuestas a un incendio que no pudieron regresar, y ya habían sufrido una pérdida tan severa, particularmente en los oficiales, que se consideró mejor retirarlos a una posición más segura.

El capitán primero de infantería, sin embargo, con una parte de sus propias y otras empresas, había ganado el techo de una curtiduría, que daba directamente a la garganta del número 1, y de la que se sirvió un fuego más destructivo en la que el trabajo y sobre el fuerte edificio en su parte trasera. Este fuego felizmente coincidió con el avance de una parte de la división de voluntarios en el número 1, y contribuyó en gran medida a la caída de ese trabajo fuerte e importante.

Los tres regimientos de la división de voluntarios bajo el mando inmediato del comandante general Butler había avanzado mientras tanto en dirección al número 1. La brigada principal, bajo el mando del general de brigada Quitman, continuó su avance sobre el trabajo, precedida por tres compañías de la Cuarta Infantería, mientras que el general Butler, con el Primer regimiento de Ohio, entró al pueblo a la derecha. Las empresas de la Cuarta Infantería habían avanzado dentro del corto alcance del trabajo, cuando fueron

recibidos por un fuego que casi en un momento golpeó a un tercio de los oficiales y hombres, hizo necesario retirarse y efectuar una conjunción con las otras dos compañías que avanzaban.

La brigada del general Quitman, aunque sufrió con mayor severidad, particularmente en el regimiento de Tennessee, continuó su avance y finalmente llevó la obra con un estilo atractivo, así como el fuerte edificio en su parte posterior. Cinco piezas de artillería, un suministro considerable de municiones y treinta prisioneros, incluidos tres oficiales, cayeron en nuestras manos.

Mayor general Butler, con el Primer regimiento de Ohio, después de entrar en el borde de la ciudad, descubrió que no se iba a lograr nada en su frente y, en este punto, cediendo a las sugerencias de varios oficiales, ordené un movimiento retrógrado; pero al enterarme de inmediato de uno de mis colaboradores de que la batería número 1 estaba en nuestro poder, la orden fue anulada, y decidí retener la batería y las defensas ya adquiridas.

General Butler, con la Primera del regimiento de Ohio, luego ingresó a la ciudad en un punto más hacia la izquierda y marchó en dirección a la batería número 2. Al hacer un examen para determinar la posibilidad de realizar esta segunda obra por asalto, el general resultó herido. Y poco después obligó a abandonar el campo. Como la fuerza del número 2 y el pesado fuego de mosquetería que flanqueaba el enfoque hacían imposible transportarlo sin

grandes pérdidas, el Primer regimiento de Ohio fue retirado de la ciudad.

Fragmentos de los diversos regimientos comprometidos estaban ahora bajo la cobertura de la batería capturada y algunos edificios en su parte frontal y derecha. Las baterías de campo de los capitanes Bragg y Ridgely también estaban parcialmente cubiertos por la batería. Se mantuvo un fuego incesante en esta posición desde la batería número 2 y otras obras a su derecha, y desde la Ciudadela, en todos nuestros enfoques. El general Twiggs, aunque no se encontraba bien, se unió a mí en este punto, y contribuyó decisivamente a que la artillería capturada del enemigo se colocara en la batería, y el capitán Ridgely la sirvió contra el número 2 hasta la llegada de la batería de obuses del capitán Webster, que tomó su lugar.

Mientras tanto, dirigí a los hombres que se podrían recoger del Primero, Tercero y Cuarto Regimientos y el batallón de Baltimore para entrar en la ciudad, penetrar a la derecha y cargar la segunda batería, si es posible. Este comando, bajo el teniente coronel Garland, avanzó más allá del puente "Purísima", cuando encontró que no era posible obtener la parte trasera de la segunda batería, una parte de ella se mantuvo durante algún tiempo en esa posición avanzada; pero como no se podía hacer una impresión permanente en ese punto, y el objeto principal de la operación general se había efectuado, el comando, incluida una sección de la batería del capitán Ridgely, que se había unido a ella, se retiró a la batería

número 1. Se informó de una demostración de caballería en dirección a la Ciudadela.

El capitán Bragg, que estaba a mano, inmediatamente galopó con su batería en una posición adecuada, de la cual unas cuantas descargas dispersaron efectivamente al enemigo. El capitán Miller, Primera Infantería, fue enviado con un comando mixto para apoyar la batería en este servicio. Los lanceros enemigos habían cargado previamente en el Ohio y una parte del regimiento de Mississippi, cerca de algunos campos a una distancia del borde de la ciudad, y habían sido rechazados con pérdidas considerables. Una demostración de caballería en el lado opuesto del río también fue dispersada en el transcurso de la tarde por la batería del capitán Ridgely, y los escuadrones regresaron a la ciudad.

Al acercarse la noche, todas las tropas que habían sido ocupadas recibieron órdenes de regresar al campamento, excepto la batería del capitán Ridgely y la Infantería regular de la Primera división, que fueron nombrados como guardia para los trabajos durante la noche, bajo el mando de teniente coronel Garland. Un batallón del Primer Regimiento de Kentucky recibió la orden de reforzar este comando. Se procuraron herramientas de intrincado y los grupos de trabajo durante la noche, bajo la dirección del teniente, dieron fuerza adicional a las obras y protección a los hombres, bajo la dirección del teniente Scarritt, ingenieros.

El principal objeto propuesto por la mañana había sido efectuado. Se había hecho una desviación poderosa para favorecer las operaciones de la Segunda división, se había llevado a cabo una de las obras avanzadas del enemigo, y ahora teníamos una fuerte presencia en la ciudad. Pero esto no se había logrado sin una gran pérdida que abarcaba a algunos de nuestros oficiales más galantes y prometedores.

Capitán Williams, ingenieros topográficos, tenientes Terrett y Dilworth, Primera Infantería; teniente Woods, Segunda Infantería; capitán Morris y Field, Brevet Major Barbour, tenientes Irwin y Hazlitt, Tercera Infantería; teniente Hoskins, Cuarta Infantería; teniente coronel Watson, el Batallón de Baltimore; el capitán Allen y teniente Putman, Regimiento de Tennessee, y teniente Hett, del Regimiento de Ohio, fue asesinado o, desde entonces, murió a causa de las heridas recibidas en este enfrentamiento, mientras que el número y el rango de los oficiales heridos ofrecen pruebas adicionales de la obstinación del combate y la buena conducta de nuestras tropas. El número de muertos y heridos incidente a las operaciones en la parte baja de la ciudad en la 21 es 394.

Temprano en la mañana de este día 21, el avance de la División segunda había encontrado con el enemigo en vigor, y después de un breve y agudo conflicto, lo rechazó con pérdidas. El general Worth entonces logró obtener una posición en la carretera de

Saltillo, cortando así la línea de comunicación del enemigo. Desde la posición, las dos alturas al sur de la carretera de Saltillo se llevaron en sucesión, y el arma tomada en una de ellas giró sobre el Palacio del Obispo. Estos éxitos importantes se obtuvieron por suerte con comparativamente pequeña pérdida, el capitán McKavett, Octavo de Infantería, siendo el único oficial muerto.

El día 22 de septiembre transcurrió sin ninguna operación activa en la parte baja de la ciudad. La Ciudadela y otras obras continuaron disparando a las partes expuestas a su alcance, y al trabajo que ahora ocupan nuestras tropas. El guardia que había dejado allí la noche anterior, excepto la compañía del capitán Ridgely, fue relevado al mediodía por la brigada del general Quitman. La batería del capitán Bragg fue lanzada a cubierto frente a la ciudad para repeler cualquier manifestación de caballería en ese barrio. Al amanecer del día, se llevó la altura sobre el Palacio del Obispo, y poco después del meridiano, se tomó el Palacio y se colocaron sus armas sobre la guarnición de fugados. El objeto para el cual se separó la Segunda división se había cumplido así completamente,

Durante la noche del 22, el enemigo evacuó casi todas sus defensas en la parte baja de la ciudad. El general Quitman, quien ya había meditado un asalto a esas obras, me lo informó temprano en la mañana del día 23. Inmediatamente le envié instrucciones a ese oficial, dejándolo a su discreción para entrar a

la ciudad, cubriendo a sus hombres por las casas y las paredes, y avanzar con cuidado hasta donde él lo considere prudente. Después de ordenar el resto de las tropas como reserva, bajo las órdenes del general de brigada Twiggs, reparé las obras abandonadas y descubrí que una parte de la brigada del general Quitman había entrado en la ciudad, y seguí forzándome hacia la principal plaza. Entonces ordené al Segundo Regimiento de voluntarios montados en Texas, que entraron a la ciudad, desmontado, y bajo las órdenes inmediatas del general Henderson, cooperó con la brigada del general Quitman.

La batería del capitán Bragg también fue ordenada, apoyada por la Infantería Tercera; y después de disparar por un tiempo en la catedral, una parte de ella fue como arrojada a la ciudad. Nuestras tropas avanzaron de casa en casa, y de plaza en plaza, hasta que llegaron a una calle pero a una plaza en la parte trasera de la plaza principal, en la cual se concentraba principalmente la fuerza del enemigo. Este avance se realizó enérgicamente pero con la debida precaución y, aunque fue destructivo para el enemigo, fue atendido pero con poca pérdida por nuestra parte. El capitán Ridgely, mientras tanto, había servido una pieza capturada en la batería número 1 contra la ciudad, hasta que el avance de nuestros hombres hizo imprudente disparar en dirección a la catedral. Ahora estaba satisfecho de que podíamos operar con éxito en la ciudad, y de que el enemigo se había retirado de la parte inferior para hacer una parada detrás de las barricadas. Como la brigada del general

Quitman había estado de servicio la noche anterior, decidí retirar las tropas a las obras evacuadas, y concertar un concierto combinado con el general.

En consecuencia, las tropas se recuperaron deliberadamente, se pusieron en orden y reanudaron sus posiciones originales, y la brigada del general Quitman fue relevada después del anochecer por la del general Hamer. Al regresar al campamento, me encontré con un oficial con la inteligencia que el general Worth, inducido por los disparos en la parte baja de la ciudad, se trataba de realizar un ataque en la extremidad superior, que también había sido evacuado por el enemigo a una distancia considerable. Me arrepentí porque esta información no hubiera sido inadecuada para cambiar mis órdenes y, en consecuencia, regresé al campamento.

Una nota del general Worth, escrita a las once de la noche, me informó que había avanzado a una corta distancia de la plaza principal, y que el mortero (que había sido enviado a su división en la mañana) estaba funcionando bien. Ejecución dentro del alcance efectivo de la posición del enemigo. Deseando no volver a intentar la ciudad sin un concierto completo de las líneas y el modo de aproximación, le pedí al oficial que suspendiera su avance hasta que pudiera tener una entrevista con él a la mañana siguiente en su sede. Me informó que había avanzado a una corta distancia de la plaza principal y que el mortero (que había sido enviado a su división en la mañana) estaba haciendo una buena ejecución dentro

del alcance efectivo de la posición del enemigo. Deseando no volver a intentar la ciudad sin un concierto completo de las líneas y el modo de aproximación, le pedí al oficial que suspendiera su avance hasta que pudiera tener una entrevista con él a la mañana siguiente en su sede.

En la madrugada del 24 que he recibido, hasta coronel Moreno, una comunicación del general Ampudia, proponiendo a evacuar la ciudad; las cuales, con la respuesta, fueron reenviadas con mi primer despacho. Organicé con el coronel Moreno un cese de fuego hasta las doce en punto, a qué hora recibiría la respuesta del general mexicano en la sede del general Worth, que pronto reparé. Mientras tanto, el general Ampudia había significado que el general merecía una entrevista personal conmigo, a la que accedí, y que finalmente resultó en una capitulación, colocando al pueblo y al material de guerra, con ciertas excepciones, en nuestra posesión. Una copia de esa capitulación fue transmitida con mi primer despacho.

Al ocupar la ciudad, se descubrió que era de gran fortaleza en sí misma y que sus enfoques se fortalecían con cuidado y fuerza. La ciudad y las obras estaban armadas con 42 piezas de cañón, bien abastecidas de municiones y tripuladas con una fuerza de al menos 7000 soldados de la línea, y de 2000 a 3000 irregulares. La fuerza bajo mis órdenes antes de Monterey, como lo demuestra la declaración de retorno, fue de 425 oficiales y 6220 hombres. Nuestra artillería consistía en un

mortero de 10 pulgadas, dos obuses de 24 libras y cuatro baterías de campo de luz de cuatro pistolas cada una, siendo el mortero la única pieza adecuada para la operación de un asedio.

Nuestra pérdida son 12 oficiales y 108 hombres asesinados; 31 oficiales y 337 hombres heridos. El enemigo no se conoce, pero se cree que supera considerablemente al nuestro.

Me complace llevar a la nota del gobierno la buena conducta de las tropas, tanto regulares como voluntarios, que ha sido notable en todas las operaciones. Me enorgullece dar testimonio de su frialdad y constancia en la batalla, y de la alegría con la que se han sometido a la exposición y la privación. A las divisiones dominantes del oficial general (mayordomos y Henderson de los generales, y Twiggs y Worth de los generales de brigada), debo expresar mis obligaciones por la ayuda eficiente que han prestado en sus respectivos comandos. Estaba por desgracia privada, a principios del 21 de los valiosos servicios del mayor general Butler, que quedó incapacitado por una herida recibida en el ataque a la ciudad.

El mayor general Henderson, al mando de los voluntarios de Texas, me ha brindado una importante ayuda en la organización de su comando y sus operaciones posteriores. El general de brigada Twiggs prestó servicios importantes con su división, y como el segundo al mando después de que el general mayor Butler fuera deshabilitado. Al general de brigada Worth se le confió un importante

desapego, que hizo que sus operaciones fueran independientes de las mías. Esas operaciones fueron conducidas con habilidad, y coronadas con éxito completo.

También deseo notar al general de brigada Hamer y Quitman, al mando de brigadas en la división del general Butler. Los tenientes coroneles Garland y Wilson, al mando de brigadas en la división del general Twigg; los coroneles Mitchell, Campbell, Davis y Wood, al mando de los regimientos de Ohio; Tennessee, Mississippi y Segunda, respectivamente, y los *majors* Lear, Allen y Abercrombie, al mando del Tercero, Cuarto y Primero Regimientos de Infantería; todos los cuales sirvieron bajo mi ojo y llevaron a cabo sus órdenes con frialdad y galantería contra el enemigo. Coronel Mitchell, teniente coronel M'Clung, el regimiento de Mississippi, el comandante Lear, la Infantería Tercera y el Regimiento del comandante Alexander, Tennessee, resultaron gravemente heridos, al igual que el capitán Lamotte, teniente Graham, Cuarta Infantería. Armstrong, Regimiento de Ohio; tenientes Scudder y Allen, Regimiento de Tennessee, y teniente Howard, Mississippi Regimiento, mientras que al frente de sus hombres contra la posición del enemigo en la 21 y 23. Después de la caída del coronel Mitchell, el comando del Primer regimiento de Ohio se convirtió en teniente coronel Weller; la de la Infantería Tercera, después de la caída del mayor Lear, se convirtió en sucesión sobre el capitán Bainbridge y el capitán Henry, que también fue herido.

Los siguientes oficiales nombrados han sido notados favorablemente por sus comandantes: teniente coronel Anderson y el ayudante Herman, regimiento de Tennessee; teniente coronel M'Clung, capitanes Cooper y Downing, tenientes Patterson, Calhoun, Moore, Russel y Cook, Regimiento de Mississippi; también el sargento mayor Hearlan, Regimiento de Mississippi, y major Price y el capitán J.R. Smith, sin ataduras pero que sirven con él.

Pido salir también para llamar la atención sobre el capitán Johnson, Regimiento de Ohio y teniente Hooker, Primera Artillería, que forma parte del personal del general Hamer y teniente Nichols, Segunda Artillería, sobre la del general Quitman. Capitanes Bragg y Ridgely sirvieron con sus baterías durante la operación bajo mi propia observación, y forman parte de mis órdenes inmediatas, y exhibieron destreza y galantería destacadas. Capitán Webster, Primera Artillería, asistida por tenientes Donalds y Bowen, prestan un buen servicio con la batería obús, que fue muy expuesto al fuego del enemigo en la 21.

Debido a la naturaleza de las operaciones, los dragones segundos no se pusieron en acción, sino que se emplearon de manera útil bajo la dirección de teniente coronel May como acompañantes, y en mantener nuestras comunicaciones abiertas. El Primer Regimiento de Kentucky también se le impidió participar en la acción de la 21, pero prestó servicios altamente importantes bajo el coronel Ormsby, en la cobertura de la batería de

morteros, y manteniendo a raya la caballería enemiga durante el día.

He notado más arriba los oficiales cuya conducta cayó bajo mi ojo inmediato o sólo se notó en informes menores que se reenviaron. Para una mayor mención de los individuos, les ruego que me remitan a los informes de los comandantes de división que aquí se transmiten con respeto. Estoy totalmente de acuerdo con sus recomendaciones y deseo que sean consideradas como parte de mi propio informe.

De los oficiales de mi personal y de los ingenieros, los ingenieros topográficos y la ordenanza asociada a mí, obtuve asistencia valiosa y diferente durante las operaciones. Coronel Whitting, asistente del intendente general, coroneles Crogham y Belknap, inspectores generales, *major* Bliss, ayudante adjunto general, capitán Sibley, asistente del intendente, capitán Waggamah, comisario de subsistencia, capitán Eaton y teniente Garnett, ayudantes de campo y mayores Kirby y Van Buren, departamento de pagos, trabajaron cerca de mi persona y siempre fueron rápidos en todas las situaciones, en la comunicación de mis órdenes e instrucciones.

Debo expresar mis obligaciones particulares con Brevet Majr Mansfield y teniente Scarritt, Cuerpo de ingenieros. Ambos prestaron los servicios más importantes para reconocer la posición del enemigo, conducir tropas en el ataque y fortalecer las obras capturadas del enemigo. Mayor Mansfield, aunque herido el

21 permaneció en servicio durante ése y el día siguiente, hasta que fue confinado por su herida al campamento.

El capitán Williams, ingenieros topógrafos, a mi pesar y la pérdida del servicio fue herido de muerte, mientras que sin temor a exponerse en el ataque a la 21. El teniente Pope, del mismo cuerpo, fue activo y celoso durante toda la operación. El mayor Monroe, jefe de la artillería, el mayor Craig y el capitán Ramsay de la artillería, fueron diligentes en el desempeño de sus deberes. El anterior supervisó el servicio de mortero el 22, como se mencionó particularmente en el informe de general Worth, al que también me refiero para los servicios del ingeniero y de los oficiales topográficos separados de la Segunda división.

El cirujano Craig, director médico, trabajaba activamente en los deberes importantes de su departamento, y el personal médico por lo general se mostraba incansable en la atención a los numerosos heridos.

Con todo respeto, adjunto a la presente, además de los informes de los comandantes de división, un retorno sostenido de la fuerza antes de Monterrey, en el 21 de septiembre -un retorno de muertos, heridos y desaparecidos durante las operaciones- y dos bocetos topográficos, uno exhibiendo todos los movimientos en torno a Monterrey, el otro en una escala mayor, más la frustración, en particular las operaciones en el barrio más bajo de la ciudad, preparados respectivamente

por los tenientes Meade y Pope, ingenieros topográficos.

Lo soy, señor, muy respetuosamente, su obt.

Z. Taylor
Major General USA Com.

El Adjutante General del Ejército,
Washington, DC.

**Parte de guerra del general Francisco
Mejía²¹**

Enviado al general en jefe D. Pedro de Ampudia por el General Francisco Mejía encargado de los Fortines Purísima, Las Tenerías, Flechas y Fuerte del Diablo del primer día de la Batalla de Monterrey del 21 de septiembre de 1846.

Interior
Estado de Nuevo León
Cuerpo del Ejército del Norte
Segunda Brigada

Escmo Sr.- Voy a dar parte a V.E. de los hechos de armas que en el día de hoy han tenido lugar en la línea de mi cargo.

Mientras las tropas de los Estados Unidos, situadas en el bosque de Santo Domingo llamaron la atención de la Ciudadela con los tiros de su artillería, se ocuparon de organizar diversas columnas, con una fuerza que no bajaba de cinco mil hombres mandados en

²¹ Periódico *Monitor Republicano*, No. 626, hojas 2 y 3, 8 de noviembre 1846.

persona por el general Taylor. El ataque se ejecutó sobre el reducto levantado la noche anterior en la Tenería, y las masas contrarias llegaban con armas a discreción a la orilla de la tala a pesar de la resistencia que se opuso y de que nuestra artillería y fusilera les causó considerable estrago, regando el campo de muertos y heridos americanos.

El resultado fue haber sido envuelto este punto que defendía el Sr. coronel D. José María Carrasco con 160 individuos de tropa del Segundo y Tercer Regimiento de la Infantería ligera y del Batallón Auxiliar de esta ciudad, teniendo además 3 piezas de artillería que quedaron perdidas. También fue arrollada la reserva de 150 hombres con que acudió el teniente coronel D. Joaquín Castro, con una pieza que corrió igual suerte que las anteriores.

Estas fuerzas se replegaron a la línea del oriente por la orilla del río, hacia la derecha del Reducto del Rincón del Diablo, sobre el cual y sobre las dos flechas intermedias de su izquierda se lanzó el enemigo impetuosamente haciendo esfuerzos desesperados que causaron admiración a cuantos presenciaron el buen orden. La firmeza y valerosa decisión con que nos batieron unas tropas de quienes no se esperaba semejante comportamiento: pero fueron rechazadas con heroicidad. El reducto y las dos flechas a que me refiero estaban defendidas por 154 hombres del Segundo Ligero, Décimo Regimiento de Infantería, y Batallón Activo de Querétaro distribuidos en tales puntos, en que jugaron tres piezas de

artillería y concurrieron 50 granaderos del Batallón de Aguascalientes, que siguiendo el ejemplo del bizarro capitán D. Marco Esnaurrizar, ayudaron con denuedo a repeler a los agresores.

Perdida por los americanos la esperanza de penetrar a la plaza, por impedirselo en aquella dirección nuestros fuegos, prolongó su ataque hasta el reducto del Puente de la Purísima donde hizo su último esfuerzo, cargando con mayor resolución y metiendo al combate las columnas que le quedaban de reserva; pero que también fueron rechazadas de un modo glorioso que honrara eternamente a los bravos soldados, que en número de 111 individuos de tropa del Batallón Activo de Querétaro se encontraba en el punto lo mismo que a los denodados artilleros que con tanto acierto dirigieron una pieza de a doce, cuyos estragos siempre lamentaran los temerarios invasores.

En este lugar fue tan reñido el combate que a un tiempo se vieron atacados los tres parapetos e introducida una fuerte columna americana en la calle conocida por la Alameda, hasta el extremo de comenzar a pasar los enemigos por la presa; mas la atrevida carga que en persona di con tres compañías del intrépido batallón de Aguascalientes, mandadas por su valiente y esforzado comandante D. José Ferro, bastó para que los americanos volvieran la espalda.

Diré en reforma que se sostuvieron seis horas de fuego vivo y mortífero hasta desalojar a las huestes americanas de las calles y bosques que

penetraron y hacerlas retirarse ocultándose de nuestros tiros.

Por parte de México no hemos tenido otra pérdida entre muertos y heridos que la muy pequeña demostrada en el documento número 1; pero los americanos , que si bien nos hostilizaron desde alguno que otro edificio, también se batieron a pecho descubierto en columna cerrada y a la bayoneta, tienen que lamentar una baja que calculo, según reconocimiento que con violencia pude hacer, en 1200 hombres muertos y heridos, incluso muchos oficiales y algunos jefes que quedaron frente a la Tenería y en el ángulo que se forma entre el Rincón del Diablo y el Puente de la Purísima. Comenzaron a levantarse y se recogieron varios que remití al hospital, entre ellos al capitán topográfico de ingenieros Mr. Williams y el teniente del Primer Regimiento de Infantería Mr. Terret, mas no pudo continuarse la operación porque el enemigo rompió el fuego de cañón, cuyas balas y metrallas llegaban en capacidad de ofender a la tropa empleada en tal objeto.

Los militares que en este día memorable me han estado subordinados, cumplieron con los deberes que los ligan como ciudadanos y como soldados, peleando con heroicidad en una acción mucho más distinguida que las que señala la ordenanza general del ejército en el artículo 18 del tratado Segundo, título 17, y por ello han merecido sin duda bien de la patria.

Mi segundo el Sr. coronel D. José María Carrasco, después de haberse retirado de la Tenería, entro al Reducto del Rincón del Diablo y lo sostuvo cumpliendo debidamente. Muy interesantes servicios prestó con anterioridad, trazando y aun levantando casi todas las obras de la fortificación de esta línea: pero a V.E. le consta y por eso excusó relacionarlos.

El mayor de Órdenes de la Brigada de mi cargo, teniente coronel don Manuel Molina y sus ayudantes: coronel graduado capitán D. Manuel Palacios y teniente D. Francisco Porchini en unión de mis ayudantes coroneles graduados; comandantes de Escuadrones. D. Calistro Bravo, y D. R. Varela, el de la misma clase con grado de teniente coronel D. Manuel Barragán, el primer ayudante de Infantería permanente D. Antonio Cortázar, el capitán del Batallón Auxiliar de Matamoros D. Sebastián Quintanilla y el teniente jefe de los Escuadrones de Auxiliares de Nuevo León. D. José María García, comunicaron mis órdenes con la violencia y exactitud que requerían aquellas circunstancias, lográndose con esto el acierto en la combinación del ataque.

Es preciso particularizar, en obsequio de la justicia al señor coronel Bravo a quien en lo más reñido de la acción y antes de la llegada del Sr. Carrasco, le mandé ayudar a sostener el Reducto del Rincón del Diablo, que estuvo expuesto a perderse y correspondió este jefe a mi confianza como valiente soldado de la República. Así mismo debo manifestar que el teniente José María García cuando la tropa se

retiraba de la Tenería estaba en un desorden que iba a dar por resultado su completa dispersión, se esforzó en contenerla hasta conseguir que parte de ella volviese al combate, cuyo servicio y el que dejó expresado, son dignos de consideración, si se atiende a los momentos críticos en que fueron prestados.

Los ingenieros que me estuvieron sujetos, teniente coronel graduado, capitán D. Zeferino Prieto y teniente D. Joaquín Colombres nada dejaron que desear en las importantes obligaciones que con anterioridad y en aquellos instantes ejercieron. El último de estos oficiales iba a ser prisionero en la Tenería, por su constancia en el teatro de las operaciones.

El comandante de Artillería de la línea de mi cargo, jefe de división D. Juan Espejo merece la más alta recomendación por su valor y serenidad, así como porque en los momentos de mayor peligro recorrió los puntos, ayudando con ello los esfuerzos de sus bravos defensores.

El teniente coronel de Infantería capitán de la arma D. Patricio Gutiérrez y el sargento segundo D. Simón Mendoza, que manejó la pieza que obró en el punto de la Purísima, así como el teniente coronel graduado, capitán D. Ignacio Joaquín del Arenal que mandó la Artillería del Rincón del Diablo , el segundo ayudante D. José Terroba y subteniente D. Andrés de León, que estuvieron a sus órdenes, observaron tanta actividad y dirigieron con tal acierto sus punterías, que el enemigo sufrió mucho estrago de nuestras piezas. La artillería del Reducto de la Tenería estuvo a cargo del

capitán Jacinto Domínguez con los subtenientes D. Agustín Espinoza y Manuel Balbontín, quedando prisionero este último oficial y contuso el capitán Domínguez.

El comandante del Puente de la Purísima, primer ayudante del Batallón Activo de Querétaro D. José María Herrera, se distinguió por la decisión con que se sostuvo, por el entusiasmo que difundía entre sus subordinados, por la previsión que demostró en los instantes de mayor riesgo y porque peleó con un arrojo digno de imitarse los señores oficiales de este cuerpo que se batieron llenaron sus obligaciones; pero el capitán D. Ignacio Gil Briviesca, el teniente D. Juan María Arquivar y los subtenientes D. Joaquín Corona, D. Manuel Bulnes y D. Guillermo Moreda, sobresalieron por su valentía en términos de que este último fue hecho prisionero en la Tenería.

El capitán del propio Batallón D. Mariano Caballero de Acuña que defendía dos obras de Fortificación, es oficial bizarro que fue herido por los rifles americanos y merece la más extremada recomendación pues a ello lo hace acreedor su honrado y valeroso comportamiento.

El teniente coronel graduado, capitán D. Julián de los Ríos, el capitán D. José de Jesús Vivanco, el teniente D. José María Olguero y subteniente D. José María Fuentes, todos del Segundo Regimiento de Infantería Ligero, que estuvieron en el Rincón del Diablo, los capitanes D. Antonio Batalla, D. Miguel

Cástulo Muñoz y el teniente D. Ignacio Huerta del Décimo de Línea que defendieron una de las dos flechas intermedias, así como los demás subalternos que los acompañaron, entre ellos teniente del décimo segundo de la propia arma

D. Leocadio Huerta, que sin corresponderle se batió, se condujeron con tanto valor y serenidad, y sostuvieron el ataque con tal entusiasmo que probaron ser oficiales de honor, dignos de la gratitud de sus conciudadanos y de la consideración del supremo gobierno, de lo cual es muy merecedor el capitán del Batallón Activo de Aguascalientes D. Joaquín Baños, que cuando más expuestos estábamos a ser arrollados, se me ofreció voluntariamente para que lo empleara en las operaciones más peligrosas como en efecto lo ejecuté, y este buen mexicano, a la vez que denodado oficial, derramó su sangre en el campo de batalla a virtud de una herida gloriosa.

Todo encomio es insuficiente para presentar tal como fue el comportamiento del comandante del propio Batallón de Aguascalientes, D. José Ferro, lo mismo que el de las demás clases que a sus órdenes y conmigo a la cabeza, dieron la carga en el Puente de la Purísima al intentarse flanquear nuestra izquierda pues V.E habría gozado la satisfacción más cumplida, si sus atenciones le hubieran permitido presenciar un sólo instante la bizarría de estos militares y la de todos los demás que operaron, haciéndose merecedores de la más elevada distinción.

El subteniente del Batallón Auxiliar de Nuevo León D. Trinidad Pérez, que con treinta hombres de su cuerpo concurrió a esta función de armas, se portó lo mismo que las tropas del ejército y al retirarse del reducto de la Tenería, se replegó al Fortín del Diablo, donde permaneció.

Digna de elogio es la conducta del Teniente del Tercer Regimiento de Infantería Ligera D. Nicolás Ortiz que con 23 soldados apareció en el Puente de la Purísima y ayudó a oponer la vigorosa resistencia que en él se hizo.

El propio cuerpo del Tercer Regimiento de la Infantería Ligera tuvo muertos y heridos en la fuerza que dio para el punto de la Tenería, pero como pertenece a otra brigada, no me ha sido dable reunir hasta este momento los datos necesarios para expresar el número, mas me consta que el capitán D. José María Servín murió gloriosamente sobre el campo de batalla y que en el mismo quedó prisionero el teniente Ignacio Solachi.

No debo pasar en silencio al paisano D. Macedonio Covarrubias que como aventurero concurrió al Reducto de la Purísima, estando en él durante la acción y lleno de entusiasmo corrió el mismo peligro que los soldados prestando buenos servicios.

Se me presentó el teniente de la Compañía Auxiliar de la Bahía del Espíritu Santo D. Ramón Falcón, quien me acompañó hasta el último instante, cumpliendo con cuanto le ordené.

Al sargento de la Compañía Presidial del Álamo de Parras, Onofre Maciel, lo tuve cerca de mi persona por sus conocimientos en el terreno, por su valor y por la sagacidad que lo caracteriza para el arriesgado servicio de explorador. Su vida estuvo muy expuesta durante la acción, ya porque se halló al frente de los fuegos del enemigo, y ya porque le empleé en diversos reconocimientos, que ejecutó con todo acierto, revolviéndose casi entre las fuerzas que teníamos encima, dándome parte de sus movimientos.

No obstante que hablo de varios jefes y oficiales he creído del caso acompañar bajo el número 2, lista que comprende a cuantos concurrieron al combate, para que la nación y el gobierno que rige sus destinos, los conozca por sus nombres y sepa el mérito que han contraído. Todos se disputaban la preferencia en llenar los deberes y sus fructuosos afanes están recomendados por el artículo de ordenanza que dejó referido, el cual tiene por acción distinguida batir al enemigo con un tercio menos de fuerza, y en esta vez quinientos soldados de la República Mexicana han rechazado gloriosamente a cinco mil de los Estados Unidos, causándole grande pérdida.

Ruego pues a V.E. que al dar cuenta de lo ocurrido al Ministerio de la Guerra se digne hacer la honrosa mención que merecen estos valientes, porque sea cual fuera el éxito del plan que se haya propuesto adoptar para la defensa de la plaza, no debe oscurecerse un servicio tan distinguido pues así acabaría el

estímulo que es preciso fomentar en una guerra tan nacional como la que sostenemos.

Dios y libertad.
Monterrey, septiembre 21 de 1846.
General Francisco Mejía.

Escmo. Señor General en Jefe D. Pedro de Ampudia.

Número 1

Cuerpo del Ejército del Norte

Segunda Brigada

Estado que manifiesta los heridos y muertos que han tenido los cuerpos de la expresada, al rechazar hoy a las tropas de los Estados Unidos, que atacaron los reductos del Puente de la Purísima y el Rincón del Diablo.

	HERIDOS	MUERTOS
Artillería	6	5
2º Reg. Infantería Ligero	21	8
3º Reg. Infantería Ligero	0	1
10º Reg. De Línea	7	1
Batallón Activo de Querétaro	10	5
Batallón Activo de Aguascalientes	16	5
TOTAL	60	25

NOTAS:

1° Artillería tuvo además cinco hombres quemados.

2° No se incluye la tropa muerta y herida del Tercero Ligero de Infantería, por no haberse reunido los datos hasta este momento, y sólo se anota un capitán que lo es D. José María Servín, que se vio muerto sobre el campo de batalla.

Monterrey, septiembre 21 de 1846.

Manuel Molina, Secretario.

V.Bo. Mejía.

Número 2

Relación de los señores jefes y oficiales que concurrieron a la acción dada a las tropas de los Estados Unidos, que fueron rechazadas hoy cuando atacaron los reductos del Puente de la Purísima, Flechas y Rincón del Diablo.

Ayudantes del Excelentísimo Sr. General

Sr. Coronel Graduado, Comandante
del Escuadrón: D. Calixtro Bravo

Idem idem D. Ramón Valera

Teniente Coronel Comandante
de Escuadrón D. Manuel Barragán

Primer Ayudante D. Antonio Cortázar

Capitán D. Sebastián Quintanilla

Teniente D. José María García

Artillería

Jefe de División D. Juan Espejo
Teniente Coronel
Capitán D. Ignacio Joaquín del Arenal
Teniente Coronel D. Patricio Gutiérrez
Capitán D. Jacinto Domínguez, contuso
Segundo ayudante D. José Terroba
Subteniente D. Manuel Balbontín,
prisionero
Subteniente..... D. Agustín Espinoza
Subteniente..... D. Andrés de León

Regimiento Segundo Ligero

Coronel..... D. José María Carrasco
Teniente Coronel Capitán D. Julián de
los Ríos
Capitán D. José de Jesús Vivanco
Segundo Ayudante D. Jerónimo Rosales
Teniente..... D. José María Olgero
Teniente..... D. Francisco Valdés
Subteniente..... D. José María Fuentes
Subteniente..... D. José María Saucedo

Tercer Regimiento Ligero

Capitán D. José María Servín, muerto
Teniente D. Ignacio Solachi, prisionero
Teniente..... D. Nicolás Ortiz

Décimo de Infantería

Comandante de Batallón, Capitán.... D. Antonio
Batalla, herido
Capitán D. Manuel Cástulo Muñoz
Teniente D. Domingo Vargas
Teniente D. Ignacio Huerta
Teniente D. Baltazar Lorenzana
Subteniente..... D. Agustín Hernández, herido

Batallón Activo de Querétaro

Primer Ayudante D. José María Herrera
Capitán D. Mariano Caballero, herido
Capitán D. Ignacio Gil Bivriesca
Capitán D. José María Ruano
Teniente D. Juan María Arcivar
Teniente D. Benigno Rivera
Segundo Ayudante D. Manuel Morel
Subteniente..... D. Joaquín Corona
Subteniente..... D. José María Jaramillo
Subteniente..... D. Manuel Bulnes
Subteniente..... D. Guillermo Moreda,
prisionero
Subteniente..... D. Tomás Méndez

Batallón Activo de Aguascalientes

Coronel Primer Ayudante D. José Ferro
Capitán D. Felipe Macías

Capitán D. Norberto Goitia
Capitán D. Marcos Esnaurrizar
Capitán D. Francisco Ávila
Capitán D. Francisco Gallegos
Capitán D. Joaquín Baños
Teniente D. León Esnaurrizar
Teniente D. Joaquín Caballero
Teniente José María Magallanes
Teniente D. José María Barragán
Teniente D. Isidoro Quiroga
Subteniente D. José María Gómez
Subteniente Gregorio Torres
Subteniente D. Apolonio Suárez
Subteniente Jesús Pedroza
Subteniente Romualdo Dávalos
Subteniente D. Feliciano Campos
Subteniente Braulio Archundia
Subteniente Clemente Herrera, herido

Batallón Auxiliar de Nuevo León

Subteniente D. Trinidad Pérez

Nota.- El capitán D. José María Servín y el teniente D. Ignacio Solachi no estuvieron en los puntos ya expresados, pero sí en el fortín de la Tenería, lo mismo que el subteniente D. Guillermo Moreda, en cuyo punto fue muerto el primero de dichos oficiales y prisioneros los

otros. El teniente Ortiz, del mismo cuerpo, se batió en el Puente de la Purísima.

Monterrey, septiembre 21 de 1846.
Manuel Molina .Vo.Bo. Mejía.

**Parte de guerra del general José García
Conde²²**

Saltillo, Coahuila, 31 de octubre de 1846

Apreciados conciudadanos: precisado a permanecer todavía en esta ciudad a causa de hallarme convaleciendo de una larga y aguda enfermedad que he padecido me ha dado a leer un amigo, demasiado tarde, la carta que ustedes insertan en el número 603 de su ilustrado periódico del 16 del que expira, firmada por dos militares con las iniciales N.R. y J.C., y como en ella se vierten conceptos ofensivos a mi reputación por los últimos acontecimientos militares ocurridos en la plaza de Monterrey, sin meterme en el trabajo de descifrar el nombre de sus autores, tanto por no venir al caso cuanto por no incidir en el defecto de las personalidades cuyo extremo se toca casi siempre en esta clase de polémicas, procuraré sólo probar la inexactitud con que se habla respecto a mí.

Asientan los señores de las iniciales que durante el glorioso combate que sostuvo el general Francisco Mejía en el Puente de la Purísima no se les vio la cara en la línea atacada a varias personas que nombran

²² Periódico *Monitor Republicano*, páginas 3 y 4, 15 de noviembre 1846.

designándome entre ellas y que por el contrario nos quedamos en la plaza de armas montados a caballo formando un pelotón de hombres cuyas caras nos mirábamos largas y angostas, etc.

Ha sido sin duda una desgracia para mí que mi Dios no me hubiese participado en ese día la facultad maravillosa inherente a su gran poder de estar a un tiempo en todas partes, pues sólo en ese caso se me podía culpar de no haberme presentado a tiempo en el punto relacionado, mas como para demostrar la exactitud de mi aserto ser indispensable descender a pormenores que nada interesan al público y cuya lectura le causa fastidio, se me permitirá sin embargo esta digresión.

Me retiraba a mi habitación como a las siete de la mañana del 21 del anterior con la mira de descansar un rato de la mala noche que había pasado, reagravada con la continua fatiga del día que le había precedido cuando fui alcanzado por un ayudante de campo del señor general en jefe, que me prevenía me le presentara sin pérdida de tiempo; acudí pues a su llamado y me dijo que habiéndole mandado avisar el señor general Torrejón que acababa de sufrir un pequeño revés en la división de Caballería de su mando al paso por el rancho del Jaguey y pidiole refuerzos de infantería para escarmentar al enemigo, me mandaba con trescientos infantes del Batallón de Aguascalientes y dos piezas de artillería bajo el concepto de que no se había de comprometer acción alguna sin estar persuadido de su buen éxito porque no tenía duda que el enemigo iba

a formalizar su ataque aquella misma mañana sobre la plaza, pues que había estado viendo aproximar crecido número de tropas hacia el rumbo de la Tenería.

Partí pues a desempeñar mi encargo muy satisfecho de las buenas cualidades del jefe, oficiales y tropa que me acompañaban, pues que los había mandado algún tiempo y después de haberlos situados convenientemente entre la altura del Obispado y el rancho enunciado del Jaguey me pareció oportuno antes que todo subir a la eminencia para cerciorarme de la fuerza y situación del enemigo para no obrar a ciegas. Allí tuve la fortuna de encontrar al señor coronel José López Uraga, como punto amagado de la línea a su mando, quien me impuso que el enemigo tenía sobre aquel terreno como 1200 infantes, cuatro piezas de artillería y unos seiscientos caballos, cuyas fuerzas había distribuido con acierto para defender aquel desfiladero al extremo del cual tenía oculta su artillería de la caballería y la infantería dividida en toda la montaña de la mitras por su izquierda y oculta entre los pliegues del terreno, pero siempre en protección inmediata de su centro convenciéndome bien de ello con la vista natural en cuyos momentos empezamos a percibir fuego en el recinto de la plaza.

Con estos antecedentes bajé a hablar con el general Torrejón a quien encontré con una pequeña partida bastante avanzada hacia el enemigo y durante la discusión que tuvimos los dos, él sosteniendo el dictamen de poder forzar la posición del enemigo y yo, por el

contrario tratando de convencerlo con la superioridad numérica que aquel tenía y lo ventajosamente que se había situado hicieron la señal del Fortín del Obispado de que el enemigo era reforzado por la derecha, lo que me movió a separarme violentamente del Sr. Torrejón para acudir a la infantería, pues que puntualmente estaba situada en aquella precisa comunicación y pareciéndome más adecuada para resistir otra posición inmediata se la hice ocupar encargándose al señor general Romero que ya entonces se nos había incorporado con su brigada de Caballería burlando el primer plano del enemigo al separarlo, protegiera el flanco izquierdo de la infantería que consideraba débil.

En esos instantes se redobló el fuego de infantería y artillería en la plaza los cuales [el cual] nos convenció a todos de que era formalmente atacada y después de un largo rato se me presentó un ayudante de campo del general en jefe persuadiéndome de ello y dándome orden de que hiciera regresar al momento la infantería y artillería pues que las necesitaba de urgencia, al instante hice desfilar a ambas y al emprender la marcha se me manifestó faltaba la compañía de cazadores que durante mi ausencia había hecho desplegar en guerrilla a vanguardia con acierto el inmediato jefe de esta fuerza, mándela pues hacer alto para que toda la tropa fuese reunida y después de haber esperado algunos minutos a que se efectuara esta operación marché a toda velocidad, pues el general en jefe en este momento me instó por otro ayudante no retrasase el envío de esta tropa en virtud de

haber sido tomado por el enemigo el baluarte destacado de la Tenería, y que intentaba hacer lo mismo con los Reductos laterales del puente de la Purísima y Rincón del Diablo previniéndome además hiciese marchar también a la caballería, busqué entonces al general Torrejón y no encontrándolo por hallarse ocupado a la sazón haciendo un reconocimiento siempre con la loable idea de poder atacar al enemigo que tenía al frente le mandé dos ayudantes con objeto de hacerle saber la última resolución del general en jefe y al entrar yo en la ciudad observé que venía caballería nuestra a retaguardia.

En la misma dirección que yo traía y como a distancia de cien pasos de la plaza de armas se hallaba situada la casa que servía de alojamiento y como mi caballo no pudiese ya dar paso por la excesiva fatiga que había sufrido ese día y el anterior, eché pie a tierra y me dirigía del mismo modo a dicha plaza cuando vi pasar al Batallón de Aguascalientes, cuyo jefe me dijo que iba auxiliar la línea del señor general Mejía, continué mi marcha a presentarme al general en jefe y ya dentro de la repetida plaza encontré en la puerta de su casa al Sr. Lic. D. Manuel María de Llano con quien teniendo amistad, y no pudiendo ya soportar el exceso de debilidad que me agobiaba por no haber tomado ninguna clase de alimentos desde las doce del día anterior, usé con él la franqueza de pedirle algo de comer y como mientras me lo traían hubiese visto preguntaba por mí un ayudante del general en jefe.

Salí a su encuentro y me dio un recado que fuera a verlo sin demora no me quedaba pues otro arbitrio que tomar una torta de pan e irla comiendo por el camino en cuya actitud me le presenté y en la misma sin duda debieron verme los señores de las iniciales muy distinta de la que refieren.

Dicho señor general me insinuó acababa de observar que las columnas que atacaban la línea del señor general Mejía empezaba a desordenarse y que si nuestra caballería les cargaba en estos momentos sería seguro nuestro triunfo que en tal concepto dispusiese esta operación. Yo pensé en un principio mandar comunicar la orden por un ayudante pero convencido de que esta clase de movimientos decisivos necesitan más cuidado en su ejecución me resolví a ser yo mismo el órgano y al notar que me hallaba pie a tierra pedí un caballo y me proporcionó el suyo el ayudante del general Mejía, teniente coronel Cortázar, cuyo jefe se hallaba entonces en la plaza de armas; acepté su oferta y marché en toda diligencia a dar el lleno debido a mi comisión.

Sólo encontré una brigada de caballería y anunciando a su jefe la orden que llevaba me invitó a irle a designar el terreno donde debía ir a obrar, tomé pues la vanguardia del tercer regimiento que iba a la cabeza y algo adelantado, y cuando íbamos a la vista del enemigo dirigí la palabra a estos soldados que ya me conocían para entusiasmarlos pero luego vi, con satisfacción que no necesitaban de estas excitaciones y vitoreando a la patria se

lanzaron como leones sobre su presa; estos dragones hicieron prodigios de valor pero como eran pocas y el enemigo implementó una batería que jugó a metralla con acierto sobre ellos, fracasó el movimiento, lo que observado por mí, al instante ocurrió a la Ciudadela que estaba inmediata y el señor coronel Azpetia, que mandaba accidentalmente aquel punto, me proporcionó la compañía de tiradores de su cuerpo, que fuera a proteger la caballería comprometida como así lo verificó. Después de este encuentro que niegan los señores de las iniciales, tal vez con malicia, desistió el enemigo enteramente de su ataque por aquel rumbo.

Debí haber excusado esta larga narración para molestar menos al público, pero como la haya creído conducente a probar que no estuve dentro de la plaza de armas en los momentos críticos que se me hace representar un papel tan ridículo como miserable me he visto estrechado a no omitirla. Encomian en buena hora el mérito del señor general D. Francisco Mejía que yo también reconocí dándole aquella misma tarde un estrecho abrazo con toda la efusión de mi alma, pero al mismo tiempo no escriban imposturas con que lastiman la prenda más estimable que tiene un hombre de honor.

Pongo de testigo de todas mis acciones a generales y jefes acreditados que viven aún y me lisonjeo que si apelo a su imparcial testimonio no seré desmentido ni un ápice. Me hallo muy lejos de creer que desempeñé el delicado destino de Mayor General que se me

confió con el tino e inteligencia que exigían las críticas circunstancias en que estábamos envueltos, cuya desconfianza me hacía escuchar con gusto la opinión que frecuentemente pedía a varios de mis compañeros, bien por los mejores conocimientos que poseían del teatro de la guerra, bien por considerar en ellos mayor suficiencia pero básteme decir que trabajé incesantemente día y noche por corresponder a la confianza que de mí se había hecho y hasta deteriorar notablemente mi salud después de mi regreso a esta ciudad que es cuanto puede exigirse a un hombre de honor.

Ruego a ustedes, señores editores, den un lugar en las columnas de su acreditado periódico a este desaliñado artículo persuadidos del sincero reconocimiento de su conciudadano.

General José García Conde.
15 noviembre 1846.

**Parte de guerra del general Antonio
María Jáuregui del Séptimo de
Caballería²³**

Cumpliendo con mi deber y con lo que se me ha prevenido, procedo a dar a V.S. parte circunstanciado de las operaciones que practicó esta brigada en los días que el ejército combatió en la ciudad de Monterrey y contra las fuerzas invasoras de los Estados Unidos.

²³ Periódico *Monitor Republicano*, No. 616, páginas 1,2 y 3, 29 de octubre 1846.

El 18 de septiembre se me nombró jefe de esta brigada, compuesta de los regimientos Tercero y Séptimo de Línea y las compañías presidiales de estos Departamentos; en esta fecha fue cuando regresamos a Monterrey del punto de Huinalá a donde estaba acampada toda la caballería.

El 19 se presentó el enemigo a la vista y en este día la brigada no hizo otra cosa que situarse al frente en dos o tres puntos y últimamente en la tarde recibí órdenes de acampar a lado sur de la ciudad, para custodiar el camino de Guadalupe y Huajuco, por donde el enemigo podía hacer movimiento, y en este estado se pasó de noche.

El 20 se me ordenó al amanecer, que con la brigada marcharse a reconocer el camino que por detrás del Obispado tomó el enemigo: al día siguiente se recorrió el campo todo el día y al oscurecer se me mandó situar en el llano entre el Obispado y la Ciudadela, en donde pasamos la noche con brida en mano.

El 21, al amanecer, se me previno marchase sobre el camino del Jaguey por donde el enemigo había hecho su movimiento y para donde también se había dirigido la primera brigada de nuestra arma.

Cuando yo llegué con la Segunda de mi mando ya la primera, había tenido el encuentro de aquel día con el enemigo, que situado ya en la altura, se había emboscado teniendo a su frente cuatro piezas de artillería.

Recibí orden de V.S. que estaba presente para que formase en batalla con la brigada y esperase al enemigo, lo que se verificó hasta que V.S me previno me retirase, porque el general en jefe ordenó contramarchásemos al llano, donde estaba la Ciudadela, para cargar sobre las fuerzas contrarias que en número crecido habían emprendido su ataque por el punto de la Tenería.

Esta operación se verificó en el momento y formando tres escuadrones de la fuerza que me había quedado en la brigada ordenó al Sr. Comandante del Regimiento Tercero que cargase, marchando yo a su retaguardia con dos escuadrones del Séptimo.

Este jefe, coronel graduado D. Miguel González Núñez, obedeció inmediatamente mi orden con la serenidad y decisión que le son comunes y su tropa arrolló en pocos instantes la fuerza enemiga causándole notable daño y portándose dignamente toda la tropa que le obedecía aunque en este encuentro se distinguió notablemente el alférez de dicho cuerpo D. Joaquín Miramón, quien a pesar de su corta edad se fue encima, con su espada de dos enemigos que lo esperaban y les dio muerte a uno después de otro, sin embargo de que se resistieron bastante y peligró su vida. Este comportamiento es heroico y honrará a este joven oficial que promete esperanzas grandes para su país, yo no dudo en recomendarlo a V.S. como tan dignamente lo merece.

Fue imposible en estos momentos continuar la carga, porque el enemigo parapetado sólo

oponía a nuestras lanzas una gruesa batería, que hubiera concluido con nuestros dragones, sin fruto alguno, por lo que me replegó con la brigada al costado de la Ciudadela, en donde permanecimos hasta el oscurecer que se me ordenó me situase en la plazuela del Campo Santo, para protegerla en la noche y estar también a la expectativa del cerro del Obispado, cuyo punto aparecía amenazado por el enemigo.

En este estado quedaron las cosas hasta el amanecer del 22 que se me previno me situase en el cerro del Obispado, porque el enemigo lo atacaba señalándolo para aquel día como único punto de combate; V.S mismo me colocó en la medianía de él mandándome también que una tercera parte de mi fuerza la desmontase en tiradores, para proteger la poca guarnición que había en aquel punto que estaba reducido a doscientos cincuenta infantes, al mando del Sr. Coronel D. Francisco Berra.

Todo el día duró en aquel punto el ataque, pues el enemigo, empeñado en tomarlo hacía marchar sobre él algunas columnas de infantería, y sostuvimos una lucha de diez horas, sin embargo, el enemigo pudiese avanzar un sólo palmo de tierra.

Sin embargo V.S que estaba a caballo en la cumbre del cerro y que observaba los movimientos del enemigo repetidas veces mandó pedir al general en jefe se reforzase aquel punto con infantería, porque estaba expuesto a perderse, pero su señoría jamás quiso hacerlo sin embargo de haber columnas

de infantería en la plaza dispuestas para un ataque y cuando todo el día se preparó el enemigo a forzar otro punto, pues lo único que se contestó a V.S fue que la fuerza que tenía el cerro la consideraba suficiente para defenderlo, protegida por la caballería, la cual pie a tierra podía cargar con lanza en mano sobre el enemigo.

La mitad de mi brigada, con sus carabinas sostenía una lucha desigual con los enemigos que armados de rifles, sus tiros eran más certeros y avanzaban tres tantos más que los de nuestros soldados, pero el entusiasmo de nuestras tropas era extraordinario y no medía la desigualdad de las armas ni el triplicado número de sus enemigos.

Dos veces, como V.S fue testigo, fue rechazado aquel y lo hubiera sido siempre si fuese dado a los hombres hacer milagros, y si nuestro general en jefe hubiera querido conservar un punto, que siendo el más necesario de la línea, porque dominaba el camino de nuestras comunicaciones con el interior de la República, hubiera con tiempo hecho acudir algunas tropas que hubieran podido balancear el ataque.

Yo no sé, señor general, cómo puede creerse capaz la caballería de defender cerros, dar cargas pie a tierra con lanza en mano y con ella solamente desalojar de puntos fortificados al enemigo, cuando éste los defiende con fuerzas cuadruplicadas y cuando no estando en situación tan apurada de echar mano para esto de la caballería, se pudo muy bien

auxiliar con quinientos infantes como tantas veces lo pidió V.S.

Por último, cerca de las dos de la tarde, yo mismo dirigí con lápiz un papel al Sr. mayor general, corroborando lo que V.S. había dicho, y manifestándole la necesidad del refuerzo y a consecuencia de esto se mandó después de buena hora supuesto que sólo llegó a la plazuela del camposanto, cuando ya estaba tomado el cerro consistiendo aquel en sólo 100 hombres con una pieza.

Después de las dos de la tarde y cuando ya no teníamos artillería por haberse inutilizado, el enemigo la última carga con tres columnas y la fuerza total de más de mil quinientos hombres y V.S. en persona salió a recibirlos con los pocos infantes que había en el cerro, los dragones desmontados y cincuenta soldados del Séptimo de caballería ordenándome avance por la retaguardia y sin embargo de la heroicidad de V.S. y de la tropa que lo sigue tenemos que retirarnos protegiendo la poca infantería y al paso continuamos la marcha hasta el camposanto, en medio del fuego horroroso de la batería enemiga, a nuestra llegada encontramos abandonados los parapetos por orden del general en jefe y se dispuso que echando la caballería pie a tierra defendiese las bocacalles para impedir al enemigo su avance por aquel punto y en cuyo estado permanecemos hasta las tres de la mañana que nos relevó la infantería, sin embargo de que repetidas veces tanto V.S. como yo manifestamos que la caballada hacía cuatro días que no se le quitaban las sillas, que

en este tiempo no había tomado agua ni pienso y que por momentos quedábamos a pie, pero parece que sólo estaba cifrada la defensa de la plaza a la brigada de Caballería que estaba a mis órdenes supuesto que con ella se querían defender los callejones, con la misma se pretendían sostener los cerros y cubrir parapetos que podían ocupar las columnas de infantería que había en la plaza.

Yo recomendaría a V.S el valiente comportamiento que en el cerro tuvieron los señores jefes, oficiales y tropa que componían mi brigada, sino fuese por V.S. testigo presencial de todo, observó que durante el día todos sufrieron con un valor heroico el fuego de cañón, sin que pudiesen hacer otras cosas que mantenerse firmes a las órdenes de V.S.

El teniente D. Julio Correa que cargo con V.S. y alférez Wenceslao Parra, el teniente Rafael Escalante y alférez Rafael Barragán que pie a tierra mandaba los tiradores en fin todos y cada uno llenaron sus deberes, sin embargo de ser inútiles sus afanes y peligros, pues estábamos convencidos debía perderse sin el auxilio tantas veces pedido y tantas veces negado.

El día 23 la brigada a mi mando quedó como la infantería, reducida en la plaza, porque fue completamente abandonada la línea exterior de defensa y yo situado con la brigada pie a tierra en una plaza muy pequeña, me mantuve todo el día hasta las cuatro de la tarde que se me ordenó encerrarse la caballada en un patio y los dragones desmontados los presentase al

mayor general para que fuesen destinados como se verificó a la defensa de las azoteas.

En esa situación, permanecimos esa noche y todo el día siguiente 24 en que el enemigo atacó por todas partes posesionado de la ciudad y avanzando por los edificios hasta la última calle que estaban nuestras tropas.

El fuego de mortero y obús siguió en la noche, y en la mañana se me dijo que los fuegos se suspendían porque se había solicitado así por nuestro general en jefe y aunque yo lo dudé algunos momentos, al fin como a las 9 de la mañana se me llamó a una junta en la cual manifestó el señor general en jefe el oficio que había dirigido al general enemigo y sus contestación contraída a que nos rindiéramos a discreción para ir prisioneros a los Estados Unidos o juramentarnos a no tomar las armas.

Todos los señores que componían la junta oyeron estas proposiciones con horror y unánimes contestaron que primero la muerte que la infamia, que nadie había pedido capitular y que esta era la última resolución de todos. Yo agregué, cuando se me pidió mi opinión, que nunca estaría en capitulación, porque ya de acuerdo con V.S. me había propuesto romper la línea enemiga y salirme con la brigada antes que rendir las armas.

Ignoro después lo que sucedió porque no volví a concurrir a la otra junta, y sólo se me dijo que el general enemigo había permitido nuestra retirada a esta ciudad dando de

término quince días para salir de Monterrey con todas nuestras armas, equipajes y trenes aunque sólo seis piezas de artillería.

En consecuencia recibí la orden de salir con mi brigada el día 26 y hasta la fecha estoy absolutamente ignorante de cómo ha sido la capitulación, cuáles sus artículos y si efectivamente nos habían seguido todos nuestros trenes.

No sé qué jefes comprometieron a nuestro general a tomar esta capitulación ni si hubo motivos para ello, limitándome solamente a concluir este parte que V.S. me ha ordenado le de las operaciones de mi brigada.

Al cumplir con ello tengo la complacencia de ofrecerle mi aprecio y consideración.

Dios y Libertad.

Setiembre 30 de 1846.

Antonio María Jáuregui. Señor General D.

Anastasio Torrejón.

Parte del capitán Enrique Ampudia²⁴

Mi estimado amigo: llegué a Monterrey el mismo día que se presentaron los americanos (19 septiembre), con fuerzas de diez mil y pico de hombres, y me hallé como calculaba, a mi tío (Pedro de Ampudia) comprometido por todos estilos por las razones siguientes: Monterrey tiene de largo desde la cresta del Obispado hasta el extremo opuesto de la población una legua larga y de guarnición tendríamos 5 mil hombres

²⁴ Periódico *Monitor Republicano*, páginas 2 y 3, 30 octubre 1846.

de línea entre infantería y caballería incluso reclutas y como dos mil rancheros, total 7000 hombres, de los cuales deducidos 1200 caballos quedaban 5800 hombres para cubrir la circunferencia de dos y media a tres leguas de población rodeada de milpas, cercas, arbolados, todo lo cual era propicio al enemigo para aproximarse a su voluntad al punto dado que le pareciese mejor para el ataque. Veinte días hace que tío Pedro había llegado a Monterrey, cuando se presentaron los enemigos, en tan poco tiempo tuve que reunir víveres, levantar aquellos departamentos como lo están y no lo estaban, fortificar en lo posible la extensísima línea que sólo estaba comenzada en algunos puntos y construir las interiores, desprovistas en un todo de saquillos a tierra pero ni los pedidos a ésta ni al Saltillo llegaron teniéndose que batir los soldados a pecho descubierto en las azoteas y de reja a reja, levantar fuerzas y otras infinitas cosas que son necesarias para una defensa en esta disposición empezaron los fuegos parciales el 19 y 20, y el 21 el ataque formal a la Tenería, Rincón del Diablo y Puente de Purísima con cuatro columnas enemigas como de a mil hombres en el primer punto nombrado.

Hubo por parte de dos jefes de los principales, o abandono o cobardía, y si no quieren esto y se mira bajo otro aspecto, infamia; y en los otros dos puntos (Rincón del Diablo y Puente Purísima), hubo valor, heroísmo, amor patrio y todo lo bueno que puede caracterizar el corazón de un buen soldado republicano, cuyas prendas adornaban a varios jefes subalternos y muchos de esa escala abajo en las armas de infantería y artillería, incluso los valientes

soldados; aquí fue rechazado el enemigo que llegó hasta batirse cuerpo a cuerpo y perdió mucha gente, pero quedaron siempre posesionados de las Tenerías. Durante este ataque se le dio orden a la caballería de que cargase por un flanco al enemigo, por fuera de la población y en buen terreno, mas el señor Torrejón mandó al señor Jáuregui con el Tercero Ligero y Séptimo, dicho jefe mandó cargar al primer cuerpo que lo efectuó con bizarría, pero fue abandonado por el indicado general con el segundo cuerpo por sólo unos disparos que se le hicieron por el enemigo.

En el Obispado tenía el señor Francisco Berra según la noticia que delante de mí dio al Sr. López Uraga en los momentos que el general enemigo Worth estaba situándose a retaguardia de dicha posición, más de 500 hombres y al pie del cerro como 300 caballos dispuestos a desmontarse doscientos jinetes para auxiliar con sus fuegos de carabina en caso necesario, como sucedió; mas dicho señor Berra por un arrojito (que no creo), mal calculado, hizo una salida sobre el enemigo, cuyo resultado fue fatal como debía serlo, pues perdió el punto que le estaba confiado, y ni pudiendo siquiera cubrir con haber perdido, no digo la mitad, pero ni la cuarta parte de su gente cualquiera que vea el número que él quiera decir, ahora tenía a sus órdenes; cuando mi señor tío Ampudia mandaba piezas y gente de refuerzo a dicho fuerte, así como también el señor Uraga por su punto lo hacía, ya se había perdido y tuvieron que retirarse dominadas las calles por los fuegos del Obispado en poder del enemigo hubo que concentrar las fuerzas en la

línea interior, siguieron los fuegos con viveza, nuestros cuerpos se sostuvieron, mas los víveres no estaban ya muy abundantes, las municiones eran lo más para un día o dos, doscientos a trescientos mil cartuchos entre cinco mil hombres, a ver cómo les tocan. Amigo mío, la población estaba padeciendo mucho por las granadas y bombas, la gente que había en las casas era mucha, entre paisanos y niños.

El enemigo esperaba refuerzos, como los recibió; la retirada en orden imposible, ni aun abandonando todas las piezas y demás material; por nuestra parte no se sabía de ningún refuerzo, y se ignoraba la situación de la mayor parte de la Caballería que andaba por fuera y añada usted a esto el general Simeón Ramírez trastornado y asustadísimo; Enciso escondido en la escalera de la torre, Jáuregui con su tremendo valor animando a todos, Torres Baldivin y otros haciendo milagros de miedo, que se les probara; ¿no es verdad, amigo mío, que todos estos brillantes elementos son sumamente bastantes no para batir al enemigo, sino para o haber padecido física y moralmente toda la divisioncita y parte del pueblo o haber tenido que capitular a discreción?; con todo fue muy diverso el resultado, y debe creerse que si el general enemigo no se aprovechó de las ventajas dichas fue porque al oír a sus propuestas por dos veces de rendirse a discreción, juramentase la contestación que les dio mi señor tío que antes moriría con el último soldado que pasar por tal infamia, respeto la energía del general, el valor de los soldados que hicieron morder el polvo a tanto enemigo y temió comprar muy

demasiado cara la completa victoria; yo creo más bien en esto que no en la compasión o política americana; pues su modo de obrar es tan recto que en los momentos de los convenios estaban apuntalando casas, y colocando piezas ligeras en las azoteas corroborando tanto más esta mi opinión, las muchas y públicas alabanzas que jefes, oficiales y tropa yankee prodigaban con entusiasmo al valor de nuestros soldados.

El honor de las armas quedó bien puesto, y se salvó la división, la tropa conoció al enemigo de cerca y cambió en cuanto al concepto que tenían formado de él desde Palo Alto, Resaca y huida de Matamoros, aprendiendo por el contrario el enemigo a respetar al soldado mexicano... y otras muchas ventajas que no me detengo a enumerar.

En cuanto a algunas necias y rencorosas cartas que se han escrito, sólo me detendré en hacer unas pocas reflexiones y son:

Primera: ¿se puede acusar de falta de patriotismo y cobardía al general que sin orden del gobierno marcha de aquí en busca del enemigo y que dejándole posteriormente a su arbitrio hallándose en el Salado, el seguir o retirarse, prefiere el avance y batirse? Segundo: ¿es culpa del mismo general el que las brigadas que le seguían no llegaran con la fuerza que debían y que de la que tenía que seguir desde Guadalajara se desertara casi la mitad, y el resto a las órdenes del señor Ponce de León se atascase en ésta?

Vamos a otra cosa, dice cierta señora, persona de mucho crédito por todos aspectos y antecedentes, que el general Ampudia estuvo cobardemente escondido en la sacristía durante los fuegos: esta señora antes de haber escrito esto debería de haber preguntado a algún general u otro militar si siendo la tal iglesia como era el punto céntrico de la población, pues está en la plaza, hallándose dicha Sacristía al pie de la Torre, Telégrafo por el cual se recibían los avisos comunicados por los respectivos situados en otros y teniendo todos los puntos cubiertos en cuanto lo permitía la escasez de las fuerzas, con sus correspondientes oficiales y jefes y estos a las órdenes de los de las líneas respectivas, pregunto si ¿era acertado el que dicho general anduviera de aquí para allá en aquel laberinto de calles sin poder recibir avisos y dar disposiciones a tiempo y si no le parece a la escritora, era más conveniente estuviera en un punto céntrico y con la reserva a cincuenta pasos para oír prontamente los partes y dictar providencias o acudir a donde lo llamaba la necesidad?

Y en cuanto a achacar a cobardía la permanencia en la Sacristía se le olvida a tan verídica prójima el apuntar en su carta tres circunstancias que son el que nos echaban los enemigos bombas de doce pulgadas, de las cuales cayeron varias en la plaza, algunas en la Iglesia y una en la misma puerta de la segura Sacristía, que mató a un ordenanza y dos caballos, que estaba dicho general, pared por medio del depósito de parque y ni pensó que una bomba podría incendiarlo y volar y por

último, que los dos últimos días de fuego los pasó en la casa del Sr. Garza Flores, de un piso solo y en la misma plaza.

Es falso se estuviese encerrado, pues fue una persona a dar las gracias a nombre de la nación a los valientes que defendieron el Rincón del Diablo y Purísima en medio de un temporal horroroso y [durante] los fuegos y además de otras varias ocasiones el 24 habiéndose recibido una parte de cierto jefe de que se hallaba cortado, cometió el arrojo de que a pie con el capitán de su escolta y por el parapeto que ocupaba el capitán de Artillería Arenal, bizarro defensor del Rincón del Diablo avanzara con tres o cuatro soldados por las calles ocupadas por el enemigo y bajo sus fuegos hasta que cerciorado no ser verdad el parte se retiró convencido también por las reflexiones de los dos o tres que le acompañaban.

No seré más prolijo, amigo mío; he contestado algo a la carta de una señora cuyo sentido no extraño, tanto por su carácter como por el impulso que debe de haber recibido de cierto parentesco proporcionado por ella misma; mas doy palabra de no contestar, ni a semejante mujer ni a otra de su calaña en asuntos semejantes, si alguno dudase de la veracidad y exactitud de cualquiera de los puntos que abraza ésta que se sirve hacerme las preguntas directamente por el correo o bien si las inserta en algún periódico tenga la bondad de dirigirme un ejemplar, pues como no acostumbro leerlos podría no contestar por no saber si se me hacían y creo poder satisfacer completamente. Escribo a usted de prisa, amigo mío, lo cual le parecerá

a usted extraño al ver lo que me entiendo más podría decir, pero basta por ahora. Adiós mi estimado amigo; manténgase bueno y tenga la bondad de que se inserte ésta en algún periódico. Teniendo usted en consideración que lo que le falta de pulidez le sobra de verdad, a cuyo favor reconocido su siempre y afectisísimo y seguro servidor.

Q.S.M.B Enrique de Ampudia.

Parte del coronel Francisco Berra²⁵

Dios y Libertad.

Monterrey, septiembre 23 de 1846. Francisco de Berra. Sr. coronel D. José López Uruga, Jefe de la Línea y de la Tercera Brigada de Infantería. Parte oficial del coronel Francisco Berra, defensor de los fortines del Obispado, Libertad, Federación y El Soldado. Enviada al comandante de la Tercera Brigada José López Uruga.

Primer Regimiento de Infantería Activo de México.

Como V.S. sabe, al acercarse el enemigo a esta ciudad, se me confiaron las dos alturas del oeste de la ciudad denominados sus puntos Libertad el que antes era Obispado, y el otro Federación. Lo primero que hice como de mi deber, fue reconocer lo que se me confiaba y observé que ninguna de las alturas se hallaba fortificada como dije a V.S. entonces, manifestándole que no cubierta la cumbre

²⁵ Periódico *Monitor Republicano*, No. 618, 31 octubre 1846.

quedarían dominadas aquellas obras, particularmente la de la Libertad, que era hecha más propiamente para batir a la ciudad.

En el punto Libertad se colocaron dos piezas de a doce con un obús, y en el otro se pusieron dos de a ocho con sólo ocho artilleros que servían a éstas por estar enfermo uno a la vez que empleado de cuartelero.

La fuerza de Infantería con que se cubrieron para su defensa fue:

En el Fortín Federación: 100 hombres del Primer Regimiento de México y Morelia al mando del comandante de Batallón don Juan José Avella.

En el Fortín Libertad: 200

En la quinta del general Mariano Arista: 50 que se fortifico con saquillos en cuya fuerza estaban incluso 98 hombres del Tercero de Línea que se consideraban como de reserva.

El día 20 por la tarde comenzó el enemigo a pasar sus fuerzas dirigiéndose por la retaguardia del cerro del Obispado a tomar el camino del Saltillo: el 21 de la madrugada a las 7 lo efectuó el grueso de dicha fuerza, que no bajaría de 3000 hombres de todas armas, con sus trenes, lo que dio lugar a que nuestra Caballería tuviera un encuentro por contenerlos sin poderlo conseguir después de perder un jefe (Juan N. Nájera), varios oficiales y tropa, a la vez que quedó cortada una parte.

En la misma mañana que se presentó el Excmo. Sr. General en Jefe en el Fuerte Libertad se trasladaron de él por su orden a la altura del cerro, formándose un reducto desde donde por determinación de V.S. se tiraron al enemigo varios tiros de cañón de a doce y algunas granadas con el obús, que al efecto se subió haciendo otro tanto el cerro de la Federación desde su cúspide con las piezas de a ocho que ahí se situaron.

Según el parte del comandante D. Juan José Avella, a las 8:00 a.m. del mismo 21 empezaron a subirse por la tropa y mulas del Fortín Federación para operar en su altura, las dos piezas que tenían y a las nueve se rompió el fuego al enemigo con lo que pudo nuestra Caballería libertarse del que se le hacía, sufriendo pérdida. A las once comenzó el ataque de la Infantería por no poder obrar ya la artillería y estar el enemigo bajo sus fuegos que sostuvo hasta las doce, en que se retiró con una pieza a esperarlo en el reducto a virtud de haberse desbordado la otra al conducirla y estar ya coronada de fuerza muy superior al cerro que no podía repeler.

Estando pendientes del movimiento que hacía el enemigo, observo V.S. a eso de la una o poco más que subiendo el cerro por la retaguardia del Fortín Federación, se dirigía a tomarlo; y sin pérdida de tiempo me mandó a auxiliarlo con 50 hombres del Tercero de Línea y 25 del Cuarto Ligero, cuyos piquetes si bien llegaron al fortín conmigo minutos antes que se tomase, no fue dable evitarlo, porque la fuerza que cargó no bajaba de 600 infantes contra 175 que

en aquel momento defendían el Reducto si así puede llamársele al cuadro que se formó de la piedra cavada del cerro sin sillares, este punto fue el preludio de la toma del de la Libertad, y así debió conocerse, porque hecho el enemigo de él y de una pieza en el apoyo para batir al Obispado, como lo hizo por uno de sus costados y nada menos que el principal donde tenían la comunicación con la ciudad impidiendo a la vez el paso del enemigo al Saltillo.

El punto al tomarlo el enemigo costó: 9 soldados muertos, 14 heridos, incluso el teniente del Batallón de Morelia, D. Cayetano Campos y 30 dispersos.

A consecuencia de esto se me remitieron 100 hombres del Cuarto Ligero a quien V.S mismo mandó a la eminencia del Fortín Libertad. Para que con un piquete del Tercero de Línea se conservase formando nuestra cuenta que con este refuerzo habría 300 hombres que defendieron el fuerte.

Por la noche del mismo 21 recibí orden de V.E. para mandar 50 hombres a la ciudad, del tercero de Línea y que defendiera a toda costa el punto, porque se iba a dar un ataque al enemigo en sus posiciones con todas nuestras fuerzas disponibles recogiendo en consecuencia la tropa que estaba en la quinta del eximo Sr. General Arista cumplí con la remisión de los 50 hombres y una pieza de a doce por haberse desbordado la otra al bajarla quedándome con dos de a seis que recibí y el obús todo en mal estado.

Al amanecer del 22 sin embargo de la vigilancia que encargué al capitán comandante de la Fuerza del Cuarto Ligeró D. N. Gómez que estaba en la Altura dejó aprovechar al enemigo y le tomó el punto que guardaba retrocediendo toda la fuerza en precipitada fuga y dispersándosele la mayor parte, pues sólo se quedó con cosa de 40 hombres.

Este acontecimiento lo participé a V.S inmediatamente, así como al Sr. general D. Anastasio Torrejón jefe de la Caballería que estaba a la falda del cerro y tomando 50 hombres de la fuerza que había de retén conseguí rechazar al enemigo que favorecido de la niebla se venía tras de los fugitivos.

A mi regreso de esta comisión al capitán D. Antonio Maldonado del Tercero de Línea para que pusiese del conocimiento del Excmo. General en jefe la desagradable toma de la eminencia del cerro con el fin de que se me auxiliase por tener ya muy poca fuerza, pues el revés había ocasionado la dispersión aun de los que no habían estado en el punto sorprendido y sin auxilio no era dable conservar el fuerte porque hecha la cuenta de la tropa útil no pasaba de 200 hombres.

A eso de las siete y media u ocho de la mañana, volvió el enemigo a intentar tomar el punto y reuniendo 70 hombres de los que tenía de reserva y puesto a su cabeza logré rechazarlo hasta la cúspide donde estaba el grueso de la primera columna perdiendo 10 hombres muertos de varios piquetes y resultando heridos los capitanes: D. Ramón

Quintana de los Activos de México, D. Manuel Ochoa del de Morelia, el Subteniente D. Manuel Carrillo, también de México y 19 individuos de tropa.

Después de esto, siguió un pequeño tiroteo, lo que me dio lugar a formar en la espalda del edificio en uno de sus ángulos que no estaba fortificado, un pequeño reducto con los costales de menestra donde se puso una de las piezas de a seis que había quedado más útil, por haberse desfogonado la otra y desmuñonado el obús.

A eso de las doce y media o una llegó el teniente coronel D. Florencio Azpeitia con las compañías de Granaderos y Cazadores de su cuerpo dejándome la Primera y volviéndose con la Segunda, lo que causó al soldado algún desmayo que hasta cierto punto lo desmoralizó porque conocía la falta notable de fuerza, cuando se veía era superior en número la del enemigo.

Desde los primeros acontecimientos no cesó el Telégrafo de tener puestas las banderas de señal de todo lo que ocurría ni dejó de participar al Exmo. Sr. General en Jefe cuanto pasaba por conducto de los ayudantes que tenía, coronel D. Alejo Barreiro, capitanes D. Nicolás Prieto, D. José María Martínez Negrete, y comandante del Batallón D. Juan Ordóñez. Haciéndolo por último con el capitán Maldonado con mi ayudante D. Antonio del Castillo, y con el Sr. coronel D. Domingo Sabariego que me facilitó el Sr. general

Torrejón, creí que sería oportunamente auxiliado.

Después de estar haciendo fuego con la única pieza que quedaba por contener al enemigo según tengo expuesto, se inutilizó ésta y cerca de las dos de la tarde que el enemigo concluyó su reducto me rompió de nuevo su fuego de cañón por la espalda del edificio y por el costado que mira al fortín de la Federación que no estaban fortificados sin que se les pudiera contestar.

Observando enseguida que se dirigía a tomarme el punto situando rifleros a sus costados y al frente sus columnas conociendo que no podía resistirse en las paredes débiles del Obispado atacado por su retaguardia mandé clavar las dos piezas y desplegar en guerrilla la pequeña fuerza del Cuarto Ligero y Tercero de Línea apoyados por la derecha por la Caballería.

Estos piquetes, alentados por el Sr. general D. Anastasio Torrejón, comenzaron a subir al cerro haciendo fuego y poniéndose su señoría a la cabeza de un poco de la Caballería montada y como 100 hombres de la que había desmontado, a la vez que yo lo hice con toda la fuerza disponible dejando 30 hombres, emprendimos la carga decididos a rescatar el cerro o perecer llegando hasta las inmediaciones del reducto del enemigo a menos de medio tiro de pistola donde seguidos ya por un número corto de tropa fue forzado retroceder cediendo al crecidísimo número y

después de haber dejado regado el campo de algunos muertos y heridos de ambas partes.

Al regresar al fuerte en retirada haciendo fuego tratamos el Sr. Torrejón y yo de detener a la tropa y defenderlo unidos a la corta guarnición que le quedó pero todo fue inútil y se hizo preciso conformarnos con hacerlo en la Quinta del Sr. general Arista, para [que] entrara en el mejor orden faltando 158 hombres de artillería e infantería, cuando se pasó lista en el punto del Campo Santo, donde encontramos 200 hombres de auxilio que se mandaban según se me avisó en la falda del cerro por el comandante del batallón D. Juan Ordóñez.

Además de lo expuesto debe tenerse presente que en el punto Libertad, como elevada la fatiga del soldado era doble de la que sufre en parajes planos y por consiguiente le faltaba lo esencial que es el agua, pues aunque existían 20 barriles de los que quedaron después de proveer al punto de la Federación la mañana del 22, apenas había tres o cuatro con agua que concluyeron en el segundo encuentro y no habiendo venido los arrieros que la conducían no pudo proveerse oportunamente pues para llevar al río el barrilaje a llenarse era forzoso esperar la noche o deshacerse de la mayor parte de la fuerza para custodiarlo a distancia, supuesto que el enemigo dominaba el río por todas las inmediaciones del fortín.

Llegando a la plaza con toda la fuerza reunida quedó formada por disposición del Sr. general Ortega en el costado izquierda de Catedral y

retirándose todos los piquetes de otros cuerpos: el de mi mando con Morelia fue destinado a cubrir un punto de la línea interior en la esquina de las calles 2 del Ángel y 2 de Iturbide, donde había tres piezas de artillería situadas.

Este punto único atacado vigorosamente sostuvo un fuego vivísimo el 23 y mañana del 24 hasta las 9 o 10 de ella en que cesaron, perdiendo 11 muertos de sargentos abajo y 12 heridos, entre ellos un capitán presidial, un teniente de Morelia y un subteniente del Tercero Ligero.

En el mismo día 21 supe se había tenido una junta de Guerra de generales y jefes de los cuerpos en que no se contó conmigo dando por resultado la capitulación celebrada.

No será extraño se me culpe de la pérdida de los puntos Libertad y Federación sin haber tenido auxilio oportuno pero apelo a V.S. como impuesto de todo al Sr. General D. Anastasio Torrejón con toda la caballería que afortunadamente estuvo en ambos días así como a la población entera de Monterrey que tuvo fijos los ojos en los cerros si sería dable repeler a 2000 mil hombres colocados ventajosamente con la poca fuerza que se puso a mis órdenes para conservarlos.

A pesar del mal éxito que tuvo la defensa de los puntos Libertad y Federación que estaban a mi cuidado los pocos jefes oficiales y tropa

que me acompañaron a sostenerlos cumpliendo con su deber y los creo dignos de consideración.

Acepto a V.S. mi particular afecto y muy distinguido aprecio.

Dios y Libertad.
Monterrey, septiembre 25 de 1846.

Francisco Berra. Sr. José López Uruga,
jefe de línea y de la Tercera Brigada de
Infantería.

**Carta de Pedro de Ampudia al ministro de
Guerra y Marina señalando la relación de
muertos y heridos ocurridos en la Batalla de
Monterrey del 19 al 23 de septiembre de 1846²⁶**

¡Un recuerdo para ellos de gloria! [...]
¡Un sepulcro para ellos de honor!
IV Estrofa del Himno Nacional Mexicano.

4 de octubre de 1846, Saltillo, Coahuila.

Ministerio de Guerra y Marina Sección de
Operaciones,

Ejército del Norte. General en Jefe, Núm. 100.

Exmo. Sr. Tengo el honor de acompañar a V.E para conocimiento del Exmo. Sr. general en jefe en ejercicio del supremo poder ejecutivo. La relación de los muertos, heridos y dispersos, que en Monterrey tuvo la división de mi mando desde el 19 hasta el 23 de septiembre último, en

²⁶ Periódico *Monitor Republicano*, número 597, página 4, 10 de octubre 1846.

diferentes encuentros que se opusieron con las tropas americanas; reservándome remitir a V.E. en primera ocasión la relación nominal de los señores jefes y oficiales que tuvieron esa desgraciada suerte, además de participarle ahora que tanto el teniente coronel de Lanceros de Jalisco D. Juan N. Nájera, como el capitán Gutiérrez del regimiento de Guanajuato murieron en defensa de la patria como unos héroes y cuya memoria será siempre grata a sus ciudadanos.

Sírvase V.E. con este motivo admitir los testimonios de mi aprecio y respeto.

Dios y Libertad.
Cuartel General en el Saltillo.
Octubre 4 de 1846.
Pedro de Ampudia.

Excmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina.
Es copia. México, octubre 10 de 1846.
Manuel María de Sandoval.

Razón (relación) de los muertos, heridos, contusos y dispersos, habidos en las acciones del 19 al 23 de septiembre próximo pasado en la ciudad de Monterrey, capital de Nuevo León.

Muertos

D. Juan N. Nájera. Teniente Coronel de Lanceros de Jalisco

Oficiales:

1 del 3º. Ligero de Infantería

1 del Activo de México

1 del de San Luis

1 de Lanceros de Jalisco

1 del de Guanajuato

Total: 5 y 117 de tropa

Heridos

Jefes

1 del Regimiento Activo de México

1 del Regimiento Activo de Guanajuato

Oficiales

1 del Estado Mayor

1 del Segundo Ligero de Infantería

1 del Tercer Ligero de Infantería

2 del Décimo de Infantería de línea

2 del Activo de México

4 del Batallón de Morelia

1 del Batallón de Querétaro

2 del Batallón de Aguascalientes

2 del Regimiento Activo de San Luis

4 del Regimiento Activo de Guanajuato

1 del Cuerpo médico militar

Total: 23 y 221 de tropa

Contusos

Oficiales

1 de Artillería Permanente

Tropa

1 de Artillería Permanente

7 de Auxiliares y defensores

Total: 9

Dispersos

Tropa

10 de Artillería Permanente

15 del Tercer Regimiento de Infantería de línea

6 del Batallón Activo de San Luis

17 del Batallón Activo de Morelia

14 del Regimiento Activo de Aguascalientes.

1 del Regimiento Ligero de Caballería.

Total: 63

Muertos tropas

Resumen

3 Zapadores

3 Artilleros

7 Segundo Ligero de Infantería

53 Tercero Ligero de Infantería

13 Cuarto Ligero de Infantería

4 Tercero de Línea

1 Décimo de Línea

7 Activo de México

3 Activo de Morelia

5 Activo de Querétaro

5 Activo de Aguascalientes

1 Auxiliares

1 Lanceros de Jalisco

5 Tercero de Caballería

1 Séptimo de Caballería

1 Activo de San Luis

2 Activo de Guanajuato

2 Compañías Presidiales

Total: 117

Parte del Cuerpo Médico Nicolás Íñigo²⁷

Ejército Mexicano
Cuerpo Médico Militar

Núm. 1. El infrascrito Nicolás Íñigo, encargado en jefe del servicio sanitario del cuerpo de Ejército del Norte tiene el honor de poner en conocimiento de V.S. que los cuatro días que duró la defensa de esta plaza, los soldados heridos que han sido recogidos y asistidos pronta y esmeradamente son: (sin contar 12 soldados y 1 oficial que están en poder del enemigo (norteamericano) 222; en cuyo número 38 fuera de los recursos del arte, 12 han sido amputados; y de los 172 restantes 60 lo son de gravedad y los demás levemente.

Oficiales heridos 18

El señor capitán del Batallón de Aguascalientes, D. Joaquín Baños, herido por bala de fusil en el muslo derecho.

El capitán D. Ignacio Gutiérrez del escuadrón de Guanajuato, herido del brazo y mano izquierda por metralla que fracturó el hueso del brazo (húmero), los huesos de la mano (metacarpianos): por lo que fue necesario desarticular el brazo.

El subteniente de plana mayor del escuadrón de Guanajuato D. Leónidas Landeros, herido en la pierna izquierda por metralla que fracturó el hueso (tibia) en pequeños

²⁷ Periódico *Monitor Republicano*, octubre 1846.

fragmentos y se amputó en el tercio inferior del muslo.

El teniente de Lanceros de Guanajuato D. Baltasar Pretalia, herido de media en el muslo izquierdo.

El subteniente D. Clemente Ferrera del Activo de Zacatecas que recibió una herida de bala de rifle en el brazo izquierdo con fractura del hueso (húmero).

El teniente del Batallón Activo de Morelia, don Ramón Gutiérrez, herido de posta sin penetrar en la parte anterior del pecho.

El teniente del Segundo Ligerero D. Felipe Castelán, herido en el hombro izquierdo por una bala de fusil que no se ha podido extraer.

El subteniente del Primero Activo de México, don Manuel Carrillo, herido por bala de fusil en el carrillo izquierdo con fractura de la mandíbula y otra herida de bala de rifle en la región media y anterior del muslo derecho sin interesar el hueso.

El subteniente del Tercero Ligerero D. Manuel Valdivieso, herido por bala de fusil en la parte posterior del cuello (región cervical) que ha producido síntomas alarmantes.

El teniente de presidiales don Ambrosio Garza, herido por bala de rifle en la parte inferior y anterior del muslo derecho.

El capitán Antonio Nolaya, herido de bala de rifle en la (región iliaca izquierda) cadera.

El subteniente Agustín Hernández, herido de bala de fusil en el antebrazo izquierdo con fractura del radio.

Capitán de Cazadores D. Caballero del Activo de Querétaro, herido de bala de fusil en la pierna izquierda.

Ayudante del Sr. general en jefe D. José María Adalid, herido de medalla en la parte anterior y media de la pierna derecha interesando muy poco el hueso (tibia en cresta).

El capitán del Tercero Ligero don José María Moreno. Quemadura de primer grado en la cara y manos.

El capitán D. Manuel Ochoa del Batallón de Morelia, herida de bala de rifle en la parte superior y posterior del antebrazo derecho superficial.

El teniente del Batallón de Morelia, Cayetano Ocampo, herida de bala en la parte media posterior del muslo izquierdo.

El alférez D. Luis Lobo Guerrero del Activo de San Luis Potosí. Herido de bala de rifle en la parte izquierda y superior de la espalda sin penetrar.

Además, se han asistido 19 soldados enemigos y 2 oficiales: el capitán Williams y el teniente Ferrens (Terrel), que se asistieron con el mismo esmero que a los nuestros.

Heridos

Soldados mexicanos.....222

Oficiales 18

TOTAL.....240

Soldados enemigos..... 19

Oficiales 2

TOTAL.....21

Todos los oficiales de Sanidad se han portado perfectamente bien, pero es mi deber recomendar muy particularmente a Médico Cirujano Temporal: D. Nicolás Mendieta, por haberse señalado en sus servicios.

Monterrey, septiembre 24 de 1846.

Nicolás Íñigo. Sr. Inspector del Cuerpo Médico
Militar.

D. Pedro Vander-Linden.

Núm. 2.- Las circunstancias presentes obligan a quedarse por segunda vez los soldados heridos mexicanos en poder del enemigo. Que los considera y respeta y por segunda vez están prontos los individuos de la parte del Cuerpo Médico que tengo el honor de dirigir a quedarse gustosos prestándoles los auxilios necesarios. Gozo me ha causado ver el afanoso empeño con que han trabajado junto conmigo en los hospitales, y en todos los lugares que para el más pronto socorro del soldado herido les señale,

y digno de alabanza es el afán con que piden quedarse en esta plaza a continuar asistiendo a los que vimos verter con valor su sangre en defensa de nuestro territorio, pero para que nuestro ejército en su retirada sea auxiliado en caso necesario y algunos soldados que por estar levemente heridos y no tener voluntad de quedar separados del ejército a que pertenecen sean también atendidos, he nombrado a los médicos cirujanos de ejército D. Tranquilino Hidalgo, D. Juan B. Pescetto, y D. Manuel Nava.

Teniendo intención V.S. lo aprueba de dejar cuando el número de enfermos sea menor y mi presencia deje de ser absolutamente necesaria al Sr. D. Ignacio Gama, jefe de la segunda sección, con los individuos del Cuerpo en número oportuno y volverme yo con los que resten a incorporarme al ejército donde quiera que se halle. Lo cual tengo el honor de poner en conocimiento a V.S. para que se sirva aprobar lo hecho y disponer si creyera necesario variar las medidas que le indico pienso tomar, reiterándole con placer las seguridades de mi amistad, aprecio y respetuosa consideración.

Dios y Libertad.
Monterrey, septiembre 25 de 1846.
Nicolás Íñigo.

Tengo la satisfacción de manifestar a V.S. que todos mis compañeros del Cuerpo Médico Militar han manifestado el mayor empeño en cumplir en los deberes de su empleo dada la más pronta y eficaz asistencia a todos los

heridos, tanto mexicanos como extranjeros, en los 4 días que duró la resistencia de esta plaza.

Los hospitales han sufrido mucho porque desgraciadamente por el punto en que están colocados cargó el enemigo con más fuerza, pero en ellos no hubo desgracias en persona alguna.

Tenemos 222 heridos de la clase de tropa, los más que verá V.S. por el estado adjunto eran leves y producidas por la fusilaría que obró desde las azoteas y en los ataques que se dieron, pues los fuegos de cañón y las granadas produjeron casi únicamente muertos. Muchos de los soldados que estaban heridos levemente han salido de los hospitales porque el Sr. general Ramírez me suplicó dejase ir con su cuerpo a los que sin riesgo pudiesen caminar y otros muchos siguieron su ejemplo de que resulta que hoy no quedan en los hospitales más que 117 heridos y 85 de enfermedades diversas. Suplico a V.S. tenga la bondad de ocurrir al supremo gobierno a fin de que nos facilite los recursos necesarios para la asistencia de los heridos que quedan a mi cuidado.

Reitero a V.S. las protestas de mi distinguido aprecio.

Dios y Libertad.

Monterrey, 25 de septiembre de 1846.
Nicolás Íñigo. Sr. Inspector General del
Cuerpo Médico Militar.

Son copias de los originales que existen en el
archivo de esta inspección.

México, octubre 2 de 1846. J.R. Moreno.
Secretario.

**Carta de una regiomontana y contestación de
un oficial mexicano**

Al *Monitor Republicano*, 9 de octubre de
1846.²⁸

Saltillo, septiembre 27 de 1846.

Por fin la providencia lanzó para nosotros su terrible castigo. Ya me tiene aquí sin casa y sin patria, huyendo de las consecuencias de una guerra provocada por un individuo que comprometió al desgraciado Monterrey, presa hoy de los americanos.

Ya nos llevó Satanás, y todos nos encontramos en la calle; repito, sin patria, sin fortuna y sin hogar. Yo me salí excitada por el general García Conde, otro tanto hicieron los vecinos, y abandonamos cuanto teníamos. Ya se ve, no conocíamos lo que era el general Ampudia, quien atemorizó al pueblo, dejándolo traslucir que si perdía la plaza, volaba la ciudad quemando el parque. Este temor puso a nuestros desgraciados vecinos en el mayor conflicto. Dejo a la consideración de usted cómo saldría.

Yo con mi desgraciada familia marché a pie hasta Santa Catarina, porque los fuegos se habían roto cuando quise sacar mi quitrín; es imposible pintar a usted mi situación en estos desgraciados días.

²⁸ Periódico *Monitor Republicano*, número 596, 9 de octubre 1846.

El 19 comenzó el ataque; el 20 sitiaron los enemigos la ciudad sin dejar libre un solo paso; el 21 se encontró nuestra caballería con los americanos, al pie del cerro del Obispado y los nuestros se descompusieron corriendo la mitad de las tropas. El americano se fijó al pie del cerro y el 23 tomó los fortines a discreción. Este señor Ampudia redujo su defensa a sólo la plaza, pues los americanos se metieron hasta la plaza de la carne, echando casas al suelo, horadando otras y posesionándose de todas; mientras este general estaba metido en la Catedral. Ignoro cuál sea el motivo de la capitulación, porque al fin la hizo antes de ayer de una manera indigna de un hombre, la pérdida por nuestra parte sólo ascendía a 80 muertos y 200 heridos.

Por los extraordinarios sabrá usted los artículos de la capitulación vergonzosa que ese general celebró, habiendo hecho nuestras tropas un número considerable de muertos y teniendo Taylor mucha dispersión.

Los habitantes de estos departamentos maldecimos sin cesar al que ha sido causa de su desgracia y el Saltillo le ha negado los recursos para que se venga. Mi venida de Santa Catarina fue el día de la dispersión, porque al ver correr a la caballería gritando por el pueblo que huían porque los habían entregado, el pueblo tomó las serranías, a los 10 minutos sólo yo estaba ahí. Los americanos se acercaron hasta San Pedro y yo viéndome en medio de tantos peligros me puse en salvo para ésta a donde llegué hace dos días, arrastrándome y casi muerta de hambre.

La quinta del general Arista la tomaron los americanos y en el acto del ataque allí depositaron sus cadáveres y hoy es de ellos. El pueblo de Monterrey y el ejército todo a gritos se negaba a la capitulación, pero el general Ampudia rogó y arrastró su frente por el suelo hasta lograr escapar su garganta; nos dejó pobres, entregó nuestras propiedades y capituló manchando el ejército y abandonando a su desgracia a los ciudadanos y echó el sello a la infamia con que arrastran su vida los habitantes y Ejército del Norte.

Nuestro ejército se batió con denuedo y valor; pero al fin capitularon los jefes esforzados por el general Ampudia. Este pueblo ahora mismo está alarmado contra la tropa; acaba de haber un tumulto hiriendo los paisanos a algunos soldados. No puede usted figurarse de cuántos males estamos rodeados. Lágrimas y desgraciadas son las escenas que nos rodean, la humillación ante nuestros enemigos, será nuestra suerte, y seremos víctimas de la miseria... Es imposible explicar la ira del pueblo.

Contestación a esta carta enviada por el coronel y encargado de llevar la bandera de paz, Francisco R. Moreno.

Carta al *Monitor Republicano*, 10 de octubre 1846²⁹

Señores redactores del *Monitor Republicano*. Casa de Ustedes, octubre 10 de 1846. Muy señores míos; ayer han tenido ustedes a bien el publicar en su periódico una carta que se dice

²⁹ Periódico *Monitor Republicano*, páginas 2 y 3, 12 octubre 1846.

escrita en el Saltillo el día 27 del pasado y en la cual se hacen muchas y muy graves cargos contra la conducta que el señor general Ampudia observó en la defensa de la ciudad de Monterrey. Yo que sí soy un testigo presencial de los hechos, y que me hallo bien impuesto de ellos, porque las circunstancias de ser ayudante de la persona del señor general en jefe me proporcionaba estar al tanto de cuanto ocurría, puedo asegurar a ustedes y a la República entera que son completamente falsas las noticias que contiene la carta que ustedes han publicado; noticias inventadas y divulgadas probablemente por los enemigos del señor Ampudia y las cuales han tratado ustedes de apoyar, aunque indirectamente.

En primer lugar: dicen ustedes que el testimonio de las personas que les dan las noticias es de algún peso, puesto que son testigos presenciales. Pues bien, la carta que ustedes han publicado está escrita por una señora, y una mujer, a la verdad por valiente que se le suponga, no es creíble que anduviera en medio del combate en los diversos puntos de acción para presenciar por sí misma los hechos. ¿Habrán muchas Jesusa Dosamantes?

Por otra parte, esa señora que les da a ustedes tan buenas noticias, según ella misma asegura salió de Monterrey al romperse los fuegos, pasó en Santa Catarina los días que aquella ciudad sufrió de sitio y en seguida se marchó para el Saltillo. Como pudo ser testigo presencial por consiguiente este punto o hay una falsedad o un involuntario equívoco.

En segundo lugar: se asegura en la carta que el señor Ampudia redujo la defensa a sólo la plaza, eso no es verdad porque había tres líneas de defensa de las cuales no se llegó a perder por nuestras tropas, sino parte de la primera y una prueba de lo que digo es cierto es la mención expresa que se hace en la capitulación de las fuerzas que sostenían la Ciudadela. Esta Ciudadela o Fuerte de la Independencia, o sea la Catedral Nueva, está bien distante, por cierto, de la plaza de Monterrey.

En tercer lugar: se dice que nuestra caballería fugó desordenadamente en un encuentro que tuvo con el enemigo el 21 de septiembre. Esta es otra falsedad injuriosa a nuestros soldados y que se haya en contradicción con los maliciosos elogios que después se les prodiga. El encuentro a que la señora noticiosa quiso aludir no fue el 21, sino el 22 y en ese día quedó el campo por nuestras tropas.

En cuarto lugar: asegura la señora corresponsal de ustedes que el general Ampudia se estuvo metido en la catedral de Monterrey durante los fuegos, quizá al exigirse la prueba de esta calumnia no se saldrá con alguno de los privilegios que luego aciertan ciertas mujeres; cualquiera que conozca medianamente al Sr. Ampudia comprenderá que lo menos que se puede acusar a este señor es de cobardía. Además, esa especie es enteramente falsa. El señor Ampudia no estuvo en la catedral sino antes de comenzarse los fuegos, rotos éstos colocó ahí el parque por

ser el edificio más sólido, y puso su Secretaría en la casa de los señores Garza Flores, que está situada en una de la cuadras de la plaza y de ahí salía continuamente en medio de los fuegos a visitar diversos puntos y a arengar a la tropa.

Por este tenor, señores editores, es falso todo lo contenido de la carta que ustedes han publicado, sorprendidos sin duda porque supongo a ustedes animados de buenas intenciones, ustedes se refieren a cartas escritas del Saltillo el 27 de septiembre, mas yo salí de ella el 30 y por lo mismo puedo atestiguar con toda certidumbre.

Yo espero, señores editores, que se servirán ustedes publicar esta carta a la mayor brevedad posible porque así lo exige la imparcialidad que ustedes mismo protestan, sírvanse ustedes admitir la seguridad con que tengo el honor de suscribirme, su afectuoso y atento servidor.

Q.B.S.M. Francisco R. Moreno.



Imagen 9. Excavación arqueológica en busca de restos de soldados guiada por Aracely Rivera.

IX. La capitulación de Monterrey

Ahmed Valtier

En la noche del 25 de septiembre de 1846, en medio de discusiones, debates y exabruptos, el encuentro de dos personalidades diametralmente opuestas, Pedro de Ampudia y Zachary Taylor, estuvo a punto de hacer fracasar las negociaciones para concluir una de las más sangrientas batallas de la guerra entre México y los Estados Unidos. Aún antes de que se hiciera oficial, mexicanos y norteamericanos percibieron por igual que la Batalla de Monterrey había llegado a su fin. Después de tres días de sangrientos combates, de luchas por las calles y en las orillas de la ciudad, el rugido de las descargas de artillería y el repiqueteo de los disparos de mosquetes, ya no eran escuchados.

El eco de las explosiones de los días pasados, retumbando sobre las altas paredes rocosas de la Sierra Madre, se había disipado ya para siempre en el aire, y con el amanecer del 25 de septiembre de 1846 Monterrey y sus alrededores se sumergieron en una frágil y relativa paz. En el bosque de Santo Domingo o Nogalar, sitio en donde el ejército invasor había establecido sus campamentos a poco más de 4 kilómetros de la ciudad, el joven teniente Manuel Balbontín, un oficial mexicano de artillería hecho prisionero durante la batalla, observó con inquietud esa mañana que el vivo cañoneo de resistencia de los días anteriores había cesado. “Monterrey permanecía silencioso. Desde el campamento norteamericano no se escuchaba ningún rumor de guerra”.

En el Fortín de la Tenería, en el extremo oriente de la ciudad, el preciso lugar donde Balbontín había caído prisionero y ahora en poder los yanquis, los soldados de una compañía de voluntarios de Maryland abiertamente se trepaban sobre el parapeto para observar más allá de los muros. El mismo parapeto que en los días anteriores las balas habían pasaban silbando sobre sus cabezas.

“Tan quieto estaba todo -escribió uno de aquellos osados sobre el parapeto- que la ciudad completa parecía como si muerta”. Pero no pasaría mucho para que los primeros indicios de vida comenzaran a fluir hacia el Fortín de la Tenería. En un edificio adjunto, una casa que servía de destilería y que había sido fortificada con sacos de tierra sobre su azotea, algunos prisioneros mexicanos de la clase de tropa se encontraban confinados en su interior. Desde muy temprana hora decenas de mujeres comenzaron a llegar, “algunas sollozando, otras sonriendo”, en busca de sus esposos o parientes retenidos ahí. Después de ser permitidas entrar, un emotivo encuentro se verificó en el lugar.

Desde el día anterior una tregua acordada entre los dos ejércitos beligerantes había detenido momentáneamente la batalla. Una gran parte de la ciudad se encontraba ocupada por las fuerzas norteamericanas. Sobre el cerro del Obispado claramente se podía ver ondear la bandera de las barras y las estrellas, y el camino a Saltillo estaba ya bloqueado. Sólo la última línea de defensa alrededor de la Catedral y la plaza principal, así como el

inexpugnable -pero aislado- fuerte de La Ciudadela, eran mantenidos por el ejército mexicano.

La mañana transcurrió sin ningún otro cambio para las tropas invasoras que ocupaban el Fortín de la Tenería. Sólo persistió el fuerte olor que emanaban los cuerpos en descomposición, de los que habían caído cuatro días antes en el ataque al fortín, y que ahora yacían sepultados bajo una ligera capa de tierra. No obstante algunos para los que tenían más de un día en el reducto sin ser relevados, pronto se acostumbraron y dejaron de percibir el hedor.

A medida que pasaban las horas de tensa inactividad y sin ninguna información, rumores comenzaron a circular de que la tregua era sólo un ardid de guerra de los mexicanos para ganar tiempo. Como era de esperarse, no faltó entre las tropas el fanfarrón que aseguró que “si yo hubiera sido el comandante general no habría concedido una tregua”. Pero pronto aquella dudosa tranquilidad terminaría. A las 10:00 de la mañana, justo cuando muchos se acomodaban en algún rincón del fortín para almorzar, un estallido rompió el silencio. El sobresalto fue general. Los que estaban sentados o acurrucados se pusieron de pie, como impulsados por un resorte. “Han comenzado de nuevo” –alguien exclamó, al mismo tiempo que una serie de detonaciones de artillería se siguieron escuchando y todos dirigían su mirada hacia los oscuros muros de La Ciudadela.

En realidad más que un nuevo ataque, los disparos representaban una salva de honor. Dominando el acceso a Monterrey por su parte norte, La Ciudadela, la

última posición externa aún ocupada por las fuerzas mexicanas, estaba siendo rendida.

Defendida por 8 cañones y cerca de 400 soldados al mando del coronel José López Uruga, el fuerte disparó una tras de otra todas sus piezas de artillería, mientras el estandarte mexicano comenzaba a ser arriado. Un testigo recordaría después: “La bandera tricolor lentamente descendió de su alto mástil hasta desaparecer tras los muros de donde por tanto tiempo había estado ondeando”.

Marchando en perfecto orden, con fuertes toque de tambores y clarines, las tropas del coronel López Uruga abandonaron La Ciudadela. Afuera, a un lado del camino que conducía a la entrada principal, los soldados estadounidenses pertenecientes a la Segunda Brigada de Infantería bajo el mando del coronel Persifor F. Smith aguardaban la evacuación. Cuando la columna pasó marchando frente a ellos, cada uno de los oficiales yanquis desenvainaron su espada, levantándola frente a sus rostros y extendiéndola después a un lado, con la punta inclinada hacia el suelo, saludando con marcialidad y respeto a los mexicanos.

No obstante ese honor, en el semblante de muchos soldados mexicanos se podía percibir una “marcada amargura por entregar su posición”, además de que en sus ojos “brillaba un profundo deseo de revancha”. Los mexicanos se alejaron en dirección sur, hacia el interior de la ciudad; mientras que las tropas invasoras tomaban posesión del fuerte. Entre las filas de los que entraban, se comenzaron a escuchar alegremente las notas de una tonada. Era la canción de *Yankee Doodle*,

una vieja balada patriótica de tiempos de sus abuelos, en la época de la revolución norteamericana:

Yankee Doodle fue a pasear
montado en su caballo
llevaba una pluma en el sombrero
y gritaba Macaroni.

Momentos después la bandera de los Estados Unidos surgió ondeando sobre los muros del fuerte, en medio de los gritos y vivas de sus soldados, seguido por las descargas de varias baterías de artillería ligera. “Ya fuera por un tratado o no” –comentó orgulloso el capitán William S. Henry del Tercero de Infantería– “estábamos ahora en posesión de La Ciudadela”.

Una ciudad atrapada en la guerra

La evacuación de La Ciudadela y su inmediata ocupación, eran sólo parte de los acuerdos a que habían llegado los comandantes de ambos ejércitos contendientes, los generales Pedro de Ampudia y Zachary Taylor, para dar fin a la batalla. Un enfrentamiento que resultó ser más cruento y violento, incluso de lo que ellos mismos calcularon. Aunque aún persistían algunos oficiales dispuestos a continuar la defensa, como el coronel López Uruga, que en un principio se negó a entregar La Ciudadela; la realidad era que todas las tropas, en general, estaban agotadas y exhaustas, y muchas unidades al límite de sus fuerzas. El Tercer Regimiento Ligero de Infantería, por ejemplo, había enfrentado los más encarnizados embates en el Fortín de la Tenería. Posteriormente,

cuando se vio obligado a replegarse al otro lado del arroyo Santa Lucía, prosiguió valientemente la pelea ayudando en la defensa del Fortín del Rincón del Diablo. Al final de la batalla, su comandante, el coronel Nicolás Enciso, reportaría entre sus hombres un total de 110 bajas.

La misma situación también podía ser aplicada a los norteamericanos, incluso en mayor proporción. Sólo durante el primer día del combate, sus pérdidas habían sido cuantiosas, muy por encima las mexicanas. En una carta privada, el mayor William W. Bliss, Jefe del Estado Mayor del general Taylor, abiertamente confesó a un amigo que

las operaciones del día 21 (de septiembre) fueron realizadas con un muy pesado sacrificio de hombres. Doscientos veinticinco muertos, heridos y desaparecidos sólo en la División de Voluntarios, mientras que el Tercero y Cuarto Regimientos de Infantería, están casi destruidos.

Pero quien realmente más padeció fue la población civil. No sólo sus bienes y casas quedaron expuestos a los estragos de la guerra, sino además, sufrido el terror de quedar indefensos a mitad del conflicto, en medio de los tiroteos y las bombas. El capitán de una batería de dos obuses de campaña de 24 libras, que acató la orden - aunque con cierta reluctancia- de disparar sobre la ciudad, comentaría después a su esposa en Pensacola, Florida:

He visto suficientes combates y demasiado de los horrores de la guerra. Pero aún es más espantosa y desagradable la responsabilidad

del hombre que la causa innecesariamente. Los más terribles gritos de mujeres y niños seguían a cada explosión de nuestras bombas cuando caían en la noche sobre la ciudad, los cuales no cesaron hasta la mañana.

Otro soldado, que participó en los violentos combates en las calles, relataría que después de que sus hombres derribaron con hachas la maciza puerta de una casa y entrado a ella, encontraría en su interior a una familia aterrorizada “probablemente esperando ser masacrada”. Un niño, que corrió hacia una pared, “descolgó un cuadro de Cristo enmarcado en un delgado bastidor, y sosteniéndolo sobre mi rostro, como para implorar compasión, exclamó -Es nuestro salvador, señor”.

Tratando de encontrar alguna salida para los habitantes de Monterrey, “las miles de víctimas, ahora atrapadas en el teatro de la guerra”, el gobernador del estado Francisco de Paula Morales, envió una carta al general Taylor, solicitando “con la esperanza de su refinamiento y civilización”, se respetaran las familias y les fuera concedido un tiempo razonable para abandonar la ciudad. Pero el comandante norteamericano poco le importaba el “refinamiento y civilización” que pudiera demostrar, y sí en cambio su resolución por tomar la plaza a fuerza de las armas. Su respuesta fue tajante, negando cualquier tipo de privilegio para evacuar a los civiles. “Las ventajas logradas por las armas americanas son demasiado decisivas como para permitir alguno otro término que no sea la capitulación; y entre más pronto sea esto efectuado, mejor para aquellos interesados” – contestó Taylor.

La violencia del combate urbano alcanzó su clímax al oscurecer del 23 de septiembre. A las siete de la tarde comenzó a hacer fuego un mortero con proyectiles explosivos de 10 libras, la única pieza de artillería pesada con que contaban los invasores. Desde el primer día de la batalla este mortero había entrado en acción, pero con poca o nula eficacia. Colocado en una hondonada que se extendía como a un kilómetro al norte de los suburbios, para hacer frente a los cañones pesados de La Ciudadela, la extrema distancia de esa posición pronto demostró su ineficiencia. Pensando en hacer un mejor uso de la pieza, Taylor decidió mandarla con las tropas del general William Worth, que combatían en el otro extremo de la ciudad. Después de una larga ruta en circuito por el norte y poniente, el mortero pudo ser instalado justo detrás de la Capilla de la Purísima, en el cementerio de la ciudad.

Tomando como blanco la Catedral, el edificio visible más alto, en cada disparo del mortero sus proyectiles se elevaban en un largo y pronunciado arco por el cielo, a la manera de un cometa brillante, estrellándose segundos después contra los gruesos muros y techo de la iglesia.

En la creencia de que un ataque general de los yanquis estaba a punto de iniciar, los mexicanos comenzaron a lanzar cohetes luminosos, al mismo tiempo que el toque de generala se escuchaba por todos lados, y los artilleros de La Ciudadela disparaban sus cañones tratando de silenciar inútilmente al mortero. “Nunca olvidaré aquella desagradable noche” -escribió un testigo-.

la escena era verdaderamente terrible. La bombas cruzándose unas a otras en el aire, el súbito destello de los cohetes, las agudas notas de los clarines, el estallido de los cañones y el repique de los mosquetes, estaban todos combinados.

A las nueve de la noche el general Pedro de Ampudia tomó al fin una decisión, y comenzó a dictar una breve carta desde su cuartel general en la casa de los Garza Flores, ubicada frente a la plaza principal, dirigida a su contraparte enemiga: el general Zachary Taylor.

Escrita de puño y letra de su segundo al mando, el comandante Tomás Requena, jefe de la artillería, la misiva empezaba ceremoniosamente: “Señor general, habiendo hecho la defensa de la cual creí susceptible esta ciudad, yo he cumplido con mi deber y satisfecho ese honor....”. Después, continuaba tratando de explicar el propósito de su mensaje: “De proseguir la defensa, sólo resultaría con el dolor de la población que ya ha sufrido suficiente de las desafortunadas consecuencias de la guerra... yo le propongo, evacuar la ciudad y su fuerte”.

Con esto, Ampudia daba el primer paso para poner fin a la batalla a través de un acuerdo, o como él mismo expresó: “tomando por garantizado que el gobierno americano ha manifestado una disposición a negociar”. Y si bien estaba dispuesto a salir de Monterrey, sólo lo haría “llevando conmigo al personal y material que ha quedado”. Para entregar el comunicado, Ampudia decidió enviar a su propio ayudante, el coronel Francisco R. Moreno. Nacido en el territorio español de

Florida (antes de que pasara a ser posesión de los Estados Unidos en 1819 a través del tratado Adams-Onís), este oficial, que hablaba muy bien el idioma inglés, se convertiría en un elemento esencial para tan delicada misión.

El mensajero

Para la madrugada del 24 de septiembre, el estruendo de la batalla había decrecido casi hasta extinguirse. Poco a poco la oscuridad de la noche fue apagando el ímpetu de los guerreros y cesando el rumor de los combates. Sólo se escuchaba, de vez en cuando, el sonido de las bombas del mortero cuando explotaban cerca de la Catedral. Alrededor de la plaza principal, las calles aledañas, hasta donde habían avanzado los norteamericanos, formaban una especie de línea de demarcación que los separaba de las fuerzas mexicanas. No obstante este aparente sigilo, los soldados de ambos bandos se mantenían despiertos u ocultos tras barricadas o en el interior de algunas casas, esperando la luz del día para reanudar el ataque o la defensa según fuera el caso.

Poco después de las tres de la mañana el silencio fue roto en la parte oriental de Monterrey por los repentinos toques de cornetas solicitando parlamento. En frente de la posición mantenida por las tropas del Regimiento de Kentucky, en el fortín del Rincón del Diablo, una pequeña partida de soldados mexicanos apareció en la oscuridad, caminando lentamente bajo la protección de una bandera blanca de tregua. Era el coronel Moreno con unos cuantos hombres de escolta.

Detenidos pronto por los centinelas norteamericanos, Moreno fue interrogado por el teniente coronel Jason Roberts, jefe de aquel punto, a quien le explicó el objetivo de su misión.

Roberts no dudó en ningún momento en conducir personalmente al coronel Moreno ante su superior, el general Thomas L. Hamer, comandante de la Primera Brigada de Voluntarios. Presentado ante Hamer, de inmediato se le proporcionó una escolta y caballo para que fuera llevado al cuartel general en el Nogalar. El oficial mexicano finalmente alcanzó el campamento del general Taylor, casi con la luz del amanecer. La noticia de un mensaje de Ampudia provocó al principio un gran entusiasmo entre los miembros de su Estado Mayor. “El prospecto de tomar la ciudad sin un futuro combate dio una universal satisfacción”, comentó un oficial. Pero el comandante norteamericano no pareció del todo complacido.

Cerca de las siete de la mañana, Taylor dio su contestación a Ampudia, en un escrito en el que decía:

Señor.- Su comunicación fechado a las 9:00 p.m. del 23 del presente ha sido entregado de manos del coronel Moreno.

En respuesta a su proposición de evacuar la ciudad y el fuerte, con todo el personal y material de guerra, tengo que declarar que mi deber me obliga a declinar a acceder a ello. Una completa rendición de la ciudad y su cuartel, este último como prisionero de guerra, es ahora demandado. Pero tal rendición será sobre términos, ya que la valiente defensa del

lugar, crédito por igual a las tropas y a la nación mexicana, me impulsan a hacer esos términos tan liberales como sea posible. Una respuesta a esta comunicación es requerida para las 12 del mediodía. Si usted aprueba a un arreglo, un oficial será despachado de inmediato, bajo las instrucciones de acordar las condiciones.

Antes de partir con la carta, Taylor expresó verbalmente al coronel Moreno que mantendría un cese al fuego hasta las doce del día, hora en que debería de recibir la respuesta de Ampudia en el cuartel del general Worth, en el lado poniente de la ciudad y cuya división se encontraba ya a sólo una cuadra de la plaza principal, “sitio” –agregó- “al cual pronto me dirigiré”. Pero las noticias de una tregua tardarían poco más de una hora en llegar hasta Monterrey. Mientras tanto, los combates comenzaron nuevamente, precisamente en la parte poniente, en el comando del general Worth, cuya fuerza aún se mantenía ignorante de la tregua acordada en el Nogalar.

Con su acostumbrada agresividad, los voluntarios del Primer Regimiento de Texas, al mando del legendario teniente coronel Samuel Walker, continuaron avanzando por la calle de Iturbide (hoy Morelos hacia el poniente), tratando de tomar las casas a ambos lados de la calle. La resistencia no se hizo esperar cuando las tropas del coronel Francisco Berra, compuestas en parte del Primer Batallón Activo de México y del Batallón Activo de Morelia, comenzaron hacer fuego sobre los texanos, desde la esquina fortificada de la calle del Ángel (hoy Escobedo).

Pronto el tiroteo se generalizó, o como el mismo Berra escribió en su reporte, “se sostuvo un fuego vivísimo durante la mañana”. Apoyado por 3 cañones, la artillería volvió a rugir otra vez por las calles de la ciudad. Aunque en el oriente la tregua se mantenía, por el poniente la lucha parecía incrementarse a cada momento, sobre todo cuando una compañía del Quinto de Infantería de los Estados Unidos empezó a atacar también por la calle de Hidalgo, paralela al sur de la de Iturbide.

El oportuno retorno del coronel Moreno al cuartel mexicano con la respuesta de Taylor, permitió al fin dar un nuevo paso. Buscando un consenso entre sus subordinados, Ampudia mandó llamar a todos los jefes de brigada para una junta a las nueve de la mañana. En la reunión, el comandante informó, sin preámbulos, a sus hombres del oficio que había dirigido al general enemigo y la respuesta de éste: rendición de la ciudad y sumisión de las tropas como prisioneros de guerra.

La sola idea de rendirse para ir prisioneros a los Estados Unidos, o prestar juramento de no volver a tomar las armas, sobresaltó a los oficiales presentes. El general Antonio María Jáuregui, jefe de la Segunda Brigada de Caballería, recordaría después:

Todos los que componíamos la junta oímos estas proposiciones con horror, y unánimes contestamos que primero la muerte que la infamia. Yo agregué, cuando se me pidió mi opinión, que nunca entraría en capitulación, porque ya fuera de acuerdo con el general Anastasio Torrejón (jefe de la División de Caballería), trataría de romper la línea

enemiga para salir con mi brigada antes que
rendir las armas.

La junta concluyó sin ninguna decisión tomada, al menos aparentemente para sus oficiales, o como el general Jáuregui escribió: "Ignoro después lo que sucedió". No obstante, Ampudia estaba ya para esos momentos decidido a dejar la plaza y concluir con la batalla.

Convencido de que tal vez con una negociación directa se podría llegar a un mejor acuerdo, a lograr términos "más liberales", tal como lo expresó el mismo Taylor en su carta, Ampudia decidió enviar al coronel Moreno, esta vez al cuartel del general Worth, para solicitar una entrevista personal con el comandante en jefe norteamericano.

Pero ahora la situación resultaba más difícil y en extremo peligrosa. Habiendo el general Worth establecido su cuartel sobre la calle de Iturbide, cerca de la casa de don Manuel de la Penilla, cónsul de España, el portador del mensaje tendría que cruzar la línea del frente por las calles del poniente, justo donde los combates se estaban aún desarrollando, pero sobre todo, un punto ocupado por los violentos voluntarios de Texas, siempre deseosos de cobrarse viejas cuentas pendientes, surgidas en los 10 últimos años de conflictos de la frontera. Como a las diez de la mañana los toques de clarín se escucharon otra vez pidiendo una tregua. Los disparos cesaron. El coronel Moreno, con una bandera blanca en las manos, cruzó la calle hacia el lado norteamericano y pronto se encontró rodeado de soldados enemigos.

Repentinamente, un enorme texano apuntó su rifle directo sobre Moreno, dispuesto a hacer fuego, acción que habría realizado de no ser por la oportuna intervención de un oficial yanqui.

¡Soldado!, ¿que usted no reconoce toque de parlamento cuando es sonado? –gritó el oficial.

No, –contestó el gigante texano- no cuando estoy enfrente de ese hombre.

El soldado había reconocido al emisario, como uno de los mexicanos bajo el cual él había caído prisionero cuatro años antes, durante una incursión fronteriza de texanos a Mier. Aunque el hombre fue apartado rápidamente por sus compañeros, no se alejó sin decir antes un sin número de injurias e insultos en idioma inglés contra Moreno, quien entendió perfectamente todas y cada una de las blasfemias.

El encuentro

La noticia de una suspensión de hostilidades se esparció como pólvora encendida en ambos ejércitos, aunque nadie se atrevió a opinar sobre los detalles. No obstante, después de tres días de intensos combates, muchos aprovecharon aquellos primeros instantes de calma para escribir breves cartas o pequeñas notas en sus diarios personales de lo que estaba pasando. “El cañoneo empezó muy temprano -describió un oficial norteamericano- pero ya cesó. Un mensajero del general Ampudia arribó al campamento con proposiciones para la rendición de la ciudad. ¿Qué fueron estos términos? No lo sé”.

Un mexicano, de igual forma, comentó apresuradamente en una carta: "...se pidió parlamento por los enemigos, según dicen; y otras personas, que el parlamento fue pedido por nosotros, lo cierto del caso es, que sea por unos o por los otros, no sabemos hasta ahora (nada)..."

En el Nogalar, el doctor Madison Mills, cirujano del Tercer Regimiento de Infantería que había pasado los días anteriores realizando más de una docena de amputaciones, anotó esa mañana del 24 de septiembre en su diario: "El general Taylor está ya en el campamento del general Worth".

El encuentro definitivo entre Ampudia y Taylor ocurrió al fin alrededor de la una de la tarde en una casa previamente acordada sobre la calle de Iturbide, no muy lejos de donde Worth tenía su cuartel. Numerosos jefes y oficiales del Estado Mayor también se presentaron acompañando a los dos generales, y pronto el lugar se llenó con los más diversos y coloridos uniformes. Ampudia vestía una casaca verde con enormes charreteras doradas sobre sus hombros y pantalón color rojo. Sobre su pecho colgaban vistosamente varias medallas, y cosidas en su uniforme, algunas cintas o bandas horizontales de material fino, como de seda o rayón.

En marcado contraste, Taylor portaba un desgastado saco, que parecía haber sido usado en media docena de campañas militares, chaleco blanco y pantalones sin cinto. Desprovisto de la más mínima insignia o distintivo militar, daba la apariencia de ser un coronel de voluntarios o incluso un granjero. Otro personaje más que estaba de

traje civil, en aquel mar de atuendos militares, era el ex gobernador de Nuevo León, Manuel María de Llano, que por invitación del comandante mexicano había asistido.

La conferencia dio inicio con un discurso del general mexicano. Ampudia anunció de manera oficial que comisionados de los Estados Unidos habían sido recibidos por el Gobierno de México, y que por lo tanto, las órdenes bajo las cuales él mantenía la defensa de Monterrey perdían su vigor, razón por la cual solicitaba la entrevista. Un testigo norteamericano escribió: “Ampudia hablaba con toda cortesía y finas palabras, largos parlamentos, constantes movimientos y abundantes gesticulaciones, que provocaban que las orlas o flecos de sus charreteras constantemente oscilaran”.

Como siempre, rudo en sus palabras, Taylor respondiendo directamente que de ninguna forma podía esperar hasta que tal información llegara de su gobierno, ya que él consideraba “que tenía la ciudad en sus manos”.

Ampudia dejó claro que estaba negociando bajo una posición de fuerza, recalando que su ejército era demasiado grande para ser conquistado por los americanos. Puntualizó que aún mantenía la posición fortificada de La Ciudadela, tenía suficiente artillería, caballería e infantería. Sus bajas eran menores comparadas a la de ellos, y, a pesar de las apariencias, aún podía sostener la ciudad. Insistió en que sólo por motivos de humanidad, para evitar una mayor efusión de sangre y salvar la vida de mujeres y niños indefensos, podía llegar tan lejos como para comprometerse a retirarse de la ciudad con todo su ejército y armas, además de llevar consigo la propiedad pública.

“La conversación entre los dos comandantes -relató un oficial presente- mostró que sus puntos de vista eran opuestos, y que había poca razón para esperar un arreglo amigable entre ellos”. Fue el ex gobernador M. M. de Llano quien sugirió el nombramiento de una comisión mixta entre oficiales de ambos ejércitos para llegar a un entendimiento, lo cual a todos les pareció lo indicado, en vista del evidente choque de personalidad de los comandantes.

Del lado mexicano se escogió a los generales Tomás Requena y José María Ortega, junto con el Lic. M. M. de Llano; mientras que los norteamericanos seleccionaron a los generales William Worth y J. Pinckney Henderson, este último gobernador de Texas y jefe de los voluntarios de ese estado, junto con el coronel Jefferson Davis, comandante del Regimiento de Rifleros de Mississippi, quien casualmente era yerno del general Taylor. Antes de entrar los comisionados a otro cuarto, que serviría como sitio de discusión, Taylor dio instrucciones rápidas y verbales a sus oficiales, las cuales fueron posteriormente puestas por escrito y entregadas a los mexicanos.

Las demandas de los yanquis quedaron resumidas en seis puntos, en los que se exigía básicamente la rendición inmediata de Monterrey y su Ciudadela, el retiro del ejército mexicano hasta más allá del Paso de Rinconada y la entrega de todas las armas, municiones y propiedad pública del lugar. Sólo los oficiales podrían llevar consigo sus pistolas y efectos personales. Los términos fueron rechazados por Requena, Ortega y De Llano, lo que derivó a una contrapropuesta que, si bien

aceptaban el repliegue de las fuerzas mexicanas, sólo sería con sus armas. Esto apremiaba, según ellos, como una cuestión de “solidaridad militar, orgullo y cortesía”.

Considerando que sobrepasaba los límites de sus instrucciones, los norteamericanos se levantaron de la mesa para consultarlo con su comandante. “Tras retornar al cuarto de recepción” -relataría el coronel Jefferson Davis-

después de haber sido anunciado que no podían ser aceptados esos términos, el general Ampudia intervino, tratando de señalarnos que el desacuerdo comprometía el honor de su país, y habló de su deseo por un arreglo sin posterior derramamiento de sangre. El general Taylor respondió también de su afán por evitar una innecesaria matanza. Se acordó que la comisión debería reunirse, y fuimos instruidos para concederles sus armas cortas.

Pero ahora los delegados mexicanos urgieron, sobre todo Requena, como jefe de la artillería, que ya que la infantería y la caballería habían sido reconocidas, la artillería no podía marcharse sin algo que representara a su arma. Al escuchar Taylor, “el Viejo Rudo y Listo”, como era llamado popularmente por su tropas, que más demandas estaban siendo discutidas, metió sus manos profundamente por las aberturas de sus bolsas, inclinó la cabeza un poco hacia un lado y alzando sus cejas encanecidas exclamó: “General Ampudia, venimos aquí a tomar Monterrey, y lo vamos a hacer en los términos que nos plazca. Le deseo buenos días”; y levantándose, dio por concluida la conferencia.

Cuando cruzaba la sala para retirarse” -recordaría Davis-

uno de los comisionados mexicanos se dirigió a él, y una conversación se produjo, la cual yo no escuché. Al mismo tiempo Worth se acercó al general Ampudia y le remarcó el espíritu que tanto había manifestado a través de las negociaciones. La comisión se reunió nuevamente y los puntos de la capitulación fueron resueltos.

Eran pasadas las diez de la noche, hacía mucho que ya había oscurecido, cuando finalmente los términos quedaron estipulados en nueve artículos. El ejército mexicano saldría con sus armas al hombro, incluyendo una batería de artillería con seis cañones ligeros, dándose un plazo de siete días para abandonar Monterrey; además, se establecería una tregua por ocho semanas. La propiedad pública quedaría en la ciudad, y el fuerte de la Ciudadela sería entregado, pero no sin que antes su propia artillería rindiera honores a la bandera, al momento en que fuera arriada.

Se redactaron dos versiones de los términos de capitulación, uno en español y otro en inglés, para que fueran firmados y contrafirmados por los generales en jefe y los comisionados que habían participado, y así cada parte tendría un original escrito en su propio idioma. En un último intento, los mexicanos trataron de realizar más modificaciones. Después de haber cambiado en el texto la palabra rendición por capitulación, deseaban ahora sustituirla por estipulación. Pero, como Davis afirmó, “fue necesario

hacer una perentoria demanda para que los dos documentos fueran firmados”.

Debido a algunas dudas en la cuestión de significados de palabras en uno de los puntos, Ampudia solicitó que el original en inglés se quedara en el cuartel mexicano para hacer otra traducción más fiel del documento en español. Prometiéndolo tenerlo listo para primera hora de la mañana. Al siguiente día, 25 de septiembre, casi con el amanecer, los comisionados se encontraron nuevamente. Ampudia mostró un segundo manuscrito de la capitulación en español, ya perfeccionado en su traducción, el cual fue firmado otra vez por todos. La primera versión en español, escrita y autografiada la noche anterior, fue destruida ante la presencia de los comisionados.

Después de largas horas de discusiones y debates, propuestas y contrapropuestas, exabruptos y mediaciones, los comandantes de los ejércitos enfrentados habían al fin llegado a un pacto definitivo y a un cese total de hostilidades. “El acuerdo estaba completo” – escribió Davis- “solo quedaba ejecutar los términos”.

A las diez de la mañana, tal y como fue convenido, La Ciudadela fue evacuada por las fuerzas del coronel López Uruga, en medio de las salvas de artillería. Al otro día, 26 de septiembre, la Primera y Cuarta Brigadas de Infantería (de las cuatro que conformaban el cuerpo de Ejército del Norte) comenzaron a abandonar la ciudad con Ampudia a la cabeza de la columna. Tomando la calle de Hidalgo, partieron rumbo a Saltillo. En las esquinas muchos soldados extranjeros se congregaron con curiosidad para verlos partir, entre

ellos un joven oficial de 26 años, el teniente Abner Doubleday, perteneciente al Tercer Regimiento de Artillería, y que había combatido en la división del general Worth por el poniente.

“Marchaban en pelotones” –relató Doubleday-

a tambor batiente y con banderas desplegadas. Después de que el espectáculo terminó, nos dirigimos a la casa de una familia del vecindario para comer. Nos invitaron gustosamente, pero estaba tan mezclado con su condimento favorito: ‘chile colorado’, que escasamente pudo ser comido.

La batalla había ya concluido, y ahora Monterrey enfrentaba a una nueva etapa de su historia: la de la ocupación norteamericana.



Imagen 10. Maqueta alusiva a la Batalla de Monterrey.

X. La vida en Monterrey después de la batalla

Eduardo Cázares Puente

para guardar la unidad nacional he decidido trasladar el gobierno del estado a la villa de Galeana al sur de Nuevo León.

Francisco de Paula Morales Gobernador de Nuevo León en octubre de 1846

Durante el domingo 27 de septiembre de 1846 la ciudad de Monterrey quedó completamente bajo el control del ejército norteamericano de Zacarías Taylor. La gran mayoría de la población, incluido el gabinete del nuevo gobernador de Nuevo León Francisco de Paula Morales, quien había reasumido el poder estatal tras la capitulación y salida del general Pedro de Ampudia, abandonaron la ciudad. Solo los integrantes del Ayuntamiento regiomontano permanecieron en Monterrey, quedando bajo su cargo la tarea de negociar y confrontar las decisiones de los militares americanos que se adueñaron de la capital de Nuevo León.

Desolación, muerte y tristeza acompañaron a los regiomontanos que permanecieron en la ciudad durante estos cerca de dos años de ocupación estadounidense (de septiembre de 1846 a julio de 1848). Algunos fueron forzados a prestar sus casas como alojamiento de los militares invasores, otros, los más pocos, lograron entablar buenas relaciones comerciales con ellos.

Las desgracias de la guerra

Desde la mañana del sábado 26 de septiembre comenzaron a abandonar la ciudad las diversas fuerzas mexicanas sobrevivientes a la *Batalla de Monterrey*. La tropa acuartelada en la Ciudadela bajo el mando del coronel José López Uruga fue la primera en abandonar sus posiciones ante los honores militares del ejército vencedor. El teniente Abner Doubleday, perteneciente a la división del general Worth narró este suceso en su diario de la siguiente forma:

Marchaban en pelotones a tambor batiente y con banderas desplegadas. Después, de que el espectáculo terminó nos dirigimos a la casa de una familia del vecindario para comer. Nos invitaron gustosamente, pero estaba tan mezclado con su condimento favorito: el chile colorado, que escasamente pudo ser comido.³⁰

Mientras tanto, la ciudad había quedado completamente destrozada tras los combates, con cadáveres insepultos, con calles llenas de boquetes producto del bombardeo, con jacales y casas destruidas y sembradíos quemados. Mientras los cuerpos de los soldados mexicanos fueron quemados, sepultados en criptas clandestinas o en los camposantos de la ciudad, los norteamericanos construyeron su propio panteón. La historiadora Alba Garza menciona que en octubre de 1846 el ejército norteamericano construyó cerca de su cuartel general en Santo Domingo un cementerio para sus soldados muertos en combate.³¹

³⁰ Teniente Abner Doubleday citado por Ahmed Valtier-Pablo Ramos. *La capitulación de Monterrey*, en Revista Atisbo, Año 5 No. 28, p. 26.

³¹ Alba Garza Acuña. *Apuntes de algunos cementerios de Monterrey*, en Humanitas (2004). UANL, Monterrey, p. 843.

El día del inicio de la salida del ejército mexicano de la capital nuevoleonesa (26 de septiembre de 1846) autoridades municipales de Monterrey se entrevistaron con el general Zachary Taylor para solicitarle el control de sus militares, la prevención de delitos, muertes de civiles y el castigo ejemplar para cualquier clase de desorden que se ejecutare en Monterrey. En contestación, Taylor aseguró que no hubiera cuidado de ello, confiando en que todo se llevaría de manera correcta.³²

Días después, las agresiones de los invasores contra los civiles comenzaron a salir a la luz pública. El 29 de septiembre Facundo Tamez escribía al alcalde de Monterrey José Antonio de la Garza, que a causa de los múltiples desmanes que habían ocasionado los *Voluntarios de Texas*, se reuniese a los jueces de la ciudad, y participasen cualquier anomalía para prevenir desgracias y matanzas de civiles.³³

Ese mismo día el Secretario de Gobierno de Nuevo León Santiago Vidaurri, solicitó al alcalde de Monterrey, el control de la venta de licor “que tantos males a causado a la ciudad en estos últimos días, debido a que los voluntarios americanos tienen acceso a él.”³⁴ Asimismo, le pidió tomase a dos vecinos honrados, para que procediese a formar una lista o tarifa de efectos con sus precios respectivos, debido a que los generales americanos han reclamado varias veces el control de los alimentos y sus variables costos por los comerciantes regiomontanos.³⁵ Las protestas por los

³² AHM, Colección: Guerra México-EEUU, Volumen: 1, Expediente: 6, Folio: 5.

³³ AHM, Colección: Guerra México-EEUU, Volumen: 1, Expediente: 2, Folio: 3.

³⁴ AHM, Colección: Guerra México-EEUU, Volumen: 1, Expediente: 2, Folio: 6.

³⁵ AHM, Colección: Guerra México-EEUU, Volumen: 1, Expediente: 2, Folio: 4.

abusos de la milicia extranjera en Monterrey fueron presentadas por el gobernador Francisco de P. Morales, pero el general Taylor le comentó las dificultades para controlar a su tropa.³⁶

Desde Saltillo Coahuila, una exiliada pluma anónima escribiría lo que aconteció en Monterrey tras terminar los combates. Afirmaba que había más peligro ahora que había terminado la guerra que cuando se combatía en las calles regiomontanas:

a todas horas, de día y de noche, truena el rifle sobre los indefensos ciudadanos. Nadie es dueño de lo suyo, ni tiene protección en persona y bienes. Más de media ciudad ha sido saqueada y no hay a quien reclamar este desafuero. La ocupación de estos vándalos ha sido peor que sí nos hubieran asaltado los comanches. Por Dios les ruego que ninguno de ustedes venga, y que nuestras familias se vayan para [Monte]Morelos.³⁷

Otro ciudadano desde Monterrey el lunes 28 de septiembre de 1846 escribiría:

Esto va a quedar muy triste, se están saliendo todos, porque una gente que traen los americanos, que nombran los Voluntarios de Tejas, han robado por todos los alrededores de la ciudad; no perdonan ni maíz, marranos, gallinas y cuanto encuentran. Las autoridades han reclamado el orden, porque el general

³⁶ AGENL., Colección: Periódico Oficial (1846), Semanario Político, 6 de octubre de 1846.

³⁷ Periódico "El Monitor Republicano", 13 de octubre de 1846, citado en Revista *Actas* (2003), No. 4, p. 107.

Ampudia no se acordó siquiera un solo artículo en la Capitulación sobre la seguridad pública. Todo está cerrado, la ciudad presenta un espectáculo el más lastimoso.³⁸

Las pocas familias que aceptaron quedarse en Monterrey para defender su patrimonio fueron obligadas a prestar sus casas para estancia de los militares norteamericanos. El historiador Miguel Ángel González Quiroga afirma que cuando una casa era bien vista por algún estadounidense, era reclamada al alcalde de Monterrey y aunque estuviera habitada por alguna familia, se le informaba que la abandonara para que los extranjeros la ocuparan.³⁹

Esta práctica se convirtió en un grave problema administrativo para ambos lados pues muchas de estas fincas eran prestadas a través de un arrendamiento acordado, sin embargo, era muy difícil lograr que se cumpliera con el pago de éste a sus dueños. En un oficio mandado por el alcalde de Monterrey el 18 de diciembre de 1846 al Cuartel Maestre Americano le reclamaba que varios regiomontanos no habían cobrado la renta de sus casas en Monterrey, ocupadas por militares estadounidenses.⁴⁰

Por el otro lado, el ejército mexicano habría salido de Monterrey con rumbo a Saltillo en donde permanecería hasta principios del mes de octubre y posteriormente

³⁸ Periódico “El Monitor Republicano”, 13 de octubre de 1846, citado en Revista *Actas* (2003), No. 4, p. 107.

³⁹ González, Miguel Ángel – Morado, César (2006). *Nuevo León Ocupado. Aspectos de la Guerra México-Estados Unidos*. Fondo Editorial Nuevo León, Monterrey, p. 48.

⁴⁰ AHM, Colección Guerra México-EEUU, Volumen 1, Expediente 4, Folio 17.

trasladarse a la ciudad de San Luis Potosí donde el general Antonio López de Santa Anna los esperaba para reagruparse. A pesar de las demandas de la población civil y la desesperación del gobierno de Coahuila, Santa Anna decidió retirar a todo su cuerpo militar, salvo los heridos, a la capital potosina argumentando la imperiosa necesidad de reorganizar sus tropas en esta ciudad.⁴¹

Y es que la preocupación del gobernador de Coahuila se centraba en el éxodo de familias regiomontanas ante la ocupación norteamericana de la plaza de Monterrey. Por ello, prevenía al general Santa Anna que lo sucedido en Monterrey podría volver a acontecer en Saltillo, en dado caso que el ejército mexicano abandonara a su suerte a los coahuilenses y se trasladará a San Luis Potosí. Hay que recordar que una gran cantidad de regiomontanos se había refugiado en Saltillo, huyendo de los desórdenes que cometía el ejército invasor, y esto se había convertido en un grave problema para las autoridades de aquel estado.⁴²

En la misma ciudad de Saltillo y tras su retirada triste y amarga de Monterrey, el general Ampudia imploró en una carta escrita el 28 de septiembre al general Antonio López de Santa Anna se le efectuase un juicio severo para justificar su conducta antes y después de la *Batalla de Monterrey*, ya que “no siendo otros los elementos de mi escistencia que las leyes del honor y los

⁴¹ Archivo General del Estado de Coahuila (AGEC), Fondo Siglo XIX, 1846, 9 de octubre de 1846.

⁴² AGECE, Fondo Siglo XIX, 1846, 7 de octubre de 1846.

bienes de la patria, no quedará mi espíritu tranquilo[...] y mi conducta considerada bajo todas sus faces”.⁴³

Recibió este reporte un iracundo Santa Anna quien desde la Hacienda de la Goleta reprimía públicamente la derrota de Monterrey asegurando que el general Ampudia “deberá responder en un juicio de su conducta y yo ordenaré a mi llegada a San Luis Potosí que se le instruya el proceso correspondiente”.⁴⁴ Además, requería de inmediato su presencia en esa referida ciudad obligándolo a abandonar Saltillo sin dejar tropas, armas ni municiones.

Este documento desnudaba la precaria situación del erario gubernamental, ya que el referido “Benemérito de la Patria” aseguraba que se pondrá en extremo la desesperación de no contar con auxilios para un ejército en plena campaña militar. Por lo cual solicitaba al Ministro de Guerra el envío de por lo menos cien mil pesos para el sostenimiento de las tropas.⁴⁵

Ya en San Luis Potosí, el general Ampudia logró ser absuelto del juicio en su contra y volvería a enfrentar a los norteamericanos, pero en la batalla de la Angostura a las afueras de Saltillo en febrero de 1847. Una vez finalizada la guerra con los Estados Unidos, fue gobernador de Yucatán (1855), Nuevo León (1853-1854), y ya anteriormente lo había sido de Tabasco (1843). Además, fue Ministro de Guerra de Benito

⁴³ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional. Época: Siglo XIX, Clasificación: Expediente XI/481.3/2253, Folio 8-9.

⁴⁴ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional. Época Siglo XIX, Clasificación: XI/481.3/2241, Folio 39-42.

⁴⁵ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional. Época Siglo XIX, Clasificación: XI/481.3/2241, Folio 39-42.

Juárez de abril a septiembre de 1860. Ampudia fallecería el 7 de agosto de 1868 en la ciudad de México y sus restos reposan actualmente en una tumba olvidada del panteón de San Fernando, donde tiene escrita la leyenda “Héroe de Mier”.

A pesar de que el conflicto armado en Monterrey había finalizado, se vivían momentos dramáticos en el diario cohabitar entre mexicanos y norteamericanos. Los desastres de los combates en la ciudad habían dejado pulverizada la ciudad en su infraestructura urbana, a tal grado que los muertos eran sepultados en fosas clandestinas y los heridos tuvieron que ser atendidos en casas y espacios públicos.

Por ese motivo, tras los desastres ocasionados por los combates en Monterrey se tuvo que iniciar una reconstrucción de la ciudad promovida por el Ayuntamiento regiomontano y por las administraciones americanas que gobernaron Nuevo León durante los dos años de ocupación.

El gobierno norteamericano en Monterrey

La ciudad de Monterrey fue abandonada por las autoridades estatales y militares dejando la plaza a la milicia norteamericana, quien sólo lidió con el Ayuntamiento de la ciudad las cuestiones políticas, sociales y económicas del estado. Ante este vacío de poder, se estableció un consejo de gobierno dependiente del ejército norteamericano llamado Cuartel Maestre, que tenía el fin de administrar y gobernar el estado. Durante los dos años de ocupación norteamericana en la capital de Nuevo León, la población civil se mantuvo

bajo el resguardo de las disposiciones del Cuartel Maestre, quien a su vez nombró un gobernador o administrador en Monterrey.⁴⁶

Es de llamar la atención que el gobierno del estado haya abandonado a su suerte a los habitantes de Monterrey y que sólo dejara al Ayuntamiento como órgano político que mediara entre los civiles y los militares americanos. Esta medida fue ejecutada con tal de que los invasores no interfirieran en las actividades políticas del gobierno y los informes que estos enviaban al Supremo Gobierno de la nación.

Por contraparte, las primeras circulares del Cuartel Maestre comenzaron a publicarse a principios de octubre de 1846 buscando la gobernabilidad de la región, tal y como lo solicitaba el teniente S. C. Pemberton, quien por orden del general William Worth prohibía las publicaciones sediciosas o no autorizadas por este cuartel.⁴⁷

Además, el gobierno estadounidense buscaba frenar la venta de licor a toda hora en Monterrey, ley emitida por el referido teniente Pemberton, quien ordenó la prohibición de los establecimientos que vendieran licores antes de las nueve de la mañana, o después de las doce del mediodía, bajo la pena de perder la licencia. Así también, se procedería contra los negocios que tuviesen alguna actitud desordenada.⁴⁸ Incluso, el Cuartel Maestre monopolizó el cobro de impuestos a

⁴⁶ AHM, Colección Guerra México- EEUU, Volumen 2, Expediente 2, Folio 17.

⁴⁷ AHM, Colección Guerra México-EEUU, Volumen 1, Expediente 8, Folio 2.

⁴⁸ AHM, Colección Guerra México Estados Unidos, Volumen 1, Expediente 8, Folio 4.

establecimientos comerciales en Monterrey, según consta en la carta que el alcalde de Monterrey envió al gobernador del estado quejándose de este hecho.⁴⁹

Las medidas establecidas por el Cuartel Maestre que administraba la ciudad fueron insuficientes. Sin embargo, se expidieron leyes que permitirían evitar los choques entre la población civil y los militares norteamericanos, como es el caso de la ley establecida el 8 de octubre de 1846 por orden del general Worth, que se expresa en las siguientes líneas:

I.- Toda clase y Descripción de Establecimiento quedan prohibidos- Toda persona, que después de ponerse el Sol, de esta fecha, abra y tenga directa o indirectamente tal establecimiento, será arrestado y encarcelado en la prisión de la ciudad á cargo del Alcalde para ser tratado como los demás presos.

II.- Se permiten los Billares mas han de estar cerrados, ha no ser que haya excepción Especial, al toque de cajas á las ocho en la retreta. Los guardias y oficiales que están de guardia están encargados de la ejecución más eficaz de estas órdenes- Por autoridad del Gral. en Jefe.

Cuartel Gral. y División. Monterrey, 8 de octubre de 1846.⁵⁰

⁴⁹ AHM, Colección Guerra México Estados Unidos, Volumen 3, Expediente 3, Folio 8.

⁵⁰ AHM, Colección Guerra México Estados Unidos, Volumen 1, Expediente 8, Folio 3.

Tras los combates que destruyeron gran parte de la ciudad de Monterrey, el general Taylor a través de su Cuartel Maestre solicitó a los encargados de las haciendas, villas y rancherías de Nuevo León llevarsen sus cosechas y víveres a la capital para venderlos, ante la escasez que hay en la misma. Voces como la de Manuel Flores y la de Jesús Treviño entonces alcaldes de Salinas Victoria y Santiago respectivamente nos hacen suponer que esta venta sí se efectuó a mediados de octubre de 1846.⁵¹

El 11 de febrero de 1847, el alcalde de Monterrey reclamaba al Cuartel Maestre los destrozos causados por las tropas norteamericanas que pasaron por la villa de Santa Catarina en su trayecto a Saltillo, y que provocaron que los vecinos se escondieran en los potreros y haciendas fuera del poblado ante el temor de más violencia. Además le advirtió que no cooperarían con maíz y mulas mientras no se solucionaran estos ataques a la población civil.⁵²

En un suceso que trascendió regionalmente a mediados de junio de 1847 y que muestra claramente los abusos de militares estadounidenses en tierras regiomontanas, fue el caso de un guardia americano que resguardaba los suburbios de Monterrey y que asesinó a un civil regiomontano de nombre Manuel Peña, quien no respondió al *¿quien vive?*. El alcalde de Monterrey informó al gobernador este suceso y pidió una enérgica

⁵¹ AHM, Colección Guerra México Estados Unidos, Volumen 2, Expediente 1, Folio 15.

⁵² AHM, Colección Guerra México Estados Unidos, Volumen 2, Expediente 1, Folio 19.

protesta en contra del Jefe de la Plaza para que derogara o se modificara el toque de queda en la ciudad.⁵³

Los problemas de inseguridad y violencia muy pronto se vieron reflejados en las villas y haciendas circunvecinas de Monterrey. En un oficio enviado ante el Alcalde de Monterrey por su homólogo de Guadalupe, este último solicitaba le entregasen el permiso otorgado por el general Zacarías Taylor a ese poblado para establecer una policía que combatiera los robos y violencia en ese pueblo.⁵⁴

Una carta dirigida al general Taylor por el ciudadano Juan González Prieto en agosto de 1847 nos muestran las evidencias de los desmanes que las tropas invasoras provocaron en la ciudad de Monterrey y sus alrededores durante la ocupación norteamericana. González Prieto comienza este manuscrito exponiéndole la necesidad a Taylor para que dicte medidas que garanticen la seguridad de los ciudadanos, el respeto a sus fincas y certidumbre a los dueños de los ranchos del estado, en las siguientes líneas:

pasó una partida de tropas mandadas por el jefe de la plaza, robo casi todas las habitaciones de un rancho cercano llamado San Agustín...; en los mismos días, una patrulla comandada por un oficial fue a aprender un mejicano, y un soldado le dio un tiro en el paraje donde estaba durmiendo. El domingo en la noche fuertes grupos de tropa armadas recorrieron la ciudad la ciudad comandados por oficiales, y uno de los barrios

⁵³ AHM, Colección Guerra México-EEUU, Volumen 1, Expediente 1, Folio 28.

⁵⁴ AHM, Colección Guerra México-EEUU, Volumen 2, Expediente 2, Folio 30.

poblados y pacíficos, fue completamente allanado con el mayor escándalo, pues que iban rompiendo puertas, golpeando a sus moradores y robándolos también.⁵⁵

No obstante los esfuerzos de los ayuntamientos, del gobierno estatal y del Cuartel Maestre Americano por proteger la integridad física de los nuevoleonenses, los abusos de los militares norteamericanos contra la población civil continuaron. En junio de 1847 el alcalde de Monterrey el licenciado José de Jesús Dávila y Prieto, escribía al gobernador Francisco de P. Morales que promoviera leyes de protección para que los ciudadanos del estado se librasen de los abusos de los norteamericanos.⁵⁶

Finalmente, este aparato administrativo de los estadounidenses en Monterrey fue disuelto al terminar la guerra tras el Tratado de Guadalupe-Hidalgo. Y a pesar de los problemas entre ambas naciones y de que el Cuartel Maestre se convirtió en un gobierno empalmado para los mexicanos, cumplió la función de administrar el estado ante el vacío de poder que dejó el gobierno del estado y que valientemente trató de cubrir el Ayuntamiento de Monterrey.

Gobiernos nuevoleonenses durante la ocupación norteamericana

Concluida la *Batalla de Monterrey*, la capital de Nuevo León quedó desierta de autoridades y solamente el cabildo de Monterrey resolvió permanecer en sus

⁵⁵ AHM, Colección Guerra México Estados Unidos, Volumen 2, Expediente 1, Folio 45.

⁵⁶ AGENL, Colección: Militares, Caja: 45, 15 de junio de 1847.

puestos hacia finales del año de 1846 “por motivo de las circunstancias y la de no haber Pueblo para ello, continúe el Ayuntamiento mientras que aquellas dan ocasión para ello y que se dé cuenta al Gobierno para su superior conocimiento”.⁵⁷

El 28 de diciembre de 1846 el Ayuntamiento de la ciudad aprobó el restablecimiento del Sistema Federal en la nación, logrando con ello terminar los 11 años en donde el régimen central se estableció en todas las estructuras políticas de México. El cabildo unánimemente a una junta de vecindario votó a favor de restablecimiento de los principios federales en el país, bajo las bases de religión, independencia y división de poderes constituidos en la carta de 1824, planteando que “será quisá el medio mas eficaz y oportuno para que tenga fin la guerra que contra nuestro Gobierno general han introducido ya los Estados Unidos de América”.⁵⁸

La función del Ayuntamiento de Monterrey durante este periodo bélico fue de constante auxilio a las labores militares que en su momento realizó el ejército mexicano en las calles y fortificaciones de la ciudad. En junio de 1846, tres meses antes del ataque militar extranjero, el gobernador de Nuevo León solicitaba al alcalde de Monterrey José María de la Garza proporcionare al Comandante General del ejército mexicano los auxilios que necesite en atención de la importancia de las fortificaciones

⁵⁷ AHM, Colección: Actas de Cabildo, Volumen: 999, Expediente: 1846/081, acta del 7 de diciembre de 1846.

⁵⁸ AHM, Colección: Actas de Cabildo, Volumen: 999, Expediente: 1846/086, acta del 28 de diciembre de 1846.

que se han de construir para poner esta ciudad en defensa de las minas del enemigo “y proceda a proporcionar a dicho Jefe los auxilios que se enumeran en la preinserta contestación, poniendo el mayor empeño en completarlos sin atacar la propiedad particular..., y convocar a los jornaleros que sean necesarios, incluso a los prisioneros”.⁵⁹

Además de esto, el Ayuntamiento de Monterrey se encargó de vigilar la seguridad y tranquilidad de una ciudad provincial que comenzaba a familiarizarse con el aroma de la guerra. El 6 de julio de 1846 el cabildo local denunció ante las autoridades militares la realización de un baile “prohibido”, organizado por el soldado Regino Hidalgo “sin el permiso de la primera autoridad”, al cual acudieron tropas que realizaban la guardia nocturna. En contestación, el teniente coronel Bruno de Ordóñez refirió la aprehensión del mencionado Hidalgo y de los soldados que acudieron al baile realizado sin licencia.⁶⁰

En lo relativo a las actas del cabildo de Monterrey, no existe durante los meses de julio, agosto y septiembre de 1846 ninguna referencia a la actividad militar de uno u otro bando, o alguna orden superior para auxilio en alguna obra de fortificación. Lo más seguro es que se trató de no infiltrar miedo a la población sobre el torbellino de la guerra, la indiferencia del ayuntamiento local, o que el cabildo

⁵⁹ AGENL, Colección: Correspondencia Alcaldes Primeros, Monterrey, Caja 32, 16 de junio de 1846.

⁶⁰ AHM, Colección: Guerra México-Estados Unidos, Caja: 1, Expediente: 4, Folio: 18.

regiomontano no era la instancia correcta para tratar estos asuntos bélicos.

Solo hasta el 28 de septiembre de ese año, cuatro días después de la capitulación de la ciudad de Monterrey en manos del ejército norteamericano, existe una referencia de la situación político-militar que vivía Monterrey. En este documento, el gobernador de Nuevo León Francisco de Paula Morales expone lo siguiente:

que durante las circunstancias permanecio de acuerdo con el Excelentísimo Señor General en Jefe del Ejército del Norte asistiendo á algunas juntas en las que dicho General tuvo hasta la ultima en que despues de todos los pagos y pasando algunos dias aquel Jefe acordó capitular así el Jefe en los Estados Unidos a lo que le expuso en la misma Junta con Generales y Jefes que al efecto hubo para ello: que verificado la capitulación como lo ha palpado bien la corporación el General impondra según los artículos acordados en ella se mandó con su ejercito al Saltillo y ocupo el ejercito Americano esta Plaza.⁶¹

Asimismo, el gobernador Morales mencionaba haberse reunido con el General en Jefe del Ejército Norteamericano Zachary Taylor, asegurándole este que

todo sería ordenar con su acuerdo a la marcha segura de los casos del Estado, manifestándose que desearía con el mayor interes que las autoridades constituidas en el siguiesen todas como lo estaban hasta aquí en el libre ejercicio

⁶¹ AHM, Colección: Actas de Cabildo, Volumen: 999, Expediente: 1846/071, acta del 28 de septiembre de 1846.

de las funciones que las Leyes se han cometido para lo cual cooperará de la manera que el Gobierno lo crea conveniente para la seguridad y pacificación de los pueblos.⁶²

Disponiendo el militar norteamericano que las rutas generales serán puestas a disposición del gobierno del para que de ellas vivan los empleados del Estado,

pidiendo solo por ahora se le proporcionen los recursos de mais y leña así como mechas y un conductor de equipajes y viajes de Camargo a esta Capital ofreciendo que todo será satisfecho anticipadamente a precios de plaza de que pide una noticia.⁶³

En el acta del 19 de octubre de 1846, el ayuntamiento de Monterrey establece que tanto el gobernador como el alcalde de la ciudad se han ido con rumbo a Linares o Galeana, y que

sin decir de donde se pagaba la fuerza que dejó sobre las armas para mantener en lo posible el orden y custodiar los criminales lo que le movió ocurrir a la Administración de Alcabalas con este objeto interin reciba del Gobierno la aprobacion sobre el particular.⁶⁴

También refiere que el general que manda la plaza estaba dictando algunas órdenes,

⁶² *Ibíd.*

⁶³ *Ibíd.*

⁶⁴ AHM, Colección: Actas de Cabildo, Volumen: 999, Expediente: 1846/072, acta del 19 de octubre de 1846.

y aun interiorizandose respecto del comercio y manejo de la aduana pues quiere que se le de rason y cuenta de la distribucion de caudales, lo que le ha manifestado hase por arreglar en alguna parte el orden de la ciudad y para lo que espera que reuniéndose el Ayuntamiento con su acuerdo se dispondrán todas las cosas de manera que todo sea arreglado.⁶⁵

En esta situación podemos ver que a pocos días de haber tomado posesión de la plaza de Monterrey, los militares norteamericanos inmediatamente trataron de tomar el control administrativo de la ciudad. Ante ello, los políticos locales trataron de retomar el manejo político-administrativo previniendo que las comunicaciones y acuerdos se dirigiesen a Galeana, en donde se encontraba el gobernador del estado y que

varios decretos generales los cuales ha dispuesto el Jefe Americano que mandó la plasa no se publiquen pues que el General en Gefe ha prevenido que solo las leyes documentos y ordenes del Estado puedan publicarse y circularse y no asi las generales.⁶⁶

Además, el cabildo tuvo que fungir como protector y guardián de los bienes del regiomontano, se enfrentó a la violencia que en ocasiones los militares angloamericanos (sobre todo los Voluntarios, grupo que causó destrozos materiales u muertes en las ciudades donde se establecían) realizaban. Este hecho se ve

⁶⁵ *Ibidem.*

⁶⁶ AHM, Colección: Actas de Cabildo, Volumen: 999, Expediente: 1846/073, acta del 26 de octubre de 1846.

plasmado en el acta de cabildo del 23 de noviembre de 1846 en donde se refiere lo siguiente:

Leida y aprobada la acta, se dió cuenta con lo siguiente, el Señor Presidente manifestó que por los daños que se estan leyendo del alumbrado por causa de los voluntarios dispuso que los faroles se guarden y los serenos se retiren hasta que la corporación acuerde los terminos en que debe seguir la Administración y manejo de este ramo.⁶⁷

De la misma manera, se establecieron serias sanciones para aquellos “contrabandistas” que vendieran licor en calles plazas, calles, establecimientos y casas particulares, y así evitar “los desordenes que de lo político y moral se están causando a consecuencia a la embriaguez”.⁶⁸

Los problemas entre militares extranjeros y población civil se dejaron sentir desde el inicio de la ocupación, y como ya lo hemos mencionado, el ayuntamiento de Monterrey se convirtió en el guardián del orden y el demandante ante las autoridades militares norteamericanas de los abusos de que eran objeto los ciudadanos regiomontanos. En noviembre de 1846, el gobernador del estado Francisco de Paula Morales instruía al alcalde de Monterrey para que a la brevedad posible avisara al vecindarios de que sí hubiesen sufrido algún daño o perjuicio por parte del

⁶⁷ AHM, Colección: Actas de Cabildo, Volumen: 999, Expediente: 1846/079, acta del 23 de noviembre de 1846.

⁶⁸ *Ibíd.*

ejército invasor inmediatamente lo denunciaron en el Juzgado 1º de la capital.⁶⁹

Otro ejemplo claro de los conflictos que provocaron la milicia norteamericana en Monterrey fue la denuncia hecha por el señor Gala miembro de la Compañía Lancasteriana de la ciudad ante el cabildo regiomontano, en donde refiere que el Cuartel Maestre norteamericano establecido en esta capital desea instalar un cuartel militar en la casa del referido establecimiento educativo.⁷⁰

Para 1847 las agresiones de los invasores contra los civiles eran intolerables. En junio de ese año el alcalde de Monterrey José de Jesús Dávila y Prieto escribía al gobernador Francisco de Paula Morales que promoviera leyes de protección para que los ciudadanos del estado se librasen de los abusos de los norteamericanos.⁷¹

A mediados de 1847 se suscitó en la ciudad de Monterrey una confrontación de ideas entre el grupo de políticos regiomontanos y el gobierno americano. A través del periódico semanal *American Pioneer*,⁷² fundado en la ciudad por el Cuartel Maestre, los estadounidenses promocionaban sus negocios, hacían circular algún decreto o calificaban la labor administrativa del cabildo de Monterrey.

Sin embargo, estas críticas no eran bien recibidas por los políticos locales, quienes en voz del alcalde Gregorio Zambrano interpusieron una enérgica protesta a los editores

⁶⁹ AHM, Colección: Guerra México-Estados Unidos, Caja: 1, Expediente: 1, Folio: 16.

⁷⁰ AHM, Colección: Actas de Cabildo, Volumen: 999, Expediente: 1847/001, acta del 4 de enero de 1847.

⁷¹ AGENL, Colección: Militares, Caja: 45, 15 de junio de 1847.

⁷² Periódico semanal establecido en su tiraje en la ciudad de Monterrey. Al parecer sólo salieron pocos números en 1847, de los cuales sólo un ejemplar se conserva en el Archivo Histórico de Monterrey correspondiente al 27 de mayo de 1847.

del *American Pioneer*, por causa de un artículo editorial de la publicación No. 20 del referido periódico, en la que se refiere a la nueva tarifa municipal, la cual, a consideración del autor era imparcial. Esta protesta provocó que el siguiente número de este semanario los editores endurecieran su crítica, haciendo referencia de que el ayuntamiento de la ciudad pone en libertad a ladrones y vagos.⁷³

Otro aspecto importante de la administración municipal regiomontana durante la intervención extranjera fue la labor de espionaje que realizó de los movimientos militares de los norteamericanos en la región. Según un reporte enviado ante el presidente de la república el general Antonio López de Santa Anna, que se encontraba en la ciudad de San Luis Potosí reorganizando las fuerzas armadas de la nación, el ayuntamiento de Monterrey, por medio de su alcalde, avisaba los pormenores de los movimientos del ejército invasor en el estado de Nuevo León.⁷⁴

Asimismo, el cabildo regiomontano fue administrador de los desechos de guerra habidos en la ciudad cuando la partida gradual del ejército invasor comenzó a realizarse tras los tratados de paz en 1848. Existe un documento en el Archivo Histórico de Monterrey el cual especifica que el alcalde de la ciudad mandó realizar una lista con los ciudadanos Juan Chávez y Clemente Penilla que contenía los apuntes del armamento, cartuchos, pólvora y demás cosas que entregaron los norteamericanos al partir rumbo a su país.⁷⁵

⁷³ AHM, Colección: Guerra México Estados Unidos, Volumen 1, Expediente 13.

⁷⁴ AGENL, Colección: Militares, Caja: 46, 26 de diciembre de 1846.

⁷⁵ AHM, Colección: Guerra México Estados Unidos, Volumen 1, Expediente 1, Folio 52.

Mientras tanto, en otro punto de la región el gobierno del estado vivió hacia julio de 1847 una severa crisis que puso riesgo la existencia e identidad de Nuevo León. Francisco de Paula Morales, nombrado gobernador tras la capitulación de la plaza, decidió en octubre de 1846 salir de Monterrey con rumbo al sur del estado y establecer la capital de Nuevo León en una zona alejada de la influencia americana, iniciando así un largo peregrinar de casi dos años por el sur de Nuevo León (el gobernador se estableció también en las villas de Dr. Arroyo, Linares, Río Blanco, y en su momento más crítico, Matehuala, S. L. P.).

En su carta al Ministro de Relaciones Exteriores, Gobernación y Policía, Morales explica que para guardar la unidad nacional ha decidido trasladar el gobierno del estado a la villa de Galeana al sur de Nuevo León. Además, refiere que los norteamericanos lo despojaron de las rentas de tabaco y demás ingresos de la administración.⁷⁶

El gobernador Francisco de Paula Morales realizó durante estos meses de peregrinaje una labor ejemplar al frente del gobierno del Estado. Dos meses después de ocupada Monterrey, Morales informaba a los municipios que Nuevo León volvería a integrarse a la Federación y se regiría por la Constitución de 1824 y para ello pidió la opinión de los municipios. Muy pronto, las muestras de apoyo de algunos municipios se vieron reflejadas; por una parte, el ayuntamiento de Santiago votaba a favor de la soberanía del estado y de su integración a la

⁷⁶ AGENL, Colección Militares, Caja 91, octubre de 1846.

Federación;⁷⁷ y por otra, Lampazos apoyaba la renovación del pacto de alianza con los otros estados del país y sugería la integración de un congreso local.⁷⁸

El mismo gobernador Morales formuló la idea de una red de comunicación entre la administración estatal y los municipios. En circular del 1 de septiembre de 1847 planteaba el establecimiento de tres líneas principales de comunicación:

La primera comenzará en Concepción y tocará los pueblos intermedios, Río Blanco, Galeana, Linares y a terminar en Cadereyta Jiménez. La segunda comenzará en Agualeguas, tocando Cerralvo y terminando en Cadereyta. La tercera en la Punta de Lampazos, atravesará los pueblos de Bustamante, Villa Aldama y terminará en Salinas Victoria.⁷⁹

La creación de esta cordillera planeaba que todos los alcaldes primeros fueran los conductos ordinarios para mantener la comunicación y unidad del Estado. Por desgracia, la presencia norteamericana en Nuevo León, y la falta de interés y apatía de algunos alcaldes, fueron los motivos que causaron la cancelación del proyecto.

Con el estado controlado en su mayoría por el ejército invasor, la escasez de recursos que a la vez reclamaban el ayuntamiento regiomontano y el gobernador civil norteamericano, entre otras circunstancias, obligaron al joven gobernador Morales a renunciar a su puesto. Ante esta coyuntura adversa surgió la figura del alcalde de

⁷⁷ AGENL, Colección: *Militares*, Caja: 46, 23 de diciembre de 1846.

⁷⁸ *Ibíd.*, 24 de enero de 1847.

⁷⁹ AGENL, Colección: Correspondencia de *Alcaldes*, Lampazos, Caja 7, 1 de septiembre de 1847.

Monterrey José de Jesús Dávila y Prieto, quien por alrededor de dos meses fue gobernador interino del estado y alcalde de la capital de Nuevo León.⁸⁰

Aunque el tiempo que duró su interinato fue corto, la gestión de José de Jesús Dávila y Prieto puso su énfasis en controlar el desorden político, social y económico que había en Nuevo León. Precisamente el *Reglamento para Policía y Seguridad Interior* dictaminado en julio de 1847 fue el primer intento por remediar el problema que enfrentaban los pueblos y los caminos, que estaban infectados de cuadrillas de ladrones y guerrilleros.⁸¹ Dos meses después de su renuncia, el Lic. Francisco de Paula Morales retoma el puesto de gobernador de Nuevo León ante la protesta de algunos municipios que consideraban ilegible el nombramiento de Morales por haber abandonado a su suerte los destinos del estado cuando más se necesitaba de la unidad de todos los ramos de gobierno.⁸²

Posteriormente, otro de los integrantes de la élite política local, José María Parás, tomó posesión del cargo de gobernador del estado en enero de 1848. Convencido de que los tiempos políticos y militares son diferentes a los de septiembre de 1846, decide regresar con su aparato estatal a la metropolitana capital de Nuevo León. Por lo cual hace saber al Jefe de las fuerzas americanas de su nombramiento y pide se le den las garantías necesarias para trasladar la capital

⁸⁰ AHM, Colección: Guerra México Estados Unidos, Volumen 1, Expediente 1, Folio 25.

⁸¹ AHM, Colección: Guerra México Estados Unidos, Volumen 1, Expediente 1, Folio 29.

⁸² AHM, Colección: Guerra México Estados Unidos, Volumen 1, Expediente 1, Folio 30.

administrativa y territorial a Monterrey. En contestación, el jefe de las fuerzas americanas John E. Wool le expone el agrado que le causaría ese traslado.⁸³ Sin embargo, las buenas relaciones entre ambos bandos se colapsarían cuando Parás solicitó las rentas recaudadas durante el tiempo que duró la ocupación, las cuales serían utilizadas para comenzar la reconstrucción de la administración estatal.⁸⁴

Como comentamos, y a pesar de los diferentes problemas que enfrentaba la administración estatal, el gobernador electo José María Parás logró regresar a la capital junto a su gabinete a principios de 1848. El Tratado de Guadalupe-Hidalgo firmado en la ciudad de México puso fin a la guerra y a la ocupación. La fecha clara de la entrada del Gobernador Parás a Monterrey no es precisa. Los norteamericanos se retiraron hasta julio de 1848. Durante su marcha al norte, ejecutaron sus últimos desmanes: el alcalde de Marín los acusaría de incendiar el pueblo antes de seguir su camino.⁸⁵

Después de la salida del ejército norteamericano, el gobernador Parás explicaba en una carta a Antonio María Jáuregui, comandante militar del Estado de Nuevo León, el por qué algunos particulares conservan “armamento gravado” perteneciente a algunos regimientos del Ejército Mexicano. Parás refirió en este escrito que el 24 de septiembre de 1846, día en que se

⁸³ AHM, Colección: Guerra México Estados Unidos, Volumen 1, Expediente 1, Folio 48.

⁸⁴ AHM, Colección: Guerra México Estados Unidos, Volumen 1, Expediente 1, Folio 49.

⁸⁵ AGENL, Colección: Correspondencia de *Alcaldes*, Marín, Caja 8, 8 de abril de 1848.

firmó la capitulación con el Ejército Americano, como condición para dejar la plaza, los americanos prohibieron al Ejército Mexicano portar más armas de las que cada uno traía. Entonces, el general Pedro Ampudia, al mando del Ejército Mexicano en Monterrey, como una estrategia para poder conservar mayor armamento en manos mexicanas, las repartió a algunos vecinos, mismos que para septiembre de 1848 (fecha en que Parás escribió esta carta) aun las tenían bajo su poder.⁸⁶

A mediados de 1848, el gobernador Parás comenzó el reparo del aparato estatal. Después de firmados el tratado de paz, logró consagrar la regeneración del estado; consolidó los ayuntamientos como los agentes inmediatos del gobierno; fortaleció los cuerpos de policía urbana y rural, para combatir las hordas de bandidos que asolaban los caminos del Estado. Impulsó el desarrollo de las actividades económicas, mejorando la calidad de los caminos, ofreciendo mejor vigilancia en ellos y motivando a la inversión en la minería y en la industria mercantil, agrícola y fabril; reorganizó la Hacienda Pública, impulsando el comercio mediante la abolición de alcabalas; y ante todo, su logro más importante fue la organización de la Guardia Nacional en el estado, que combatió las incursiones de los indios y de los aventureros americanos a territorio nacional.⁸⁷

En años posteriores al conflicto, el gobierno estatal instruyó a los municipios para que levantara listas de

⁸⁶ AGENL, Colección: *Militares*, Caja: 92, 16 de septiembre de 1848.

⁸⁷ AGENL, *Memorias*, José María Parás, 1850.

los daños que sufrieron en sus bienes algunos ciudadanos residentes en esta ciudad de Monterrey, a consecuencia de la guerra que se tuvo con las fuerzas americanas durante los años de 1846 a 1848. Esta circular estuvo a la vista de todos en lugares públicos y esquinas de la ciudad.

La respuesta de los regiomontanos no se hizo esperar, y alrededor de doscientas personas realizaron el denuncia por el agravio de sus bienes. Según los documentos encontrados en el Archivo Histórico de Monterrey las personas más perjudicadas fueron aquellas que tenían sus propiedades cerca de los fortines, en especial en las calles aledañas a la Ciudadela.⁸⁸

Las principales denuncias son por la extracción de material como el sillar, jacaes completos, vigas y puertas de madera, carretas de piedra de loza, y pita “que se acarrearón para la Ciudadela” por el ejército mexicano. También se denunciaba la quema de sembradíos aledaños al fortín de la Ciudadela, morrillos y adobes que se llevaron los americanos “para el campo de Santo Domingo”.⁸⁹

El joven doctor José Eleuterio González “Gonzalitos” refirió la pérdida de libros como “El Gran Diccionario histórico de Moreri”, una “Biblia madrileña”, “un Biluart pergamino truncado en dos tomos”, libros de física, anatomía y patología, así como un “cuadro de

⁸⁸ Véase AHM, Colección *Guerra México Estados Unidos*, Volumen: 3, Expediente 4, Folios 5 y 6. El contenido aproximado de estos documentos son de alrededor de 200 fojas.

⁸⁹ AHM, Colección *Guerra México Estados Unidos*, Volumen: 3, Expediente 4, Folio 5.

San Francisco con marco de caoba y vidriera”, entre otras cosas que fueron extraídas por los norteamericanos de su casa.⁹⁰

Una de las denuncias más costosas fue la realizada por José Rafael de la Garza, quien acusaba a los norteamericanos de haber ocupado sus casas citas en “la Plaza y Plazuela de la ciudad” por cerca de dos años sin pagarle renta, así como el asalto varias veces de su tienda. El adeudo ascendía a \$3,576 pesos en total.⁹¹

Aunque las denuncias se hicieron en tiempo y forma por la población de Monterrey y en general de todo el estado, incluso hasta 1851, no se han encontrado testimonios de que se haya desembolsado un solo peso o en especie para pagar a las víctimas de la ocupación norteamericana que solicitaron su indemnización.

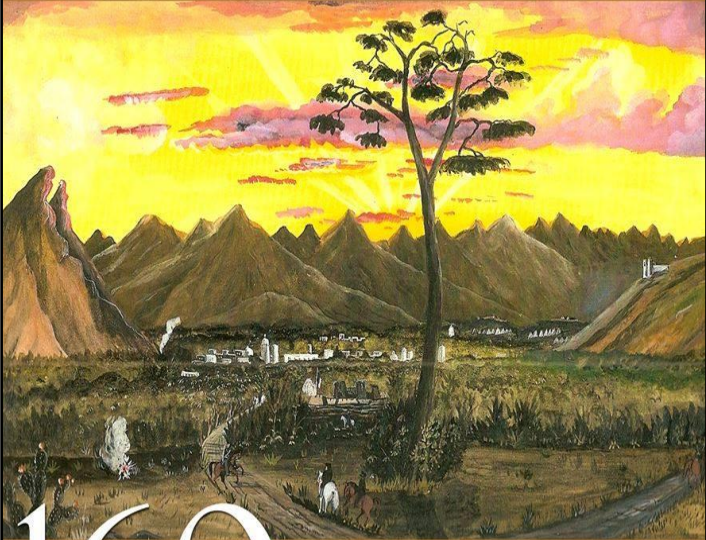
El 2 de febrero de 1848 se firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo, en donde ambas naciones acordaron el fin de la guerra, una indemnización de \$15 millones de dólares a favor de México, y la concesión a los estadounidenses de los territorios de California, Nuevo México y el reconocimiento de la independencia de Texas. Tras la aprobación en las cámaras de representantes de los dos países, este acuerdo declaraba frontera al río Bravo y ponía fin a una de las guerras más injustas que jamás se ha librado en la historia de nuestro país.

⁹⁰ *Ibidem.*

⁹¹ AHM, Colección *Guerra México Estados Unidos*, Volumen: 3, Expediente 4, Folio 6.

Así concluía la etapa de ocupación norteamericana en Nuevo León. Duró cerca de dos años (septiembre de 1846 a julio de 1848) y más que perjudicial, la nueva realidad beneficiaría en gran medida el desarrollo comercial de la región noreste de México en los próximos años. La *Batalla de Monterrey* ensangrentó la vida de los regiomontanos, quienes nunca antes habían vivido una catástrofe de tales magnitudes. Aunque la recuperación urbana, económica, política y social fue rápida, el dardo de la guerra se clavó para siempre en el corazón de los habitantes de la capital de Nuevo León.

AMIGOS DE LA BATALLA DE
MONTERREY DE 1846 INVITAN



169 CEREMONIA CIVICA EN RECUERDO DEL
ANIVERSARIO
DE LA BATALLA DE MONTERREY DE 1846

DOMINGO 20 DE SEPTIEMBRE A LAS 10:00 HRS.
PLAZA HISTÓRICA DE LA BATALLA DE MONTERREY DE 1846
(PASEO SANTA LUCÍA Y HÉROES DEL 47)

Imagen 11. Poster alusivo al 169 aniversario del combate.

XI. La guerrilla y la salida del ejército norteamericano de Monterrey

Raúl Martínez

El avance del ejército estadounidense hacia el centro del país iba acompañado de las derrotas de su contraparte mexicana, razón por la cual el supremo gobierno se vio forzado a convocar a la población civil para que, organizada en guerrillas, apoyara al ejército en su lucha contra el invasor. En su primera etapa estuvieron compuestas por militares del ejército regular pertenecientes a los escuadrones auxiliares de Guanajuato y Allende y Fieles de Guanajuato, al mando de los generales José Urrea y Manuel Romero, y por civiles inscritos en la Guardia Nacional bajo el mando del coronel de caballería Antonio Canales.

Las más importantes de éstas eran las encabezadas por Antonio Canales, el capitán de caballería Norberto Galán, el teniente coronel Matías Ramírez y el coronel Cristóbal Ramírez. Poco tiempo después se formaron varias guerrillas que estuvieron operando en toda la región y algunas continuaron activas hasta después de la firma del tratado de paz entre México y los Estados Unidos. Otras estaban a las órdenes del teniente coronel de caballería Jorge Luis Lara, el teniente Francisco Treviño -"el güero Treviño"-, José María Alderete -el "mocho Martín"- y Romeo Falcón.

La guerra de guerrillas existió en Tamaulipas y Nuevo León desde el momento en que dio inicio el conflicto internacional, pero cobró importancia cuando, estando en San Luis Potosí, el general Antonio López

de Santa Anna comisionó al general José Urrea para que su tropa, unida a bandas armadas de Nuevo León y Tamaulipas, atacara la línea de comunicación entre Matamoros y Monterrey por donde podría recibir suministro el ejército estadounidense. La marcha de Santa Anna hacia Coahuila activó también el plan de poner a la ofensiva a las bandas armadas y fue en territorio neoleonés donde se evidenció el despliegue y accionar de ellas. Canales, quien se encontraba cerca de Saltillo, convocó mediante una proclama a los jefes guerrilleros para hostilizar a las tropas estadounidenses.

El 23 de febrero de 1847, en momentos en que se desarrollaba la sangrienta batalla en la Angostura, Urrea se hizo presente en Nuevo León con una división de caballería compuesta de 600 soldados. Al aproximarse a la Villa de Marín se enteró de la presencia de un destacamento estadounidense y decidió arrojarlo del lugar, pero estaba bien atrincherado y fue rechazado sin mayores pérdidas. Ese mismo día, a las once de la noche, recibió la noticia de la salida de Camargo rumbo a Monterrey de un largo convoy cargado de pertrechos y mercancías que en ese momento se encontraba a la altura de la hacienda de Ramos. De inmediato ordenó al capitán Francisco Narvona y al general Manuel Romero que con una partida de 50 hombres cada uno atacara el convoy.

El día 24 por la madrugada se verificó la orden. El desenlace fue rápido a favor de los hombres de Urrea que se quedaron con un botín de 120 carros y número igual de mulas cargadas de mercancía. Las bajas de los

estadounidenses fueron de 200 hombres entre muertos y heridos.

Un sobreviviente del ataque, el capitán Michael J. Box, que permaneció oculto durante el desarrollo de los acontecimientos, relató a sus superiores una escena de crueldad inaudita de la que fueron víctimas sus compatriotas. No sólo tropas mexicanas, sino también muchos rancheros de la localidad, asesinaron y mutilaron a carretoneros desarmados.

Al día siguiente, en la hacienda de Agua Nueva, el general Zachary Taylor recibió la noticia del asalto al convoy, furioso por la afrenta a su ejército, ordenó a sus jefes que mandaban la plaza de Monterrey y Matamoros la persecución sin tregua de los “vulgares bandidos”.

Pese a la movilización, Urrea se mostraba decidido a infringir el mayor daño posible al ejército invasor y el 7 de marzo dio otro importante golpe a la línea de abastecimiento de Taylor. Estando cerca de Cerralvo, camino a Tula, Tamaulipas se enteró por sus exploradores de un convoy de 150 vagones que se dirigía a Camargo.

Cuando los estadounidenses se percataron de la acometida de los guerrilleros se organizaron y opusieron férrea resistencia, pero ante la imposibilidad de sostenerse abandonaron gran parte del convoy y siguieron su camino. Por los estadounidenses quedaron en el campo 78 muertos y 36 heridos: otros 24 capturados durante el combate fueron puestos en libertad por Urrea. Esta vez el monto del botín fue de 11 carretas que incendió por no ser útiles, 700 mulas de tiro y otras 90 cargadas de mercancías.

Los contundentes triunfos de la guerrilla en Nuevo León legitimaron ante el Gobierno federal esta nueva forma de combate, de tal manera que no pocas autoridades municipales del estado se vieron forzadas a tratar directamente con sus jefes asuntos tan importantes como armar a los civiles y levantar contribuciones para su sostenimiento; a pesar de que con esto comprometían la seguridad de los habitantes y socavaban la autoridad del estado exponiéndose también, por una parte, a las exigencias de los jefes guerrilleros y, por otra, a los reclamos de los militares estadounidenses.

La renuncia el 9 de marzo del gobernador Francisco de Paula Morales forzó el regreso de Taylor a Monterrey. A su llegada dispuso una patrulla bajo su mando para perseguir a los guerrilleros. A pesar de una intensa búsqueda no pudo encontrar a Urrea, que junto a su gente había partido a Tamaulipas.

Taylor emitió el 22 de marzo una proclama exigiendo a los habitantes de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila una indemnización de 95 mil pesos por las pérdidas sufridas en el ataque del 24 de febrero. De esa suma, la mitad le correspondía pagar a Nuevo León. Además, exhortaba a los habitantes a no unirse a la guerrilla que sólo tenía por objetivo matar y robar, y que para que él siguiera teniendo el respeto que hasta ese momento había mostrado para la población era necesario su neutralidad.

Al parecer, su tono moderado no fue totalmente sincero; en opinión del soldado Samuel E. Chamberlain, Taylor había incitado a que se tomaran represalias contra los pueblos comprendidos entre Marín y

Cerralvo. Esta trágica situación también se dejó sentir en Monterrey, los vándalos estadounidenses intensificaron sus tropelías contra los habitantes de la ciudad, justificando sus barbaries como un acto de justicia por los ataques a sus líneas de comunicación.

Taylor responsabilizaba de estos atracos a algunos integrantes de los Texas Rangers, entre ellos los más conocidos por su brutalidad: “Old Reid”, capitán Bayley, Harry Love, Ben McCulloch y “Mustang” Gray.

Pedro María Maya, en calidad de presidente sustituto, envió instrucciones al comandante general en jefe del Ejército del Norte, Ignacio de Mora y Villamil, para que dirigiera una protesta a Taylor por estos hechos.

Taylor le aclaraba que las tropas mexicanas habían dado al mundo el ejemplo de matar a los heridos en el campo de batalla y como ejemplo puso lo sucedido en el ataque al convoy el 24 de febrero. Independientemente de este reclamo y para evitar una situación incontrolable, instruyó a quienes fungían como gobernadores militares en las ciudades ocupadas para imponer orden por la fuerza en las tropas estadounidenses, incluso, como un acto de buena fe y a condición de la neutralidad de los habitantes del estado, condonó la deuda impuesta en la proclama emitida el 22 de marzo.

Pero la presencia de la guerrilla era un elemento provocador de las reacciones violentas de los invasores. Tal vez por esta razón las autoridades de Nuevo León decidieron disolverlas, pero como había sido creada por el Gobierno federal, el estado realmente no podía decidir su suerte, por lo que buscaron argumentos que

justificaran su desaparición. Fueron los militares quienes dieron la pauta. El 9 de junio, J. A. Early, gobernador militar de la ciudad, advirtió a todos los mexicanos que no fueran avecinados en Monterrey salieran inmediatamente.

Días después, el 14 de ese mes en clara alusión a las guerrillas, el gobernador interino, Jesús Dávila y Prieto expidió un reglamento para combatir la inseguridad existente en pueblos y caminos. Entre otras cosas contemplaba que toda persona que llegara a un sitio estaba obligado a presentarse a alguna autoridad, proporcionar nombre y apellido; además todo residente que alojara a un forastero debía informarlo y la autoridad municipal, a organizar grupos de vecinos para recorrer los caminos de su jurisdicción para aprehender a malhechores o sospechosos de cometer algún delito.

Estas disposiciones tuvieron poco efecto, ya que la gente temía a la represalia de los guerrilleros, que investidos de un poder que les daba el hecho de luchar contra el ejército invasor exigían respeto y colaboración de autoridades y habitantes. A estos últimos, de no hacerlo, se les consideraban traidores, siendo castigados con la muerte.

Siguiendo la misma tónica que su antecesor, tan luego entró en funciones el gobernador Francisco de Paula Morales, invitó a conferencia al coronel Canales para exponerle de viva voz las quejas contra los guerrilleros. Esta invitación no era algo fortuita. Canales era el jefe guerrillero con más influencia en la región, a pesar de ser el segundo en el mando después del general Urrea. Además, sus profundos lazos de

parentesco con gente influyente del estado hacían de él un aliado natural para apoyar las propuestas que hiciera el ejecutivo.

Días después, el 23 de septiembre, el gobernador escribió al general Urrea por el mismo motivo y le preguntaba: “¿Qué juicio pueden merecer los hombres que en el camino real dejan a pie un transeúnte sólo porque les gusta su caballo y montura; que registran a cualquiera para tomar cuanto dinerito trae; que sacan a un ciudadano y lo juzgan por un supuesto delito contra la guerrilla?”

Estas gestiones dieron resultado casi de inmediato. Canales llamó a cuentas a los jefes guerrilleros señalados que serían sujetos a juicio militar si persistían en ello. A este respecto el capitán Galán se quejó con el gobernador del maltrato recibido por parte de Canales. Pero Mora lo ignoró y en cambio le tramitó a Canales una queja del alcalde primero de Cadereyta, Manuel Ussel y Guimbar contra el guerrillero Francisco Treviño. La acusación consistía en que al incursionar en esa villa el 2 de octubre había aprehendido a dos doctores de la localidad por el solo hecho de ser extranjeros y había intentado liberar a todos los presos de la cárcel, incluyendo a Manuel Ortega y Pedro Flores, integrantes de la guerrilla de Canales.

Canales le respondió que remitiera a Treviño a las autoridades para ser juzgado y no impugnaría la sentencia de formal prisión contra Manuel Ortega. El gobierno del estado mostró ya una abierta actitud de desautorizar cualquier acción de las guerrillas.

El 11 de noviembre Rafael Torres, comisionado por Canales para el traslado de unos prisioneros estadounidenses, expresó a Morales que no había podido cumplir su misión por falta de gente armada y otros recursos y, aunque había pedido ayuda al Ayuntamiento, éste no se la concedió. Trinidad de la Garza Melo, secretario de Gobierno, fue tajante en la respuesta oficial: “que en el caso de que el coronel Canales solicitara gente armada, ya vería el gobierno de qué manera y bajo qué términos prestarían los vecinos ese servicio”. Al día siguiente, transcribió al capitán Galán una orden del gobernador para disolver inmediatamente la guerrilla que encabezaba, por no ser de utilidad alguna para la causa nacional. Galán respondió que acataría la decisión.

Pero estos acontecimientos no sólo estaban sucediendo en Nuevo León; el 15 de ese mes el gobernador de Tamaulipas, Francisco Vital Fernández, expidió un decreto de expulsión de su territorio del general Urrea bajo el argumento que desde el mes de febrero cometió toda clase de excesos contra personas y sus propiedades. Dispuso además que desde ese momento el regimiento ligero de caballería de la Guardia Nacional de las Villas del Norte, bajo las órdenes de Canales y la compañía de infantería de la ciudad de Tula, dependerían del gobierno de Tamaulipas. Esta decisión provocó una incisión entre las bandas guerrilleras al favorecer con su protección a la persona de Canales.

La reacción de Urrea no se hizo esperar y en su calidad de general en jefe de los estados internos de

oriente, cesó a Canales del cargo de comandante de la línea de la frontera y la dividió en dos demarcaciones: la primera bajo las órdenes del teniente coronel Matías Ramírez y la segunda del coronel Cristóbal Ramírez. Las declaraciones de Vital Fernández hizo pensar al gobernador de Nuevo León que Canales desairaba su autoridad y se desligó de cualquier colaboración con él, incluso el 21 de noviembre definió categóricamente su posición al declarar “que ni Canales ni ningún otro militar tiene facultades para nombrar jefes o levantar tropa en territorio neoleonés”.

A la par de las acciones del gobierno del estado para deshacerse de las guerrillas, estaban las que implementaba el brigadier Wool. En su opinión, la conducta de los guerrilleros se había caracterizado por la crueldad al asesinar y mutilar a sangre fría a soldados estadounidenses y les advirtió que se les haría conocer el peso y las desgracias de la guerra. El 11 de diciembre dispuso la organización de una policía de la ciudad con la tarea de aprehender salteadores o desertores del ejército mexicano que diariamente cometían robos y depredaciones.

Días después expidió circular a las autoridades políticas de los pueblos para organizar suficientes partidas de policía a fin de aprehender a guerrilleros y ladrones. Además, advirtió a los ciudadanos que serían castigados en caso de ser sorprendidos cooperando con las guerrillas. Sin embargo, éstas siguieron activas de tal manera que el 27 de diciembre el secretario de Gobierno recriminó a Galán el no haber cumplido la orden de disolver su guerrilla, sino haberla aumentado

y le ordenaba dejar Nuevo León o de lo contrario enfrentar un castigo severo.

A esta advertencia Galán respondió que de ninguna manera la disolvería, lamentaba profundamente que el gobierno de Nuevo León no apoyara su lucha contra el invasor y le aclaraba que no estaba facultado para darle ninguna orden por depender únicamente del supremo gobierno.

Ante esta negativa el secretario de gobierno solicitó a Luis de la Rosa, ministro de Relaciones, la revocación de la patente de guerrillero a Galán, con el argumento de que se dedicaba a asaltar a vecinos pacíficos en caminos y comunidades del estado de Nuevo León. De la Rosa respondió que ese asunto no era competencia de su ministerio, sino del de Guerra, bajo el mando de Pedro María Anaya.

Esta respuesta hizo comprender al gobernador lo poco que lograría en su intento y aunque no cejaría en su empeño, las bandas armadas siguieron operando en toda la región, aún después de la retirada del ejército invasor. Al respecto, Chamberlain que estuvo en un destacamento que se dirigía a Monterrey desde Cerralvo, relata que el 4 de junio de 1848, pasando al mediodía por Marín y al acercarse al río que corre por Agua Fría, fueron atacados por una partida de guerrilleros a los cuales lograron derrotar gracias al oportuno apoyo de 200 dragones que salieron de Monterrey en su ayuda.

Hasta el 19 de agosto de 1848, Mariano Arista, ministro de Guerra y Marina, ordenó a Antonio María Jáuregui, comandante militar de Nuevo León, requisar

las patentes de guerrilla que había en el estado bajo el argumento que éstas habían sido expedidas estrictamente con el carácter de provisional y mientras durara la guerra. Ante esta decisión del Gobierno federal muchos guerrilleros se retiraron a la vida privada, otros con vocación militar ingresaron al ejército o a las guardias nacionales, dependientes de cada estado.

Pese a la oposición de las autoridades locales y a la férrea ofensiva en su contra por parte del ejército estadounidense, la guerrilla fue la que abanderó hasta el último momento la lucha en pro de la soberanía nacional.

Adiós a los yanquis: Tropas invasoras salen de Monterrey

Sin duda, el acontecimiento más esperado desde el inicio de la guerra entre México y Estados Unidos en 1846, era su terminación. Después de un año y diez meses de ocupación por las fuerzas invasoras, como el caso de Monterrey, los gobernadores de los estados de la república fueron notificados mediante circular del ministro de Relaciones Exteriores, Luis de la Rosa, de la firma del tratado de paz entre ambos países.

En esos momentos se realizaba un gran esfuerzo para reunir al Congreso Mexicano a la brevedad posible a fin de aprobar o rechazar, según estimara conveniente, el documento rubricado el 2 de febrero de 1848 en la Villa de Guadalupe, conocida entonces como Guadalupe Hidalgo, y ubicada en las cercanías de la Ciudad de México.

Aunque sujeto a las ratificaciones por parte de los dos gobiernos, el acuerdo sembró en la población la esperanza de una paz definitiva que acabara con las desgracias que había traído la invasión de las tropas norteamericanas.

Establecía, entre otras cosas, una absoluta suspensión de hostilidades entre las fuerzas contendientes, el restablecimiento en los lugares ocupados por los contingentes invasores del orden constitucional en lo político, administrativo y judicial, el compromiso de las tropas estadounidenses de no avanzar a ninguna parte del territorio mexicano que no estuviera hasta ese momento bajo su control y garantizaba el libre tránsito de cualquier persona, ya fuera mexicana o estadounidense. Respecto a las rentas federales, estatales o municipales, las autoridades mexicanas tendrían la libertad para recaudarlas en los lugares ocupados por las tropas estadounidenses.

A fines de marzo, el gobernador José María Parás regresó a Monterrey de su retiro en su hacienda de Montemorelos para organizar la administración pública. Sin embargo, sus esfuerzos por restablecer la máxima autoridad del estado encontraron serios obstáculos. Sus insistentes pedidos para la devolución de los impuestos estatales que desde el 11 de enero de ese año eran cobrados para beneficio del ejército de ocupación, fueron rechazados por el jefe militar de la plaza, el general John E. Wool. Además, por disposición del gobierno federal, y de acuerdo con el tratado, los estados estaban obligados a dar toda clase de facilidades para el retiro de las tropas estadounidenses.

El gobierno mexicano, decía el documento, estaba comprometido “a hacer cómoda su marcha”. Por ejemplo, los agricultores debían entregar al cuartel general de las fuerzas de ocupación los forrajes necesarios para la caballada. Los gobernadores asignarían a cada municipio la cantidad de maíz que debía aportar y los alcaldes la de cada hacienda.

La aplicación de esta disposición ocasionó serios incidentes, un caso fue el de los vecinos de la jurisdicción de Sabinas Hidalgo que demoraron en la entrega de maíz. El 8 de marzo el alcalde Julián Salinas recibió una advertencia del capitán norteamericano Charles Davis del cuartel maestro ubicado en Cerralvo, Nuevo León, en el sentido de verse en la necesidad de solicitar a Wool que por la fuerza su petición fuera atendida.

Desórdenes

Pese al cese de hostilidades estipulado en el tratado, la evacuación de las tropas norteamericanas estuvo antecedida de una serie de actos vandálicos. Las principales bandas de ladrones estaban formadas por soldados del batallón texano y la compañía del coronel Meare de voluntarios de caballería, licenciados por motivos deshonorosos, así como por personas que seguían al ejército.

Estas partidas, decía Wool, “han devastado al país desde Parras hasta el presidio de Río Grande, violando las mujeres y cometiendo todo género de atrocidades sobre los indefensos habitantes”. El alcalde de Sabinas Hidalgo informó a Wool de una de estas tropelías

cuando un supuesto regimiento de soldados estadounidenses exigió una contribución de doscientos cuarenta pesos al municipio.

No sólo los desertores fueron motivo de queja para los habitantes de los pueblos, el alcalde de Marín, Juan González, reportó a Wool el robo de dos caballos y destrozos en los sembradíos causados el 6 de junio por una partida de tropas estadounidenses con rumbo a Camargo y el tiroteo realizado cinco días después por un fuerza de infantería esparcida por todo el pueblo, que mató un número considerable de animales domésticos, sembrando el temor en los habitantes.

Otra numerosa partida de estadounidenses comandada por John Brumin, conocido como “Juan Yon”, entró el 16 de julio a Sabinas Hidalgo donde robó y asesinó al doctor Francisco Montanari, al comerciante español Rafael Argüelles y a un holandés que días antes había llegado a residir a ese pueblo, además de herir a otras personas. Otros dos desertores estadounidenses, acusados del robo de varios caballos, se encontraban en San Nicolás de los Garza, ofreciendo el ejército estadounidense una recompensa de cincuenta pesos por su captura.

A las autoridades de los pueblos sólo les quedó elevar sus quejas al gobernador, pero en ningún caso los afectados recibieron indemnización por los daños. El general Wool aseguraba haber tomado medidas como ordenar a los oficiales comandantes de Monclova, Presidio, Laredo, Mier y Cerralvo, aprehender y castigar a estas bandas, arrestar a los desertores y no permitir a ninguna persona seguir al ejército. Además, para evitar

que los cuerpos que debían salir del país causaran perjuicios, recomendó alejar el ganado a lo largo del camino de retirada de las tropas estadounidenses.

También su sucesor al mando, el teniente coronel John Washington, prometió tomar cartas en el asunto, pero al parecer los preparativos del retiro no le permitieron dar seguimiento a la denuncia del robo en Sabinas que ascendió a cincuenta mil pesos. De hecho, el tratado de Guadalupe Hidalgo establecía que para evitar actos de vandalismo, ya fuera por bandas de mexicanos o estadounidenses, las autoridades de ambas naciones se comprometían a perseguirlas y aprehenderlas sin considerarse una violación al armisticio.

Mientras tanto, en la ciudad de Monterrey las autoridades municipales organizaron rondas integradas por grupos de vecinos para evitar desórdenes causados por la constante movilización de tropas estadounidenses.

Inicia el retiro

El 24 de mayo, el congreso mexicano aprobó el tratado de paz que, entre otros aspectos, delimitaba la frontera entre ambas naciones y, cuatro días después, se llevó a cabo en Querétaro el canje de ratificaciones. El tratado estipuló el alza del bloqueo de los puertos mexicanos, la evacuación de las tropas de ocupación consumada a los tres meses del canje, o antes si fuere posible, la liberación de los lugares capturados por las tropas invasoras y la repatriación de los prisioneros de guerra.

Las tropas estadounidenses establecidas en Monterrey recibieron durante los primeros días de

junio de 1848 la orden de prepararse para marchar a su país. Los primeros soldados que salieron de su campamento en el bosque El Nogalar, asegura el controvertido Samuel Chamberlain, fueron despedidos por muchas mexicanas que fueron sus amigas ya que, según él, eran admirados tanto por las criollas como por las rancheras de los pueblos de Nuevo León.

Al día siguiente, estando en Marín se les ordenó a los dragones regresar a El Nogalar para enviarlos a California en expedición conducida por John Washington. Inconformes con esta orden, algunos de ellos desertaron cometiendo tropelías en su huida.

A las cinco de la tarde del 25 de junio el general Wool salió de la ciudad rumbo a Matamoros dejando al mando de las fuerzas acampadas en El Nogalar a Washington con el encargo de resguardar y posteriormente remitir los bienes del ejército estadounidense que aún quedaban en Monterrey.

Ese día Santiago Vidaurri, secretario general de gobierno, ordenó a Domingo Martínez, alcalde de Monterrey, que un representante del Ayuntamiento levantara un inventario de los muebles y de las condiciones en que era entregada la casa del general José María Ortega ocupada por Wool.

Tres días después el comisionado del gobernador Parás, don Antonio de Llano recibió de los militares estadounidenses La Ciudadela y algún armamento que se encontraba en su interior con excepción de la artillería y sus municiones. El último de los sitios fortificados que había sido rendido a los invasores durante la batalla de Monterrey, en septiembre de

1846, se convirtió también en el último en ser entregado por las tropas yanquis.

Antes de salir de Monterrey, Washington hizo una petición especial, que no se derribaran los sepulcros de los soldados norteamericanos edificados en las inmediaciones del bosque El Nogalar. Vidaurri transmitió este deseo al alcalde de San Nicolás de los Garza, Isidro González. Las tumbas con los restos de todos los soldados caídos durante el periodo que duró la ocupación quedaron abandonadas en donde había sido su campamento principal.

La salida definitiva de las tropas estadounidenses de El Nogalar, destinadas a California, ocurrió el 18 de julio de 1848, a decir de Chamberlain, en forma de una alegre procesión.

La mañana era deliciosa -relata-, pájaros de alegre plumaje llenaban la arboleda, en el aire se esparcía la fragancia de los naranjos y los granados, toda la naturaleza parecía estar de fiesta como si celebrara la salida de los últimos invasores de México. Los clarines ordenaron con sonido recio y claro: 'A los caballos' y la más gallarda columna de tropas de los Estados Unidos que jamás hubiera sido vista, abandonó el bosque y siguió su sinuoso camino hacia Monterrey.

Todos los oficiales al mando vestían sacos de franela roja brillante y sombreros de fieltro negro y alas anchas, esto, añadido a sus cinturones blancos, sus armas pulidas, sus vistosas banderas y sus mujeres que galopaban inquietas a nuestros flancos produjo un efecto

rara vez visto en la aburrida rutina del servicio al Tío Sam.

A fin de reagruparse, las fuerzas hicieron alto en los molinos que se encontraban al poniente de la ciudad. Estando en ese lugar se presentó Sarah Borginis, mejor conocida como la Great Western, famosa en el ejército estadounidense por su valentía durante el bombardeo al Fuerte Brown, en Texas, en 1846, y por elaborar cartuchos para el ejército en la batalla de la Angostura.

La mujer solicitó a Washington se le permitiera viajar con ellos. Cuando le informó que sólo sería posible si estuviera casada con uno de los dragones, parándose frente a los jinetes, Borginis preguntó: “¿Quién quiere una mujer con quince mil dólares y con las mejores piernas en todo México?” Después de unos minutos el soldado Davis de la compañía E respondió: “No tengo objeción en hacerte mi esposa, si hay aquí un ministro religioso que anude el lazo”. “Lleva tu cobija a mi tienda esta noche -le dijo divertida por la respuesta y haciendo gala de ingenio- te enseñaré a hacer un nudo que te dejará satisfecho, te doy mi palabra.”

Después de este singular hecho, el ejército reanudó su marcha hacia Parras, Coahuila, para luego dirigirse a Chihuahua, finalmente a California.



Imagem 12. Corpo de soldado rescatado em trabalho arqueológico.

XII. Hallazgos arqueológicos de la Batalla de Monterrey de 1846

Araceli Rivera Estrada

Introducción

En el presente documento se expone una reseña de la investigación producto de los trabajos de rescate y salvamento arqueológico llevados a cabo por el Centro INAH Nuevo León, en 1996, 2008 y 2011 en el centro de Monterrey, N. L., mediante los que se recuperaron una serie de enterramientos humanos y objetos asociados a uno de los sitios de defensa del Ejército Mexicano durante la Batalla de Monterey de 1846, entre el 19 y el 24 de septiembre de 1846.

Asimismo, se presenta información antropológica sobre la serie conformada por 11 enterramientos humanos, consistente en la descripción de marcadores de estrés, estatura y morfología craneal, datos que ayudan a corroborar la identificación de estos individuos como integrantes del ejército estadounidense.

Trabajos arqueológicos

Nuevo León es, al parecer, la entidad del noreste en que se han realizado exploraciones arqueológicas históricas sistemáticas relacionadas a eventos acontecidos durante el siglo XIX o periodo formativo de la nación. Las intervenciones, si bien aún son contadas, resultan relevantes para el conocimiento de la historia regional. Por razones diversas, entre las que se encuentran la intensa actividad constructiva propia que hay en una ciudad industrial como Monterrey, los

trabajos se han centrado justo en este municipio, en particular, en el centro de la ciudad. Entre 1995 y 2008, se realizaron tres rescates en el área conocida como Las Tenerías.

Restos óseos humanos y materiales arqueológicos diversos dieron la pauta para proponer que dichas evidencias materiales se relacionaban con la Batalla de Monterrey, acontecida en septiembre de 1846, uno de los primeros encuentros entre los ejércitos mexicano y estadounidense, y que se conoce en México como la primera intervención extranjera o intervención americana. Los resultados de dichas investigaciones ya se han dado a conocer por medio de informes o bien en foros académicos o de difusión al público.

El salvamento arqueológico en el Fortín de Las Tenerías llevado a cabo durante 2010, ha proporcionado información complementaria y novedosa sobre este hecho histórico, si bien local, con implicaciones de alcances diversos según se va adentrando en el estudio de los materiales arqueológicos y la evidencia biocultural, es decir, los entierros humanos. Un total de cinco entierros humanos (Entierro 2, 3, 4, 5 y 6) fueron recuperados en el presente salvamento, aportando sin embargo, información sobre al menos diez individuos.

El contexto y la asociación de los materiales culturales, varios de ellos, in situ, permiten inferir de forma preliminar que tales osamentas corresponden a soldados del ejército estadounidense que murieron entre los días 21 y 23 de septiembre en la Batalla de Monterrey. La evidencia, si bien es numéricamente

escasa, permite aproximarnos a las prácticas culturales que dicho ejército tuvo para con sus compatriotas caídos.

El estudio de este acontecimiento se enfoca desde la perspectiva sí histórica, pero también arqueológica; así, desde la trinchera de esta última se presentan muy brevemente los resultados del trabajo de campo del proyecto realizado en 2010 por el Centro INAH NL, como una página dentro de otras más que ayudarán a conocer la historia de México.

Dos fueron los predios que se trabajaron como parte del salvamento. El Predio 1 localizado en la esquina de las actuales calles de Héroes del 47 y Washington, junto al Paseo Santa Lucía. De acuerdo con algunas interpretaciones fundamentadas sobre todo en documentos históricos, aquí debió existir Las Tenerías, una casa que funcionó de refugio a los soldados mexicanos el 21 de septiembre de 1846, cuando el ejército estadounidense ocupó Monterrey. En este predio poco pudo recuperarse desafortunadamente. El Predio 2 por su parte, se ubica sobre la calle Héroes del 47, muy cerca de la esquina con Washington y con la calle Modesto Arreola.

Con base en los hallazgos arqueológicos realizados entre 1995 a 2008, y con la información documental, se propuso que el Fortín de Las Tenerías debió estar emplazado en este predio, al menos en una parte del mismo. En este predio se concentraron prácticamente los trabajos arqueológicos.

Entierros humanos

A continuación se exponen algunas características relevantes sobre los entierros recuperados durante 2010, y se hará referencia a los materiales culturales asociados directamente a ellos. Un total de cinco entierros se exploraron en el salvamento, de ellos tres eran primarios (Entierros 2, 4 y 6), aunque su contexto en un caso estaba parcialmente alterado (Entierro 4). Todos estos entierros eran individuales. Los otros dos entierros (el 3 y 5) ya habían sido removidos años atrás, por lo que en este sentido pueden considerarse como secundarios. Al Entierro que numeramos como 3 corresponden al menos a tres individuos, mientras que al Entierro 5 otros dos individuos, considerando el número de huesos que se duplicaron.

Entierro 2

Se trata de un individuo adulto joven, masculino, cuyo enterramiento puede ser definido como primario y directo; el sexo y edad se basan en la observación de campo, considerando la robustez de los huesos, la escotadura ciática y el contexto, entre otros elementos. Fue depositado en decúbito dorsal extendido; las extremidades superiores estaban flexionadas sobre el tórax, la derecha formando un ángulo recto sobre el área abdominal, la mano quedó por debajo del codo izquierdo. La extremidad izquierda se mantuvo un poco más flexionada sobre el pecho, quedando los huesos de esta mano sobre el costado derecho, a la altura de la diáfisis del húmero del mismo lado.

La extremidad inferior derecha se hallaba extendida y marcadamente separada de la izquierda, es decir, permanecían abiertas; el pie derecho por su parte, apareció fuertemente flexionado hacia abajo, quedando en punta, lo que denota un proceso tafonómico quizá de tipo cultural. La extremidad inferior izquierda reposaba extendida pero incompleta; además, bajo la epífisis de la tibia y el peroné se observó una marca de corte que afectó ambos huesos, evidencia de una intervención quirúrgica que tuvo como finalidad la amputación de la extremidad.⁹² La mandíbula, al perder el tejido blando, se colapsó hacia abajo quedando abierta la cavidad oral; y el cráneo se aprecia deformado por la presión que el sedimento superior ejerció sobre él.

Este entierro mantenía una orientación general cefálico-caudal de este a oeste, y el cráneo facial al cenit. El estado de conservación fue regular en extremidades superiores e inferiores y falanges, pues presentaban fracturas no intencionales, sufridas después de su deposición. En mal estado se encontraron sin embargo, costillas, vértebras, omóplatos, iliacos, sacro y cráneo. Algunas piezas dentales fueron perdidas post mortem.

Como objetos directamente asociados se recuperaron trece botones de hueso y tres alfileres completos, más la punta de un cuarto alfiler.⁹³ El

⁹² Las marcas de corte han sido corroboradas en el estudio antropofísico en proceso (Jesús Velasco, comunicación verbal, junio de 2011), para el momento en que este informe se redacta.

⁹³ Dos botones más, el 14 y 15 aparecieron durante la limpieza del esqueleto en laboratorio, el botón 14 apareció junto a una de las vértebras lumbares, el botón 15 apareció junto a la undécima costilla del lado izquierdo.

primer y segundo alfileres aparecieron junto a la epífisis de la tibia y peroné izquierdos, es decir, junto a la marca de corte. Lo anterior sugiere que los alfileres debieron sujetar el vendaje después de haber sido amputada la pierna. Otro alfiler se localizó sobre los huesos del pie (astrágalo).⁹⁴ La punta del cuarto alfiler se recuperó entre los metatarsos. Por otro lado, se recuperaron quince botones de hueso, asociados, por ejemplo, con la camisa, el chaquetín o incluso las bolsas del pantalón.

Considerando la estatura relativa del individuo, observada en campo, que fue de alrededor de 1.75 m del cráneo al talón, la edad relativa (adulto joven entre 20 y 25 años según la observación de los antropólogos físicos de campo), la robustez de los huesos, la morfología de los dientes incisivos, el sistema de enterramiento y las implicaciones que esto conlleva, se ha considerado a este Entierro 2, como un individuo de raza caucásica, relacionándolo de acuerdo al contexto histórico, con un soldado del ejército estadounidense muerto en batalla.

Entierro 3

Como se señaló, probablemente se trata de un entierro secundario, es decir, removido, comprendiendo al menos tres individuos. Tomando en cuenta el contexto histórico, la escotadura ciática de los iliacos

⁹⁴ Durante la limpieza del entierro en laboratorio se observó en este hueso una mancha en color verde, relacionada con este alfiler. Este alfiler no aparece in situ en las fotografías, ya que fue removido accidentalmente durante la limpieza del pie, pero existe la certeza sobre su procedencia.

recuperados, la asociación al resto de los entierros y la robustez de los mismos, así como los objetos asociados, fueron identificados en conjunto como individuos de sexo masculino. Los huesos estaban muy dispersos en varios metros cuadrados y a profundidades variables. Probablemente estos individuos fueron enterrados aún con tejido blando (primarios), pero con la introducción del drenaje más recientemente, los esqueletos fueron removidos y regresados posteriormente sin ningún cuidado.⁹⁵

Su estado de conservación es muy variable, pues la mayor parte de las fracturas de los huesos se debió a diversas remociones, como ya se mencionó. El deterioro se observó en costillas, vértebras, omóplatos, iliacos, pero también en huesos largos como fémures, tibias, peronés, húmeros, radios y cúbitos. Las falanges de pies y manos, así como tarsos y metatarsos fueron los menos afectados, en parte por su reducido tamaño en comparación con los demás huesos. Sólo se recuperaron algunos fragmentos de cráneos, aunque muy dañados; y algunas piezas dentales.

Entre los huesos, o próximos a los mismos, se recuperaron algunos botones de hueso, concha o metal, además de otros materiales, como algunas monedas mexicanas de entre 1 a 5 centavos, así como algunas balas de mosquete, algunos artefactos líticos tallados (raspadores y un bifacial), un punzón de hueso y diversos huesos de animal.

⁹⁵ De todos los huesos que conforman al Entierro 3, sólo dos vértebras estaban claramente articuladas.

Entierro 4

Este entierro fue catalogado como primario y directo; corresponde a un individuo adulto joven, de sexo masculino; la estimación de la edad y sexo se basó en las observaciones de campo consistentes en la robustez de los huesos, la escotadura ciática y el contexto, entre otros elementos. Fue depositado en decúbito dorsal extendido, dentro de una fosa rectangular parcialmente alterada hacia su sección este, afectando igualmente al esqueleto.

Las extremidades inferiores estaban extendidas; aunque el pie derecho se mantuvo fuertemente flexionado, posiblemente a causa del rigor *mortis*, el pie izquierdo estaba híper extendido. La extremidad superior derecha se conservó flexionada hacia el vientre y descansaba sobre el iliaco izquierdo. En tanto, la extremidad superior izquierda fue alterada por la excavación reciente de la constructora, aunque suponemos que debió estar igualmente flexionada; de ella se conservó una parte del radio y cúbito, así como toda la mano, misma que descansaba sobre la mano derecha. Las costillas izquierdas fueron removidas casi por completo, quedando únicamente algunos fragmentos, esto mismo ocurrió con las vértebras dorsales y cervicales. Del cráneo sólo se conservó una pequeña parte de su base, algunos fragmentos muy pequeños y una pequeña parte de la mandíbula y un molar.

Manteni a una orientación cefálico-caudal de este a oeste, midiendo desde lo que se conservaba del cráneo a los talones 1.56 m, pero considerando que la altura del

cráneo podría haber sido de 20 cm, se ha calculado una estatura cercana a 1.76 m. El estado de conservación es de regular a malo en general; costillas, omóplato y vértebras estaban muy dañadas, así como las epífisis de los fémures, las tibias y los peronés. Los huesos de una mano y los pies, por el contrario, se conservaron en un buen estado. Las diáfisis de los huesos largos se hallaron en estado regular.

En cuanto a la fosa es clara su forma rectangular y medía aproximadamente 75 cm de ancho por 2.0 m. de largo. Este entierro se localizó a una profundidad entre 1 m con 6 cm y 1 m con 20 cm.

Como objetos directamente asociados se recuperaron botones de hueso, metal y un alfiler. Los botones de hueso son muy pequeños, de color blanco, probablemente hueso. En cambio, algunos de los botones de metal estaban muy deteriorados e incompletos. En particular uno de éstos conservaba restos de textil.

El alfiler (de cobre) se localizó junto a la diáfisis del fémur derecho; en este punto hubo una patología (pérdida de periostio), observándose además una diferencia de coloración en el hueso, es decir, una mancha café oscura. Por lo que la mancha y la presencia del alfiler apuntan a una curación, y que en general la patología pudo ser la causa de la muerte.

Cabe indicar por último, que considerando las diferencias en la botonadura que conservaba este Entierro 4 con respecto a la del Entierro 2, ambos portaban uniformes diferentes y en consecuencia, mantuvieron distinto cargo militar.

Entierro 5

Este entierro fue registrado como secundario, es decir, removido y directo; comprendía por lo menos dos individuos, ya que se localizaron tres fémures y tres cúbitos. Tomando en cuenta la abertura de la escotadura ciática del iliaco, la asociación al resto de los entierros, y la robustez de los mismos, así como los objetos asociados (botones de metal y concha) es que se identificaron como individuos masculinos. Los huesos estaban concentrados en un área de aproximadamente dos metros cuadrados pero no estaban agrupados. La alteración de estos esqueletos se debió a la excavación de una zanja para introducir unos tubos de drenaje. Entre los huesos recuperados se cuentan falanges de pies y manos, metatarsos, tibia, peroné, fémures, cúbitos, costillas, vértebras (entre ellas el axis), iliaco, sacro, húmero, clavícula y fragmentos del cráneo.

Tres botones de concha y uno de metal estaban mezclados con los huesos, localizándose junto a las costillas y un cúbito. Algunos tiestos y otros materiales arqueológicos estaban asociados, pero estos son parte de la matriz ya perturbada.

El estado de conservación de los huesos fue variable; en particular las costillas, vértebras, sacro, y algunas de las epífisis de los huesos largos (entre ellas de peroné) se encontraban muy dañados. Otros huesos presentan un estado de conservación regular, principalmente los huesos largos y las falanges. Tal variación del estado de conservación se relaciona por la actividad antrópica que los removió.

Entierro 6

Es también un entierro definido como primario y directo, perteneciente a un adulto joven, de sexo masculino. Fue depositado en decúbito dorsal extendido, con orientación cefálico-caudal oeste a este y cráneo-facial al cenit; por la pérdida del tejido blando, el cráneo se inclinó hacia el lado izquierdo, dando la apariencia de mirar al norte. Los dos pies y toda la extremidad inferior izquierda también se desplazaron. Las extremidades superiores se mantuvieron flexionadas hacia el vientre. El entierro se midió *in situ* desde la parte superior del cráneo hasta el calcáneo, resultando una estatura de 1.75 m; es necesario señalar que esta medida es aproximada, ya que no se usaron métodos antropométricos en la excavación, además de que el esqueleto estaba ligeramente arqueado hacia el costado derecho.

El entierro fue depositado en una sencilla fosa rectangular excavada en la tierra, con aproximadamente 1.80 m de largo por 60 cm de ancho, y a una profundidad aproximada de 70 cm de la superficie actual. Para cubrirlo fueron colocadas capas de corteza⁹⁶ directamente por encima de la fosa, clavando las mismas en la tierra con al menos seis clavos, uno frente a otro; dos en el lado este, dos en medio y dos más cerca del lado oeste. Estos clavos estaban *in situ*, en decir, en posición vertical.

Cabe señalar que la corteza cubría casi por completo al esqueleto. La colocación de la corteza dejó un espacio vacío entre la “tapa” y el cuerpo. Cuando la fosa fue

⁹⁶ En campo éstas fueron identificadas como de mezquite, lo cual deberá corroborarse o refutarse más adelante, tras la identificación por el especialista.

cubierta por la tierra, y como resultado de procesos naturales de compactación y putrefacción, el cuerpo, al perder el tejido blando causó que el cráneo, la extremidad inferior izquierda y el pie derecho, se desplazaran por gravedad hacia el lado derecho; tiempo después, la corteza se colapsó hacia dentro de la fosa y cubrió los huesos. No hubo ningún tipo de objeto asociado al entierro.

Por otro lado, el estado de conservación de los huesos puede considerarse de bueno a regular; en ello influyó definitivamente el que la tierra no estuviera por completo en contacto directo con los huesos, pues como ya se indicó, la corteza medió entre ellos. El cráneo estaba fragmentado pero completo, pudiendo observar que se trataba de un individuo dolicocefalo, identificado como un cráneo de raza caucásica.

Consideraciones finales

A modo de conclusión es posible señalar que los entierros recuperados en el Predio 2 del Fortín de Las Tenerías fueron parte del ejército americano y que fallecieron en aquella batalla de 1846; atendiendo al contexto histórico y al arqueológico.

Así por ejemplo, arqueológicamente el Entierro 2 revela información relacionada a un soldado al que le fue amputada una pierna; aunque las causas que generaron la pérdida de la extremidad y de la posterior intervención quirúrgica pueden ser diversas, lo que interesa resaltar en este sentido es la relación que se percibe entre los eventos históricos documentados y la evidencia arqueológica a fin de contrastar desde la arqueología, tales acontecimientos.

Por lo que la evidencia empírica de la batalla y de la existencia del Fortín de Las Tenerías -en lo que actualmente es el cruce de las calle Héroes del 47 y Washington-, son los restos óseos humanos recuperados en el Predio 2, cuyas características antropofísicas refieren a población de raza caucásica; además de la presencia de balas de distintos calibres y de innumerables objetos arqueológicos recuperados –entre ellos sin duda, los botones de diversos materiales, asociados directamente a los individuos-.

Es necesario recordar además, que en el Predio 1, pese a que se pudo hacer muy poco desde el punto de vista arqueológico, se logró recuperar una bala de cañón portátil –proyectil quizá del tipo que usaban los batallones norteamericanos-, relacionado estratigráfica y espacialmente a los muros de una casa de piedra, presumiblemente la de Las Tenerías.

El salvamento arqueológico en el Fortín de Las Tenerías ha permitido recuperar una parte de la historia de la Batalla de Monterrey. La información generada arqueológicamente concierne sobre todo a los acontecimientos del día 21 de septiembre, por lo que para investigar aún más sobre diversos aspectos de la batalla del 46, sería necesario recuperar datos sobre los distintos puntos que fueron sitiados entre el 21 y el 23 del mismo mes; desafortunadamente, estos puntos yacen bajo la actual ciudad de Monterrey o han sido incorporados parcialmente a la misma (como una pequeña parte de La Ciudadela), si es que no han sido destruidos ya.



Imagen 13. Museo de la Batalla de Monterrey.

Epílogo: Buscando un lugar para la memoria; una Plaza, una Exposición, un Museo

Cesar Morado/Pablo Ramos

Posicionar el aniversario de la Batalla de Monterrey en el calendario cívico local y en la memoria de los nuevoleonenses no ha sido tarea fácil. Un paso importante se logró en el año 2012 cuando se logró inaugurar la Plaza de la Batalla de Monterrey justo en el sitio donde desde 2007 se habían iniciado las guardias de honor a los mexicanos caídos: Héroes del 47 y Paseo Santa Lucía.

El rol de la Asociación de Amigos de la Batalla fue significativo y desde luego la actitud de la empresa inmobiliaria Desarrollos Delta –desarrolladores del complejo denominado La Capital- propiedad de Federico Garza Santos para honrar con una plaza a los militares caídos. Por vez primera se logró erigir una estela con los nombres y la sociedad nuevoleonesa pudo conocerlos. El apoyo del Congreso Nuevleonés a través del diputado Héctor Morales fue significativo, así como el apoyo de Conarte y la Delegación del INAH en Nuevo León.

Una Exposición

Un segundo logro significativo ocurrió en el año 2016 cuando la dirección de 3 Museos a cargo de Magolo Cárdenas para conmemorar el 170 aniversario de la batalla decidió organizar la primera exposición museográfica profesional sobre el citado evento militar

logrando exhibir litografías, documentos, monedas, pertrechos y pinturas alusivas.

La gente de Monterrey se va a sentir muy orgullosa de esta exposición, es un esfuerzo que se hace por primera vez de esta magnitud para conmemorar el aniversario de la Batalla de Monterrey, este acto que es tan importante en la historia del país y de la ciudad, declaró Magdalena Cárdenas, directora de 3 Museos en rueda de prensa previa al evento.

La conferencia inaugural de la exposición estuvo a cargo de César Morado, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL y fue tal la respuesta del público que se tuvieron que abrir los dos auditorios, tanto el del Museo del Noreste como el del Museo de Historia Mexicana. Terminada la conferencia el público pudo disfrutar del recorrido inaugural.

Los asistentes pudieron observar lo momentos de la batalla a través de una gran línea del tiempo, que mostraba los principales sucesos políticos y militares, apoyados en una vasta información histórica, gráfica y 50 objetos (litografías, documentos, monedas, armas, pertrechos y pinturas) que lograban una conexión directa con los momentos históricos representados.

Para que dicha exposición fuese posible se contó con la colaboración directa del Museo Batalla de la Angostura, de Saltillo, Coahuila; del Dr. Pablo Ramos y Ahmed Valtier de la Asociación de Amigos de la Batalla de Monterrey, y del Dr. Luis García, quien asesoró en el guion histórico, información documental, identificación

y uso de las colecciones de armamento, falerística y uniformes militares.

La pieza principal que el museo empleó para hablar de este acontecimiento bélico fue el libro *The war between the United States and Mexico illustrated*, -La guerra entre Estados Unidos y México ilustrada-, un álbum de doce litografías, producida por el periodista y comerciante estadounidense George W. Kendall e ilustrada por el artista alemán Carl Nebel, que data de 1851.

La exposición titulada: Batalla de Monterrey permaneció abierta durante los meses de septiembre y octubre con gran respuesta de los visitantes. Al finalizar, los materiales quedaron en la bodega del Museo del Noreste para exhibiciones posteriores.

El Museo de la Batalla de Monterrey

Haciéndose eco de numerosos planteamientos de organismos de la sociedad civil, la administración municipal de Monterrey encabezada por Margarita Arellanes (2012-2015) trazó el proyecto de construir un Museo para recordar la Batalla de Monterrey. El predio elegido para tal proyecto fue en la zona del Barrio Antiguo donde topa la calle Héroes del 47 con el Paseo Santa Lucia, justo enfrente donde se localiza la Plaza de la Batalla. Sin embargo, el hecho de que se planteara el cierre de su gestión hizo imposible avanzar en el proyecto. Todo quedó en buenas intenciones.

El cambio de partido en la gestión municipal de PAN a PRI no impidió que el proyecto fuese retomado por la gestión de Adrián de la Garza. Sin embargo los avances fueron mínimos y tortuosos. A diferencia de la

construcción de otros museos que se han construido en la ciudad donde se convoca a un consejo consultivo o a un panel de expertos para que opinen, esto no ocurrió con dicho proyecto.

En la página web del Municipio de Monterrey, durante la primera gestión de Adrián de la Garza (2015-2018), la Secretaria de Obras Públicas a través de la Dirección de Planeación y Contratación afirma haber contratado a la empresa Monc Constructores por un monto de 17 millones 600 mil pesos para la construcción del Centro Cultural Museo Batalla de Monterrey.

El sitio web de la empresa Monc Costrucciones publicita en su página web institucional la realización del Museo de la Batalla de Monterrey –entre otras obras públicas- aunque a la fecha no se haya concluido. Hacemos votos para que el proyecto finalmente se realice pues constituye un caso significativo de como la sociedad civil reclama su lugar en el proceso de construcción de la memoria.

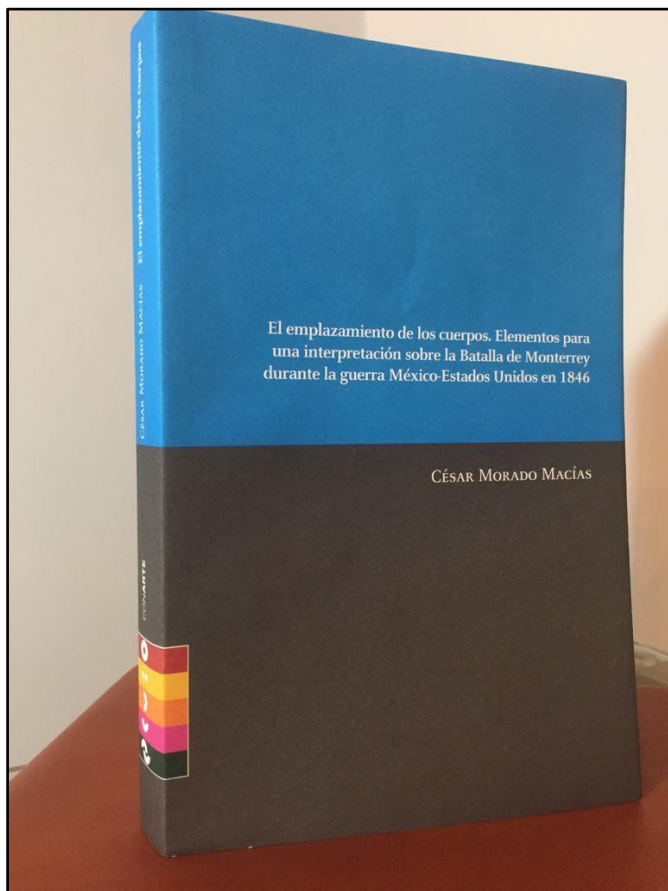


Imagen 14. Portada del libro *El emplazamiento de los cuerpos*, 2011.

Fuentes consultadas

Archivos

Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Monterrey

Archivo General del Estado de Nuevo León

Archivo Histórico de Monterrey

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional

Hemerográficas

Martínez, R. (2003). “La invasión de tropas estadounidenses en 1846”. En Revista *Actas*, número 4, julio-diciembre. Monterrey: UANL.

Periódico *El Norte*

Periódico El Porvenir

Periódico Monitor Republicano, 1846.

Periódico Oficial del Estado de Nuevo León.

Ramos, Pablo y Ahmed Valtier (2010). “La Capitulación de Monterrey”. En Revista *Atisbo* año 5, Núm. 28, septiembre-octubre, Monterrey, N.L.

Bibliográficas

Aplebby, J. (1999). *La verdad sobre la historia*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Ávila, J. (2003). “Entre la jara del salvaje y el rifle del extranjero”. En L. Martínez, C. Morado y J. Ávila. (2003). *La guerra México- Estados Unidos: Su impacto en Nuevo León*. México: Senado de la República.

Balbontín M. (1883). *La invasión americana, 1846-1848*. Apuntes del subteniente de artillería Manuel Balbontín. México.

- Borreguero, C. (2000). *Diccionario de historia militar*. Barcelona, España: Ariel.
- Cavazos I. (1994). *Breve Historia de Nuevo León*. México: Colegio de México.
- Cázares, E. (2009). *Nuevo León durante la guerra México-Estados Unidos, 1846-1848*. Monterrey: Universidad de Monterrey.
- Cossío, David Alberto (2000). “Historia de Nuevo León. Evolución Política y Social”. Tomo VI, Obras Completas. En Adalberto Arturo Madero Quiroga, compilador, LXVIII Legislatura del Honorable Congreso del Estado de Nuevo León.
- Dishman, C. (2010). *A perfect Gibraltar. The Battle for Monterrey, México, 1846*. Oklahoma: The University of Oklahoma Press.
- Eisenhower, J. (2000). *Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México 1846-1848*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1992). *Genealogía del racismo*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- _____ (1993). *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- González, M. (1997). “Nuevo León ante la invasión norteamericana, 1846 1848”. En Laura Herreras Serna, coordinadora. *México en guerra 1846-1848 perspectivas regionales*. México: Conaculta.
- Guerra, F. (2003). *Inventando la nación*. México: Fondo de Cultura Económica.

Hebrard, V. (2003). *La ciudad y la guerra en la historiografía latinoamericana (siglo XIX)*. Anuario Americanísimo Europeo. Núm. 1.

Klausewitz, K. (1883). *De la guerra*. Editorial Diógenes.

Morado, C. (2001). *El emplazamiento de los cuerpos: Elementos para una interpretación sobre la batalla de Monterrey, durante la guerra México-Estados Unidos en 1846*. Monterrey, México: Conarte.

_____ (2003). “El sistema mexicano de guerrillas”. En L. Martínez, C. Morado y J. Ávila. *La guerra México-Estados Unidos: Su impacto en Nuevo León*. México: Senado de la República.

Prieto, Guillermo; Ramón Alcaraz; José María Iglesias (1991). *Apuntes para la Historia de la Guerra entre México y los Estados Unidos*. México: Consejo para la Cultura y las Artes.

Reid, C. Samuel. *The Scouting Expeditions of McCulloch's Texas Rangers 1847*.

Roa, J.M. (1991). *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848*. México: CONACULTA, edición facsimilar.

Santiago, T. (2001). *Justificar la guerra*. México: UAM. Unidad Iztapalapa.

Secretaría ante la Defensa Nacional (1979). *El ejército mexicano. Historia desde los orígenes hasta nuestros días*. México: SEDENA.

Vázquez, J. (1997). *La guerra México-Estados Unidos*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.

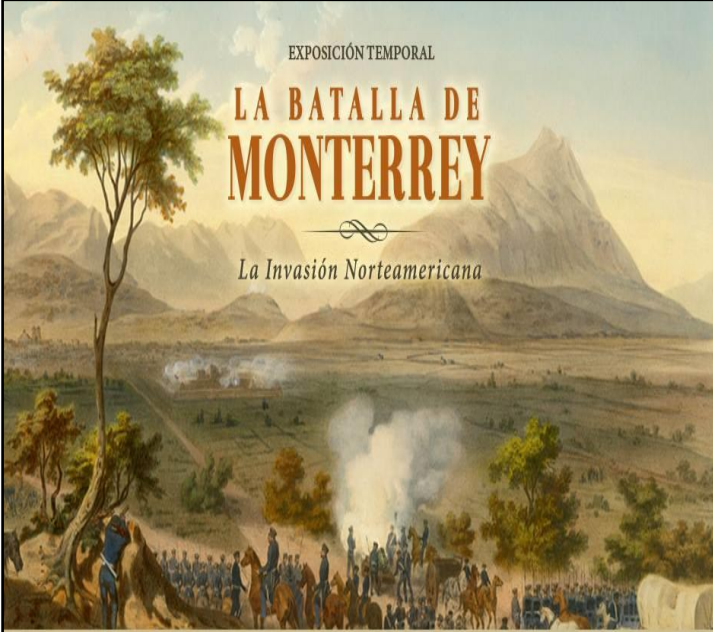
Velasco, C. (2012). *La frontera étnica. Los comanches en el noreste mexicano, 1800-1841*. México: Coedición de CIESAS e INAH.

Villarreal de Benavides, Bertha (2001). “Monterrey ante la invasión americana, 1846”. En *Anuario Humanitas*, núm. 28. Monterrey: UANL.

_____ (2002). “Hechos ocurridos durante la ocupación del ejército americano en Monterrey”. En *Anuario Humanitas*. Monterrey: UANL.

_____ (2003). “Noticias de la prensa española sobre la invasión americana a México en 1846”. En *Anuario Humanitas*. Monterrey: UANL.

William S. Henry. *Campaign Sketches the War with Mexico 1847*.



EXPOSICIÓN TEMPORAL

LA BATALLA DE MONTERREY

—∞—

La Invasión Norteamericana

MUSEO DEL NORESTE

19:00 HORAS
Conferencia inaugural
A cargo del Dr. César Morado Macías

INAUGURACIÓN
Miércoles 7 de Septiembre, 2016
Entrada Libre

20:00 HORAS
Ceremonia - Recorrido

3museos.com
¡Síguenos! @3museos

MARTES Y DOMINGOS
TODOS ENTRAN GRATIS.

Dr. Cosas 445 Sur, Zona Centro, C.P. 64000
Monterrey N.L. Tel. 2033 9898

3 Museos Contando Tu Historia.

MUSEO DE HISTORIA MEXICANA

MUNE MUSEO DEL NORESTE

MUSEO DEL PALACIO

Nuevo León
LA HISTORIA CONTANDO

Imagen 15. Poster alusivo a la exposición en 2016.

Perfil de los autores

Ricardo Arron Piñón. Comunicólogo, especialista en humanidades y ciencias sociales, publicista, editor en televisión de noticias, coordinador de historia viva en amigos de la Batalla de Monterrey 1846 de la que es miembro muy activo.

Jesús Ávila Ávila. Licenciado en Historia, excoordinador de Archivos Históricos y Contemporáneos en el Archivo General del Estado de Nuevo León. Coautor de *La guerra México-Estados Unidos. Su impacto en Nuevo León* y del *Catálogo de documentos: papeles que hablan de la guerra*. Miembro de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia.

Arnulfo Cadena Maldonado. Arquitecto, piloto aviador, investigador de historia militar, coleccionista, modelista, conferencista. Autor de *Maqueta del Fortín de Tenerías*. Miembro de la Asociación de Amigos de la Batalla de Monterrey.

Eduardo Cázares Puente: Licenciado en Historia por la UANL con Maestría en Educación por Tec Milenio. Es miembro de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística. Autor del libro *laberintos de muerte, la Batalla de Monterrey de 1846*. Miembro fundador de la Asociación “Amigos de la Batalla de Monterrey”.

Christopher Dishman. Trabaja para el gobierno norteamericano en áreas de seguridad nacional. Autor del libro de 2010 *A Perfect Gibraltar: The Battle of Monterrey*

*México 1846, y también del ensayo *Warfare and Logistic along the US-Canadian border during the war 1812.**

Jorge H. Elías Chávez. Pintor autodidacta, artista plástico, restaurador de arte, cuenta con estudios de diseño industrial, filosofía, teología y antropología. Autor del blog de historia *Leoncillo Sabino*, articulista en revistas de historia.

Miguel Ángel González Quiroga. Licenciado en Historia, excatedrático de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Autor del libro *War peace on the Rio Grande frontier 1830-1880*. Coautor con César Morado del libro *Nuevo León Ocupado*. Ponente en congresos nacionales e internacionales de historia de la frontera entre México y Estados Unidos.

Raúl Martínez Salazar. Sociólogo, autor de artículos en revista *Actas*, y exbibliotecario del archivo histórico de la Capilla Alfonsina de la UANL. Autor de *Aroma de Azahar*.

César Morado Macías. Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Trabajó durante tres décadas en el Archivo General del Estado de Nuevo León. Autor del libro *El emplazamiento de los cuerpos. Elementos para una interpretación sobre la Batalla de Monterrey*. Actualmente se desempeña como titular del Centro de Estudios Humanísticos de la UANL.

Pablo Ramos Benítez. Médico ginecólogo, miembro fundador de la Asociación Amigos de la Batalla de Monterrey de 1846 y autor del blog de *La Batalla de*

Monterrey de 1846 con más de un millón de visitas. Conferencista, asesor de exposiciones y coautor de artículos alusivos a la Batalla de Monterrey.

Araceli Rivera Estrada. Doctora en Arqueología, experta en hallazgos de excombatientes de la Batalla de Monterrey de 1846, paleontóloga y profesora investigadora en INAH Nuevo León. Asesora del gobierno de México y Estados Unidos para la repatriación de excombatientes.

Ahmed Valtier Mosqueda. Licenciado en Ciencias de la Comunicación, divulgador de la historia de México y de Nuevo León. Articulista en *El Norte*, *Humanitas* y *Actas* de la UANL y en la revista *Relatos e Historias*. Editor de la revista *Atisbo*. Promotor de la Batalla de Monterrey; es miembro fundador del grupo Amigos de la Batalla de Monterrey.

Colección: Memoria del Noreste

1. El Patrimonio histórico documental de Nuevo León.
César Morado Macías.
2. Transacciones económicas en Monterrey, 1856-1865. Síntesis de las escrituras del notario Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
3. Capital comercial entre la República y el Imperio, 1866-1870. Síntesis de las escrituras del notario Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
4. Aspectos económicos del Monterrey preindustrial, 1871-1883. Síntesis de las escrituras del notario Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
5. Del ferrocarril a las metalúrgicas, 1884-1890. Síntesis de las escrituras del notario Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
6. Auge industrial de Monterrey, 1891-1894. Síntesis de las escrituras del notario Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
7. Tesoros de la Sierra Madre. Guía de los acervos históricos del Archivo General de Nuevo León.
César Morado Macías.

8. Desde la cantera: Comentarios a las tesis sobre Historia presentadas en la FFYL de la UANL, 1981-2019.
César Morado Macías y César Herrera.
9. Durante la República Restaurada: Catálogo del Periódico Oficial de Nuevo León, 1870-1875.
César Herrera y Osvaldo Aguilar.
10. Recuperando la memoria. Batalla de Monterrey (1846). Documentos e interpretaciones.
César Morado y Pablo Ramos (Coords.).

Se terminó de imprimir en la ciudad
de Monterrey, Nuevo León, México el
mes de septiembre de 2021. Cuidado
de la edición a cargo de los autores.

Diseño de portada e interiores
Concepción Martínez Morales.